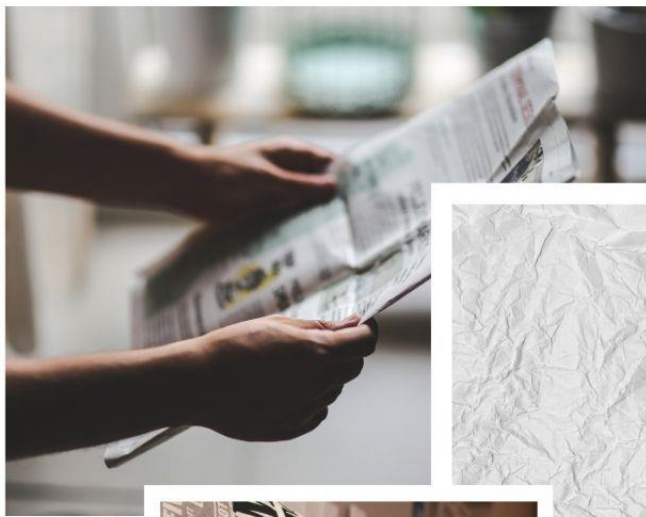


ARTÍCULOS

OFELIA AVELLA



UNIVERSIDAD
METROPOLITANA

ARTÍCULOS

Ofelia Avella

Universidad Metropolitana,

Caracas, Venezuela, 2020

Hecho el depósito de Ley

Depósito Legal:

ISBN:

Formato: 21.95 x 27.94 cms.

N. ° de páginas: 320

Diseño y diagramación:

Ana Gabriela Correa Hernández / anaagabrielach@gmail.com



Los derechos de divulgación, comercialización y publicación de las obras han sido cedidos por sus autores a la Universidad Metropolitana.

Reservados todos los derechos.

Ni la totalidad ni parte de esta publicación pueden reproducirse, registrarse o transmitirse, por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea electrónico, mecánico, fotoquímico, magnético o electroóptico, por fotocopia, grabación o cualquier otro, sin permiso por escrito del editor.

Autoridades

Luis Miguel da Gama

Presidente del Consejo Superior

Benjamín Scharifker

Rector

María del Carmen Lombao

Vicerrectora Académica

María Elena Cedeño

Vicerrectora Administrativa

Mirian Rodríguez de Mezoa

Secretario General

Comité Editorial de Publicaciones

de apoyo a la educación

Prof. Roberto Réquíz

Prof. Natalia Castañón

Prof. Mario Eugui

Prof. Rosana París

Prof. Alfredo Rodríguez Iranzo (Editor)

ÍNDICE

365 oportunidades.....	12
2014: luz en la oscuridad.....	14
Amäy.Sabana	16
Asombro, Filosofía e Historia.....	18
¿Astutos o inteligentes?.....	20
Ayudarnos unos a otros	22
Bajo tierra	25
Buscando en los anaqueles	28
"Cambiar unos problemas por otros"	30
Cielo e infierno.....	32
Confiar en un nuevo país.....	36
Construir en Venezuela	38
Crecer hacia dentro.....	40
Cuando los buenos callan.....	42
Cuando no se vive en “el primer mundo”	44
Cuando otros inspiran.....	46
Cuidar el castellano.....	48
De la adicción a la esperanza.....	50
¿De qué Patria hablamos?.....	52
De regreso a la “normalidad”	54
Dentro de cinco horas veré a Jesús	56
¿Destruir para construir?	59
Educar en Venezuela.....	61
El Plan País.....	64
El alzheimer: ¿somos lo que recordamos?.....	66
El bien común	69
El corazón de José Gregorio	71
El corazón	74

El Cristo de los pobres.....	76
El deseo más íntimo.....	78
El día después.....	80
El diálogo posible.....	82
El diente roto.....	85
El don de la vida.....	87
El espejo de los demás.....	89
El ocio filosófico.....	91
El país como misión.....	94
El poder de Lorent.....	96
El que busca encuentra.....	98
El rostro del otro.....	100
El ruido silencioso.....	103
El sentido de la Navidad.....	105
El tiempo del reloj.....	107
El trabajo de cuidar al mundo.....	109
Empezar por uno mismo.....	111
Empezar por uno mismo.....	114
Hijo por hijo.....	116
Historia y subjetividad.....	118
Hoy yo, mañana tú.....	120
Incomunicación y aislamiento.....	123
Inducir la conciencia.....	125
Juan XXIII y Juan Pablo II.....	127
La ansiedad y nuestros hijos.....	129
La conciencia individual.....	131
La creatividad de los venezolanos.....	136
La dictadura de la mentira.....	139
La dimensión del “nosotros”.....	142
La Divina comedia.....	144
La época de luz ámbar.....	146
La fuerza de la palabra.....	148

La libertad de pensar	151
La libertad interior	153
La libertad se respira en casa	155
La locura de Don Quijote.....	157
La lógica de Dios	159
La lógica de Dios	162
La memoria de la infancia	164
La muerte de un hijo	166
La nube	168
La obstinación por la verdad	170
La responsabilidad como destino	172
¿La sociedad del miedo?	174
La verdadera amistad.....	176
La vida filosófica.....	178
La voz propia.....	180
Las leyes de la historia	182
Las situaciones límites.....	185
Las ventajas de haber sido comunista	187
Los jóvenes huelen la justicia	191
Los límites de la tecnología	193
Los niños y la filosofía	196
¿Me voy o me quedo?.....	199
Memoria, lenguaje e historia	202
Metafísica de la comunidad	204
Metafísica de la esperanza	206
Metafísica de la transición	208
“Mujer, ¿por qué lloras?”	211
Mujeres que matan.....	213
Navidad	215
No dejarse matar por dentro.....	217
No entiendo mami... ¿No es policía?	219
No es que uno no sepa qué decir	221

“No hay un yo sin un tú...”	223
<i>El valor de la comunicación</i>	223
“¡No tengáis miedo!”	226
Nuestras ideas de Dios	228
Ora et labora.....	230
Pensar con el corazón	233
Pensar en el hombre y desafiar al régimen.....	236
Persona y comunidad.....	238
Por la cruz a la luz	241
¿Por qué puede alguien desear escribir?	243
Preparar los nuevos tiempos.....	246
Que el amor sea más fuerte que el hambre.....	248
¿Qué hace el lenguaje en nuestras vidas?	250
¿Qué hacer?	252
“¿Qué queremos?: ¡Libertad!”	254
¿Qué se ofrece a cambio?	256
Recordar lo bueno	258
Remodelar un país	260
Resucitar.....	262
Santos en la calle	264
Se impondrá lo económico.....	267
Secuelas del vacío existencial	269
Sentimientos confusos	271
Ser focos de esperanza	272
Sobre los abusos sexuales en la Iglesia	274
Sociedades en crisis	277
Sñar a costa de uno mismo	279
Todo es para bien	281
Todo sucede <i>para</i> algo.....	283
Todos somos diferentes	285
Trabajo y persona	287
Un consejo a los jóvenes	289

Un mundo fragmentado.....	291
Un porqué para vivir	293
Una mirada nueva.....	295
Unidos por el país	297
Venezuela: ¿casa inhabitable?	299
Venezuela desangrada	301
Venezuela en un salón de clases	303
Venezuela vista desde el exterior	306
Venezuela: ¡esperanza!.....	308
“Y yo, ¿qué puedo hacer?”	311
“Yo quiero algo más”	313
Yo - Tú	316
El corazón de la transición.....	318

365 OPORTUNIDADES

Hace poco vi un post optimista que instaba a ver el año recién comenzado como un camino abierto de 365 oportunidades. Uno podría pensar que quien lo ideó no vive en Venezuela. Podría también pensarse que quien ve la vida así ha tenido que sortear muchos obstáculos. Aunque caben ambas posibilidades, prefiero optar por la segunda, pues una visión así suele corresponder a todo aquel que lucha. Y de esas personas intento aprender.

Hay cosas que podemos y debemos esmerarnos en cambiar; hay otras que no podremos cambiar nunca. Ante estas circunstancias cabe cambiar nuestra actitud y disposición para sobrellevarlas y conferirles, a pesar de la sombra que las cubre, un sentido ciertamente oculto pero latente. Pienso que todo contexto puede abrir caminos, algunos felices, otros tristes, pero todos nuevos y cargados de algún mensaje. Lo importante es confiar en que ese mensaje puede estar allí para descubrirlo, pues sin tratar al menos de conectar los sucesos para hilar su sentido, no es factible discernir siquiera el más mínimo signo que pueda guiarnos. Y con esa actitud, no veremos nunca ni a la estrella más brillante.

Los caminos son todos muy personales y por eso distintos. De aquí que las conexiones que cada uno haga para procurar que en nuestro interior se haga la luz que necesitamos son, también, únicas. Todos, en medio de sus circunstancias, podemos encontrar signos que nos ayuden a interpretar las decisiones que debemos tomar, los giros que podemos o debemos dar. Se dice que cuando se busca se encuentra y hay mucho de cierto en ello, aunque a veces nos parezca que no encontramos o logramos nada a pesar de buscar. Pensar es buscar. Por eso, conectar los sucesos, las oportunidades que se nos abren -por pequeñas que sean-, con esas inquietudes íntimas que también se descubren mientras se busca, son pasos de un proceso. Descubrimiento y búsqueda son acciones correlativas; se encuentra mientras se busca y se sigue en la búsqueda una vez descubierta o discernida alguna vía o inquietud. Los problemas u obstáculos son parte del camino, medios para abrir puertas y ventanas; nunca paredes aunque nos parezca que sólo han servido para golpearnos o frenarnos.

Las personas pueden darnos también referencias en esta búsqueda. Aprender cómo otros han logrado transformar sus dificultades en medios para lograr algo, puede servirnos de faro en el camino. Digo de faro y no de modelo a imitar, no sólo porque nunca podremos ser iguales a otros, sino porque la vida es lo más propio que tenemos y debe responder a nuestras inquietudes: son ellas

las que deben moldearnos a nosotros; no otros, por buenos o exitosos que sean. Los demás sólo podrán ser referencias, consejeros, mentores, ejemplos que podrán ayudarnos a discernir nuestro camino porque sus vidas pueden quizás iluminar la nuestra, pero nada más. Nuestras referencias variarán, pues cada uno buscará la luz en esas personas que buscan lo que uno busca, o que luchan de un modo que nos resulta atractivo.

Lo esencial es advertir cómo las vidas se abren paso en medio de las adversidades y cómo estas luchas van abriendo los caminos que, de otro modo, no se abrirían. Mis mejores deseos para todos en este 2015 son que logremos abrirnos camino en medio de estos tiempos difíciles, descubriendo en las adversidades alguna luz que pueda orientarnos. Que cada uno encuentre su particular ventana o puerta y que con su esfuerzo y tenacidad logre abrirla.

(El Universal, enero de 2015)

2014: LUZ EN LA OSCURIDAD

Como tantos otros años, mañana también diremos “faltan cinco pa’ las doce, el año va a terminar”...Y lo cierto es que a un año difícil, extraño, le sigue otro más difícil y extraño. Difícil, porque la crisis que vivimos no puede ser más evidente; extraño, porque nuestros sentimientos son confusos, contradictorios y nuestras expectativas, inciertas. Es lógico que uno se asuste ante un panorama tan desolador, lleno, además, de tanta injusticia, atropello y abuso; cargado, también, de tanto odio e insultos.

Todo lo que vivimos raya, sólo en apariencia, con la irrealidad. Digo que sólo “en apariencia” porque lo que vivimos es bastante real y lo es, además, desde hace tiempo; lo que sucede es que ahora luce irreversible y es imposible no verlo. Iván Simonovis tiene años en la cárcel, pero recibir como regalo de Navidad *El prisionero rojo*, me ayudó tremendamente a captar el drama que vivimos, pues mientras yo cenaba en familia y recibía como regalo su libro, Simonovis pasaba otra Navidad en la cárcel. Creo que vivimos tiempos que fuerzan a centrarse en una realidad que reclama una respuesta de nuestra parte. Una realidad de la que ya hay poco que reírse y sobre lo cual echar broma.

El ambiente es tenso y extraño, sí, y resulta difícil, imposible, eludirlo. Familiares sin perspectivas de trabajo -con una santamaría cerrada como horizonte-, se han visto obligados a dar un giro a sus vidas en cuestión de días: eso es lo que muchos vemos y tanteamos a nuestro alrededor. Negocios vacíos, escasez de productos y una creciente inflación. Así buscamos algún regalo en esta Navidad y como me comentó algún comerciante: “guarde su asombro para enero y febrero”.

El año que se avecina será difícil y si bien el anochecer precede al amanecer, no es menos cierto que el renacer en Venezuela dependerá de lo que cada uno de nosotros decida hacer por ella. Parecemos estar llegando a un punto álgido en el que habrá que obrar de un modo concreto y tomar partido también, si uno quiere asumir, incluso, el propio destino.

En estos días, un muchacho me decía que había decidido irse del país. Está cansado y sobre todo, decepcionado. Manifestaba no creer en nada ni en nadie, situación interna crítica, real, por la que muchos hemos pasado también, al tener la experiencia de tanta miseria humana junta. Lo comprendí. Esa decisión, además, tan personal, debe ayudarse a canalizar, a asimilar bien, sobre todo porque la persona busca activamente un cambio, una mejoría de sus circunstancias, un futuro

más claro. Le dije, sin embargo, que tendría decepciones en todas partes del mundo; que las miserias abundaban por doquier de diversas maneras, pues es iluso creer lo contrario. No se abandona “lo malo” para encontrar “lo bueno”, como si la vida fuese una fotografía en blanco y negro. Todo está mezclado con colores y como en la pintura, hay luces y sombras. Ayudándole a ver que “lo que dejará” no es un pasado oscuro, le sugerí lo mismo que intento sugerirme a mí misma cada día: ver siempre lo bueno que todo suceso oculta, porque realmente está ahí, muy escondido quizás, pero allí, latente, en germen, en un capullo que clama transformación. Nuestra situación personal está siempre abierta a una oportunidad *a partir* de lo que somos y vivimos; son siempre nuestras circunstancias personales las que nos han ido definiendo como somos, y nos han ido abriendo el camino. Lo que se aplica a nosotros, además, se aplica al país, pero como un país –en abstracto- no piensa, somos nosotros, cada uno de sus ciudadanos, quienes debemos integrarlo a nuestras experiencias, pues hemos crecido en este contexto y es él quien nos ha ido definiendo.

Este muchacho se quiere ir y lo comprendo, pero lo vivido lo ha hecho como es y le ha ido abriendo, además, el camino. El capullo que busca crecer ha nacido aquí; por eso es en lo vivido donde debemos buscar lo positivo de cada situación: no en lo próximo a vivir. La decepción que se siente ante tanta miseria, por ejemplo, ayuda a lograr esa independencia interior de donde manan con fuerza las convicciones personales, pues al dejar de depender de la excesiva confianza en otros, se definen mejor los propios ideales y metas. Esto es algo concreto que este muchacho puede vislumbrar antes de irse, para que incluso el puente de su transición sea más estable, porque repito, no es real creer que se deja “lo malo” para encontrar “lo bueno”, así, en términos excluyentes.

En fin, lo que conversamos nos viene bien a todos porque un simple sondeo basta comprender los sentimientos que embargan nuestros corazones. Sólo cabe desearles que descubran –como intento también hacerlo yo- eso bueno oculto tras sus experiencias. Que no veamos a la realidad como nuestra enemiga. Abramos el corazón a la sorpresa de una luz que siempre llega, incluso en medio de la mayor oscuridad.

(El Universal, diciembre de 2013)

AMÄY.SABANA

Escrito, dirigido y narrado por Carlos “Tuto” Rodríguez, el documental *Amäy.Sabana*, “mamá Sabana”, en lengua pemón, es de una delicadeza extraordinaria, de una sencillez delgadísima, lo cual es el reverso de una gran profundidad, pues lo mucho se dice en poco. Premiado como mejor edición, fotografía y video del XIII Festival de Fotos y Videos de Aventura Ascenso 2016, el corto-documental fue apreciado en nuestros cines a nivel nacional en marzo, gracias al programa “Venezuela en Corto”.

¿Por qué ir a la Sabana, tan lejos? Las respuestas son bellas, resuenan en uno con una fuerza esperanzadora. Lo pequeño es inmenso, porque allí está el origen: en lo mínimo comienza todo. Y aunque nuestro empezar tenga años andando, en el retorno a él nos renovamos y comenzamos con más impulso: nos conocemos a nosotros mismos, descubrimos el valor de la vida, de una gota de lluvia, de una ranita, de una lagartija, de nuestro paso por el mundo.

Salir de la ciudad para ir a la Gran Sabana es como “alejarse de la realidad”, dice Rodríguez. Tal vez, del enredo de los hombres, porque la Sabana es realidad, aunque distinta. Imponente, frágil y fuerte al mismo tiempo, seductora e indómita, es la naturaleza en vivo. Encontrarse solo con la grandeza, con la belleza de una cascada, con los insectos, con el silencio atronador, con la desorientación que genera la ausencia de la tecnología, son todas realidades que nos interpelan.

Las imágenes, el peso de las palabras, la movilidad de los matices, del ambiente, la capacidad de integrarlo a uno como espectador, todo junto, como dice el propio productor, hace del documental una pieza hermosa. La obra es realmente símbolo de los efectos que la Sabana ejerce en él y en nosotros, espectadores convidados a vivir su experiencia personal, ayudados por su deseo de descubrir y admirar la belleza originaria todas las veces que sean necesarias. La invitación se agradece y esperamos poder revivirla a finales de este año, cuando tendremos la oportunidad de ver el corto-documental en línea, después de su participación en diversos festivales.

Venezuela es una tierra de gracia. El documental lo muestra. La música, también de Rodríguez, lo sugiere. Así como no logro yo poner por escrito todo lo que pasó por mi mente las muchas veces que he visto esta obra en la que uno sencillamente se sumerge, así manifiesta nuestro artista la necesidad de volver siempre a la Sabana para admirar lo que pasó inadvertido la vez anterior.

Cada movimiento del agua, cada hoja, piedra o animal, el cielo, la exuberancia del verdor, cada pormenor dice algo nuevo, porque la grandeza está en los detalles.

Los tiempos que vivimos me parecieron estar en otro planeta cuando vi el documental. La sencillez del origen y la grandeza del don de la vida contrastan fuertemente con el ruido que generan los problemas humanos. Nos complicamos. Nos olvidamos de cómo convivir, de cómo abrirnos al otro, al don del encuentro, a la alegría, a “la humildad de una historia”, como manifiesta Rodríguez.

La sabiduría inspira escuchar y respetar la naturaleza. Esa “mamá” Sabana nos sostiene a todos: a una misma Venezuela de la que somos hijos. Todos los detalles juntos, tantos matices, rasgos y diferencias no pueden sino engendrar la riqueza propia de la diversidad. Así como “la historia nunca se va a repetir” al regresar a la Sabana, así veremos algo distinto cada vez que tengamos la dicha de ver este documental. Todo puede parecer muy simple al principio, dice Rodríguez, pero “lo cierto es que nunca sabrás cuánto te falta por conocer”. La experiencia es la de haber llegado “al borde de la tierra”, a un lugar originario, donde todo comienza y nos da la oportunidad de renovarnos, de rehacernos, de conocernos siempre de nuevo. Nunca se termina, porque como los dos infinitos de Pascal, aquí lo pequeño es inmenso y magnífico. Y lo grande es tal vez el compendio de todo lo mínimo. Son las pequeñeces juntas.

En breve, este documental es una obra de arte exquisita.

(El Nacional, mayo de 2017)

ASOMBRO, FILOSOFÍA E HISTORIA

El asombro es la impresión que algo causa en nuestro ánimo, bien sea porque aquello que ha supuesto un impacto nos supera en inmensidad; bien sea porque la belleza que nos atrajo y removi6 nos era hasta el momento desconocida; bien sea porque la admiraci6n, la sorpresa y el pasmo por los que fuimos dominados sugieren el grado de extrañeza de ese algo o alguien reci6n conocido, pues enamorarse supone un revuelo en la vida tan intenso como la conmoci6n con que trastoca todo aquello que implique el misterio: ese n6cleo enigmático de la realidad que est6 latente en todo y es siempre un fugitivo, como diría el filósofo vasco Xavier Zubiri.

Importa insistir en esto: es siempre un enigma lo que provoca asombro, pues lo que damos por sentado no turba en absoluto la existencia ni mueve el piso de nuestra cotidianidad. Ante lo enigmático –y el amor lo es, pues sobrepasa nuestra comprensi6n y nos sume en el arrobamiento, tanto como el hecho de existir o el problema de la infinitud- el hombre s6lo puede acercarse con timidez, humildad e incluso miedo ante la magnitud del impacto. La sensibilidad personal juega un papel fundamental en la profundidad del asombro que puede experimentarse, y varía ciertamente en sus grados, pero uno advierte que en la vida el misterio siempre toca la puerta de toda intimidad. Se trata de dejarse alcanzar por él, escuchar su latido y dejarlo ser, permitirle estar.

No es posible reducir el misterio a conceptos definitivos. Sería como encajonar la realidad en palabras estereotipadas, siempre limitadas, por cuanto manan de una inteligencia que debería estar en una b6squeda permanente y no soberbiamente instalada en un mundo pre-fijado por ella como estático. Se yerra con frecuencia en el supuesto de que comprender el significado de la palabra equivale a haber atajado el misterio del ser. Se olvida que una cosa es el enigma que late bajo todo objeto y otra muy distinta el lenguaje con que intentamos hacer inteligible lo que es de hecho inasible y se oculta a la indiscreci6n. El lenguaje procura acercarse al misterio que huye siempre de la mirada de la mente que parad6jicamente lo capta, pues mientras los sentidos ven los cambios materiales, la inteligencia penetra lo intangible. Por eso el símbolo resulta siempre en el mejor modo de sugerir lo imperceptible, de fijar lo huidizo que subyace a las cosas.

La mayoría se detiene en “cómo” son las cosas, pero pocos advierten que el misterio yace en preguntarse “por qué” son o “qué las sostiene en el ser”. Lo más profundo suele parecer evidente en

virtud de su sencillez y paciencia. De aquí que nos acostumbremos a pasarlo por alto. Recuerdo haber leído algo hermoso en relación a lo que distingue al filósofo del hombre “distráido” o perdido en el anonimato: ambos están en el mundo como quienes fueron invitados a una fiesta. El desatento goza y baila, pero ignora lo que celebra. El filósofo, en cambio, conoce la razón de la celebración. La alegría del primero es efímera, en tanto que la del amante de la sabiduría es profunda y permanente.

Para Julián Marías, “en la actitud teórica, el hombre, en lugar de estar ‘entre’ las cosas, está ‘frente’ a ellas, ‘extrañado’ de ellas, y entonces las cosas adquieren una significación por sí solas, que antes no tenían. Aparecen como algo que existe por sí, aparte del hombre, y que tiene una consistencia determinada: unas ‘propiedades’, algo suyo y que les es propio. Surgen entonces las cosas como realidades que ‘son’, que tienen un contenido peculiar.” Y por ser vistas como distintas a nosotros, como singularidades no ensombrecidas por la uniformidad, nos resultan “extrañas” y conmueven. Si el hecho de existir es dado por sentado, nada en la vida supondrá un enigma; antes bien, la vida entera caerá bajo el dominio del aburrimiento. Se buscará el asombro en lo extraordinario, en la diversión que fomenta el ruido interior que vierte la atención a todas partes indistintamente, seduciéndonos a eludir el grado de hastío que puede llegar a germinar en una intimidad aturdida, llena de imágenes confusas que se evitan clarificar.

Sócrates diría que la reflexión es el camino: esa capacidad de volver sobre lo experimentado para tomar conciencia de lo conocido, asimilarlo e integrarlo en torno a un centro de unidad. La celeridad de la vida moderna no propicia el registro atento de lo contemplado ni los diálogos conciliatorios. Encontrarse en lo común es lo más sabio, y si advertimos que todas las visiones de la vida son parcialmente verdaderas, interesa recordar que las divergencias entre los sistemas filosóficos surgen cuando “el filósofo afirma más de lo que realmente ve” (Marías), pues ningún sistema agota la realidad. Por eso la historia de la filosofía es al mismo tiempo su biografía y no un conjunto de opiniones inconexas, como tampoco lo son las etapas de una vida ni de una nación. Toda situación implica otra pasada que posibilita y explica el presente: eso es la historia (Zubiri).

(El Universal, mayo de 2016)

¿ASTUTOS O INTELIGENTES?

Es interesante ahondar en lo que el filósofo Julián Marías llama “las raíces morales de la inteligencia”. Estoy de acuerdo con él en que “sin una considerable dosis de bondad se puede ser «listo», pero no verdaderamente inteligente”. Uno podría aducir que hay gente muy mala que da indicios de una gran inteligencia. Esto puede parecer cierto y pudo haberlo sido en los inicios de una vida o de una carrera, pero el tiempo revela que la inteligencia se atrofia cuando la perversión prevalece. Es aquí cuando Marías preferiría hablar de astucia. En su artículo *Apertura a la verdad*, el filósofo señala que la mayor evidencia de esto es intelectual, pues una inteligencia transida por la bondad de corazón penetra en la realidad con mayor profundidad. Sin cierta “dosis de bondad”, la capacidad de apertura a la realidad se contrae. Es como si la visión de las cosas se redujera por efecto de unas gríngolas. Se torna primitiva, burda.

Cuando se desea conocer realmente lo que son las cosas, trátase de situaciones, personas o procesos, esa dosis de bondad lleva al hombre a abrirse a la verdad, a aquello que “es”, sin prejuicios que pudiesen alterar la percepción. Cuando las intenciones son deshonestas o hay exceso de soberbia sucede lo contrario: el hombre se cierra a conocer la realidad en su amplitud, con todas sus aristas y matices, para manipular después ese trozo de verdad cortado a la medida de su yo. La inteligencia se abre a la realidad y la astucia entorpece este conocimiento, pues limitándolo a la estrechez del interés utilitario, deja por fuera muchos aspectos que le llevarían a apreciar el valor de las cosas con mayor profundidad.

La verdadera inteligencia es humilde. Se abre a los misterios del universo y sabe que todo lo cognoscible la sobrepasa. Por no tener interés alguno en ahondar en lo que las cosas son, el astuto se acerca a las realidades y a las personas para manipularlas, usarlas y dañarlas si esto último supusiera un mayor beneficio para sus intereses. El inteligente sirve a la sociedad; no usa a las personas. No procura dominarlas y eliminarlas de su camino, pues por su tendencia a la apertura ve a las circunstancias y a los demás como ocasiones de aprendizaje y crecimiento. No como obstáculos o peldaños para alcanzar sus logros.

La inteligencia está asociada así a la bondad, al real servicio al prójimo y a la verdad. La astucia, en cambio, a la mentira y al dominio del prójimo: al irrespeto de la realidad en todas sus dimensiones.

Me pareció interesante esta distinción entre la inteligencia y la astucia, porque pienso que hemos sido testigos de los efectos de una soberbia destructora innegable; de un egocentrismo casi que patológico que se ha llevado a todo un país por delante. Los responsables han sido hombres “listos”, “vivos”, “astutos”, pero de una inteligencia limitada, sofocada por los entuertos de la maldad. Hace tiempo que la viveza criolla traspasó la barrera de lo gracioso. Por eso creo que es bueno meditar sobre la relación que tiene la verdadera inteligencia con “una considerable dosis de bondad”, pues una nueva nación nace de la amplitud de miras y de corazón de sus ciudadanos; no de una cerrazón que amenace con seguir manipulando una realidad suficientemente dañada.

(El Nacional, agosto de 2019)

AYUDARNOS UNOS A OTROS

El ambiente está tenso. Se ven caras tristes, ansiosas, sobre todo temerosas de un futuro incierto. En el fondo, si se hurga, late en muchos una esperanza que se funda en la inevitable implosión de este proceso, pero “mientras tanto” hay que buscar huevos, harina, aceite, azúcar, pollo, medicinas, y para empezar, muchas veces trabajo y dinero. Por eso debemos ayudarnos mutuamente a que esa llama de ilusión no la apague el viento de las amenazas y de las dificultades del día a día, pues cuando se llega cansado a la casa, después de un día difícil, y sin haber encontrado papel toilette o trabajo, ¿quién va a pensar en salvar a Venezuela?

Los regímenes autoritarios saben esto. Lo saben bien. Saben que el esfuerzo por cubrir las necesidades básicas restan fuerzas a las luchas elevadas: ésas que se avocan a salvar la libertad y la independencia de una nación.

Hace poco quise comprar una botellita de agua en una estación de servicio PDVSA. No pude hacerlo porque no había: “Quien las trae nos dijo que había dificultades con los envases plásticos y nos advirtió que quizás nunca más llegarían, así que guarde los que tiene y recíclelos” –dijo la vendedora. Los anaqueles estaban prácticamente vacíos. Las galletas estaban ordenadas por paqueticos individuales, puestos todos en fila, uno a uno, para aparentar abastecimiento y las que yo buscaba tampoco habían llegado. “El muchacho que trae esas galletas me dijo que están teniendo problemas con la materia prima” –comentó la señora.

La tiendita me llenó de tristeza, pues tuve la sensación de estar en un país pobre, sin recursos, donde la parálisis del aparato productivo amenaza además con aletargarnos también a nosotros hasta dejarnos sin motivación alguna en la vida. Comenté mi percepción con el bombero, quien con una languidez extrema me dijo: “¡Ay señora, hay que irse acostumbrando!”, a lo que respondí: ¿Por qué, señor? ¿Por qué vamos a acostumbrarnos? Reaccionó con rapidez y me dijo con más vida: “Es cierto. No podemos acostumbrarnos. Tiene razón.”

Días después, cuando al fin pude conseguir un cartón de huevos, comenté el precio con el dueño del automercado, quien me dijo: “¡Ay señora! ¿Qué puede hacerse si no hay comida para pollos? Si los pollos no comen, no engordan y no ponen huevos. ¿Cómo no van a estar caros?”. Minutos después, haciendo la cola para pagar, una señora comentó: “Esto fue lo que el pueblo eligió...”

A lo que un señor respondió molesto: “No señora. No se le olvide que el pueblo *no eligió esto*.” “Es cierto –comentó la señora”. Hay que recordarlo con frecuencia y ayudar a otros a recordarlo –pensé yo.

Yo seguía asombrada con la explicación de los pollos y su alimento, cuando llegué, ese mismo día, a la quesería que frecuento. Allí una señora me explicó lo el quesero había dicho: “Hay escasez de queso por la sequía. La hierba no crece, las vacas no comen, no engordan, y producen menos leche. Por eso no hay queso”. Pero, ¿es por eso que no hay queso? ¿Qué pasa, Dios mío? –pensé. Estamos aturridos –y con razón.

Crucé la calle para comprar pan y allí me esperaba otro diálogo desesperanzador....La dueña de la panadería acababa de regalar un sándwich a alguien y me comentó: “¿Sabes? Yo le había prometido a esa señora que si ganaba el flaco yo le regalaba un sandwich....Vino hoy y me dijo que tendría que regalárselo en otra oportunidad. Inmediatamente le dije que se lo iba a regalar ya, ¿sabes por qué? Porque el flaco ganó”. Se veía triste y con razón, pues para muchos es vital que este sistema cambie si se quiere sobrevivir.

Si nos dejamos embargar por el desaliento, nos hundiremos en la pasividad que caracteriza al hombre oprimido por la ideología socialista. No podemos acostumbrarnos. La lucha empieza y persiste dentro de nosotros. Las carencias que han sufrido muchos pueblos en circunstancias parecidas han servido para hundirlos por momentos: es cierto. Esta impotencia, sin embargo, ha hecho también las veces de resorte que ha servido de impulso para actuar, pues el sufrimiento puede destruir, pero puede también insuflar en los ánimos unas energías insospechadas. Todo depende de que no olvidemos lo que ocurre; de que reaccionemos y apostemos la vida entera por algo mucho mejor: por la libertad y una Venezuela alegre; muy distinta a la que vemos.

La visita de Juan Pablo II a Polonia, una vez elegido Papa –hecho que los comunistas no pudieron impedir-, supuso un impulso tremendo en su proceso de liberación. Cuando celebró esa primera gran Misa al aire libre, los polacos advirtieron que “eran muchos”. Al ver los ríos de gente que caminaban hacia el lugar de la ceremonia, algunos cuentan que pensaron: “¿Por qué seguimos así si somos tantos?”. El Cardenal Stanislaw Dziwisz asegura que “la caída del Muro comenzó allí; no en Berlín”. “Tras esa visita –continúa- Polonia no fue ya la misma. La gente enderezó la espalda, ya no tenía miedo.” Juan Pablo II “liberó la energía interior del pueblo” -concluye.

¿Necesitaremos nosotros una ayuda así?

(El Universal, junio de 2013)

BAJO TIERRA

En la maravillosa *Biografía sobre Juan Pablo II. Testigo de esperanza*, escrita por George Weigel, las minas de sal en Wieliczka constituyen para el autor “una metáfora del carácter especial del catolicismo polaco y de su relación con la historia nacional”. Muchos metros bajo tierra hay una famosa capilla construida por mineros de honda piedad, que asemeja “un diamante iluminado por el sol” cuando las velas están encendidas. Por encima, en la superficie, se extiende “la ruta natural de invasión desde este y oeste en que los maleantes causarían estragos durante siglos”.

Esta capilla, metáfora de Polonia, acoge “el latiente corazón de una gran cultura espiritual, que a menudo careciera de lo que el mundo reconoce como poder”. Así, pues, mientras en lo profundo de la tierra una capilla invitó a muchos hombres a volcarse hacia adentro para rastrear lo que había de eterno en ellos, en la superficie acontecían múltiples sucesos que parecen siempre constituir la única realidad y la única historia.

El artículo que escribió el profesor Elías Pino el domingo pasado, *¿Una iglesia militante?*, me ayudó a conectar mis inquietudes con las que voy viendo que tienen otros y como pienso que hay Providencia y no casualidad, me atrevo hoy a poner de manifiesto mi convencimiento de que la experiencia polaca puede ayudarnos a comprendernos como nación. Puede, al menos, inspirarnos, al conocer de dónde sacó fuerzas esa nación tan distinta, ciertamente, a nosotros.

Si hago alusión a la metáfora de la capilla de Wieliczka es porque pienso que a las situaciones subyace una dimensión que no presencian nuestros ojos físicos y que, sin embargo, actúa con una fuerza inmensa, pues siempre, en toda nación y en toda circunstancia, la condición para dar fruto es excavar la tierra donde se va a sembrar y allí, en medio de la oscuridad, el espíritu se expande al crecer hacia adentro, alimentado por el sacrificio. Las semillas crecen bajo tierra. Nunca en la superficie. Así en el alma: las crisis obligan a madurar y agudizan la capacidad reflexiva. Por momentos, sin duda, pueden abatir, pero la percepción de que todo tiene una razón de ser impulsa a seguir buscando hasta encontrar la vía que lleva a superar las dificultades.

Pero hablemos de Polonia y de su “Iglesia militante”: se trataba de una comunidad consciente de “la naturaleza efímera de los regímenes políticos”. Esta Iglesia (conformada por pastores, religiosos y laicos) empezó a intuir “que su posición se había visto fortalecida por sus enemigos mortales, Hitler

y Stalin. Los sacrificios y el heroísmo de su clero durante la ocupación nazi le habían otorgado enorme credibilidad moral. Stalin, al «desplazar» Polonia hacia el oeste en el mapa de Europa, había creado la Polonia más polaca y católica de la historia nacional.” La Iglesia supo sobrevivir y resistir. Y a Wojtyla, en concreto, como a tantos otros, “el sacerdocio se le antojaría como un modo de vivir en actitud de resistencia ante la degradación de la dignidad humana perpetrada por una ideología brutal.”

Su reflexión giró en torno a la crisis del humanismo, pues tanta destrucción no podía deberse sino a una visión del hombre que no se correspondía con las exigencias de una naturaleza que tendía a ser libre y aspiraba, en el fondo, a la trascendencia. Así, pues, viendo la historia desde arriba, desde los ojos de Dios, Lenin resultó ser uno de los “promotores” de la KUL (*Universidad Católica de Lublin*), pues permitió al fundador, Idzi Radziszewski, “llevarse de vuelta a Polonia la biblioteca y el equipo de la Academia Polaca de Teología de Petrogrado cuando el sacerdote trataba de poner en marcha la KUL”.

Los comunistas subestimaron el trabajo de pensamiento en la KUL, cuyos filósofos tenían muy claro el objetivo: ahondar en lo que era el hombre, la persona humana creada y dotada de un alma individual y de una libertad que el mismo Dios, contrariamente a los regímenes totalitarios, respeta. Los resultados de la KUL fueron relevantes y de alto impacto en todos los órdenes de la vida, incluyendo el político.

Ante una ideología que diluía al hombre en la masa y pretendía disociarlo de su propia intimidad, los polacos supieron “construir” una visión que promovió el acompañamiento de las personas llevándolas a la comunión con sus semejantes. La tentación era ceder ante un poder que pretendía el dominio moral sobre la nación; y en esto no se podía transigir, porque el ser humano nació para vivir en libertad. Esto quedó en evidencia en la misma dinámica del proceso polaco: las leyes de la historia, esas que afirman que tras la lucha de clases deviene necesariamente la dictadura del proletariado, demostraron, en Polonia, no ser absolutas. Allí hubo resistencia y enfrentamientos, pero no lucha de clases. Por el contrario, la sociedad vio nacer al movimiento *Solidaridad* que, promovido por esa clase que el marxismo concibe como el proletariado, llevó al país a transitar a la libertad.

Hablemos ahora de nosotros: un día escuché decir al profesor Carrera Damas que la Iglesia, en Venezuela, ha hecho –a su juicio-, el mejor diagnóstico de la naturaleza de nuestros problemas y de las condiciones de nuestra sociedad. Pienso que esta asertividad se debe no a su imparcialidad

política manifiesta, sino al hecho de que ella sabe bien *qué* es el hombre y a *qué* está llamado. Se espera que la Iglesia esté allí *por* el hombre y *para* el hombre. Pienso que su abierta postura de invitarnos a volcarnos hacia adentro y reconocernos como somos, siempre necesitados de salvación y de una más profunda conversión, se traduce en una mayor claridad para comprender e interpretar tantas vidas “atrapadas en una gran obra dramática de pecado y redención”, en palabras de Weigel (como todo lo que está entre comillas). La valentía de nuestros obispos; la toma de conciencia de la gravedad de la situación por parte de la “Iglesia militante” (como dice Elías Pino), así como la prolongada purificación de una fe, de una esperanza y de un amor que se han acrisolado en muchos venezolanos, son signos que sugieren que el camino pasa primordialmente por la reforma interior de cada uno de nosotros.

Pienso que los pueblos, como las personas, viven sus procesos de purificación, sus noches oscuras del alma, que son ocasión para ascender a niveles de vida más elevados a lo largo de este largo camino de la vida. Esa es la lección que podemos aprender de los polacos: ellos supieron luchar, sufrir y orar con profundidad. Propiciaron una renovación cultural y una unidad nacional muy honda, de gran trascendencia. Supieron pensar en sus problemas con tenacidad y morir a sí mismos en sus egos internos. Aprendieron a trabajar juntos, renovándose ante todo cada uno en su intimidad. Fueron espirituales y dieron fruto.

Pensemos: ¿hacia dónde pueden estar llevándonos nuestros Stalin(s) y Hitler(s)? ¿Qué puede estar propiciando nuestro correspondiente Lenin sin imaginarlo? ¿Qué requerimientos nos hacen a cada uno las circunstancias, de modo que podamos servir al país con los talentos que tenemos?

(El Nacional, enero de 2020)

BUSCANDO EN LOS ANAQUELES

La visita a los supermercados se ha convertido en todo un *via crucis*. Las dificultades para encontrar los alimentos básicos el día que a uno le corresponde por cédula (porque en algunos lugares se sigue aplicando), las colas para acceder a ellos, sumado al encarecimiento de todos los productos, son todas situaciones que están haciendo la vida cada día más cuesta arriba.

Ante ciertas circunstancias, me asusta ver cómo me vienen a la mente pasajes de las novelas de Leonardo Padura que lo acercan a uno cada día más a la experiencia cubana. Ese “salir a buscar comida” entendido y asumido como trabajo diario va aterrándolo a uno día a día. La madre de familia invierte mucho tiempo buscando qué comprar. Uno ve a la gente caminando por el supermercado en silencio, con la calma de quien debe usar bien el escaso dinero que tiene, pensando segurísimamente (no hace falta leer las mentes) qué comprar para poder cocinar lo que servirá a su familia en la semana. Lo que se compra debe rendir, debe satisfacer, debe alimentar. Por eso uno da vueltas y vueltas, examina precios, y ve muchos anaqueles vacíos. Queda lo que es muy caro, los enlatados importados, la pasta italiana, lo incomprable para la gran mayoría, que a efectos de una economía sana, es lo que importa. Porque vamos a estar claros, los que compran sin ver precios y dicen tan tranquilos que no están pasando trabajo porque todo lo resuelven con los bachaqueros, no son referencia de las grandes mayorías; no son referentes de nada ni de nadie en ningún país.

Uno ve también muchos ancianos comprando solitos. Y deben ir por el tema de la cédula. Quizás alguien compraba por ellos en el pasado, pero ahora ¿cómo se hace? La presencia de muchos que deberían estar en sus casas tranquilos, en lugar de estar haciendo estas colas y enfrentando estos desbarajustes, es algo que molesta. No se abren cajas especiales para ellos, ni que estén en silla de ruedas como lo he constatado; ni que tengan alzheimer y peguen gritos de angustia, como lo vi con mis propios ojos. Otros se aprovechan de ellos, como pudimos inferirlo muchos en una cola horrorosa. Ese día, varias enfermeras provenientes de un geriátrico de la zona, fueron con varios ancianos en sillas de ruedas. Es probable que sus hijos ignoren que esto ha ocurrido, pues la enfermedad de sus padres les impide contarlo, pedir auxilio ante el abuso de que son objeto. La inhumanidad se ha impuesto en muchos lugares y el desespero, la ansiedad, la agresividad, la desesperanza, por no hablar de la viveza, la corrupción y el irrespeto al otro, a su vida, a su integridad, están a flor de piel. Uno se cerciora de que cada día hay menos comida. Es cierto. Y uno no puede

dejar de asustarse. Me asusto porque tengo hijos, porque están los niños, porque están los ancianos, los enfermos, porque están los miles que ganan muy poco y me pregunto, muchas veces, ¿cómo hacen si al que tiene un poco más también le cuesta?

Las palabras de la abuelita italiana de una amiga se están transformando en mi referencia. Cuando recuerda lo que comían en la guerra cuenta que se ceñían a “lo que había”. Los campesinos europeos vivían de los vegetales y los granos en épocas de escasez. El arroz siempre ha sido básico y la harina lo fue para ellos. Mi tía me contaba cómo la conseguían para la pasta y el pan a cambio de otras cosas. Pero tampoco hay harina; las carotas rojas están en Bs. 500 el medio kilo y las lentejas, lo más barato y alimenticio de siempre, no se encuentran. Si uno no logró abastecerse, bien sea por desprevenido o por falta de dinero, en estos instantes la está pasando mal. La inflación, además, abruma. Cuatro latas de atún son mil bolívares. “Pero es más barato que la carne”, dice la gente. Puedo rendirlo en un pudín, en hamburguesas, en pasta con mayonesa. La verdad es que ir al supermercado se ha transformado en toda una escuela de cómo rendir el dinero y la comida, en cómo cocinar nuevas recetas y cómo educar a la familia. Pero ¿hay derecho a que un niño le pregunte a uno si puede tomarse un vaso de leche “porque está en escasez”? La harina pan fue diseñada para facilitar la vida y ahora uno busca rendirla con plátanos maduros para hacer empanadas. Son riquísimas, pero ése no es el punto.

Uno ve caras largas, tristes, desesperanzadas, temerosas. Uno ve empleados desmotivados, como sin expresión en el rostro, cansados de pelear con la gente. No hablan; no responden. ¿Cómo avanza un país que está en cola permanente? Yo no sé lo que viene ni sé qué decir. Lo que me pasa por la mente es mejor no decirlo, porque no sé si basta con motivar a votar.

Sólo hablé de la comida. Falta hablar de las medicinas y de tantas cosas más.

A estas alturas me preparo cuidando a mi familia y pido a Dios que la transición llegue en paz.

(El Universal, julio de 2015)

"CAMBIAR UNOS PROBLEMAS POR OTROS"

Como tantos, he leído las palabras que Lorenzo Mendoza dirigió a sus empleados, así como las que una venezolana le dirigió a él desde el exilio. Leí también la opinión que emitiera al respecto *Veneconomía* y debo decir que yo también acogí las palabras de Mendoza como las más idóneas que un empresario puede transmitir a sus empleados. Opina así *Veneconomía*: "Sin menoscabo de las razones que tiene cada persona que toma el difícil camino del éxodo, son las nefastas consecuencias que una emigración masiva tiene para el futuro de Venezuela en donde radica la importancia que, para *VenEconomía*, tiene el mensaje de optimismo y confianza que diera a sus trabajadores, Lorenzo Mendoza, cabeza del Grupo Empresas Polar, una de las empresas privadas más importante de Venezuela."

La verdad es que no interpreté sus palabras como un ataque o cuestionamiento a quienes se han ido. Quien permanece en Venezuela, no sólo porque "no puede irse" sino porque muchas otras razones le atan a ella, está experimentando la necesidad de fortalecerse interiormente para asumir esta lucha con un sentido cada día más profundo. Mendoza no criticó a los que se han ido; manifestó comprenderlos en sus circunstancias, pues cada uno debe buscar su camino y abrirse a las posibilidades que este camino vaya ofreciéndole, a él y a los suyos. Quien hace cabeza de una empresa como Polar debe, sin embargo, fomentar la esperanza en quienes dependen de su lucha diaria, sobre todo cuando esta lucha es también una vocación de vida. Es probable que él no haga cola para comprar harina pan, pero no sólo la produce (más difícil) sino que lleva años lidiando con circunstancias que amenazan diariamente con asfixiar a la empresa privada y dejar sin empleo a miles de empleados. No es cierto, además, que desconoce los asaltos del hampa, pues en Venezuela nadie tiene su vida garantizada y su familia lo ha constatado. Los problemas de unos, además, suelen ser distintos a los de los demás, pero existen; siempre existen y la fachada engaña. Como todos nosotros vive aquí y como empresario venezolano, sortea en estos tiempos muchas dificultades. Sus palabras recuerdan a las de la nueva propaganda de Farmatodo: "De venezolano a venezolano", pues ¿de qué otro modo puede plantearse la lucha sino desde la esperanza?

Su mensaje, pienso yo, debió ser como fue. ¿Qué podía decir a sus empleados en medio de la incertidumbre que vivimos? ¿Qué puedo decir yo a mis alumnos cada vez que los veo? ¿Les recomiendo que se vayan, que emigren, que no estudien? De entrada no puedo sino educar para

Venezuela porque de no hacerlo mi propia vida no tendría sentido. El día que no procure transmitir esperanza, será porque me habré ido yo misma. Educar en pesimismo es fatal y muy a pesar de los pesares, debo procurar dar alguna luz a los que me rodean. Irse o no irse es una decisión muy personal, pero yo no puedo permitirme transmitir un mensaje que no sea esperanzador en las aulas de una Universidad que recibe cada trimestre a muchos venezolanos deseosos de aprender y ser mejores. Muchos no han pensado en irse; otros no pueden hacerlo; otros no lo desean. En este momento tengo en mis manos no sólo a jóvenes, sino a adultos dedicados a educar (a servir) a otros. ¿Qué les digo? ¿Que busquen cómo irse? ¿Que para qué invierten en sus estudios si no le servirán de nada?

No puedo hacer eso y además, no me lo creo, pues los momentos de crisis abren siempre la posibilidad de crecer por dentro. Si bien estamos pasándola muy mal, creo que en Venezuela se abrirán los caminos. La decisión de irse del país se toma en la intimidad del hogar, después de haber evaluado muchas variables y se entiende y respeta, pero en Venezuela sobraré trabajo y se necesitará de muchos que pongan el hombro. Decirlo y transmitir esperanza no equivale a juzgar a quienes se han ido. En una institución venezolana, en una empresa venezolana, además, no puede plantearse sino la necesidad de luchar por el país como un estímulo general, pues pienso que nuestro deber es formar para Venezuela. Nuestro compromiso es con el país y su gente.

Hace unos días me buscó una alumna para que hablara a un grupo de jóvenes, líderes de grupos de la Universidad, sobre la misión que cada uno, personalmente, puede asumir como ciudadano. "Mi forma de protesta es ser mejor", me dijo. "Necesitamos un poco de esperanza para transitar este túnel donde no se ve la luz al final", añadió. ¿Qué les digo? ¿Que no puedo darles esperanza? Si aquí estamos, es aquí donde hay que dar la batalla. Si alguno ve que no puede, porque la batalla no abre camino a ninguna posibilidad para "su futuro" personal, decidirá otra cosa, pero la lucha es un compromiso; ciertamente lo está siendo en estos momentos y hay que asumirlo en libertad.

Cuando se transmite mensajes de esperanza a los venezolanos, se hace en estos momentos desde una posición muy difícil, pues quien lo hace también está sufriendo y por eso sabe bien lo que dice.

(El Universal, abril de 2015)

CIELO E INFIERNO

A veces imaginamos las realidades últimas como lugares en los que podríamos llegar a estar después de esta vida. Lo cierto es, sin embargo, que ya desde ahora se incuba dentro de nosotros algo de esa felicidad futura o tal vez mucho de esa frustración existencial que será después permanente.

El tema ha venido a mi mente no solo porque he tenido que estudiar *La ciudad de Dios* de san Agustín, sino porque he visto unas series de televisión que, aunque viejas, tratan sobre Lucifer y sobre cómo será la vida después de esta. Más que lo graciosas e interesantes (por plantear el tema) que puedan resultar las series con sus perspectivas, prefiero ahondar en lo que dice Agustín.

Para él, lo nuclear es el tema del amor, pues las ciudades de las que habla habitan en el corazón: “Dos amores fundaron dos ciudades, esto es, el amor propio hasta el desprecio de Dios, la terrena, y el amor de Dios hasta el desprecio de sí propio, la celestial”. Como el orgullo funda la primera y la humildad la segunda, ambas ciudades se confunden y mezclan en esta vida. No se trata solo de que nuestro propio corazón está en una búsqueda permanente de un amor más alto y profundo, por lo que los dos amores se encuentran en nosotros mismos en constante lucha. Se trata, sobre todo, de una distinción parecida a la de la parábola del trigo y la cizaña: buenos y malvados, humildes y orgullosos están mezclados en esta tierra. Los primeros no necesariamente son cristianos y los segundos no necesariamente son paganos, como explica Agustín, pues quienes deberían ser humildes muchas veces no lo son y esos de quienes pensamos mal, muchas veces guardan en su interior sentimientos más nobles de los que creemos.

Esta idea ayuda a comprender que la ciudad de Dios no ha de entenderse literalmente como el reino que nos espera al morir, pues al fundarla la humildad y el amor, esa ciudad ya está aquí, en esta tierra, en el buen corazón. La ciudad terrenal está también aquí, en esta vida, en el corazón soberbio. Por eso podríamos decir que al morir, ese estado interior de felicidad o amargura que dominó con fuerza nuestro corazón continuará haciéndolo después. Se tratará de una continuación, de una extensión, si bien perdurable y estable, en virtud de una gran purificación (en el caso del cielo), de lo ya saboreado en esta vida. El estado de frustración y vacío, por otra parte, no tendría por qué ser satisfecho con la plenitud si la vía que conduce a ella fue formalmente bloqueada. El amor en el que

posemos nuestro corazón cambiará solo si así lo queremos. La muerte, en principio, no lo hará solo por constituir una realidad que no podremos eludir. No es el cambio de ubicación lo que nos cambiará por dentro. Precisamente por ser interior, esa conversión está condicionada a nuestro libre querer. La felicidad o la amargura constituyen un estado que arraiga desde ahora mismo en cada corazón.

En la serie *The good place*, un personaje descubre que la engañaron al decirle que estaba en el cielo porque su conciencia le decía que no había sido buena. Además, su estado interior de inconformidad, de sentimientos de enemistad y disgusto, parecido al del resto de los personajes que estaban con ella en esa misma situación, la llevó a deducir que debía estar en el infierno, pues ese estado de conflicto interno no debía ser el propio del cielo.

Agustín plantea que todo se incuba en el corazón, según sea el amor que funde nuestra “ciudad” interior. La soledad, el vacío existencial, la tristeza, la amargura y la más profunda frustración son ya un “infierno” en esta vida. La bondad, la paciencia, la alegría de una conciencia en paz pueden coexistir junto a los sufrimientos que no podremos evitar. Parece tal vez más probable experimentar el infierno que el cielo en esta tierra, pero el amor marca la diferencia y eleva las circunstancias a otro nivel. Hay también bondad en muchos corazones.

La experiencia del mal; de la vileza en una simple mirada; de situaciones que consideramos “infernales”, prolifera en esa ciudad “terrena” agustiniana en la que la soberbia reina. Aunque estos sean los sentimientos que parecen dominar en muchos, es también cierto que desde el vacío de la frustración existencial y de las múltiples injusticias de las que somos testigos, todo hombre puede reconocer que su corazón aspira lo contrario: un amor y plenitud que ciertamente no es posible satisfacer en esta vida.

Como los procesos son interiores, ambas ciudades se confunden mientras recorremos nuestros caminos. Por eso erramos en muchos de nuestros juicios sobre los demás.

En fin, estas series llamaron mi atención porque evidencian, aunque sea en forma de comedia, esa inquietud humana de trascender, tanto como lo que señala Agustín: que todo proceso es interior.

(El Nacional, noviembre de 2019)

¿CÓMO EDUCAR EN ESTOS TIEMPOS?

Así como el médico se pregunta cómo curar a sus pacientes en medio de la actual crisis de escasez de medicamentos y el que produce algo se plantea cómo solventar su situación, asimismo un maestro, un profesor, se cuestiona cómo educar, cómo hablar a sus alumnos en estos tiempos en los que muchos desean irse y otros tantos se han quedado con cierta resignación. Muchos otros visualizan su futuro aquí, con una esperanza que tantea las posibilidades un poco a ciegas, hay que decirlo, pero deseando que esto cambie para incidir también ellos con sus vidas. Hablo, sobre todo, de los adolescentes que se ven próximos a llegar a la universidad y de esos que ya llegaron.

Por nuestras manos pasan esos de los que dependerá el futuro del país. Por lo mismo se siente una gran responsabilidad por lo que significa poder aportar unos pocos granos de arena en la siembra de lo que vendrá. Es inevitable por eso que uno se plantee cómo educar en estos tiempos. Las áreas en las que me muevo me hacen particularmente sensible al tema de la cultura y su importancia en la vida de una nación: en su relevancia para que exista y permanezca eso que llamamos “nación”, de hecho. Todas las áreas son importantes y es lógico que todos nos sintamos capaces de argumentar por qué la propia es tan fundamental. La relativa a la educación de un pueblo, a la formación de sus valores será siempre, sin embargo, la más relevante.

“Creíamos que teníamos un país”, me dijo hace poco una amiga. Y aunque sigo sopesando el alcance de esa frase tan fuerte, es justo ella la que me sirve de apoyo en estas reflexiones. Esas causas que buscamos en el pasado para clarificar nuestro presente no son exclusivamente económicas. Responden a múltiples factores, sin duda, pero a ellas subyace siempre una visión de la vida, un modo de enfrentar la realidad, que ha afectado y penetrado nuestras instituciones como un virus que lo carcome todo. Tal vez esas causas han ido configurando nuestra postura ante la realidad; tal vez una cierta actitud, una especie de mentalidad, aunada a las comunes circunstancias han canalizado esos sucesos y nos ha ido haciendo como somos. La verdad es que no sé. Lo cierto es que hurgando en nuestras carencias, los valores ciudadanos están brillando por su ausencia. Valores que tienen que ver con el grado cultural de un pueblo, con la identificación con lo que caracteriza a un ser humano como “de aquí” o “de allá”.

Es la cultura, justo la cultura, la que permite a un pueblo resistir frente a los embates de todo tipo de amenazas. Eso que constituye las manifestaciones más diversas de su humanidad es lo que permanecerá en las siguientes generaciones como lo que nos identifica. Por eso no puedo sino insistir en la relevancia que tienen las humanidades para fortalecer nuestra identidad, para fusionarnos como grupo humano, para encontrarnos en lo común. La lengua, las tradiciones, la historia, tanto como esas manifestaciones del espíritu como la literatura, la música y las artes en general son los latidos de vida de un pueblo: el indicio de que respira. Ante la amenaza de la tala y de la quema de lo que hemos sido y queremos ser, los que nos movemos en las aulas sólo podemos convencer al alumno sobre la necesidad de conocer nuestro pasado, de leer lo que tantos de los nuestros han escrito y hecho por sostenernos en el tiempo como sociedad.

Creo que en estos tiempos hay que esmerarse en enseñar a amar a Venezuela, a nuestra lengua, nuestra literatura, nuestro pasado, nuestros logros y fracasos: en arraigar a los jóvenes, en definitiva, a eso común. Se queden o se vayan, regresen o no, maestros y profesores debemos hacer un esfuerzo sin duda heroico por sembrar en las mentes y en los corazones de los muchachos el amor hacia un país que sufre; la conciencia de no formar parte de quienes lo desangran con su indolencia y falta de ética; los deseos de formar parte de una generación nueva que quiera hacer lo contrario. No es fácil, pero enseñar nunca lo ha sido. Siempre queda algo, sin embargo, y por ese poco vale la pena.

(El Universal, septiembre de 2015)

CONFIAR EN UN NUEVO PAÍS

Hablar de esperanza es difícil porque supone el convencimiento de que lo que vemos ahora será distinto y sobre todo, mejor. Pienso que por ser lo más frágil, pero a la vez importante, la confianza en que vendrán tiempos de cambio es lo que intentarán arrebatarlos.

La esperanza no nos entrega un futuro ya acabado, logrado, sino que nos abre a un horizonte nuevo en el que hay que construir. Por eso es vulnerable, pues al advertir que mucho depende de nuestra respuesta a las circunstancias, nuestra debilidad asoma asustándonos. Es comprensible que sintamos que no podremos superar tantas dificultades y cada nuevo asalto puede apagar nuestras ilusiones, pero advertir tanta fragilidad en nosotros es bueno porque en ella se fundan la fortaleza y la esperanza.

En el ámbito del conocimiento natural, el hombre que piensa y se atreve a salir de la caverna, como sugiere Platón, experimenta la ceguera ante tanta claridad. Cuando aumenta la fe sobrenatural, mayor es también la noche de la inteligencia que enfrenta la luz, como expone san Juan de la Cruz, aludiendo a la cercanía de un Dios que no podemos ver con los ojos del cuerpo ni entender con nuestros acostumbrados esquemas de pensamiento. El paso hacia lo nuevo es un proceso y hay que atravesarlo para renovarnos y ver de un modo distinto los acontecimientos.

En el ámbito físico, fundamento de estas analogías, la medianoche es un momento oscuro, pues a ella anteceden y siguen muchas horas de ausencia de luz, por más que la luna y las estrellas iluminen un poco la negrura. Pero pasado este límite de las noches, la anterior y la posterior a la medianoche, la noche se hace más oscura porque han pasado ya muchas horas: toda la noche. Aquí es cuando la esperanza crece con la seguridad de que llegará el amanecer. Crece precisamente porque el futuro es incierto y depende en mucho de que creamos en nosotros mismos.

Nadie sabe con seguridad *qué hora es* pero pienso, sin embargo, que vamos bien. La razón es que estamos cansados por tantos años de lucha y esto es buena señal, porque ya lo único que queda es rendirnos o confiar en un posible futuro país. Responder con esperanza es dar lo más íntimo y eso es bueno, porque todo impulso ayuda a crecer.

¿Que la destrucción es grande? Eso es bueno, porque habrá mucho que hacer. ¿Que hay mucho que restaurar, en nuestro interior y en nuestras comunidades? Sí y eso es bueno, porque seremos mucho más fuertes como sociedad. ¿Que hay mucho deterioro físico y moral? Eso es bueno, porque habrá mucho que reparar, construir y sanar. ¿Que las circunstancias nos han dificultado hacer algunas cosas? Sí, pero nos han permitido hacer otras. Toda carencia puede ser satisfecha y como bien dice una amiga, en estos tiempos hay que tratar de sacar lo mejor de nosotros, porque eso será “lo único que permanecerá” en el país y en nuestra alma cuando todo pase.

La fragilidad que sentimos; la oscuridad por la ausencia de luz física y difícil comprensión de estos tiempos confusos, son señales de que hay bondad oculta. Puede ser que la recuperación tarde un tiempo; que sea más rápida en algunas cosas que en otras, pero cuando los procesos son lentos hay posibilidad de reflexionar y esto es bueno, porque hará que los años futuros sean mejores y los logros más permanentes.

(El Nacional, marzo de 2019)

CONSTRUIR EN VENEZUELA

El título del artículo responde al del encuentro que tuvo lugar el martes 22 en el Impacthub Caracas con Alberto Vollmer, presidente de C.A. Ron Santa Teresa y de la Fundación Santa Teresa. En Alianza con la Compañía de las Obras Venezuela (CDO Venezuela), la invitación tuvo como finalidad “compartir un momento de reflexión y conocer la experiencia de apuesta por el país que lleva adelante Alberto Vollmer”.

En un ambiente informal, muy humano por lo cercano y espontáneo, los asistentes fuimos testigos de un testimonio digno de conocerse. Alejandro Marius, quien lleva adelante una iniciativa encomiable al frente de Trabajo y Persona, Fundación que busca formar en el trabajo a las personas que se acerquen con el deseo de aprender a emprender, a crear su propia empresa y canalizar así los propios talentos, hizo unas preguntas muy pertinentes a Alberto Vollmer, quien respondió de un modo transparente, como trasluce ser su personalidad.

Como reza el título, la idea que orientó la conversación fue cómo apostar en Venezuela, cómo construir en tiempos de crisis, cuando muchos no ven futuro ni tienen esperanza de un cambio cercano. Las preguntas y las respuestas no pudieron desligarse de la persona “Alberto Vollmer”, pues apostar a una empresa, a la concreción de un proyecto, necesariamente incluye siempre al ser humano que lo promueve y enfrenta las más variadas contrariedades en un país en el que, como el nuestro, abundan. La frase “los obstáculos son medios” o “haz de la crisis una oportunidad” se constata no sólo en la experiencia de Alberto Vollmer, sino en la de Alejandro Marius y su hermana Andrea, quien está a la cabeza de CDO Venezuela. Uno se alegra cuando conoce gente buena, gente que lucha y espera en el país. Gente que cree en su gente y en sus talentos, porque todos tenemos algunos. Formar en el trabajo, impulsar el emprendimiento, orientar y canalizar fuerzas interiores, motivar al logro enseñando a sortear obstáculos es el camino para generar el cambio que el país necesita. El ser humano precisa de una razón para vivir, del descubrimiento de sus talentos, del desarrollo de esos dones que están íntimamente ligados con la felicidad, pues saber qué hacer y lograr hacerlo bien centra en el mundo y da sentido a nuestros días.

La relación sincera y leal con el prójimo, la entrega al otro a través del trabajo bien hecho que se torna, por lo mismo, en servicio a la sociedad porque es fruto del buen uso de los propios talentos,

fue lo que pude respirar en ese encuentro. La labor de Alberto Vollmer es la de alguien que ha sabido comprender el cambio que ha sufrido el país en estos años. El proceso de inclusión, de acercamiento a las barriadas que rodean Santa Teresa, responde a una estrategia inteligente, pero sobre todo, profundamente humana. Sin sensibilidad, sin amor al prójimo, es realmente imposible lograr lo que él ha logrado. Su deseo de mejorar las condiciones de vida de aquellos que sólo sabían robar y matar para ofrecerles trabajo, casa y comida a cambio, ha devenido en todo un proyecto exitosísimo en virtud de la humanidad que subyace a su esfuerzo, pues no es propiamente un plan inteligente lo que salva al otro. Es la amistad ofrecida, la lealtad sincera y la preocupación por el otro lo que realmente dispone a que alguien difícil responda bien.

Pudimos escuchar el testimonio de Darwin, un muchacho que perteneció a una de esas bandas que tornó el asalto a la Hacienda en la futura idea del proyecto Alcatraz. Sus palabras llegaron hondo, pues pudo verse cuánto admira, agradece y quiere al “ingeniero”, como llamó una y otra vez a Alberto Vollmer. ¿Cómo no querer a quien ofreció una ayuda sincera y efectiva a su vida en momentos difíciles?

Los venezolanos necesitamos aprender a tender puentes, a comprender las difíciles condiciones de muchos, pero de igual modo esos muchos cuyas condiciones no son prósperas ni las más idóneas, necesitan también comprender que el trabajo es el único medio para salir adelante. Uno es feliz si descubre qué es eso concreto para lo cual uno es bueno y es esto lo que hay que procurar: insertar en la sociedad a través de trabajo, a través de la formación en hábitos que dispongan al desarrollo de los talentos y a la construcción del país, pues Venezuela es su gente.

Fue un respiro ese encuentro, pues hay gente trabajando por el país. Escuchar de boca de Alberto Vollmer que las oportunidades en Venezuela abundan y abundarán enormemente en los próximos dos años fue de verdad esperanzador, pues lo dice alguien que constata las dificultades, que ha logrado un acercamiento fecundo con los barrios más peligrosos de la zona y desde hace un tiempo para acá, con las cárceles. Los testimonios son necesarios en tiempos difíciles y éste es uno de ellos, pues más estimulante, esperanzador y realista no pudo ser. Uno constata que los visionarios tienen los pies en la tierra y alegra mucho saber que en el país hay venezolanos de su categoría profesional y humana.

(El Universal, septiembre de 2015)

CRECER HACIA DENTRO

El título de este artículo puede parecer poco práctico en momentos en los que uno está ávido de noticias que prometan cambios. Los necesitamos, sin duda, pero llegarán si abonamos el terreno con una mirada más profunda a nuestro interior. Uno desea resultados inmediatos, rápidos, externos y materiales. A veces, sin embargo, las circunstancias nos fuerzan a ser pacientes. Este es un medio muy provechoso para reconocer nuestras limitaciones y madurar los procesos que nos enseñan que las virtudes no se adquieren de un día para otro.

Muchas cosas tienen que cambiar en el país, pero esto no sucederá si no cambiamos nosotros. Y aunque esto suene a frase hecha, es bastante cierta. Las costumbres y los modos de organizarnos, de “habérmola con la realidad” –como decían los filósofos de la Escuela de Madrid– cambiarán de modo progresivo si nosotros lo hacemos por dentro.

Augusto Mijares insistía en la importancia de asimilar que las virtudes se adquieren “gradualmente”. Nadie llega a ser sabio en dos días, ni humilde en dos meses, ni fuerte en un año. Los hombres aprendemos poco a poco y según seamos lentos o más rápidos, soberbios o humildes, receptivos o cerrados a las lecciones de la vida, nos abriremos a la reflexión y al cambio que ameritan siempre nuestras actitudes interiores. De ese cambio personal dependen nuestras relaciones con los demás y en consecuencia, la fuerza que podamos irradiar en nuestro entorno. La eclosión de una nueva vida nace de adentro hacia afuera. Es la ley de la naturaleza.

Las circunstancias exteriores, el dolor en todas sus formas, pueden debilitar por un tiempo largo si los golpes son constantes y agresivos. El hambre, por ejemplo, de muchos venezolanos; la desesperanza y la incertidumbre, son realidades que generan sufrimiento, ansiedad y tristeza. Esa vida que germina en la intimidad, en medio de dudas y oscuridades, necesita de la ayuda de una mano amiga que le impulse a surgir, porque sí, el dolor puede debilitar. Sin embargo, las situaciones difíciles, aparentemente insolubles porque todo parece reducido “a la impotencia o la nada” (Bossuet), son siempre una invitación a rendirnos humildemente hasta reconocer que en muchos momentos *no podemos solos*. Con el tiempo, el sufrimiento bien asimilado fortalece enormemente, pero mientras se sufre, es humano necesitar de comprensión por parte de otro. Lo positivo de estas situaciones es que

constatamos que nos necesitamos unos a otros y que muchas vidas penden de nuestra respuesta a las circunstancias.

La esperanza de que lo que nos supera *debe* ocultar un sentido que tal vez no vemos, obliga a descubrir en nosotros una capacidad para bienes más grandes y elevados. La humildad es una virtud que atrae bendiciones de Dios y no nos hace menos hombres pedirle con la honestidad y sencillez más honda de la que seamos capaces, luz y fortaleza para orientarnos en estos difíciles momentos.

La reconstrucción del país pasa por una profunda renovación moral y esto aplica para todos. Václav Havel apelaba a la misma necesidad en Checoslovaquia. Por eso no es gratuito que definiera su política como “existencial”, pues la transformación de las circunstancias amerita de un cambio interior que resulta realmente en una “ubicación” en el mundo que dé sentido a la propia vida.

El curso histórico, nuestro paso por esta tierra, tiene un sentido que implica todo lo que hacemos. Por eso, lo que vivimos no es un “problema puntual” que interrumpe u obstruye nuestro caminar y que por lo mismo puede ser resuelto de un modo puramente pragmático, con una “estrategia” eficaz. El país entero está inserto en una dinámica caótica que exige de nuestra parte un cambio profundo. Hay que aprender a trabajar en equipo, a resaltar y reconocer las virtudes de los demás, a dejar de criticar los esfuerzos de otros y a admitir que en una sociedad enferma (en un régimen totalitario), como decía Havel, *todos tenemos la culpa*. Si bien la gravedad de las acciones no puede ser atribuida a todos por igual, una vida comunitaria tan debilitada como la nuestra solo puede ser regenerada desde su propia intimidad, esto es, en el corazón de cada uno.

Cambemos nosotros. Tengamos la suficiente honestidad de enfrentarnos con nuestra propia conciencia, de hurgar en los movimientos de nuestro corazón, de implicarnos con los sufrimientos de las grandes mayorías, porque de un problema que nos afecta a todos se sale en equipo. Con grandes individualidades no se hace mucho. Toda persona notable es siempre una referencia, pero la regeneración cultural tiene que poder ser un proceso político-social que implique a todos los venezolanos. Recordemos en estos consejos a muchos de nuestros intelectuales: a Augusto Mijares, a Rómulo Gallegos, a Mariano Picón Salas, a Mario Briceño Iragorry, entre otros. El país nos necesita a todos.

(El Nacional, julio de 2020)

CUANDO LOS BUENOS CALLAN

No es fácil discernir quién es bueno y por qué calla cuando hay que hablar. Buenos, buenos, además, son muy pocos. Lo normal es que todos seamos frágiles y nos equivoquemos. Lo normal es sentir temor si el hablar tiene represalias o genera alguna incomodidad en “mi” vida. Por ser hombres, sin embargo, lo normal es que todos tendamos a la compasión y sintamos al menos rabia por la injusticia. Lo humano es denunciar el mal que se ve y daña a otros; el mal que trasciende y tiene consecuencias. Eso sería lo normal: hacer algo para frenar un pequeño abuso que puede terminar en tragedia. Pero callar es más fácil; voltear la mirada también. Vivir como si algo no estuviese sucediendo nos zafa del sufrimiento ajeno y no nos complica la vida. Después de todo, como dice Eli Wiesel, Premio Nobel de la Paz (1986), es “una inconveniencia estar implicado en el dolor y la desesperación de otra persona”. Más fácil es ser indiferente.

Este es precisamente el tema en el que Wiesel ahondó a lo largo de su vida, a raíz de su dolorosa experiencia en Auschwitz y Buchenwald. Advertir que el mundo sí sabía lo que ocurría en los campos de concentración; ver con claridad la cadena de complicidades que hicieron posible que el mal penetrara hasta en la intimidad de las vidas, lo sensibilizaron particularmente en lo que implica ser indiferente. “Etimológicamente”, dice, “la palabra significa «ninguna diferencia». Un estado extraño y artificial en el cual las líneas velan entre la luz y la oscuridad, el anochecer y el amanecer, el crimen y el castigo, la crueldad y la compasión, lo bueno y lo dañino”. Por adormecer en nosotros la compasión, algo hacia lo que debería tender un buen corazón, la indiferencia es inhumana. Para Wiesel, “es más peligrosa que la cólera y el odio”. Y esto porque “la cólera puede ocasionalmente ser creativa. Uno escribe un gran poema, una gran sinfonía, uno hace algo especial por la humanidad porque está enojado con la injusticia de la que es testigo. Pero la indiferencia nunca es creativa. Incluso del odio se puede obtener, ocasionalmente, una respuesta. Uno se enfrenta a él. Uno lo denuncia. Uno lo desarma. De la indiferencia no se obtiene ninguna respuesta. La indiferencia no tiene respuesta”. Si se piensa bien, la indiferencia tiende más a la omisión que a la bondad. Por eso uno podría repensar aquello de que el mal corre en el mundo “cuando los buenos callan”, pues ¿hasta qué punto se es bueno si se calla lo que sería justo develar? Es cierto que no podemos penetrar las conciencias; es cierto que todos somos vulnerables y podemos pecar de omisión, pero cuando el mal es tangible, si se quiere hacer alguna diferencia en nuestro entorno, es justo hablar o hacer algo.

La omisión nos hace tan responsables como hacer el mal. Creo que a veces es peor, porque la trascendencia de un solo silencio pudo haber detenido una guerra a tiempo. Y el que creyó en la guerra, la hizo. Por eso dice Wiesel que “la indiferencia es siempre el amigo del enemigo, beneficia al agresor, nunca a su víctima, cuyo dolor se magnifica cuando él o ella se siente olvidado. Para el preso político en su celda, para los niños hambrientos, para los refugiados sin hogar..., no responder a sus apuros, no relevar su soledad ofreciéndoles una chispa de la esperanza supone exiliarlos de la memoria humana. Y denegando su humanidad nos traicionamos a nosotros mismos.”

La indiferencia, la omisión, la complicidad con quien daña a otros, tienen siempre una gran trascendencia. La valentía para denunciar y enfrentar el mal, para arrepentirse y salir del error, para ayudar y socorrer a alguien necesitado, puede no solucionar los problemas del mundo y del país como uno quisiera, pero sí puede hacer una gran diferencia en nuestro entorno, entre quienes vivimos. No es fácil. Personas como Eli Wiesel no sobran en el mundo, pero su particular lucha en favor de la fraternidad humana despertó muchas conciencias mientras vivió. A su muerte siguen trascendiendo su memoria y sus palabras. Superar la primera omisión ya enrumba en un camino que lleva a superar omisiones de mayor envergadura. Como todo, hacerlo es una decisión personal de gran trascendencia. No hacerlo también.

(El Nacional, septiembre de 2018)

Cuando no se vive en “el primer mundo”

Algunos sostienen la tesis de que no es posible desarrollarse de un modo idóneo, integral, mientras se viva en un permanente desasosiego, en medio de un ambiente que se antoja de carrera de obstáculos sin fin, con la añadida tensión ineludible; mientras se viva, pues, en este ambiente nuestro, de incuestionable subdesarrollo en muchos sentidos. En medio de las reflexiones que surgen en tantos ambientes acerca de la posibilidad y/o deseo de emigrar, muchos se cuestionan cómo abrirse camino en una realidad que parece negar la libertad de soñar. Se plantean, en fin, que para superarse necesitan de otra sociedad. La salida del país podría ser, para muchos, una opción, pero para otros, una necesidad, vistas sus circunstancias particulares. Algunos desean irse; otros *deben* hacerlo; otros, sin embargo, se ven más presionados a quedarse por su realidad de trabajo, de familia o por su nivel de compromiso con el país. Algunos ni se lo plantean.

Mi objetivo no es ahora analizar si uno debe o no dejar el país, pues eso es decisión de cada uno. Mi deseo es tocar el tema de si es posible desarrollarse en un ambiente difícil, pues así como emigrar es una decisión que se analiza, visto el propio contexto familiar, quedarse también lo es. La conciencia, como órgano de significado, nos orienta a todos de modos distintos según sean nuestros valores o circunstancias. Las decisiones deben tomarse en base al sentido que confieran sus consecuencias a la propia vida. Esto implica que no es mejor quien se va, ni peor quien se queda. No se va necesariamente el mejor profesional, ni se queda el más inepto; no se va exclusivamente quien logró conseguir alguna oportunidad fuera, en virtud de sus méritos, ni se queda el que no logró encontrarla, pues puede ocurrir que nunca haya intentado buscarla. Así como esto es una realidad, también lo es que no es imposible desarrollarse en un ambiente como el nuestro. Así como irse o quedarse no indica necesariamente el nivel profesional de cada quien, de igual modo el desarrollo personal no está ligado al hecho de vivir en una sociedad o en otra. Este depende, más bien, de la actitud con que asumamos las situaciones concretas que nos tocan vivir; de cómo decidamos vivir y por qué sufrir.

Muchas circunstancias pueden cambiarse; sobre muchas otras podemos decidir. En otras, en cambio, nos toca modificar nuestra actitud. Así, pues, como no es necesariamente mejor quien se queda o quien se va, de igual modo no es mejor una cultura que otra. Por ello es siempre posible

desarrollarse. El modo variará, en el sentido de que deberá sin duda alguna adecuarse a nuestras actuales circunstancias y no a esa manera concreta que podríamos considerar la ideal.

Nuestro mundo está acostumbrado a ceñirse a parámetros muy externos de medición de logros y aunque es cierto que objetivamente hablando somos una sociedad que en lugar de avanzar, retrocede, no es menos cierto que hay mucho en nosotros que otras sociedades envidiarían. En lo humano hay mucho que salvar, que recuperar y las posibilidades de crecimiento interior, precisamente en virtud de esta crisis, podrían estarnos preparando el camino para afianzar nuestra identidad cultural, tan golpeada, así como para redefinirnos como sociedad.

En un país como el nuestro, plagado de limitaciones externas, que afectan sin lugar a dudas nuestra disposición interior, toca ahondar en el necesario cambio de actitud para encontrar el sentido a las situaciones. Ante los obstáculos, crecemos; en medio del caos, ver la posibilidad de pensar por nuestra cuenta en los problemas que nos atañen sólo a nosotros; en medio de la conflictividad social, tratar de promover con fuerza el acercamiento al otro; en medio de la necesidad, ser creativos, lo cual implica ser activos. Las circunstancias se presentan a veces a modo de coyuntura que fuerza siempre a clarificar lo que se es y a reafirmar lo que se desea ser.

A veces toca podar el bosque para abrirse camino en la espesura y creo que debemos aprender, por las malas, a trabajar en grupo, de verdad. Nos toca entender que la confusión y el desorden se superan con trabajo y honestidad, con la valoración del otro y de lo que somos.

En muchos aspectos no vivimos ciertamente en el “primer mundo”, pero las circunstancias nos están dando la oportunidad de pensar en un país distinto, una vez asimiladas las lecciones de los fracasos. Tenemos que entendernos como somos, no para reírnos de nuestros defectos, sino para superarlos. En Venezuela está todo por hacer y así como hay abundancia de corrupción, hay en muchos unos profundos deseos de trabajar por los demás y por el país. Saldremos adelante, mejores y más fortalecidos. Esos venezolanos que dan la talla en el exterior son un excelente ejemplo del talento que tenemos y que podríamos poner a la disposición del país, una vez que lo recuperemos.

(El Universal, agosto de 2014)

CUANDO OTROS INSPIRAN

A mí me inspiran los sencillos, los humanamente asequibles independientemente de sus logros. Esos que se saben personas, hombres como los demás, y ofrecen lo que son, un trato auténtico, de verdad, vacío de esos formalismos secos que paralizan y distancian.

Cuando se conoce a alguien así uno siente que puede mostrarse como es, porque las tensiones se suavizan y hay encuentro entre personas. Digamos que en una relación natural impera la veracidad y la palabra “distancia” se olvida. Esa que hace retroceder y replegarse sobre uno mismo.

Hace unos meses conocí a una de estas personas encantadoras. Es una señora mayor, que acaba de cumplir 88 años. Llegó a esa formal reunión en la que las partes se conocen por primera vez. Su alegría de vivir, propia de un niño sin prejuicios, contagió el ambiente de una informalidad hermosa. No tenía nada que disimular. En medio del encuentro sacó su bolsita de Bolero y ofreció a todos sin mayor reparo. La única niña del grupo descubrió en ella a una buena amiga y a mí me hizo saborear la belleza de la espontaneidad. Digamos que es “de verdad” y lo que es cierto atrae. Sus cuentos, sus historias de cuando era niña, sus luchas en la vida, esos avatares que nos hacen lo que somos y como somos, transpiran en ella vida y honestidad. Porque se trata de eso, sí, de un caminar sin prejuicios y sin indagaciones hipócritas en lo que no atañe. Su presencia impregna el ambiente de naturalidad y contrasta con los paradigmas fijos, esos que constriñen y obligan a ceñirse a lo que no se es.

Esa señora, mejormente conocida como la *nonna*, surtió en mí un tremendo efecto. Uno positivo. Y es que esa sencillez sin dobleces, sin disimulos, vincula corazones, fomenta el verdadero contacto y ayuda a creer de nuevo en el ser humano. Conocer a una persona así de auténtica a los 88, me inspiró. Debo decir que me ayudó a valorar lo que significa ser natural.

William Requejo es otro de esos seres humanos que han resultado en una inspiración desde que lo conocí. Líder comunitario de Catia, presidente de “Unión vecinal para la participación ciudadana”, trasluce la misma sencillez que la *nonna*. Su apertura a la vida y a la gente, libre del condicionamiento de los prejuicios, lo lleva a acercarse al otro con una naturalidad que puede extrañar al que está acostumbrado a protegerse de los demás. El mismo dice que “así son en su pueblo.” Piensa que “lo normal” es preguntarle al otro cómo está y qué le pasa. Su trato humano y honesto

vincula con la vida. Ayuda a creer en la amistad, sobre todo cuando la vida ha hecho dudar de ella. Porque eso transmiten los sencillos: una conexión directa y franca.

He pensado en la razón de que estas personas me inspiren. Lo relevante, tal vez, es su autenticidad. Me ha parecido también que la vida los ha conectado con dureza a la realidad. No ha quedado por eso nada que aparentar y eso atrae, porque la fuerza que irradian nace de muy dentro, de esas bases que se han fortalecido cuando se han desbaratado los andamiajes que sostienen los disimulos, nada resistentes a la tempestad.

Algo de esto explica sus modos de ser. Al menos eso he deducido. Han descubierto qué es apariencia y qué es verdad, qué importa y qué sucumbe al paso del tiempo. Porque la sencillez, sí, está asociada a la profundidad, a una vida conectada con lo que de verdad se ajusta a uno mismo y no a la opinión de otro.

Los artificios obstruyen la dinámica de la vida. Y la llaneza que me atrae en estas personas tiene que ver, creo yo, con que han descubierto el valor de lo esencial. Al final, eso es lo que queda.

(El Nacional, febrero de 2017)

CUIDAR EL CASTELLANO

El propio idioma es como la habitación en la que uno se mueve con holgura, con la confianza y seguridad de quien se sabe en su sitio, en un terreno que es de uno, que domina y sabe defender de los intrusos y merodeadores. No es que piense que otras lenguas tengan categoría de invasoras de la propia intimidad, pero cuando no se domina bien la lengua materna, cuando no se la cuida, no sólo se debilita ella, sino que muere un poco también nuestra calidad de pertenencia a esa cultura donde la aprendimos.

Uno puede aprender muchas lenguas; hacerlo se torna, de hecho, en una experiencia muy enriquecedora. No llamo invasor a cualquier otro idioma que deseemos aprender bien, sino a todo eso que dejamos entrar en nuestra vida de un modo indiscriminado. Invasor es quien ha entrado en la propia casa, en mi habitación, sin ser invitado. Entró, quizás, sin que me diera cuenta, pero lo hizo probablemente por mi descuido, por haber encontrado la puerta abierta, por no haber cuidado yo ese reducto de intimidad en que uno se encuentra “en casa”.

La lengua es mucho más que un simple instrumento de comunicación, entendido de modo pragmático. Antes bien, constituye la base de una cultura, su rasgo más peculiar de identidad. Se piensa en palabras, se conecta uno con la realidad a través de las palabras, se da a conocer la personal percepción del mundo a través del lenguaje porque éste, en definitiva, nos arraigó desde la infancia a una cultura que nos orientó a nombrar las cosas por primera vez en nuestras vidas. Y eso va quedando, en lo más profundo de cada uno, como lo permanente de las experiencias humanas. Las primeras canciones, las primeras poesías, las primeras palabras leídas, la lengua de mamá y papá, y éstas incluso diversas a la nativa pero que son también familiares por ser la del abuelo y la abuela, marcan para siempre. Cuidar todo ese bagaje equivale a fortalecer nuestra identidad y nuestro “estar en el mundo” con seguridad.

El dominio del lenguaje materno (en nuestro caso, el castellano) es algo mucho más importante de lo que se piensa. Su deficiencia se manifiesta siempre en algún momento de la vida como la experiencia de un cierto vacío existencial, pues la lengua original, o la adoptada como propia –si es que se ha crecido en otra cultura–, centra en el mundo. Una vez conocí a una señora libanesa que me manifestó su situación interior. Había nacido y crecido en el Líbano, pero se había educado

en inglés y en francés. Hablaba los tres idiomas en su casa, así, indistintamente, y luego viajó a Venezuela para quedarse. Su trabajo era muy técnico, por lo que no requirió nunca dominar mucho el idioma. Tampoco cultivó los anteriores. En un momento dado manifestó necesitar urgentemente dominar alguna lengua en particular. Me decía que a veces sentía que no tenía pensamientos y que le faltaba vocabulario para expresarse. En otra oportunidad, un muchacho chino a quien le gustaba, además, escribir cuentos, explicaba en clase lo enredado que estaba. Hablaba chino en su casa, pero no lo escribía. Hablaba en español, pero escribía en inglés. Cuando le pregunté en qué idioma pensaba, dudó. Le pareció que era en inglés. Le recomendé centrarse en el inglés o en el español si deseaba escribir, en vista de que no podría hacerlo en chino. Los procesos de asimilación de otras lenguas son, sin duda alguna, diversos para todos, pero lo fundamental es cuidar la lengua original. Al ampliarla, uno se cultiva y la mantiene, además, en su puesto en relación a las demás (a esas nuevas que llegarán).

Lo que intento resaltar es la importancia de cuidar la lengua originaria (en nuestro caso, el castellano). Cultivarla, ampliarla, saborearla y masticarla es esencial para arraigarse a una cultura y definir la propia identidad. Toco el tema porque es mi trabajo, mi gran inquietud. En estos tiempos de globalización, las lenguas se encuentran, se mezclan, pero también corren el riesgo de reducir sus posibilidades si nos gana el pragmatismo de hacerlas sencillamente “funcionales”. De allí la importancia de la literatura, de la reflexión, de los espacios y actividades que las mantienen en un dinamismo distinto (más profundo) de ése que requiere el sentido utilitario del trajinar diario y la eficiencia de las nuevas tecnologías. En el caso que nos atañe, la diáspora de la que somos testigos ha puesto a muchos a hablar otras lenguas. En un proceso que es inevitable, muchos procurarán cultivar el castellano en sus hijos, pero sabemos también que en el camino se pierde ese idioma de los padres y abuelos, para terminar ocupando su lugar ese otro que llegará a ser el original para ellos.

Quien pueda hacerlo, cuide el castellano. Una lengua bella y rica en posibilidades, en virtud de ese contacto con una diversidad grande de pueblos que lo hablan. Fomentar su cuidado equivale a mantener viva nuestra cultura, siempre lo más permanente de las experiencias humanas.

(El Universal, julio de 2015)

DE LA ADICCIÓN A LA ESPERANZA

Habría que preguntarse por qué las adicciones se han extendido en nuestra sociedad. Solemos asociar el término “adicción” al consumo de drogas, pero lo cierto es que las toxicomanías son sólo un modo de dependencia. El requerimiento compulsivo de algo que provea placer y parezca calmar una ansiedad, como puede serlo el aspecto físico, el trabajo, el juego, el sexo, los video-juegos, la comida, entre otras cosas, puede transformarse en una adicción.

Robert Samuelson dice que “una de las paradojas de la prosperidad es que, a medida que se cubren los deseos materiales crecen los psicológicos”. Por eso el problema no es tanto la adicción en sí, como las razones que llevan a crear la dependencia. Las adicciones son síntoma de una ansiedad que impulsa a satisfacer con intensidad una necesidad. Esta búsqueda compulsiva no resulta fácilmente controlable porque la causa de la necesidad que carcome no está “identificada”.

Para José Luis Cañas, profesor de filosofía en la Universidad Complutense de Madrid y especialista en adicciones, el problema no es la adicción sino la persona. El insiste en que “si la lucha contra la droga -en concreto- tiene poco éxito es porque no se abordan los factores existenciales de las personas.” La raíz del fenómeno está en la persona, sea cual sea la adicción, pues lo que se debe buscar comprender es *la razón de la ansiedad que mueve a la dependencia*. Por eso lo fundamental es que el fenómeno adictivo se aborde desde una perspectiva más humanista, pues el objetivo es que la persona logre descubrir el sentido a su vida.

La propuesta de Cañas va por la línea de la “rehumanización”, más que por la de la rehabilitación. El señala que esta última se confunde con abandonar el consumo (de drogas, en este caso), “mientras que la rehumanización, además de partir de ese abandono, se dirige a transformar las conductas personales que provocaron la esclavitud a las drogas.” El fenómeno abarca mucho más que la sola dependencia, pues no se sale del problema hablando de las sustancias y de sus efectos, sino de las personas que consumen.

La conducta adictiva es síntoma de un profundo vacío existencial. Todas las adicciones fungen como una anestesia con la que se busca adormecer la fatiga de vivir, la ausencia total de referencias, de sostén emocional, de piso que ayude a “centrar” en el mundo y constituyen, por eso, un intento – quizás no muy consciente- de huir de la realidad.

Quienes trabajan con jóvenes adictos dicen que “hay una palabra con la que sistemáticamente estos se sienten identificados y se les ilumina la expresión del rostro: vacío. El vacío lleva a la opción adictiva, y al revés. La persona que busca el placer por el placer, vive de forma acrítica, sin creencias ni compromisos, sin horizonte vital, sin un proyecto más allá de lo inmediato, acaba por sentir que ella misma se ha perdido. Eso es el vacío. Sin embargo, no se responsabiliza de sus errores. Mientras no encuentre la raíz de su vacío, no podrá rehumanizarse.” Podrá parecer, en un punto, que ha superado el problema, pero si el vacío existencial no se ha llenado, recaerá.

Si bien es cierto que las razones que conducen a la droga son muchas, lo fundamental estriba en la falta de motivaciones profundas, en la ausencia de referencias, en las graves carencias afectivas y en la falta de sentido de la vida. Esto aplica, como se ha dicho, para toda conducta adictiva. “Desde esta perspectiva –dice Cañas- la droga en sí no importa; el problema es que la persona sienta su necesidad.” La falta de sentido vital conduce a *no tener una razón que justifique hacer las cosas*; por eso las frustraciones, los fracasos y la falta de apoyo pueden disponer a una adicción con la que se buscará eludir la dificultad. Lo triste es que la adicción no sólo no cambia la “suerte”, sino que intensifica el problema, al debilitar aún más para “soportar la realidad”.

Ahora bien, ni la sociedad, ni la carga genética, ni las más profundas carencias tendrán nunca la última palabra sobre el hombre. El camino propuesto por Cañas parece ser el indicado, pues sólo cuando la vida adquiere sentido, puede el hombre sentirse con fuerzas para dejar la adicción con la que pretendió llenar su déficit espiritual. Lo que cura es el vínculo afectivo, ya que las búsquedas compulsivas lo son de *sentido* y de *afecto*. Por eso se ayuda de modo efectivo cuando la persona se siente tratada y comprendida como ser humano; cuando a su vacío no se le suma el abandono de una sociedad que la deja en el aire, sola. Cuando se le convence de que es “bueno” que ella exista y que es capaz de lograr algo con su vida.

Pienso que esta visión humanista del problema constituye un buen mensaje para padres y maestros cara a un nuevo año escolar. Detrás de cada rostro hay siempre “razones” que explican ciertos comportamientos. Así, más que juzgar, tratemos de acercarnos y comprender, para lograr una ayuda más efectiva.

(El Universal, septiembre de 2013)

¿DE QUÉ PATRIA HABLAMOS?

Me pregunto qué Patria puede haber cuando el concepto mismo está tan confuso. Si unos tenemos algo en mente y otros, otra cosa, ¿cómo puede haber Patria si no hablamos de una común a todos?

El diccionario de la Real Academia Española incluye esta breve definición: “Lugar, ciudad o país en que se ha nacido”. Esto, aunque debería bastar, no lo es todo, pues puedo haber nacido en un lugar en el que viví una semana –o incluso años- y llevar, en adelante, otro país en el corazón. Por eso prefiero aludir a esta otra definición que se da: “Nación propia nuestra, con la suma de cosas materiales e inmateriales, pasadas, presentes y futuras que cautivan la amorosa adhesión de los patriotas”. Pienso, pues, que se trata de una definición mucho más completa y profunda.

Llama la atención lo primero: “nación propia nuestra”. La Patria es propia, puesto que antes de ser parte de un colectivo, uno es un individuo, único, irrepetible, con una inteligencia, una voluntad, unos talentos y una misión, intransferible, no endosable a alguien más, y por ello propia. Al nacer en un País, es lógico que uno lo considere su Patria. Por otra parte, vivimos en comunidad, hecho que se manifiesta ya desde que venimos al mundo a través de unos padres, pues nadie puede nacer solo. Entramos al mundo en familia, y al igual que tantos otros individuos, nacemos en un lugar común. Por eso la Patria es propia nuestra, “de cada quien” y “de todos”.

Si seguimos analizando la definición, vemos que “lo propio y nuestro” incluye los bienes de esa Patria, es decir, “las cosas materiales e inmateriales, pasadas, presentes y futuras (que cautivan la amorosa adhesión de los patriotas)”. Vamos, pues, a hablar de esos bienes. Las cosas materiales resultan, quizás evidentes: las riquezas físicas, la tierra, sus habitantes, las cosas todas que tocamos. Las costumbres, la comida típica, las tradiciones, los símbolos patrios, podríamos decir que también, aunque a la materialidad de las formas culturales subyace un significado inmaterial que arraiga a la Patria, al conferir a sus habitantes una orientación, unas referencias de sentido, que “cautivan su amorosa adhesión”. La naturaleza, por otra parte, junto a la diversidad de paisajes, son todas cosas que le hacen a uno sentir parte de un contexto que, aunado al modo de vida, lo inserta a uno en una nación, haciéndole sentir parte de ella. La belleza del mar, de las montañas, de los llanos, el azul de este cielo que en otras partes es oscuro, si bien son cosas materiales, “cautivan” también “nuestra

adhesión”, al impactar nuestros sentidos y nuestra psique. Lo que intento decir es que incluso lo más material va adquiriendo en la vida significados que le hacen trascender su materialidad.

Ahora bien, si estos bienes materiales e inmateriales, pasados, presentes y futuros, no se conocen, resultará imposible que esta Patria cautive y provoque adhesión de nuestra parte. Aquí entra en juego la historia, la literatura, la música, los monumentos históricos, el legado entero de nuestros antepasados, por poner ejemplos de eso pasado y presente. Lo futuro, por otra parte, resulta interesante considerarlo, pues implica nuestra disposición para acoger lo que no vemos aún materializado. Esto exige esperanza, ánimos para luchar, para reconstruir y abrir caminos nuevos por parte de esos patriotas adheridos a esos bienes que lograron cautivarlos.

Todo lo anterior debe ayudarnos a reflexionar en algo que es esencial para progresar: si la Patria es “propia nuestra”, ¿cómo podremos pretender trabajar por algo común a todos si ya la bandera se confunde en la mente de algunos? ¿De qué Patria hablamos si esos bienes materiales se regalan a países que no están llamados a ser los primeros en disfrutarlos, sobre todo si son muchos los venezolanos que los necesitan? ¿De qué Patria hablamos cuando se nos gobierna desde el exterior y el Presidente no ha demostrado que es venezolano? ¿De qué Patria hablamos cuando los bienes que han cautivado y adherido a los supuestos patriotas que nos mandan no son propiamente nuestra historia y nuestra gente, sino nuestro petróleo?

Hay unas palabras muy bellas que Francisco Suniaga pone en boca de Diógenes Escalante en *El pasajero de Truman*, con ocasión de las dificultades que encontró en su aspiración por la Presidencia: “creo que había perdido la capacidad de comprender a Venezuela y a los venezolanos (...) Y eso devino en un gran dilema ético para mí, porque además estaba convencido de que mi falta de comprensión provenía de una falta de sentimientos. Esa comunión con el prójimo y con la tierra ya no estaba allí, Humberto (su interlocutor). Venezuela era para mí un trabajo, no una pasión. Y entonces, imagínese usted, ¿cómo se puede ser presidente de un país que no se lleva en el alma?”.

La Patria no es un proyecto ideológico, usurpador de nuestra identidad e independencia.

Por eso, ¡qué fácil es descubrir quién lleva el país en el alma!. (El Universal, noviembre de 2013)

De regreso a la “normalidad”

La vuelta a clases, después de unas merecidas vacaciones, puede resultar una especie de aterrizaje forzoso para muchos, sobre todo en esta pista que es la Venezuela actual. Este año escolar que terminó a duras penas pareció, incluso para los alumnos, una carrera de obstáculos: suspensión de clases por las elecciones del 7-O y poco después, por las de diciembre. Todo ensombrecido, además, por la salud del Presidente y su despedida el 8 de diciembre. El regreso en enero, también estresante por un vacío de poder que sirvió sólo para generar incertidumbre y desasosiego en la población, surtió también efecto en los alumnos, por pequeños que fueran, pues el ambiente que percibían era el de un país inestable.

Ni hablar de la nueva suspensión de clases que siguió al anuncio de la muerte de Chávez. Una hija pequeña llegó a preguntarme un día cualquiera: “¿Y hoy hay clases?”. A los muchos días libres, por razón del duelo nacional, debimos sumar el viernes en que se trasladó al Ex-Presidente Chávez al Museo Histórico Militar, la Semana Santa, tanto como los numerosos sucesos extraños que viviríamos con el mes de campaña electoral, que apuntaban a las elecciones del 14-A. A este día siguieron muchos otros días sin clases, con la inestabilidad interior que esto implicó, pues no se ha tratado exclusivamente de “no ir a clases”, sino de un “ir y venir” que ha dificultado a muchos niños centrarse eficazmente en sus estudios, por no mencionar lo que también ha supuesto para padres y maestros.

Por más que los padres hayamos procurado que el rendimiento de nuestros hijos fuese el mejor, ha resultado inevitable que se viesen afectados por unos altibajos que han mermado en algunos las ganas de estudiar más y mejor, pues la continuidad de los hábitos, de un seguimiento escolar ordenado, se ha visto alterada.

¿Qué hacer cara a un inicio de año que quizás se vislumbre de nuevo alterado? Intentar centrarnos en que cada uno debe lograr hacer lo que tiene entre manos lo mejor posible es, pienso yo, una buena manera de concentrarse en el presente inmediato, en medio de esta situación atípica. Arrancar con unos hábitos ordenados y lograr mantenerlos, ante una eventual suspensión de las clases, puede incluso ayudarnos a enseñar a los niños a ser responsables siempre, independientemente de si una maestra corregirá o no sus trabajos. Hay que procurar sacar provecho

a toda situación y en estos momentos de especiales altibajos externos, podemos ayudar a nuestros hijos y alumnos a ser más responsables que antes, enseñándoles que el tiempo es oro y que depende de nosotros llenarlo de contenido. Esto puede ayudarnos a captar que uno debe aprender a moverse de modos distintos, diversos, cuando las situaciones no son las “ideales”. De esto también se aprende.

Lo ideal es, ciertamente, que la situación sea normal, pero si nos mantenemos activos en estas situaciones atípicas, nuestros niños pueden aprender también a ser creativos y más reflexivos, pues que ellos hagan y piensen algo no debe depender de que alguien se lo exija o pida *desde fuera*, sino ante todo de ellos mismos. Sé que esto que se dice fácil, resulta difícil en la práctica, pues la realidad de muchas familias se ha visto alterada por la continua pérdida de clases, al haber tenido que resolver, ante todo, el problema de con quién dejar a los hijos en horario laboral. Lo que intento transmitir es que ante una realidad que se ha presentado así, nos guste o no, debemos reaccionar de un modo que sea más activo que pasivo: si la situación viene tuerta, habrá que aprender a darle la vuelta.

Preparémonos para arrancar otro año en medio de un panorama extraño. Abrámonos, sin embargo, a que toda situación traerá consigo un aprendizaje y una oportunidad. No nos dejemos ganar por la idea de que la realidad es enemiga nuestra. Ayudemos, pues, a nuestros hijos y alumnos a aprovechar lo que pueden enseñarnos estos años difíciles, transmitiéndoles, ante todo, que las circunstancias hay que vivirlas como se presentan, procurando transformarlas en lo posible, para descubrir su novedad. Yo no dudo que estos tiempos nos están reclamando más acción, más responsabilidad de nuestra parte y menos conformismo. Nos están obligando a dialogar –con hijos y alumnos- sobre las razones de estas crisis y el tipo de país que queremos.

(El Universal, septiembre de 2013)

DENTRO DE CINCO HORAS VERÉ A JESÚS

El misterio de la muerte nos hace pensar en el misterio de la vida y del dolor. Cuando cumplí cuatro años me parecía que había pasado muchísimo tiempo. Sentía que había vivido bastante. A medida que uno crece se da cuenta de lo contrario: la vida es corta. Lo suficientemente larga, sin embargo, para vivirla con intensidad. En el fondo es el misterio del paso de tiempo.

Cuando se muere un ser querido uno se queda con la impresión de que pudo haberlo amado más. Uno repiensa su vida y ve, sobre todo, que la comunicación pudo haber sido mejor. A uno le duele no haberlo disfrutado más intensamente. Hace ya casi dos años vi por última vez a un tío muy querido. A las horas de habernos despedido, le escribí diciéndole que había algo concreto que quería hablar con él. Me respondió que me apurara, porque en cualquier momento se iba. Así fue. La conversación no se dio. Nunca imaginé que se moriría justo una semana después de haberlo visto. La realidad de que pronto “se iría” no la creí tan rápido. Por eso hay que hacer caso a esas mociones internas que nos llevan a desear ver a una persona querida en un determinado momento.

La semana en que murió, mi abuela llamó a todos sus nietos para invitarnos a almorzar a cada uno el día que pudiéramos ir. A todos nos hizo nuestra comida favorita. Estaba particularmente cariñosa. Eso me llamó la atención. Yo fui el miércoles. Nunca imaginé que ese sería el último día que la vería. Los tres primos más difíciles de reunir fueron el viernes y el sábado murió.

Nos acostumbramos a estar vivos. Y lo cierto es que nadie sabe el día ni la hora, aunque creo que Dios va preparándonos internamente para el tránsito. Es un encuentro íntimo que se cuece en el fondo de la conciencia y el corazón.

La muerte de familiares y personas queridas en los últimos meses me ha llevado a pensar en esas personas que han sido importantes en mi vida. Casualmente la mayoría está entre los 75 y 90 años. Y para mi alegría todos están vivos. A dos de ellos me los he encontrado en sitios donde nunca imaginé verlos. A otros los he contactado por internet. He sentido la necesidad de escribirles, de poder conversar ciertas cosas y tal vez de despedirme. No quiero que me vuelva a pasar lo de mi tío: sentir el dolor interno de ese “nunca se lo dije”.

También ha venido a mi mente el diario íntimo de Jacques Fesch, un muchacho de 27 años que fue apresado y condenado a muerte en 1957 por haber asesinado a un agente de la policía en el intento de atracar un comercio. Su deseo era comprar un velero para recorrer el mundo. Indeciso, frágil, con una vida laxa, desordenada, sufrió una profunda conversión a Jesucristo en la cárcel. Dos meses antes de que fuera guillotinado, empezó a escribir un diario que quiso dejar como legado a su hijita Veronique, de seis años. Su intención era que ella pudiera conocerlo a través de esas líneas en las que no intenta justificarse sino excusarse; quiso dejar a su disposición algunos “datos” para que ella juzgase sus actos una vez que él muriese. Su deseo fue que ella supiese que él no era el padre que podría dibujar su imaginación, sino ese que “tiene algo rotundo y auténtico que darte, como dice, en la medida en que un hombre pueda dar algo a su semejante. Si al acabar estas páginas he conseguido hacerte captar lo que puede ser la vida, *la verdadera vida, la que se inicia en este mundo para florecer allí donde todo es luz; si has sido capaz de presentir la grandeza y el valor de un alma* y el poco interés de lo que se llama el «triunfo terrenal», estas líneas no serán inútiles. Y quizás tú misma un día, ante Dios sabe qué prueba, extraerás de este ejemplo tan cercano la fuerza y *el valor de discernir de qué lado viene la luz...*

Voy a morir, chiquitina, y estoy viviendo una prolongada agonía lúcida y fría.”

A falta del legado que otros padres pueden dejar a sus hijos, él reconoce que solo puede dejarle a su hija este diario. Le desea sobre todo que la vida la bendiga y le “*evite cicatrices demasiado crueles* de las que quizá sea yo responsable”.

La experiencia del contraste de lo imperfecta que es la justicia humana frente a la misericordia divina, le hace decir que “verdaderamente, nunca se ha tratado de hacer santos de los bandidos. Y sin embargo... ¡están más cerca de Jesús que muchos supuestos buenos!”. Una vez ratificada la sentencia, luchó por superar el deseo humano de comprender el “por qué”. Tras una dura purificación interior y profundas noches del alma, se esmeró en ascender a otro nivel. Habla así de su segunda conversión: “*Hace tres días que he recuperado la fe*. No es que me hubiera abandonado del todo, sino que, con el tiempo y las pruebas, se había instalado cómodamente en una tibieza que, según se dice, hasta el mismo Infierno rechaza. Por segunda vez en mi vida se caen las escamas de mi ojos y de nuevo percibo cuán dulce es el Señor.” Describe su encuentro con Cristo como “*una impresión de dulzura y de fuerza infinita* que no se puede soportar por mucho tiempo. Y a partir de ese momento

creí, con una convicción inquebrantable que no me ha abandonado desde entonces”, pues “es imposible que el que ha sido objeto de esta toma de posesión llegue a olvidarlo alguna vez.”

A lo largo de nuestro caminar por esta tierra, quien cree en Jesús muy probablemente ha intentado acercarse a su humanidad. Uno empieza siendo afectado por imágenes que puedan habernos impactado para descubrir su rostro y su mirada. Este rostro que nos imaginamos se difumina por momentos sencillamente porque la imagen no es Jesús. Él está oculto en la eucaristía; está allí realmente presente, escondido bajo las apariencias del pan y del vino, pero nuestros ojos no lo ven. A la experiencia de su mirada, además, precede a veces la confusión en que nos sumen nuestras miserias: “¿Y quién no se alegra de la traición de Pedro viendo en ella el reflejo de su propia debilidad? Pero ¡qué dulce es la respuesta y qué consoladora esta frase!: «Habiendo salido Jesús, se volvió y miró a Pedro»... ¿Quién no ha sentido sobre sí la mirada de Jesús cargada de amor y de perdón?; y ¿quién no ha llorado como Pedro?”.

Entre sus últimas anotaciones, la noche del 30 de septiembre, horas antes de ser guillotinado el 1 de octubre, escribe: “Dentro de cinco horas veré a Jesús”. Saber la hora exacta de ese instante en que transitaremos de esta vida a la eternidad sin duda alguna impacta; ayuda a tomar conciencia del encuentro con esa mirada que salva. Uno tiembla con solo imaginar ese momento, pero el asombro ante esa experiencia tan dulce también ilusiona.

Respeto a los que no creen que verán a Jesús cara a cara, al verdadero y no a la imagen que puede haber sido nuestro apoyo en esta tierra. Pero hablo desde lo que creo, para aquellos que también creen o buscan ese rostro misericordioso inconscientemente.

(El Nacional, octubre de 2018)

¿DESTRUIR PARA CONSTRUIR?

La semana pasada, mi hijo de 14 años me dijo que en la clase de Historia de Venezuela habían visto un documental que lo había dejado triste. “Todo estaba empezando”, comentó. “El descubrimiento del petróleo, la construcción de carreteras, de edificios... Todo arrancando”. Estaba nostálgico y aunque no se tratara del mismo documental, decidí ver el de “Caracas, crónica del siglo XX”, de Bolívar Films, para entender sus inquietudes. Lo vi anoche, antes de escribir este artículo, y quedé tan nostálgica como él. Efectivamente, como me dijo él, se queda uno con la triste sensación de que la construcción de aquel país que empezó con tanto empuje e ilusión pareció derivar, después de tanto esfuerzo, en este estado caótico en el que al menos lo veo yo.

En algún momento, el video alude a la “paradoja” de la que se estaba siendo testigo: ésa de “destruir para construir”. Puede ser que en algún caso particular haya alguna respuesta lógica que explicase la destrucción de lo construido para dar paso a lo nuevo. Que algún edificio concreto, por ejemplo, obstaculizase el paso de una avenida nueva. En términos generales, sin embargo, el proceso de abandono y eliminación de lo anterior en aras de la modernidad, no tuvo, desde mi perspectiva, sentido alguno. Evidenció, por el contrario, una falta de conciencia histórica aguda, pues salvo por las guerras, las sociedades que se precian de lo que son, en virtud de lo que fueron, no han sometido a sus ciudades a la destrucción de lo antiguo. Los rieles de los ferrocarriles se modernizan, así como los trenes, pero no se eliminan. No se destrozan las catedrales ni los castillos antiguos, ni se echan por tierra edificios pasados de moda cuando se tiene sentido de la historia, pues lo que hoy me parece moderno será viejo en unos años. El ciclo no acaba, pero la ignorancia y un falso sentido del progreso sí pueden acabar con lo hecho. ¿Se imaginan a los españoles poniendo una bomba a Toledo para construir una ciudad nueva, moderna?

En fin, mi deseo no es echarnos tierra, pero sí llamar a la reflexión sobre la necesidad de fomentar la conciencia histórica. Un video de una sociedad que arrancaba con fuerza no debería dejarnos tan nostálgicos si pudiésemos saborear hoy en día de sus frutos y ver la patencia del paso del tiempo -y de los esfuerzos- en las edificaciones que los recuerdan. La nostalgia nace porque lo visto nos parece un pasado irrecuperable y que salvo por una edificación que otra, no hay vestigio del ayer en nuestra ciudad.

Esto que sucedió en el ámbito de la construcción dejó en evidencia nuestro modo de entender el pasado, el presente y el futuro. Y no es gratuito, por ello, que la vulnerabilidad de nuestras instituciones esté asociada a este hacer y deshacer. La estabilidad de las sociedades dependen en parte de ese respeto al pasado, a lo hecho y logrado por los antecesores, a lo reflexionado en torno a los errores, a la autocrítica asimilada, al cuidado de lo construido: a su mantenimiento. Lo estable en las sociedades trasciende a sus individuos. Mientras estos desaparecen, por ley de vida, aquello perdura y va configurando la historia de un país.

Pretender deshacer para construir equivale a ir destrozando las fotos y los recuerdos de la propia historia familiar a medida que vamos creciendo. A nivel personal, esto significaría debilitar la identidad, por quebrar esa línea del tiempo para dejar sólo retazos inconexos. Con un país sucede lo mismo. La falta de conciencia histórica afecta la estabilidad de aquello que debe perdurar en el tiempo y fortalecer por lo mismo la consistencia de una nación. Con esto de guardar los recuerdos familiares, algunos alegan que no tiene sentido acumular cosas que los descendientes no valorarán. “Con reservar el pasado en la memoria basta”, dicen. “Cada quien que viva lo suyo”. Esta visión olvida que la memoria muere con uno y con uno moriría un legado que nadie más conocería si no dejo evidencias. Además, eso que creo sólo “mío” es también del otro, porque ese otro es en gran parte lo que yo fui; por eso conocer lo “mío” le ayudaría a comprenderse a sí mismo. Por otra parte, los descendientes valorarán lo que se les enseñó a apreciar como valioso y eso siempre dependerá de cuán valioso lo aprecia el que enseña. Se ve así cuán cierto es que quien desdeña el pasado, desdeña el presente. En el momento no lo ve, pero a la larga dejará de apreciar el sentido de su propio paso por el tiempo.

En fin, estos documentales dan nostalgia, pero no deben servir para ponernos tristes, sino para aprender las lecciones de la historia. Todas las sociedades pasan por lo suyo. A nosotros nos toca aprender a valorar lo logrado, a través de un recuerdo vivo y continuado, y a rectificar en aquello en que hemos errado. La reflexión no borra los errores cometidos, pero sí los redime, en el sentido de que abre surcos más hondos para sembrar, en el futuro, una democracia más sólida y madura.

(El Universal, abril de 2015)

EDUCAR EN VENEZUELA

Esta semana acompañé a mi hija de 7 años a la Universidad Simón Bolívar, lugar que sirvió de sede al examen de las Olimpiadas Recreativas de Matemáticas (ORM).

El ambiente era estimulante. Ver esa cantidad de niñitos tan pequeños sentados en pupitres universitarios fue una experiencia muy hermosa para todos los padres presentes. Los niños estaban emocionados, pues el examen suponía un reto intelectual, además de toda una experiencia de vida. Mientras pasaban las horas veía esa Universidad excepcional, llena de profesores de primera, testigo de la fuga de miles de talentos, pero también de la lucha de muchas inteligencias que impulsan el necesario cambio del país. La Simón Bolívar, ícono de un nivel de exigencia alto, pasa por momentos difíciles, como todos en Venezuela. Pensé en lo distinto que podría ser el país si la ideología no ofuscará algunas mentes: si educásemos para la libertad y el servicio. Como madre, educadora y egresada de la Bolívar, fue inevitable que pensara en el futuro de esos niños que relativamente intuyen lo que sucede en el país. Pensé en lo vital que es educar y considerar, por otra parte, a los docentes, como los sujetos fundamentales de un verdadero cambio en la sociedad, porque “educar a un joven no es hacerle aprender algo que no sabía, sino hacer de él alguien que no existía” (John Ruskin).

El verdadero educador enseña “algo” ignorado y por eso “nuevo”, pero ante todo forma corazones, moldea vidas e ilusiones: ayuda a sacar al alumno de la oscuridad convenciéndole de su valía, reforzándole lo bueno y corrigiendo también sus deficiencias. Educar es mostrar que el horizonte está abierto a muchas posibilidades, entre las cuales hay que elegir con responsabilidad si se quiere ser sujeto activo de un cambio en la sociedad y en el mundo. Implica ayudar a persistir en la búsqueda de la verdad, de modo que el alumno logre llevar una vida con sentido. Por eso la verdadera educación no depende de la fuerza física, sino del dominio de la mente y de la bondad del corazón.

La alegría de esos niños era la consecuencia de una especie de encuentro con el valor del conocimiento. Esas inteligencias tan sensibles y expectantes, tan ávidas de saber, tuvieron un primer contacto con un horizonte mucho más amplio: el mundo universitario. Algunos habrán imaginado que estudiarían allí. Otros habrán soñado con aplicar esa nueva lógica a algún fenómeno de la vida ordinaria, como procura fomentar esta iniciativa tan especial.

Lo cierto es que la experiencia fue de apertura, de alegría y de contacto con la verdad. Tres palabras claves implicadas con el verdadero proceso educativo, pues el saber genera alegría por su relación con la verdad; por lo mucho que estimula a superar las propias limitaciones, para transformarlas en fortalezas. Efecto muy distinto al experimentado en todo proceso de manipulación ideológica, en el que al engaño con falsas promesas sigue el encierro en uno mismo, en un único grupo, en una única idea, en una terminología unívoca, en una única prensa, en una única TV, en la isla de país secuestrado, y vendido al que pretende ser su único dueño.

A la inteligencia desnutrida sólo le queda la violencia. Si, por el contrario, educamos bien a los niños, no habrá necesidad de castigar a los hombres (Pitágoras), pues habrán aprendido a hacer buen uso de su vida. Por ello tampoco habrá “distinción de clases” (Confucio), pues donde ha imperado la libertad para pensar y descubrir el mundo, se han facilitado las condiciones para ayudar a los niños a que rindan sus talentos.

El mundo ideal no existe, pero sí el mejorable. Y donde se fomenta la libertad de espíritu es más factible que el individuo pueda desarrollarse en paz. Los logros responderán al esfuerzo personal, aunado, sí, a la igualdad de las oportunidades ofrecidas, pero nunca a dádivas que sólo exigen a cambio fidelidad de pensamiento.

En fin, la alegría era notoria en las Olimpiadas de Matemáticas. Las caras de los niños significaban mucho. Lo eran –de hecho- “todo” para los padres. Mientras escribía este artículo, recibí un correo electrónico con la descripción de lo que parece estar experimentando la sociedad civil en Turquía. Resultó inevitable que lo asociara con lo que ahora digo, pues tiene que ver con la alegría que experimenta un pueblo que se descubre: que advierte que puede ser libre y que por serlo es feliz. El activista que escribió esas líneas se refiere así a lo que descubrió en un rostro concreto: “...traslucía el significado de la vida. Esa era la verdadera raíz de la vida, una fuente de sonrisa eterna. No encuentro palabras para reflejar la densidad de sentimientos, felicidad y emoción que hay aquí. Palabras que lo refieran no han sido nunca dichas en estas tierras, porque nunca se han experimentado sentimientos así. Ahora empezamos a hablar. Con palabras que no habían sido dichas hasta ahora. Para un mundo que no había sido soñado. Por gente que no había hablado.

Empezamos a hablar ahora. Para no estar nunca más en silencio”.

Leamos bien.

(El Universal, junio de 2013)

EL PLAN PAÍS

La semana pasada fue el Congreso Internacional para presentar las propuestas al Plan País. Las mesas de trabajo que se reunieron en la Universidad Católica Andrés Bello, en la Universidad Central de Venezuela, en la Universidad Monteávila, en la Universidad Metropolitana y en la Universidad Simón Bolívar, acogieron los planteamientos, dudas e inquietudes de los ciudadanos. Ante la presencia de invitados especiales, representantes de organizaciones civiles, rectores de Universidades y distintas personalidades, Juan Guaidó recibió las propuestas el día viernes.

La iniciativa es positiva, pues es inclusiva, integradora y en estos momentos resulta estimulante sentirse parte de un plan para sacar adelante al país. Uno espera que sea el otro quien resuelva esta situación, pero lo cierto es que todos y cada uno podemos aportar alguna luz a una salida que sin duda es un proceso. Cada uno en su área, en su ambiente, puede colaborar para fortalecer una sana convivencia: algo tan esencial y quebrantado muy adrede por un gobierno que ha buscado debilitar y aislar a los ciudadanos. Algo que ha permeado a muchos ambientes. Por eso pienso que la iniciativa de haber congregado a tantas personas en estas cinco universidades fue un evento importante que es bueno apoyar. Estimular la coordinación de los ciudadanos fortalece los eslabones de esa cadena que es la sociedad.

El profesor Benigno Alarcón, Director del Centro de Estudios Políticos de la UCAB, insistió en que en lugar de ser generadores de demandas resultaba vital ser intermediarios a lo largo de este proceso, pues la experiencia enseña que todo lo andado puede revertirse si cargamos todo este esfuerzo con quejas. Lo sano, digo ahora yo, es siempre comunicarse y coadyuvar a que las inquietudes se canalicen y lleguen a los interesados como propuestas. Esto fortalece siempre al individuo y al grupo no solo porque plantea la crítica como una solución, sino porque mantiene sanos los canales de ese diálogo que fortalece las relaciones entre las personas.

Se nos ha golpeado en lo humano, en el estímulo y en las posibilidades de superarnos; por eso no ayudaría en nada ser obstáculos en el proceso de recuperación. Debemos, antes bien, fortalecer lo bueno que hay en nosotros y levantar al otro con palabras de aliento. Palabras que le permitan descubrir lo valioso que hay en él o en ella. Esta es la verdadera vía para que una sociedad

se recupere de sus más profundas dolencias, pues en las experiencias de deterioro se constata que el hombre da lo mejor de sí cuando se mueve por un proyecto que lo ilusiona y asocia al bien común.

Necesitamos de la presión internacional para transitar hacia tiempos mejores, pero también de un esfuerzo por reconocernos mutuamente como parte de un todo. Este trabajo no puede suplirlo ningún agente externo ni ningún modelo político o económico por más estimulante que sea, pues la recomposición es siempre de adentro hacia fuera. Lo contrario haría que el proceso se revirtiese. Esto es lo que yo veo de valioso en el Plan País: que abre los canales de comunicación con los líderes políticos y promueve ese trabajo del restablecimiento de la convivencia entre los venezolanos que nadie puede hacer por nosotros.

(El Nacional, mayo de 2019)

EL ALZHEIMER: ¿SOMOS LO QUE RECORDAMOS?

Ayer se celebró el Día Mundial del Alzheimer, “evento instituido por la Organización Mundial de la Salud (OMS) y auspiciado por Alzheimer's Disease Internacional (ADI) en 1994” (<https://www.ceafa.es/es/que-hacemos/dia-mundial-del-alzheimer/dia-mundial-del-alzheimer-2019-1>).

Hace quince días escribí sobre lo mucho que importa alimentar la memoria con recuerdos gratificantes que nos impulsen a sobreponernos en momentos de dificultad, cuando a lo mejor se impone el cansancio o una aparente rutina que puede nublar el valor de la vida. Recordar el día en que nació un hijo, por ejemplo, es algo que llena de una profunda alegría y ayuda a no acostumbrarse a ese amor. Recordar a los abuelos, a los padres, y a los seres queridos que han fallecido ayuda a apreciar con más profundidad el valor de los lazos con esos familiares y amigos que siguen entre nosotros. Algo de esto quise significar cuando toqué el tema de los recuerdos, pues esos primeros impulsos de los que brotó mucha vida en el pasado, pueden ayudarnos a cobrar nuevas fuerzas en momentos más áridos. Hoy, en cambio, escribo sobre una patología que lleva a perder la memoria de esos recuerdos que, ordenados en nuestro interior, parecen configurar nuestra identidad. La razón es que el Día Mundial del Alzheimer me ha llevado a recordar a seres queridos que son en parte responsables de esa inquietud que tengo por el valor de la memoria: por la importancia que tiene preservarla y el dolor que supone perderla.

Haber escuchado a los mayores contar cuentos de su vida pasada, recordar eventos importantes con nostalgia y a veces con profunda alegría, contrastó con la confusión que advertí en los que captaban que estaban olvidándolo todo. Ver cómo algunos seres queridos se concentraban en momentos particulares de sus vidas, recontándolos una y otra vez de forma recurrente, inspiró en mi infancia y en mi juventud tanta ternura como advertir que otros empezaban a perderse en sus memorias.

El paso del tiempo es inquietante. Los años que corren, la vida que termina, la eternidad que sigue y los recuerdos que nos nutren, pero que también se olvidan, son realidades que se nos imponen a todos y nos van mostrando que vivir es una ocupación seria. La memoria, sin duda, está imbricada con nuestra identidad. Nuestras vivencias y recuerdos nos constituyen en eso que somos, o al menos eso nos parece. Y digo esto porque podría suceder que algún día se nos olvidaran y, llegado ese día,

se nos aplique o no a nosotros (porque basta con que le ocurra a un solo hombre para que la pregunta sea pertinente), ¿dejaríamos de ser?

Conocer el alzheimer de cerca generó en mí muchas inquietudes. La más importante ha tenido que ver con lo que somos esencialmente. No coincido con esas tesis que postulan que somos lo que recordamos, pues el valor de una vida no acaba por el deterioro de las facultades. *Lo vivido, además, no se reduce al hecho de ser recordado.* Pienso que lo fundamental es que somos transformados por las acciones que hacemos a lo largo de nuestra vida, pues todo lo que sale de nosotros surte un efecto en las facultades causantes de cada acción. Antes que externas, las consecuencias de nuestras acciones recaen primero en nosotros; se revierten sobre uno mismo golpeándonos o ennobleciéndonos, amargándonos o embelleciéndonos por dentro, que es donde se cuece lo que somos. Lo conocido y amado a lo largo de nuestra historia personal; todo lo hecho, como acción ejecutada por nosotros, nos ha transformado en primera instancia a nosotros mismos mucho antes que a los demás. El que mata se hace asesino y el que daña a los demás se hiere ante todo a sí mismo. *Por eso pareciera que el olvido de aquello que surtió ya su efecto en nosotros es, si bien doloroso, accidental.* Lo vivido nos ha hecho como somos y si lo olvidamos, pienso yo, ¿por qué dejaríamos de serlo? Además, sin tener alzheimer, ¿no se nos olvidan a todos muchas cosas que no habríamos vuelto a recordar de no haber sido porque algo nos las recordó?

Un día vi una lágrima en el rostro de un ser querido con un alzheimer avanzado. Brotó cuando no logró reconocer a su hermana. Se suponía que la desconexión con la realidad o el grado de inconsciencia era más radical de lo que esa lágrima significó. Por eso es que más allá del funcionamiento de nuestro organismo, pienso que uno no alcanza a comprender lo que sucede en el fondo de las almas, incluso en las situaciones de un profundo deterioro. Otro día, este mismo familiar se perdió. Salió sin que nadie lo advirtiera y estuvo desaparecido unas horas. Había llegado a la casa de su infancia, un trayecto nada fácil, y como allí lo conocían, avisaron. Lo más conmovedor es que se había refugiado en el que fue su cuarto. Esta vuelta a la niñez a la que parecemos tender, incluso cuando el cuerpo sugiere que todo se ha olvidado, indica una especie de “nostalgia por el origen”, como dijo alguna vez Joseph Ratzinger.

Mi gran conclusión es que somos mucho más que nuestras puras funciones biológicas. Tenemos unas facultades que están en el alma y pienso que allí, en ese fondo íntimo, no puede acceder nadie salvo Dios y ese grado de conciencia que nos quede en caso de un gran deterioro.

Perder la memoria parece anularnos, pero lo cierto es que más que los recuerdos, lo que realmente importa es el efecto que surtió en nuestro ser todo lo que vivimos, conocimos y amamos. Eso, en definitiva, habrá sido lo que nos transformó. Y cuando volvamos al lugar de donde vinimos, ese en el que veremos cara a cara lo que somos, conoceremos como hemos sido conocidos (1 Cor 13, 12). Allí el recuerdo se transformará en una realidad que no pasa. Por eso pienso que más que recordar, lo que verdaderamente importa es *ser*, pues aunque no nos reconozcamos ya más en esta tierra, no dejaremos de ser eso en lo que nos transformaron nuestros pensamientos y deseos. Más que lo externo, perdurará ese tesoro en el que pusimos el corazón.

(El Nacional, septiembre de 2019)

EL BIEN COMÚN

Una cosa es buscar ayuda y otra muy distinta experimentar que a uno se la ofrecen. Sentirse acogido por alguien que se adelantó a ayudarnos, amplía el horizonte del encuentro humano. Muchas carencias pueden resultarnos inadvertidas, no sernos muy conscientes, por más que la necesidad sea nuestra. Por eso recibir una mano que ofrece el don del acercamiento *porque* vio nuestra necesidad antes de que uno la intuyese es una experiencia humana enriquecedora, no sólo porque abre al reconocimiento del otro sino porque ese otro impulsa en uno vida.

Creo que la mayor necesidad y, por lo mismo, la mayor ayuda que puede uno necesitar o prestar a alguien tiene que ver con el sentido de la existencia. Por ser la más profunda, esta necesidad afecta todas las dimensiones de la vida. Se implica con la apertura a la trascendencia, con los sueños e ideales, con los deseos de amar y ser amado, con la inquietud de descubrir en uno los talentos ocultos, esos que ni imaginamos tener. Las necesidades se cubren unas a otras y activan la vida de los pueblos cuando cada uno se toma en serio su travesía por este mundo y el deseo profundo de conocer su vocación de vida.

Los vacíos o insuficiencias activan la búsqueda personal, pero también generan la inquietud de ayudar a abrir caminos. Ambas realidades movilizan la interrelación de los talentos y deseos de cada uno. Por eso descubrir el propio sentido de vida implica ayudar a otros a experimentar su capacidad creativa. Esta interconexión engendra acciones y estos movimientos, *obras* que suscitan transformaciones en los pueblos, porque promueven la importancia del trabajo humano y la ilusión de abrirse al futuro.

Esta especie de retroalimentación de talentos que activa potencialidades inconscientes en cada uno y da sentido a la vida se funda en un don primario: la gratuidad de la vida. De aquí mana la fuerza que mueve a nuestros actos a trascendernos y afectar a los demás como un bien que les estimula. Experimentarlo es un don de esos que construyen nuestra existencia y la de una nación, sobre todo en momentos como los actuales, en los que las diferencias se imponen como obstáculos para la convivencia.

Las obras humanas que estimulan el esfuerzo común generan alegría en otros, forman en libertad, educan para el futuro, construyen en equipo y responden a las necesidades de un pueblo,

pues como dijo Julián Carrón en la asamblea general de la Compañía de las Obras en noviembre de 2009 en Milán, la educación es “una relación adecuada entre mi persona y los demás” (*Tu obra es un bien para todos*). Por eso trabajar, discernir los personales talentos y desarrollarlos es abrirse a los otros y a la existencia en libertad. Y esto es educar, en el sentido de que la vida es un racimo de relaciones humanas: “el ‘nosotros’ entra en la definición del ‘yo’” (Carrón).

Nuestras grandes necesidades como nación son el trabajo y la educación, realidades que deben ser entendidas como acciones que se implican, no solo porque precisan de un esfuerzo común y prolongado en el tiempo, sino porque cuando trabajamos se nos abren oportunidades de formar a otros en los procesos: en la virtud de la paciencia y en los pasos implícitos en la lógica de la producción.

Los talentos, las necesidades y los problemas, se cruzan en la vida como lo hacen el bien y el mal en el corazón humano, las luces y las sombras en los caminos de la existencia. Más que un obstáculo, la crisis que vivimos es una oportunidad para ahondar en los fundamentos de nuestra vida y de nuestras acciones: para darnos cuenta, también, de que las relaciones humanas, vistas como un engranaje que genera encuentros, pueden traducirse en un progreso desplegado para todos.

Trabajar en un esfuerzo conjunto es el camino para desarrollar esa Venezuela que queremos. Esto es también *educar*, puesto que al hacerlo bien estimulamos a otros a experimentar, en la acción, qué talentos encajan con las necesidades del país, tan abundantes y diversas en estos momentos.

(El Nacional, junio de 2017)

EL CORAZÓN DE JOSÉ GREGORIO

Los venezolanos estamos de fiesta por la próxima beatificación de José Gregorio Hernández, un hombre bueno y generoso que hizo de su vida un don a los demás.

La noticia de la firma del decreto por parte del Papa Francisco coincidió con la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, una devoción hermosa que invita a los hombres a descubrir los secretos ocultos en la intimidad de Dios, reservados para todo el que quiera acercarse con sincero deseo de conocerle.

Esta devoción tan divina y humana a la vez, sana y limpia los corazones de quienes se abren a la acción de Dios en su alma. Por sus efectos purificadores, transidos de ese amor que todo lo da y lo perdona, la personalidad de quien se acerca al corazón de Jesús se integra, se unifica, se simplifica. Algo que necesitamos todos los venezolanos.

José Gregorio será beato porque era un hombre lleno de virtudes, ciertamente, pero virtudes y valores morales moldeados por el amor de Dios. Su corazón latió al ritmo del corazón de Jesús y por eso irradiaba paz y un amor incondicional al prójimo. Era mucho más que un buen ciudadano y un hombre de gran altura ética. Esto lo era, sí, pero fue un hombre de Dios que concilió en su intimidad inquietudes que impregnó de un sentido divino. Su itinerario no fue fácil. Sus aparentes fracasos, en ese discernimiento de su vocación, supusieron un gran sufrimiento. Con el tiempo Dios le hizo ver que la medicina era su sacerdocio.

Fue un científico que rindió sus facultades tanto como pudo. Su inteligencia indagó con la pasión propia de quien desea saber lo que de verdad le inquieta. Su vida evidencia que la fe vivida en profundidad no se opone al uso exigente de la razón. A veces se piensa que la fe es irracional, pero para asentir a las verdades que va a creer, la inteligencia debe antes conocerlas: comprenderlas, pues la confianza que se deposita en Dios no es un salto al vacío, sino el encuentro real con una Persona concreta.

La fe no obstaculiza a la razón; no la limita ni entorpece su búsqueda. No hay que optar entre *creer o saber*, como si Dios se opusiese a la razón y a su creación. Dios es *Logos* y por lo mismo penetra de sentido el orden de lo real como causa que funda todo lo que existe. José Gregorio fue

consciente de esto al exigir a su inteligencia todo lo que ella pudiese dar. Concilió la fe y la razón cuando buscó con honestidad respuestas a las preguntas que la misma realidad le formulaba, pues ni la fe opaca a la razón ni la ciencia oculta a Dios.

Nuestro futuro beato era médico, pero también sabía de filosofía. Por eso resalta que hubiese visto claro que la realidad no se reducía a lo puramente fenoménico. Percibió los límites del positivismo, que no trasciende el hecho físico y se deslinda de un modo simplista de las preguntas fundamentales que tocan el misterio de la vida, del cambio y de la riqueza contenida en la apertura a un futuro que es también sorpresa. El papá de Aristóteles, por ejemplo, era médico y su realismo y atención a los fenómenos físicos influyó a un hijo que resolvería con una profundidad admirable los problemas filosóficos que abrirían el camino a las ciencias y a la captación racional de que Dios era uno. Y esto, siglos antes de Cristo.

José Gregorio fue un médico exigente, culto; un verdadero hombre de ciencia. Y precisamente por responder a las exigencias de sus facultades con todo el rigor de una persona seria, correspondió en el mismo nivel a Dios siendo bueno. La oración tampoco se opone al estudio, pues la inteligencia que se concentra para estudiar es también capaz de fijar la atención en Dios con la misma intensidad. Por eso no resulta extraño que un hombre tan racional fuese también un hombre de oración.

Cuando conoce, la inteligencia implica a la afectividad, pues así como no hay que optar entre *creer* o *saber*, tampoco hay que hacerlo entre *amar* o *pensar*. Así, amando y haciendo el bien, pensando y dando clases, atendiendo a sus pacientes e investigando en el laboratorio, José Gregorio logró conciliar poco a poco, todas sus inquietudes. El amor unificó su personalidad y le ayudó a descubrir el plan de Dios en su vida tras sus aparentes fracasos.

José Gregorio es un ejemplo de que es posible amar a la medida del corazón de Cristo, sirviendo a las personas a través de un trabajo ejercido con pasión y a la altura de los tiempos, en medio de condiciones difíciles, conciliando en la intimidad las tensiones interiores que todos tenemos.

Fue un hombre bueno, profundo, de sincera religiosidad, inteligente y humilde, pues no solo rindió su razón con exigencia, sino que reconoció sus limitaciones a la hora de acceder a verdades que nos serían inaccesibles sin ese otro modo de conocer que es la fe. Lejos de ensombrecer la fuerza de su inteligencia, la fe fue en su vida una luz que le llevó a descubrir a Dios en su trabajo y en el prójimo a quien servía.

Un día como hoy confió a un amigo que había ofrecido su vida a Dios por la paz del mundo. Y al día siguiente, el 29 de junio de 1919, murió. Así como vivió convencido de que la fe eleva la razón y la ayuda a penetrar con mayor profundidad en los diversos ámbitos de la realidad, del mismo modo veía con claridad que a esta vida le sigue otra, de un nivel mucho más perfecto, para bien, en su caso.

La abrumadora expresión de afecto tras su muerte, conmovió profundamente a Rómulo Gallegos, quien dijo algo muy bello que pienso que aplicó a su vida: “(...) en pos de su féretro, todos experimentamos el deseo de ser buenos”¹.

Ofelia Avella

(El Nacional, junio de 2020)

¹ Documental de CINESA, *José Gregorio Hernández, de carne y hueso*.

EL CORAZÓN

Uno dice con naturalidad que alguien tiene “buen corazón”. Cuando hay crueldad decimos muy intuitivamente que la persona en cuestión “no tiene corazón”. Algo así sucede cuando leemos las noticias sobre la grave violación a los derechos humanos en los últimos días. Lo sufrido por el capitán Acosta y por Rufo Chacón parece perpetrado por hombres difíciles de conmover. No digo que incommovibles, porque eso solo lo sabe Dios, pero tanta maldad, por lo pronto, nace de corazones endurecidos; de hombres que parece que no sienten.

Hay gente estremecida e indignada y esto muestra que en la sociedad hay reservas de bondad. Lo triste es que tengamos que recordar lo que es y no es humano con el terrible contraste del cinismo.

El corazón se ha asociado siempre con lo más íntimo del hombre. Es ese fondo del alma de donde salen nuestros gemidos, nuestros anhelos, nuestros deseos y nuestra sed de justicia. Es ese “núcleo del hombre”, esa “profundidad misteriosa” (Dietrich von Hildebrand, en *El corazón*), desde la que respondemos afectivamente a Dios y al prójimo mostrando lo que somos. Por eso la dureza, lo más contrario al amor, es lo más cercano a la “falta de corazón”, a la inhumanidad de la que somos testigos y no deja de asombrar.

Hay experiencias que quitan como un velo de los ojos. La enfermedad en todas sus formas es una. La muerte es tal vez la más fuerte. Pero mientras vivimos, todo encuentro con la insuficiencia humana araña el alma. De entre todas las vivencias, la injusticia es una de las duras. Se trata de situaciones que nos hacen tocar nuestra finitud, nuestra pobreza, pero nos llevan también a saborear que hay otro tipo de salud, otro tipo de vida, de riqueza, de amor y de justicia, que elevan nuestra condición humana a más altas posibilidades. Nuestras limitaciones nos abren al fondo del alma y a un amor que sana todas las heridas. La injusticia, de entre todas las experiencias, es muy agria y al que la sufre le lleva a descubrir en lo más íntimo gemidos desconocidos; gemidos que nacen de una intimidad muy honda que clama al cielo.

Los disparos a los ojos de un muchacho; la tortura y la muerte del capitán Acosta, por hacer solo referencia a lo ocurrido en estos días, son sucesos que dejan un sabor amargo en la sociedad. Ver la crueldad de frente espeluzna, pero justo por ser tan fuerte, el contraste lleva a desear el bien y

a descubrirlo en los que se conmueven. Uno no puede sino desear que se haga justicia, no solo en estos casos, sino en tantos otros no narrados. Algo necesario para que haya paz en una sociedad, pues los crímenes de lesa humanidad atentan contra los valores más sagrados de la vida y de la dignidad humana. Mientras tanto, que la impotencia redunde en una espiritualidad más honda, de modo que sea el Espíritu el que gima por nosotros.

La experiencia del mal es muy dura, pero toca fondo en el límite en que el hombre se resiste a la disgregación, pues en las profundidades del alma late el bien que impulsa a reaccionar. Por eso el dolor es siempre el catalizador de los grandes cambios. Por eso los tiempos muy críticos dan también mucho fruto si nos dejamos conmover.

Desde que Caín mató a Abel se nos recuerda que estamos llamados a ser guardianes de nuestros hermanos. No sus asesinos.

(El Nacional, marzo de 2019)

EL CRISTO DE LOS POBRES

Suplir a Cristo por una persona nunca es provechoso para nadie. El verdadero santo procura que sea Cristo quien resalte. Por eso su discurso, lejos de centrarse en su persona, lleva a los hombres a Dios. Pensemos, por ejemplo, en el intensísimo servicio a los pobres de la Madre Teresa de Calcuta o en el trabajo con los jóvenes de la calle de un Don Bosco.

El árbol se conoce por sus frutos. Y la humildad es una virtud requerida para dar fruto, pues la acción de Dios es mayor en la medida en que la persona se dispone a ser “moldeada” por El. Los santos “resolvían problemas” porque amaban y confiaban en Dios. Provocaban la generosidad de los ricos, de los poderosos. No les quitaban sus pertenencias: les robaban, por decirlo de algún modo, el corazón. La Madre Teresa, por ejemplo, pidió a ciertos hombres de negocios visitar a los pobres antes de recibir su dinero. Procuraba salvar sus almas haciéndolos generosos: “forzándoles” amorosamente a ver el rostro de aquellos a quienes ayudaban.

Es propio del santo amar a todo hombre: a los pobres y a los ricos, a los justos y a los injustos, a los intelectuales y al pueblo llano, a los sanos y a los enfermos; al mundo entero, como comprendieron los apóstoles: a los “partos, medos, elamitas, y los que habitan en Mesopotamia, Judea y Capadocia, el Ponto y el Asia, Frigia y Panfilia, Egipto y las regiones de Libia, próxima a Cirene, y los forasteros romanos, así como judíos y prosélitos, cretenses y árabes...” (Hch 2, 9-11). Se trata, pues, de un mensaje inclusivo, expresión del amor de Dios.

La pobreza, además, no es sólo material. La espiritual es peor. El vacío de Dios, la soledad, la indiferencia que pueden sufrir los incapacitados, los ancianos, los injustamente apresados, los vagabundos, los que parecen no tener algo que ofrecer a la sociedad, puede ser horrorosa. Lo propio de un santo es hacer sentir “amado” a cualquiera. No sólo a los necesitados de alimento material, sino a quien requiera alguna ayuda. Jesús curaba enfermedades, sí, pero luego decía: “ahora vete y no peques más”, pues su misión, ante todo, era salvar el alma de la opresión del pecado: del egoísmo, de la avaricia, del odio, de la envidia y de todo tipo de prostitución moral.

Así como salvó al buen ladrón, salvó también a María Magdalena. Así como se acercó a los doctores de la ley, se acercó a los pescadores. Buscó salvar a cada uno de su enfermedad particular -moral o física- y cuando se trataba de esta última, insistía en que también había curado la otra.

Parece así que una cosa es desear ayudar a los necesitados y otra muy distinta es ponerse en el lugar de Dios. En el primer caso se advierte rápidamente la necesidad de pedir ayuda al cielo si la intención es sincera. En el segundo, termina usándose el nombre de Cristo para los propios intereses, sometiendo así al mismo Dios a la ideología.

Cuando sólo queda el hombre que suplió a Cristo, el deseo inicial de ayudar al pobre se debilita y sucumbe al personalismo de quien manda. Esta ha sido siempre la lógica del endiosamiento humano: al débil se le usa y se le precisa, además, débil, para poder elaborar el discurso de la necesidad de ayudarlo *desde el poder*. La lógica de Jesús es muy distinta y vale la pena recordarla. Cuando dijo que “a los pobres los tendremos siempre entre nosotros” no quería significar que debíamos mantener siempre pobre al más necesitado. En absoluto. Lo que sabía bien es que ese foco de pecado, de egoísmo –que vino a curar-, es precisamente lo que suele impedirnos ver las necesidades del otro. La avaricia, la mentira, las injusticias, características de nuestra condición de hombres, pueden ser ocasión para que otros *no* mejoren sus condiciones de vida. Por eso la lucha es contra el pecado que anida en el corazón. No contra un sistema abstracto. Mateo, el recaudador de impuestos, es un buen ejemplo del cambio interior que Jesús pide. Su lógica es tocar la conciencia para lograr la conversión personal; no enfrentar a las clases sociales entre sí.

Suplir a Cristo con un hombre daña tanto a la religión como a la política. Cristo se transforma en una bandera partidista y el hombre, endiosado, en el único criterio de verdad. Y una vez muerto, en mito.

Las falsas promesas no satisfacen a los corazones. Son engaños con los que se manipulan las conciencias y los sueños. La decepción que sigue al despertar de la ilusión sume en una mayor desesperanza. Y con esto también se juega. Siempre se está a tiempo de reconocer que el único Cristo de los pobres es el mismo Cristo: ése que asume toda pobreza espiritual y material. Ese que por trascendernos puede salvarnos de nuestras miserias y mediar en la necesaria reconciliación que necesitamos. Dejémosle ser Dios.

(El Universal, junio de 2013)

EL DESEO MÁS ÍNTIMO

A veces hace falta mucho tiempo para discernir nuestro deseo más íntimo, pues hay cosas que se comprenden viviéndolas y no pensando, y mientras se nos revelan pasan los años. Tal vez no apreciamos esas primeras intuiciones como los tesoros que son; esas que luego se muestran como determinantes en nuestro camino. Podemos haberlas acallado, reprimido. También nos pudieron haber sido arrebatadas. Prefiero considerar que pudimos haberlas mantenido guardadas en secreto, como suele suceder siempre con lo más valioso, porque creo que salvo que se haya hecho un daño irreparable a la persona, los deseos más íntimos siguen allí, impulsando las decisiones y esperando el momento de eclosión. El dolor es de hecho el abono en esos pozos de la memoria en los que mana la vida.

Hay instantes únicos en los que el pasado entero se nos revela como un haz de conexiones con sentido. Es como si tantas inquietudes constantes, incompletas e insatisfechas, convergieran de pronto en las circunstancias actuales. Son momentos en los que muchos puntos se conectan y por eso vemos un “todo” completo que trae a nuestra mente tantos esfuerzos continuados. Son instantes de gracia en los que “comprendemos” situaciones que dan razón a lo sucedido. Ver el presente “desde atrás” fomenta la esperanza ante la incertidumbre del futuro, porque saberlo derivado de esa historia que se ha desvelado como un racimo de situaciones atadas unas a otras, ayuda a enfrentar lo desconocido como un tiempo cargado de sentido. Cuando captamos que lo sucedido ha ido caminando hacia adelante, no como una historia azarosa sino como una corriente que va a desembocar al mar, vemos la vida diferente, como un camino hilvanado. Si ha habido conexión entre el ayer y el día de hoy, ¿por qué no podría comenzar un nuevo ciclo de situaciones conectadas mañana? Las palabras de Steve Jobs en Stanford sugieren esto: “No se pueden conectar los puntos hacia adelante; solo puedes hacerlo mirando hacia atrás. Así que tendrás que confiar en que los puntos se conectarán alguna vez en el futuro. Tendrás que creer en algo, tu instinto, el destino, la vida, el karma o lo que sea. Porque creer que los puntos se unirán te dará confianza para confiar en tu corazón. Esta forma de actuar nunca me ha traicionado, y ha marcado la diferencia en mi vida”.

Los deseos se implican con los movimientos del corazón y a veces no los atendemos. El futuro tiene que ver con lo que no ha llegado y no se posee; los deseos también, pues se busca lo que no se tiene. “No basta con querer marcharse de un lugar” –dice un personaje de un cuento de Michael

Ende a otro que no quiere moverse. Hay que “querer ir a otro” -añade; para eso tenemos que dejarnos llevar por los deseos si queremos vivir la propia historia. Esos caminos que el personaje que simboliza la muerte llama “de Fantasía” solo pueden encontrarse con los deseos. Se va de uno a otro, pues si la vida es un camino, se entiende que se precise (a veces) de mucho tiempo para discernir la “verdadera voluntad”, ese “secreto más profundo” que uno no conoce. A él se llega atravesando una puerta que no se ve: “hay en Fantasía un lugar que conduce a todas partes y al que puede llegarse desde todas. Ese lugar se llama el Templo de las Mil Puertas. Nadie lo ha visto nunca por fuera, porque no tiene exterior. Su interior, sin embargo, está formado por un laberinto de puertas. El que quiera conocerlo tiene que atreverse a entrar.”

¿Cómo se le encuentra entonces si “uno no puede acercarse por fuera”? –preguntó el joven. Cada puerta puede conducir al Templo y “a través del laberinto de las mil puertas sólo puede guiarte un deseo auténtico” –dijo la muerte. “Quien no lo tiene ha de vagar por el laberinto hasta que sabe lo que desea.”

Todas las circunstancias (la puerta de la cocina o la del establo) son una oportunidad para encontrar ese deseo verdadero, pero por requerir de nosotros “la mayor autenticidad y atención”, en ningún otro camino “es tan fácil perderse para siempre”. Nada nos es tan importante y al mismo tiempo tan cuesta arriba. Nada exige tanto de nosotros. Coincidir con lo que somos deriva en un verdadero impulso de vida, pero a costa de autenticidad. “Lo que no se desea es inalcanzable”, pues no hay motivación sin deseos originarios. Buscaremos entonces que las opiniones ajenas nos iluminen y apoyen, hasta que captemos que sólo uno sabe lo que quiere.

Mientras los puntos se ven desconectados, la vida se ve fragmentada, un poco sin sentido. La propia historia se revela así como un cúmulo de anécdotas desperdigadas en lugar de un camino tejido, aunque con nudos. La alegría aparece, en cambio, cuando el deseo apasiona: “como en todo lo que tiene que ver con el corazón, lo sabrás cuando lo hayas encontrado” –dice Jobs.

Esa puerta que conduce al deseo auténtico es muy interior y personal. Por eso hay que buscarla. Por eso no se ve. La verdad es que nadie puede guiarnos en la búsqueda de ese secreto que depende de nuestra intuición.

(El Universal, octubre de 2016)

EL DÍA DESPUÉS

El título parece el de una película sobre el fin del mundo, pues efectivamente hemos llegado a un límite esperado, a partir del cual no podemos decir qué pasará.

Resulta difícil escribir algo para este “día después”, este día difícil con el que habremos de lidiar, pues las cosas no cambian nunca mágicamente, sin esfuerzo por nuestra parte. Se me ocurrió, por lo mismo, hablar de nosotros, los venezolanos, porque a raíz de las elecciones y de la situación del país, una amiga muy querida me manifestó, desde el exterior, que Venezuela seguirá siempre igual. Comentábamos que la verdadera causa de nuestros problemas era la profunda crisis moral que vivíamos y sobre la que había que trabajar de un modo intenso, pues cambiar la mentalidad de un pueblo lleva tiempo. Digamos que hasta este punto coincidíamos, a pesar de insistir yo en que el país estaba en un proceso de maduración y que no tenía por qué ser siempre igual. “Mucha gente está trabajando –le dije– y luchando por un mejor país, conscientizando, también, que todos tenemos que implicarnos, que arrimar el hombro y asumir responsablemente el futuro de todos.”

Mi amiga insistía en que seguiríamos igual. Yo insistía en que no. Insistía porque realmente creo que muchos en el país queremos asumir el reto de la profunda renovación moral que necesitamos, si maduramos en el proceso y nos implicamos en él. Sé que este cambio requiere de venezolanos honestos, particularmente sinceros en la búsqueda del bien común y de una real transformación de la sociedad, lo cual exige mucho de nosotros: lo mejor de nosotros y por eso, quizás, suena utópico.

En este punto la conversación se volvió tensa, puesto que seguía insistiendo en que seguiríamos igual por los siglos de los siglos. La tensión llegó al punto álgido, sin embargo, cuando al insistir yo en que aquí había mucha gente buena, luchando y trabajando, comentó que los mejores ya habían salido del país. Sin pretensión de juzgar, en absoluto, a quienes han decidido salir de Venezuela, por las razones que sea, se me ocurrió hablar acerca de los que aquí estamos, pues la opinión de que se han quedado los “peores” –lo cual se deduce por contraste– es injusta e irreal. Absurda, por completo. Me pregunto, además, si acaso los hijos de esta Patria, que nos ven ahora desde fuera, no tienen mucho que agradecer a lo que en ella recibieron, de parte de los que aquí estamos. Se lo pregunto a mi amiga y a los que creen que este país no tiene remedio.

No es justo emitir tales juicios, sobre todo porque se ignora lo que aquí sucede y lo que aquí se lucha. Creo que muchos hemos madurado a lo largo de este proceso y quienes hemos vivido, paso a paso, día a día, las consecuencias de un país en busca de su identidad, de su rostro, de su modo concreto de entender la solidaridad, la igualdad, tanto como sus deberes y derechos, podemos muy bien decir que hemos cambiado y aprendido. Nos ha costado comprender qué es la democracia, cuánto y cómo debemos implicarnos en los asuntos de nuestra comunidad y del país. Estamos, sí, pagando los “impuestos” de muchas cosas mal vividas, dadas por supuestas y mal asimiladas. Nuestra desidia en muchos campos está pasándonos factura y todo duele. Duele madurar así, pero es nuestra historia y parte del ciclo que nos ha tocado vivir. La democracia se madura y hemos tenido que comprender, duramente, que también puede perderse si no se le cuida, si los intereses particulares se imponen a los comunes y si cooperamos para que la corrupción merme las bases del Estado.

En Venezuela hay mucha gente buena, dispuesta a luchar por los derechos de todos y a asumir el reto de un futuro mejor. Los países viven sus procesos de maduración, tanto como todos lo hacemos en lo personal. Las circunstancias nos han enseñado, duramente, a implicarnos en las necesidades del otro, porque las de cada uno son siempre las de todos, por aquello de que vivimos en el mismo lugar. ¿Que la lección ha sido y está siendo dura? Sí, sin duda, pero en mucho es consecuencia de haber esperado que “el otro” –y no yo- arregle al país y resuelva sus problemas.

Los venezolanos que aquí estamos saldremos adelante si nos lo proponemos, siendo ejemplo de una democracia recuperada a base de lucha, de esfuerzo tenaz, de re-comprensión de lo que somos y podemos, a pesar de los pesares.

Sin emitir ningún tipo de juicio sobre quienes se quedan o se van, sólo quiero decir que, quienes nos quedamos debemos asumir la renovación de este país que para nada está perdido y en el que ciertamente hay mucho que mejorar. Nos tocará reconstruir una nación debilitada, sí, pero nos tocará también cosechar la alegría de haber participado en su renacimiento.

(El Universal, diciembre de 2013)

EL DIÁLOGO POSIBLE

El diálogo es siempre de dos (o más). Si no, se trata de un monólogo. La comunicación es de lo más difícil que hay en la vida porque nos implica por completo. Supone una actitud de sinceridad, apertura y receptividad. Decir la verdad (reconocerla) no es fácil; estar abierto a lo que el otro tenga que decirme tampoco lo es, sobre todo si sé, de antemano, que aquello que dirá no va a agradarme (porque quizás tenga razón). La apertura lleva a escuchar al otro para procurar comprender su perspectiva de las cosas, la cual puede ser muy contraria a la propia o a lo menos, distinta. En el proceso (y el diálogo lo es siempre), las partes que buscan comprenderse deben procurar encontrar puntos en común. Pero para lograrlo, deben antes *reconocerse* y escucharse. Esto requiere, sin embargo, de *buena voluntad*.

Y aquí está el punto clave. La buena voluntad dice relación a la conciencia, al deseo real de encontrar esos puntos en común, que no son otra cosa que ciertas *verdades* que deben aflorar en el diálogo. Verdades que no son propias de las diversas perspectivas o modos de ver el mundo, sino que se refieren a hechos objetivos, que hay que reconocer. Por eso el diálogo es mucho más que “pronunciar” palabras o “negociar” ciertos intereses de las partes. La verdad electoral, por ejemplo, es en este caso un punto objetivo que refleja la voluntad popular y es ese hecho preciso, concreto, en lo que hay que insistir. Demostrar que Maduro no es venezolano es también otro hecho concretísimo que pondría en evidencia la verdad. Pero incluso demostrado, esto no bastaría para lograr la paz, pues a los hechos más concretos también hay que interpretarlos. La verdad es algo difícil, que precisa de honestidad. Es algo complejo, que precisa de deseos de comprender.

Llama la atención que muchos saquen a relucir el tema de la conciencia. Es lógico que así sea, pues uno se pregunta si es posible que la ideología nuble la mente hasta el extremo de no dejar ver que se está mintiendo y destrozando un país. Mientras escribía este artículo, recordé algo que Simón Wiesenthal cuenta en uno de sus libros acerca de sus experiencias en campos de concentración. Un día, una enfermera le pidió que la siguiera hasta el lugar donde estaba un oficial de la SS muriéndose. Al verlo, el oficial habló un poco sobre su vida, su formación, su familia, y su cercanía a Hitler. Algo le pesaba. Había colaborado en un crimen horroroso. Un día, los soldados a su mando habían encerrado a 300 judíos en una casa y la habían quemado. Todos murieron. “Sé que es horrible –dijo. Durante las largas noches, en las que estoy esperando mi muerte, siento la gran

urgencia de hablar con un judío sobre esto y pedirle perdón de todo corazón”. Wiesenthal concluye diciendo: “De pronto comprendí, y sin decir ni una sola palabra, salí de la habitación”.

¿Qué “comprendió” Wiesenthal? Interpreto que constató la realidad de la conciencia. Las ideologías pueden ofuscar nuestras mentes, dificultándonos “ser” nosotros mismos y obrar en conciencia. Esto, sin embargo, no dura toda la vida. Llegamos un punto en que “vemos”, por más superficiales, toscos y burdos que podamos ser. Hace falta un mínimo de sinceridad, sin embargo, para que esto ocurra, pues nuestra psique siempre encuentra modos de ocultar a nuestra mirada interior ciertas realidades que nos asustan y atormentan por su vileza.

El oficial nazi no dormía desde que colaboró en ese crimen atroz. Wiesenthal lo escuchó. La situación *ideal* habría sido que este último perdonara al confeso, pero se comprende que sintiese más bien una imperiosa necesidad de salir de la habitación. Tenía mucho que asimilar. Estaba recién constatando que *sí* hay conciencia: que *sí* se advierte lo que puede suponer un crimen.

La conciencia puede retorcerse hasta adaptarla a la propia conveniencia. Más que irreflexión –lo que puede concederse por un tiempo–, usualmente hay complicidad, mentira y miedo. Lo triste es que la propia vida se vuelve inauténtica y sin sentido, al tiempo que se daña a muchos. ¿Cuál era la “verdad” en el encuentro entre estos dos hombres? Pienso que era muy objetiva: habían sido quemadas vivas 300 personas. No habían muerto como si “la tierra” se las hubiera tragado. Estas personas habían sido asesinadas porque este oficial lo consintió. Confesó, por eso, lo mismo que advertía en su intimidad.

No creo posible, por ello, que la ideología pueda exonerarnos por mucho tiempo de nuestra responsabilidad: y aquí incluyo tanto a quienes “hacen” como a quienes “dejamos de hacer”, pues lo que sucede “no lo queremos”, pero lo consentimos si no actuamos para provocar el cambio.

El diálogo posible es difícil, pues confesiones como las del oficial nazi no son comunes en estas luchas políticas que entablamos. Hay demasiados intereses de por medio, tanto como excesiva corrupción. Si se tratase, sin embargo, sólo de “negociar” –sin apelar a una más profunda y humana reconciliación– la solución será siempre artificial y temporal. Sin *buena voluntad* de ambas partes no puede haber diálogo.

Si “negociar” bastase, el mundo debería estar en paz. Vemos, sin embargo, que no es así.
Por eso urge apelar a la conciencia.

(ElUniversal, julio de 2013)

El diente roto

El cuento de Pedro Emilio Coll, *El diente roto*, forma parte de mis recuerdos de infancia porque mi diente frontal se quebró por estar tomando coca-cola a pico de botella cuando choqué contra una puerta. Estaba yo en primer grado y desde entonces, las maestras me elegían para leerlo en voz alta. Crecí con la literatura, rodeada de cuentos e historias.

Dos de mis abuelos me legaron sus novelas más queridas: *Los novios*, de Manzoni e *Ifigenia*, de Teresa de la Parra. Mi otra abuela me hablaba de su tío Manuel, autor de *Idolos rotos*. Cuando la leí en bachillerato le presté gran atención. Díaz Rodríguez era un familiar y yo quería escribir. Además, indagaba sobre la posibilidad de que el personaje desarrollara sus ideales de artista en su querida patria, Venezuela, y yo tenía esa inquietud.

El pesimismo abraza esta novela. En ella parece no haber salida para el país. La frustración la invade, pero toca una llaga y por eso trasciende en el tiempo. ¿Cuál era y es tal vez la herida, la fractura, más honda que la de mi diente? Porque debo decir que ese quiebre lo fui asociando a la novela y a los huecos de las calles de Caracas, dilucidando que lo físico es una manifestación de una herida más profunda.

Mis abuelos me legaron la memoria de sus entornos; me entregaron un trozo de historia para interpretar, un símbolo de sus propias vidas, porque creo que las novelas son intuiciones de un momento, de algo visto por el artista y el lector conmovido. Todo un misterio que cautiva.

La Providencia, la libertad y la historia de una nación (*Los novios*) fui relacionándolas con una vida en sociedad más necesitada de sinceridad en todos los aspectos de la cotidianidad (*Ifigenia*), y con las luchas de tantos venezolanos que han buscado y buscan desarrollar sus talentos dentro o fuera del país, sintiéndolo siempre suyo (*Idolos rotos*).

Mi vida se ha movido entre contrastes que he procurado ir conciliando: he tenido oportunidades que muchos en mi país no han tenido y la inquietud por resolverlos en otros me ha movido siempre. La relación entre la razón y la fe, la filosofía, la teología y la literatura, el cuerpo y el alma, la política y la religión, han requerido de mis esfuerzos por una conciliación durante años. Por

otra parte, la diversidad de espiritualidades que he conocido en la Iglesia, me ha ayudado a descubrir que todas manan del corazón de Dios.

Cada vida es una huella digital, pero todos podemos experimentar en nuestra intimidad que lo diverso se resuelve en el encuentro de un centro de unidad. Se dice fácil, pero no lo es, porque nada exige tanto de nosotros como elevarnos a descubrir los aspectos comunes a otros. Si en la propia vida cuesta conciliar tantas contradicciones interiores, cuánto más costará lograrlo entre los miles de ciudadanos en un país. Es todo un reto, porque somos libres y distintos, pero es posible y necesario para transitar hacia la paz.

Las diferencias ideológicas son un nivel de la herida. Curar los niveles más hondos es un desafío, pero resultará en soluciones eficaces: liberadoras, humanas. Las que nos piden los tiempos.

La vida es el don máspreciado. Es una gracia: un regalo *dado*. Por eso es lo más digno de respeto. En términos de “tiempo” que transcurre, es un engranaje de relaciones, una oportunidad para encontrarnos. Por eso se trata de hacer un esfuerzo, tremendo, sí, por resolver nuestras diferencias en lo común, por el bien de todos. *Tú y yo* nos enlazamos en *los mismos deberes y derechos fundamentales*: la familia, la vida, la salud, la alimentación, la educación, la libertad de asociación, de expresión, entre tantos otros.

“El futuro está hecho de ti, está lleno de encuentros, porque la vida fluye a través de las relaciones” (<https://hipertextual.com/2017/04/papa-francisco-ted-talk>). El otro es “un tú” y cada uno es “parte de un nosotros.” Los acontecimientos nos están ofreciendo la posibilidad de descubrir que todos somos guías de la transición hacia una democracia real. Venezuela puede cambiar.

(El Nacional, mayo de 2017)

EL DON DE LA VIDA

El nacimiento de un bebé llena de alegría a una familia. Cada nuevo niño surte el efecto de una renovación en la vida de todos los que estamos relacionados con el hijo, sobrino o nieto que acaba de nacer. La experiencia de la maternidad física, porque también la hay espiritual, es un don especial. Concebir un hijo, llevarlo en el vientre durante nueve meses y darlo a luz, es un proceso que da una profunda felicidad. Ver llegar al mundo una nueva vida, empezar a conocer a esa personita que hasta ese instante no sabíamos cómo sería; escuchar su llanto; tocarla y sentirla cerca, sobre el propio pecho, es solo el comienzo de lo que significa ser madre.

Un bebé rejuvenece, porque las etapas de la vida comienzan de nuevo, una tras otra. Se ve crecer a alguien y se aprecia el despliegue de un proceso natural, en el que el orden de las cosas se manifiesta. Ver lo pequeño que fuimos; lo vulnerable que somos los hombres sin la atención de unos padres, ayuda a tomar conciencia de lo delicada que es la vida que nace. La alegría que se siente en torno a un bebé se explica por la apertura interior que se experimenta ante lo nuevo que irrumpe como un milagro.

Un nuevo rostro y una nueva voz es toda una sorpresa y ante las sorpresas no queda más que asombrarse. Además, la inocencia de un recién nacido es algo que toca y alivia del contacto cotidiano con la malicia humana: una especie de mancha que ese bebé desconoce todavía. Esas miradas limpias que solo buscan inconscientemente los rostros de los seres queridos, son siempre impulsos para apostar por la vida y la buena voluntad que late en el fondo de muchos corazones. Un bebé abre al amor, al don de uno mismo, al deseo de cuidar de esa criatura tan pequeña que no puede ni moverse. Su indefensión, junto a sus expectativas de ser amado, hace tender al adulto a entregarse y a salir de sí para velar por ese otro que provoca en uno el amor, porque nada despierta tanta ternura como un bebé.

No hay nada como la infancia; como esa etapa de la vida en que se descubre el mundo con humildad y curiosidad, con esa apertura espontánea que lleva a sorprenderse de todos los detalles y de los grandes misterios. Un bebé nos recuerda que lo esencial es más sencillo que lo que hemos creído. Nos lleva a apreciar, además, que la felicidad está en cosas muy pequeñas y tiene que ver con

valorar la presencia de sus vidas, la pequeñez de sus rostros, de sus manos, de su cuerpo entero. Es que es eso: un recién nacido es la patencia del valor de la vida.

Todo lo nuevo nace tras un largo y doloroso parto, unos más que otros, pero siempre en lo más íntimo de uno, *en lo secreto*, como dice el evangelio que debemos orar. Así como el embrión, todo brote de vida es siempre muy pequeño y tímido, frágil y limpio. En palabras de mi hermano, el padre de esta nueva criatura que hoy es mi sobrina: “naciste sana y bella, con la fuerza con la que irrumpe todo lo bueno en la vida”. Con esa fuerza que trascendió las dificultades y se resistió a morir porque quería vivir.

Un niño viene a decirnos que todo puede empezar de nuevo; que en medio del dolor patente hay pájaros que vuelan y flores que nacen. Un niño descubre un gusano caminando en las hojas de un árbol; saca sonrisas de un corazón duro; cree que el ratón Pérez se llevó su diente y pide al niño Jesús un trabajo para su papá. Toda nueva vida reclama amor de nuestra parte y nos recuerda, al despertar en nosotros la apertura al otro, que nacimos para trascender. Imagino que al morir, nos esperarán allá arriba con la misma ilusión con que nuestros seres queridos esperaron aquí abajo nuestra llegada, porque ese día naceremos a otra vida y nunca nada acabará.

(El Nacional, diciembre de 2019)

EL ESPEJO DE LOS DEMÁS

Todos recordamos a Sócrates por ese aforismo que a veces creemos suyo, pero que estaba inscrito en el templo de Apolo en Delfos: “conócete a ti mismo”. Lo interesante es que fue la *conversación* lo que marcó su método de descubrimiento de la verdad: la salida y la entrada de uno mismo estaba mediada por la relación con otras personas.

Las primeras preguntas filosóficas que se hicieron los hombres fueron sobre el cosmos, pues es más fácil pensar sobre lo que está afuera que sobre lo que está dentro de nosotros. Fue este primer diálogo con el mundo y con los problemas políticos y sociales de Atenas lo que llevó a la filosofía a dar un giro que centró la inquietud en el hombre. La aguda percepción socrática consistió en poner de relieve que *los demás* ayudan en el proceso del conocimiento propio. Aunque necesitamos del silencio y la soledad para descubrirnos, nuestra tendencia hacia el otro hace que el proceso de revelación de lo que somos se complete en el diálogo.

No se trata de imponer la propia opinión o de adecuarnos a la ajena, sino de clarificar la intimidad de las partes. Esto es un proceso, pues lo propio del hombre es volver sobre lo visto, lo escuchado y conocido, para asimilarlo y comprenderlo. Aunque parezca que Newton, por ejemplo, captó la ley de la gravedad en el instante en que cayó la manzana, hay que saber que a este mágico segundo precedió un arduo esfuerzo por clarificar su inquietud inicial. Si esto es así en el ámbito de los fenómenos físicos, la dificultad aumenta cuando deseamos conocer lo que ocurre en nuestra intimidad. El enriquecimiento de nuestra subjetividad precisa de una toma de conciencia de lo vivido. Y para lograrlo se necesita de la reflexión: de esa vuelta sobre lo dicho y hecho por nosotros, tanto como sobre lo compartido con los demás.

Cuando se dan a conocer, las personas nos dan material para pensar y conocernos a nosotros mismos, pues toda perspectiva distinta a la nuestra; todo modo de aproximarse a un problema; todo nuevo lenguaje, ilumina nuestro interior a modo de contraste. Así como existimos nosotros, así existe el otro y es en este encuentro como nos trascendemos a nosotros mismos enriqueciéndonos. Muchas veces descubrimos un talento gracias a la mirada del otro. Otras veces será una debilidad. Entrar en relación con los demás hace eso: interpone un espejo que mediando el reflejo del otro cuando se muestra, nos alumbra también a nosotros.

Este espejo, sin duda, es borroso, pues en las relaciones humanas no siempre media la bondad de los corazones. Todo encuentro, sin embargo, enriquece: amplía la visión y nos revela mucho, por lo pronto, de esa condición humana que compartimos con todos. El contraste, fruto del encuentro o del desencuentro, nos dice siempre algo sobre nosotros mismos y ayuda, de un modo increíble, a centrarnos en lo que de verdad somos con una libertad e independencia interior grandes. El espejo más claro; ese que alumbró el alma en lo más íntimo es, en definitiva, la propia conciencia y allí, “en lo secreto”, “en lo oculto” (Mt 6,6), es donde nos vemos como somos.

Pienso que los hombres deseamos relaciones de verdad: esas que piden al menos sencillez. Veo que todas fluyen cuando hay buena voluntad; cuando ambas partes quieren conocerse y se muestran como son. Por eso, en una sociedad en la que es normal atropellar al otro, hay que reflexionar sobre el valor de la amistad; de la confianza entre los hombres.

Es cierto que muchas cosas en la vida pueden distanciar de los demás y replegar sobre uno mismo, pero es justo en esta coyuntura cuando el hombre está invitado a descubrir esa relación estable que sostiene todas las demás. Esa que satisface nuestras ansias de ser mirados con amor en nuestra desnudez más absoluta.

Creo que la apertura a ese *Otro* de quien dependemos es lo que hace posible vernos a nosotros mismos y al *otro* en nuestra grandeza. Por eso pienso que el camino es hacer más veraz nuestro corazón, pues sin transparencia y diálogo, ¿cómo nos conocemos y a quién conocemos? ¿Qué tipo de relaciones y de convivencia tendremos?

(El Nacional, junio de 2019)

EL OCIO FILOSÓFICO

Solemos asociar la palabra “ocio” a ese tiempo libre, usualmente “muerto” o perdido, en el que no hacemos nada “útil”. Un “ocioso” es para nosotros un flojo, un bueno para nada, alguien que no parece tener “algo” concreto que hacer. Si bien se relacionaba con el tiempo libre, el ocio, para un griego clásico, se asociaba también al estudio y al descanso.

Resulta interesante saber que la palabra “escuela” viene del latín *schola* (lección, escuela) y ésta, a su vez, de la palabra griega *scholé* (σχολή), que significa ocio, tiempo libre; escuela, estudio. Nosotros no relacionamos el “ocio” con los estudios. Consideramos, muy por el contrario, que ambos términos se excluyen mutuamente. Distinguimos el día laboral, el tiempo del trabajo, de los momentos libres, contraponiéndolos –de hecho- con fuerza. ¿Cómo entender, entonces, que el término “escuela” derive de *scholé*, que significa ocio? ¿Por qué un griego asociaría el tiempo libre al estudio? Antes de responder a esto, vale decir que nos asombraría aún más saber que nuestra palabra “recreo” era justo lo que un griego tenía en su mente a la hora de pensar en el estudio, pues el tiempo dedicado a buscar la sabiduría era apreciado porque recreaba. Para nosotros, en cambio, el recreo es un momento que interrumpe el “trabajo” de aprender. Vemos así, de nuevo, como un término (ocio) se contrapone en nuestra mente al otro (estudio).

Ahora bien, los términos se alejan de su origen porque los cambios culturales, y de mentalidad, van disponiéndonos a entender la vida de modos distintos. Por eso examinar el origen de las palabras puede ayudarnos a comprender qué es lo que hemos desvirtuado en el camino, sobre todo cuando la fricción entre ciertas relaciones –como es el caso entre ocio y estudio- evidencia la necesidad de una revisión. ¿Por qué no volver la vista al pasado para indagar cómo concebían otros la relación con la realidad y el camino que conduce al disfrute de la búsqueda del saber?

Así, pues, el término “ocio” apuntaba al cultivo del espíritu. Por eso significaba también “escuela”, o lugar donde había ocio. A ese “lugar” se iba a aprender por el amor al saber y no por alguna otra razón. Este amor a la verdad generaba felicidad, pues se buscaba comprender la realidad dejándola “ser”, en lugar de pretender su dominio. La actitud contemplativa no implicaba distanciarse de lo real para sencillamente observarlo. La idea era considerar las cosas y las situaciones sin dejarse absorber por ellas y sin apoderarse –tiránicamente- de ellas. Cuando no hay dominio de “lo otro”

imperan el respeto y el verdadero conocimiento; un conocimiento del que brota, por cierto, el amor, pues la distancia justa que crea en nosotros la actitud contemplativa, nos lleva a comprender el ser de las cosas, sin pretender su manipulación. El amor dispone a conocer “lo otro” en profundidad, lo cual supone dejar “ser” a las personas y a las cosas.

El amor por el saber era una actitud propiamente filosófica; de aquí que se hable de “ocio filosófico” y de un saber que libera, pues la razón más profunda de las cosas y de los problemas se busca y se encuentra en libertad. El ocio crea las condiciones para que el pensamiento pueda moverse sin trabas externas y sin esquemas pre-fijados. La escuela era ese lugar donde el individuo podía encontrar esas condiciones. No imaginemos un “recreo permanente” según nuestros modelos educativos. Imaginemos, sí, un lugar donde la inteligencia comparaba proposiciones y deducía, pero más que la causa, el esfuerzo era la condición que disponía a escuchar el “logos” de las cosas -su razón de ser-, como diría Heráclito. Esta búsqueda se hacía entonces en un ambiente dispuesto para el ocio por no exigir “obligaciones”, pues la inteligencia encuentra respuestas si se mueve con calma y libertad.

Newton “capta” la ley de gravedad en un momento de ocio reflexivo, el cual estuvo precedido –sin duda alguna- de razonamientos y análisis intensos, pues la luz se dona como un regalo a quien busca con sinceridad. Podríamos decir que en esto consiste la dinámica del esfuerzo que condiciona el momento de gracia (y es *gratia* porque es gratis), pues el asombro genera la inquietud de saber y la sostiene, también, a lo largo del camino.

Se discurre para recibir, y como diría Hegel, no se trata sólo del “uso” de las cosas, sino de la “bendición” que supone acoger su verdad como don. El conocimiento que se busca por sí mismo es, ante todo, una gracia que se recibe. Podría decirse que en virtud de la receptividad –no pasividad- con que se contempla la realidad, ésta se nos desvela, gratuitamente, en su intimidad. Quien sube una montaña, llega a lo alto a reposar, a contemplar el paisaje y a ampliar su horizonte. Si al llegar bajara apurado sin detenerse, cabría decir que el “uso” que da a su tiempo no ha sido todavía trascendido por una actitud contemplativa, pues su esfuerzo no ha adquirido un sentido distinto al de la “funcionalidad” de las cosas.

El ocio filosófico se apoya en el estupor que provoca lo real. A la creación poética y en general, a toda vivencia creadora, subyace el mismo asombro ante el mundo y la similar necesidad de

trascender los límites de su finitud. La iluminación, sin embargo, como decía el escultor Auguste Rodin al poeta Rainer M. Rilke, precisa del trabajo y la paciencia, pues la inspiración no existe: “Es menester trabajar, nada más que trabajar. Y hay que tener paciencia. No hay que pensar en realizar esto o aquello; basta buscarse hasta construirse un medio de expresión propio, personal. Y entonces, de inmediato, decir todo, todo. Es necesario trabajar, tener paciencia.”

El descanso se ordena al trabajo, y este último al ocio: “mientras trabajo y descanso se mueven en la esfera de lo necesario para la vida, el cultivo del ocio (*scholé*) se mueve en la esfera de lo libre. Aquí tenemos la diferencia entre ‘vivir’ y ‘vivir bien’, o, si se quiere, entre ‘sobrevivir’ y ‘vivir’” (Francisco Arenas-Dolz). El descanso es necesario para retomar el trabajo. El *neg-otium* (“negocio”, negación de ocio) significa entrar en una labor, en un trabajo. Así, pues, se descansa para trabajar y se trabaja para estar ocioso, esto es, para desarrollar ese espacio interior de libertad donde encontrar reposo y saborear lo comprendido. No hay gracia sin esfuerzo, inspiración sin tenacidad, ni bendición sin condiciones que la reciban. Estas se crean; por eso es importante reflexionar sobre la necesidad de fomentar espacios de “tiempo libre” para mantener vivo el asombro ante el mundo. Poder decir “todo de inmediato” o ver alguna luz después de mucho pensar, resultará en la bendición que sigue al esfuerzo.

¿Podría nuestra vida ser plena con la visión de un “funcionario” que viviera exclusivamente para “trabajar”, para reducir sus días de existencia a días laborales, llenos de obligaciones? El ocio filosófico es una actitud que penetra la cotidianidad confiriéndole un sentido que trasciende la vida de trabajo, entendida como ámbito de utilidades. Fomentar esta actitud ayuda a dar un paso “más allá” de las cosas, porque sensibiliza la mirada. Sucede que la visión se espiritualiza y la vida se eleva: adquiere un carácter festivo. La condición es que la realidad nos encuentre receptivos para regalarnos sus dones y sorpresas.

(El Universal, julio de 2014)

EL PAÍS COMO MISIÓN

Eso de dar consejos es muy difícil. Pedirlos también lo es. Digamos que uno puede hacerlo y lo hace, de hecho, pero con los años he ido viendo que ahondar en la propia inquietud y descubrir lo que apasiona es una de esas claves esenciales que ayudan a descifrar la vida. Uno se mueve por lo que apasiona. Hacer lo contrario entristece. Y la propia inquietud se madura en la intimidad. No se impone desde fuera.

Por eso, moverme entre jóvenes que dudan sobre si irse o no del país, me ha ayudado a valorar la importancia de discernir las inquietudes y sopesar esa realidad de que el mejor consejo que puede darse a otro es que clarifique sus intuiciones y se conecte con su deseo más íntimo, para que interprete sus circunstancias. Supongo que todo se va madurando con los años, pero una de las cosas que debo al país y a esta gran crisis es haberme ayudado a quebrar ciertas inflexibilidades que dificultan fluir más suavemente en la vida. Por años creí posible objetivar las experiencias humanas. La costumbre de moverme en el mundo de las ideas, en el ámbito de los conceptos y las abstracciones, me llevaron a buscar por momentos fórmulas únicas que definieran situaciones que creí fijas. Las crisis rompen esta ilusión, porque centran en la cotidianidad más básica, en la dimensión donde ocurren los cambios y los hombres sufren, sienten y deciden. Creo que los consejos que uno puede dar y recibir se ubican en este espacio de complejidad, porque cada historia es única e intransferible. Por eso las respuestas nacen del contexto personal y no de una norma que se nos aplique a todos por igual.

Lo más que puede uno aconsejar es que cada quien evalúe su vida y se pregunte qué quiere hacer con ella. Las variables son todas muy distintas. Los tiempos psicológicos y los límites de cada uno, también. Las motivaciones son siempre muy personales y la vocación que va delineando cómo responder a esas circunstancias que se inscriben en el contexto del país, va sin duda marcándonos el paso. Si mi inquietud encaja en esta crisis y logro descubrir el sentido de mi vida gracias a ella, el futuro se abre como posibilidad. Si veo que no, entonces tendré que buscar cómo centrarme en el mundo, porque al final se trata de una ubicación existencial. Y el futuro seguirá abierto, si bien en otro país.

Hay muchos tomando las debilidades en fortalezas y las carencias en oportunidades. Las necesidades abundan y por lo mismo, el trabajo que habrá que hacer. La adversidad despierta las verdaderas inquietudes; las falsas no resisten a la sacudida. Esto es lo que enseña la vida y el país, sin duda, nos está llevando a buscar soluciones desde los quiebres que se manifiestan en los problemas. Porque lo cierto es que todo lo que no se ha resuelto en su momento, se revela con el tiempo. Y las crisis lo muestran. La oportunidad es diagnosticarlo y encontrar las vías que ayuden a las soluciones.

La verdad es que a tantos jóvenes que manifiestan incertidumbre no puedo sino decirles que aprovechen el reto de la adversidad como abono para sus talentos ocultos. La oscuridad siempre obliga a buscar luz y en nuestro caso debe motivarnos a responder con creatividad a los problemas. En el camino se gana si se alimenta el sueño. Se pierden cosas, tal vez, pero se clarifica y fortalece el propósito de vida, que es lo que en definitiva mueve y ayuda a superar los obstáculos.

Los tiempos difíciles son estímulos que despiertan inquietudes inadvertidas. Y es desde esta resonancia que podemos conectar con la necesidad exterior que mueve a responder con decisiones. Por eso creo, sí, que el país y su crisis pueden ayudarnos tanto a descubrir un sentido que nos inserte en su dinámica, como a descifrar las soluciones a esos problemas que nos revelaron algunos talentos. Por supuesto que arraigarse en el país es una decisión muy personal. Pero si se apuesta a él, lo más enriquecedor es conectar su realidad con las inquietudes personales como misión de vida.

(El Nacional, marzo de 2017)

EL PODER DE LORENT

No hablo de *Lorent y el poder* porque el poder lo tiene Lorent. Los cuatro años en prisión no fueron para él años perdidos, pues el tiempo no se detuvo mientras experimentaba tanto horror. Esas vivencias sin duda traumáticas y dolorosas, le permitieron madurar y fortalecerse, además de comprender, al igual que tantos otros presos políticos, lo que significa el poder de un Estado que busca aplastar al individuo.

La experiencia enseña lo que la teoría desconoce. Se aprende más de las vivencias y de los hombres que de los libros. Por eso entiendo que él diga que estos años de vida no se los ha quitado nadie. Le han dado, por el contrario, una autoridad moral grande para hablar no solo de la capacidad de crueldad de estos regímenes que atormentan, sino del valor de la vida y la libertad.

Su experiencia tiene carácter de testimonio. Vivió lo que un régimen autoritario pretende con las sociedades: anular nuestros sentidos para que lleguemos al punto de desensibilizarnos, de deshumanizarnos, de desesperanzarnos. Muy a pesar de las torturas, o tal vez, en virtud de ellas, Lorent descubrió “el poder de la contemplación. El valor de lo esencial que parece invisible. Los periodistas y los políticos quisieran que yo hablara de otras cosas –dice. Pero para mí esto es lo fundamental. ¿Cuánto vale el color verde? ¿Y el azul? Yo estuve en un sarcófago blanco, como un ciego, meses y meses. ¿Y cuánto vale la conciencia del tiempo? No es que yo no supiera si era de día o de noche. Es que no sabía si había dormido una hora o diez. ¿Y qué valor tiene un espejo? Cuando no te ves la cara durante mucho tiempo te olvidas de cómo eres. La primera vez que me vi en un espejo tuve un 'shock'. Me palpé, susurré... «Éste soy yo». El cielo no es cualquier cosa. El sol, la luna, la lluvia, las estrellas... tampoco. Unos zapatos. Una silla. Yo peleé tanto, como un loco, para conseguir cosas que a cualquiera le parecerían irrelevantes. Hice una huelga de hambre de 18 días para que me dieran un reloj. La Defensora ¡del Pueblo! me decía: «¿Dónde está escrito que un reloj es un derecho humano? ¿Dónde dice que debemos dejarle una mesita?».”

La pretensión de anular los sentidos busca colonizar las conciencias, como diría Havel. Individuos adormecidos por el dolor, sometidos a la voluntad de otros, dejan de ser personas para volverse masa. Lorent cuenta cómo vio a hombres no hacer nada frente al sufrimiento ajeno. La tortura blanca, la psicológica, de la Tumba; el hacinamiento y la sordidez de El Helicoide, llevaron a este

muchacho a descubrir el valor del amanecer. Nadie mejor que él para instar a los políticos a volver a lo esencial, que está en lo sencillo, en los más básicos derechos del hombre. Los tiempos de abundancia, de excesos, de facilismo; la vida cómoda y cómplice de un sistema en el que se ha suplido el amor al hombre por los intereses personales o de grupo que solo aspiran al poder, son todas variables que pueden conducir a cualquier sociedad a tiempos de horror. La Democracia no puede darse nunca por sentada, por más lejana que se vea su pérdida, pues el hombre puede siempre volver a “ensuciar el cielo”, como sugiere Havel a partir de sus recuerdos de infancia cuando intenta contraponer el mundo natural a la impersonalidad del Aparato, del Sistema que anula las intenciones de la vida.

La experiencia de Lorent es la del aislamiento del individuo para lograr así diluirlo en la masa. Por eso hay que fomentar lo contrario: la solidaridad, el trato cercano, humano, de *yo a tú*. El trabajo en equipo, la ayuda al amigo cuando se cansa, el animar al desanimado, es hoy en día un esfuerzo grande en Venezuela, pero veo que asociarse, tender puentes, reconocer al otro como persona es, realmente, la salida a la agobiante situación. Volver a lo sencillo, redescubrir el mundo natural: valorar la vida, el trabajo, la comida y la salud que este régimen desprecia y arrebató. Valorar el amor y el rostro del otro: lo que este gobierno ha triturado y pretende desaparecer.

Lorent es un testimonio de que la vida es un don y así como se aprecia la paz después de la guerra, así nos enseña él a retornar al mundo de lo esencial, alertándonos sobre cómo se revierte contra nosotros mismos cuando atentamos contra él: cuando “ensuciamos el cielo” con el humo de unas fábricas que fueron construidas por pura utilidad, obviando esos rostros que trabajarían en ellas.

(El Nacional, diciembre de 2018)

EL QUE BUSCA ENCUENTRA

El ambiente es hostil y es fácil sentirse atrapado, cercado, por circunstancias que no podemos controlar. La sensación es la de que algo se nos viene encima y no deseamos que nos arrastre, pero en el proceso es inevitable que la incertidumbre genere ansiedad. Unos más, otros menos, los venezolanos todos nos sentimos más o menos igual. Unos con más esperanza, otros con menos, esperamos no sabemos mucho qué. No es fácil vivir así. Pienso sin embargo que todo en la vida camina hacia una salida que puede no verse con claridad en los momentos más oscuros. Lo que haría que no la reconociéramos es la actitud con la que caminamos en esos momentos.

La actitud no cambia ciertamente las circunstancias, así, de entrada, de golpe, pero puede ayudarnos a descubrir alguna ruta nueva paralela que nos impulse a seguir caminando y buscando. Parar y resignarse sí que nubla el camino. No todos somos igual de fuertes, ni física ni psicológicamente. Algunos son más luchadores por naturaleza, otros reaccionan replegándose sobre sí mismos. Lo cierto es que estos son momentos para apoyarse unos a otros, para darse la mano y ayudarse a levantarse mutuamente, porque la mayoría vivimos lo mismo. Las carencias y los diversos grados de ansiedad son realidades compartidas por muchos; por eso son también momentos para no presionar demasiado a los que nos rodean ni para generar mucho menos tensiones innecesarias, porque la irritabilidad y el desespero están a flor de piel.

Buscar cuando uno cree que no hay nada que encontrar puede parecer ilusorio, fantástico, irreal. Pero se busca con la mente, con iniciativas, con los riesgos que se asumen o con la lucha por descubrir un sentido a lo que se vive. Después de analizar las circunstancias personales para determinar dónde se está parado, la búsqueda puede conducirnos a descubrir el relieve que tiene nuestra labor diaria, muy a pesar de lo que ocurre o en virtud de lo que ocurre. Ayer una amiga me contaba sobre su papá, un médico de 75 años que es una institución en la Razetti. Me decía que él insistía en que todos sus esfuerzos debían concentrarse aquí porque aquí tenía su vida: aquí sus días tenían sentido. Fuera del país no tendría nada que hacer. Trabajar con las uñas en la clínica era su misión y si lo sacaban de allí ya nada tendría sentido. “Su mundo”, decía, es éste.

Cada circunstancia es distinta, pero lo que sí se aplica a todos es que dejar de buscar alguna salida a la personal situación sería resignarse a que las circunstancias nos dominen. Lo que sucede

nos aturde a todos por igual, pero la salida es sin duda personal. Creer que siempre hay alguna depende ya de la actitud. No es cuestión de fe ciega, de creerse algo imposible porque sí, porque uno quiere creerlo. No se trata de un voluntarismo irracional. Seguir buscando lleva siempre a descubrir; descubrir quizás una nueva ruta, un nuevo horizonte, un riesgo que asumir, un sentido a lo que ocurre, el aprendizaje de una lección, del valor de la amistad, de la honestidad, de la familia, quién sabe. Cada quién debe descubrir lo suyo, pero frenarse, enfrascarse en el pesimismo que paraliza y aturde aún más, no conduce a nada.

Tratar de descubrir qué cosa puntual, pequeña, puedo yo tornar en bien a mi alrededor, ayuda a trascender las circunstancias. No las cambia, es cierto, pero ayuda a sobrellevarlas con otra actitud. El otro día fui testigo de cómo una señora mayor que llevaba dos harina pan, una margarina y una bolsa de sal debió dejar las dos cajas de pasta de dientes porque no le alcanzaba el dinero. Quien venía tras ella en la cola las compró y le regaló una. Es cierto que no se cambia al país con ese gesto, pero quizás sí se logra cambiar al menos un corazón triste o resentido.

Ofelia Avella - ofeliavella@gmail.com- @ofeliavella

EL ROSTRO DEL OTRO

Todo rostro oculta una historia, una cultura, un itinerario de búsqueda, un cúmulo de sueños e ilusiones: una identidad, en definitiva, cuyos rasgos y características se definen también por el lugar que ocupa en el mundo. Los filósofos del diálogo desarrollaron la idea de “el otro” –como un ser único y particular- en contraste a dos fenómenos relevantes del siglo XX: el nacimiento de la sociedad de masas y el surgimiento de las ideologías totalitarias. Ante el inminente peligro de que la identidad individual quedara diluida en la masa, estos filósofos protegieron al hombre como ser irrepetible, cuya subjetividad intransferible se define como un “ser *para* el otro”.

Para Emmanuel Lévinas, el encuentro con “el otro” debe resultar en un “evento”, además, fundamental. No debemos acostumbrarnos a pasar entre los hombres como si fuesen seres inanimados, parte integrante de una masa anónima, cuyos rostros no transmiten otra cosa que impersonalidad. Todo encuentro es susceptible de transformarse en un verdadero “acontecimiento” si así lo asumimos. Originario de Lituania y sobreviviente del Holocausto, Lévinas desarrolló una visión profundamente interesante en torno al “rostro” del otro. Pensaba que la ética debía ocupar el centro del pensamiento filosófico, sobre todo en un momento tan difícil como el que Europa vivía tras una guerra experimentada por él mismo de modo cruel (su familia fue masacrada en Lituania por los nazis). Así, pues, el encuentro con el otro, esa capacidad de trascender la impersonalidad y hasta neutralidad de las cosas en el mundo, orientó su itinerario personal. Oponiéndose a Heidegger, insistió en que el hombre era “un ser para el otro” y no “para la muerte”.

Desde esta perspectiva, la relación con “el otro” no es de dominio, pues la persona no es un “objeto” ni una abstracción, sino un rostro que me inquiere y me rehace; que me ayuda a “ser” si advierto cuánto puede enriquecerme su diferencia. Todo sujeto guarda, además, la presencia del Infinito: una presencia que se hace patente, sobre todo, en el rostro del más vulnerable. Por eso, “el yo es posible sólo a través del reconocimiento del otro”; un reconocimiento que pasa por la mirada del rostro, por la aceptación de su realidad como distinta de la mía y en concreto, por una conversación que debe ser sincera, pues sin la mediación de la verdad no puede alcanzarse al “tú” en el diálogo.

“La palabra” impulsa a salir de la soledad en busca de la comunicación, pues por ser “para el otro”, el individuo es dialógico por naturaleza. La apertura a lo real, en procura de su trascendencia,

conduce a reconocer al otro en su unicidad, en su diferencia con respecto a mí, a través de la conversación. La relación yo-tú, como la definirá Martin Buber, otro filósofo cuyo pensamiento gira en torno a la relación interpersonal y a un diálogo donde debe relucir la verdad, trasciende el individualismo que encapsula en el “yo” por precisar al otro para el conocimiento propio. “Yo sé que yo soy, dirá Józef Tischner, porque sé que *el otro* es”. El otro es un espejo donde uno se mira para reconocerse a uno mismo, pues la relación yo-tú dispone siempre a identificar sentimientos sobre los cuales no habíamos cobrado conciencia.

Es común escuchar que nadie puede amar bien a otro si no se conoce bien a sí mismo: si no se ama bien a sí mismo. Esto es cierto, pues la identidad personal se confundiría con otras, pasando así a depender de ellas, por no ser uno consciente de cuál es el propio centro de unidad en torno al cual giran los personales intereses e inquietudes. Si bien esto es cierto, no es menos cierto que el reconocimiento de la propia individualidad sólo puede ser provocada por el reconocimiento del otro, ese ser que es externo a uno mismo y constituye, de hecho, una reflexión sobre uno mismo.

Cuando conocemos a otro y conversamos con él, debemos reconocer –si somos reflexivos– que aquel encuentro ayudó de algún modo a nuestra personal transformación. Contrastamos visiones, vimos hacia adentro de nuestro propio ser en busca de alguna explicación acerca de cierta reacción; advertimos en nosotros rastros de inquietudes desconocidas provocadas por el otro: por alguna sugerencia, palabra, invitación o por el simple contraste de enfoques. En fin, el encuentro con el otro, con ese que está fuera de nosotros mismos, se revierte siempre en nosotros a modo de reflexión sobre nuestra individualidad. Como dirá Emmanuel Mounier, fundador de la revista *Espirit*, de la cual Lévinas será uno de los primeros colaboradores: “Solos, no nos conocemos bien y nos juzgamos mal... El camino más seguro de mí mismo a mí mismo, pasa por el rodeo de la mirada del otro.”

Aunque no era polaco y permaneció fiel al judaísmo, Lévinas influenció profundamente a los intelectuales católicos polacos, entre los que estaba el padre Józef Tischner (excepcional autoridad moral del movimiento *Solidaridad*) y el conocido Karol Wojtyła, futuro Juan Pablo II. Estos filósofos inspiraron a su vez al reconocido periodista polaco, Ryszard Kapuściński, quien aborda sus propios encuentros en Africa, Asia y Latinoamérica, desde la perspectiva de la mirada que la Europa Occidental tenía de las culturas no-europeas. En un mundo globalizado y sin embargo, polarizado, esta visión supone una luz que ayuda a comprender que no hay culturas mejores o peores, sino simplemente distintas.

Insiste Kapuściński en la visión de los filósofos del diálogo: el “yo” puede existir como un ser definido *sólo en relación a*; en relación al otro, cuando éste aparece en el horizonte de mi existencia, dándome un significado y adjudicándome una misión. Relata así cómo a su paso por una aldea en Etiopía, un grupo de niños que corrió a recibirlo lo señalaban gritando: ¡Faranji! ¡Faranji!, lo que significa “extranjero”, “otro”, porque para ellos, él era “otro”. En este sentido, señala, “todos estamos en el mismo barco. Cada uno de los que vivimos en este planeta es otro desde la perspectiva de otros; yo estoy en su visión, y ellos en la mía.” Así, pues, la mirada sobre nosotros mismos se clarifica en el contraste con el otro, pues en virtud de nuestra unicidad, somos distintos unos de otros.

En el origen de nuestra toma de conciencia acerca de nuestra individualidad, yace la presencia del “tú” y quizás –dice Tischner- la de un más general “nosotros”. “Sólo en el diálogo, en la argumentación, en la oposición, y en la aspiración de una nueva comunidad yace la advertencia de mi *individualidad creada*, como un *ser que contiene una subjetividad*, separada del otro. Yo sé que soy, porque sé que *otro es*”.

Kapuściński hace una observación interesante en relación a nuestro mundo globalizado. Aduce que el enfrentamiento con otra cultura puede resultar en una verdadera crisis existencial cuando la propia no está bien asentada, ya que ésta define la personal identidad. La inmadurez podría aislar a la persona, llevándola a eludir el encuentro con el otro por temor a ser herido. Así, en lugar de experimentar su “ser” hecho *para el otro*, su frágil identidad podría disponerle al encierro y a una actitud que buscará estar a la defensiva.

Importa abrirse a una visión como ésta en un mundo en que muchos buscan ser escuchados, mirados, aceptados y reconocidos en “la gran mesa de las naciones”.

(El Universal, mayo de 2014)

EL RUIDO SILENCIOSO

Hay que callar para escuchar lo que se tiene dentro. Coincidir con uno mismo, lograr ser uno mismo, no es fácil. Encontrar la propia voz, el propio camino; abrirse paso entre las miradas, las infinitas opiniones y contrastes de la vida, asemeja el riesgo de adentrarse en la oscuridad de un bosque en el que podrían asecharnos lobos feroces y todo tipo de amenazas. En ese proceso de iluminar el propio centro podría uno perderse en la divagación infructuosa y quedar atrapado en un laberinto sin salida. Podríamos también acertar en la elección del cruce de esquina si atendemos con cuidado a las intuiciones. El silencio ayuda a escuchar esa voz extraña que nadie articula, pero que se hace entender en la intimidad para conducirnos hacia el claro del bosque. Quizás por eso decimos que algo “hace eco” en nosotros. Es un ruido fuerte, “quizás el más fuerte de los ruidos” (Miles Davis), a pesar de ser silente. Viene a la mente, toca el corazón y lo ideal es acogerlo.

Como todo lo que asombra, lo paradójico late en la realidad de que el silencio es ruidoso. Lo mismo sucede cuando advertimos que lo más profundo es lo más sencillo, que la luz se insinúa en la noche más oscura, que tras la tormenta viene la calma o que sin el dolor no se saborea con tanto gusto la alegría. La contradicción nos resulta extraña y por eso capta nuestra atención. Los contrastes ayudan a ver. Clarifican la interioridad. Abren un espacio que acoge la luz.

A veces uno espera mucho de las circunstancias exteriores. No hay duda de que nos apoyan o desestabilizan. Lo mismo ocurre con las relaciones interpersonales. Todo nos afecta, estimula, nos lleva a pensar y nos transforma, de hecho, pues es cierto que uno se conoce a sí mismo y al mundo a través de un proceso de asimilación y depuración de lo que captamos. Pero “en lugar de esperar algo de afuera”, como dice atinadamente y de un modo hermoso Etty Hillesum, “el ser humano ha de desarrollarse para hallar en él lo que busca en los demás, convirtiendo lo inconsciente en consciente. El alma no tiene límites temporales: es eterna. Hay que ahondar en ella, elevarla a la conciencia: eso es lo que significa ‘desarrollarse’” (Carta 25-01-42).

Ella no llama a prescindir del mundo exterior, a desatenderlo. Mucho menos a despreocuparse de los otros. Su capacidad relacional era grande y creaba vínculos reales, hondos, con los demás. Pero la condición de esta posibilidad es no buscar en otros lo que sólo se halla en uno mismo. Así, cuando reflexiona sobre lo doloroso que resulta lograr la independencia interior, concluye que las

personas no pueden transformarse en nuestro “refugio”, pues reducir al otro a un apoyo no es propiamente un “encuentro”. Este supone la entrega de la intimidad si se pretende acoger la del otro. Y para que sea profunda, en toda relación debe mediar el diálogo y la autenticidad que nace en ese espacio interior en el que se ha hecho silencio. Es difícil alcanzar al otro si en la comunicación no nos mostramos como somos y la verdad es que esto se logra coincidiendo con ese yo que pide que se le deje ser genuino.

Esta muchacha intensa y profunda, dispersa e inquieta, experimentó una transformación admirable en virtud de su sufrimiento en Auschwitz. Su itinerario de búsqueda de ese “algo” que no discernía con claridad fue gestándose, sin embargo, desde mucho antes. El encuentro con Julius Spier, un terapeuta que también leía la mano y con quien mantuvo una compleja relación, resultó ser determinante en su vida. Escribió un diario aconsejada por él y con esta aventura arrancó un proceso de evolución interior que no hubiese podido imaginar ni prever.

El hecho de escribir catalizó su inquietud y le dio forma, pero esta exteriorización de su intimidad supuso la indagación interior y la construcción de su yo: “Me gustaría refugiarme con todo lo que hay dentro de mí, en algunas palabras, buscar un refugio de pocas palabras para todo lo que hay dentro de mí. Pero todavía no existen las palabras que me quieran cobijar. Estoy en busca de un refugio para mí, pero la casa en la que quiero refugiarme la tengo que construir yo misma con sangre y sudor, ladrillo a ladrillo” (Diario 20-10-41).

Todo lo valioso y grande nace en silencio, al resguardo de cualquier impertinencia. Esta es la condición para que pueda germinar la intimidad y para que la palabra, a su vez, cobre fuerza. Ese refugio que es el “yo” requiere de una limpieza, de una depuración necesaria, siempre correlativa al esfuerzo que supone sincerarse y comprender que “la vida no se puede definir con un par de fórmulas” (Diario 23-10-41).

La autenticidad pide la conexión con un corazón sincero, de carne, y esto cuesta. No es fácil. Reclama ese silencio interior que no queremos escuchar porque aturde con sus verdades. Por eso la construcción del yo es personal. Cada intimidad tiene su casa y toda palabra su revestimiento.

(El Universal, junio de 2016)

EL SENTIDO DE LA NAVIDAD

Siempre es bueno reflexionar de nuevo sobre el sentido de la Navidad. Como tantas otras cosas, solemos dar por sentado que lo sabemos y esta actitud, lejos de ayudarnos a vivir esta época del año con ánimos renovados, contribuye a reducir cada vez más el sentido de estas fiestas a la compra de regalos y la novedad de la comida.

El ambiente general, de vacaciones y de fiesta, ayuda siempre a recordar que algo está pasando; algo que es nuevo y distinto, porque muy a pesar de las circunstancias, nos saca de la rutina significando mucho para niños y creyentes. Las sorpresas truecan la cotidianidad en una situación extraordinaria y aunque lo ideal sería poder descubrir, cada día, el sentido siempre oculto en cada situación, nadie duda que lo propio de una fiesta es irrumpir en los ciclos rutinarios para iluminarlos de manera especial.

Una fiesta emociona a cualquiera, pero siempre es más feliz quien sabe lo que celebra, pues la alegría que brota del conocimiento es más profunda y duradera. Por eso vale la pena ahondar en lo que verdaderamente significa la Navidad, y aunque sepamos ya que recordamos el nacimiento del niño Dios, siempre es posible conocer algún detalle nuevo y abrirse a un matiz inadvertido.

La sencillez de los niños puede ayudarnos a adentrarnos en este misterio. Cuando nuestros hijos canten junto a nosotros aguinaldos, se ilusionen al poner las figuras del pesebre y esperen con fe inmovible la llegada del niño Jesús la noche del 24, aprovechemos para comprender su alegría, desprendida de toda preocupación, y abrámonos -como ellos- al don que siempre nos llega y que a veces no vemos. Con la misma sencillez con que un niño espera a Jesús, esperemos nosotros también, contra toda esperanza, la luz y la fuerza que cada uno necesita para transitar su camino. El niño escribe y entrega una carta llena a veces de imposibles; entreguémosle también nosotros a Jesús nuestras quejas y preocupaciones, dudas e inquietudes, buenos deseos e ilusiones. Confíemos en que tornará en bien todo aquello que le entreguemos.

Dios se hizo hombre en medio de la pobreza extrema de un pesebre. La comida de la mula y el buey le sirvieron de cuna; el egoísmo de tantos corazones que manifestaron no tener espacio en sus pensiones para dar cabida a una mujer que estaba a punto de dar a luz, asemeja cómo podemos reaccionar también nosotros ante las necesidades ajenas o el llamado de Dios a nuestra conciencia.

Nada, sin embargo, fue accidental, pues a un Dios que vela por cada cabello que cae de nuestra cabeza no pudo escapársele el modo en como su hijo se hizo hombre en este mundo. Así, pues, en la intimidad de un pesebre, apartados del bullicio de la ciudad, desprendidos de toda comodidad y teniendo como compañeros a la mula, al buey, y a tantos pastores que llegarían pronto a conocer a ese Mesías esperado por siglos, la eternidad entró en nuestro tiempo transformando así todas las cosas.

Si bien es cierto que el Mesías era esperado y muchos sabían bien que vivían en el momento histórico tan anunciado, no todos coincidían en qué era eso de lo que vendría a salvarlos. Algunos esperaban la llegada de un rey que vendría quizás a restaurar el reino de Israel y a liberarlos, por tanto, del dominio de los romanos; otros no comprendían la misión de este salvador en términos tan humanos, pero interpretar en qué consistía esa salvación no resultaba fácil. Los paganos –los no judíos- conocían estas profecías y buscaban discernir los signos de los tiempos sin la fe que desconocían, como es el caso, por ejemplo, de los reyes magos, hombres cuyo afán por comprender racionalmente el mundo no supuso obstáculo alguno para abrirse a una dimensión distinta a la temporal. Así, pues, unos buscaban guiados por la fe y las profecías; otros por su sabiduría y deseos sinceros de comprender el sentido pleno de este mundo y de su paso por la tierra. Cada uno, en sus circunstancias, caminó hacia el pesebre.

Sabios y gente sencilla se arrodillaron, con la fe propia de los humildes, ante el misterio oculto en este niño: misterio para la inteligencia y para el corazón, por eso misterio de fe y de amor, pues sin la sencillez del niño y sin un corazón contrito no es posible amarlo y comprenderlo. Este niño envuelto en pañales viene a ofrecernos la salvación del pecado, ese foco interior de egoísmo, origen de tantos males; algo muy distinto de la puntual liberación del dominio romano.

Sin otra luz que la estrella de Belén y la esperanza que brillaba en la oscuridad de un corazón que esperaba y ahora había encontrado; sin más comodidad que la paja de un pesebre y sin más regalos que el amor incondicional de este Dios hecho niño, podemos también hoy recuperar el sentido real de la Navidad: arrodillarnos ante ese niño y abrimos a su amor.

Ofelia Avella

Ofeliavella@gmail.com

EL TIEMPO DEL RELOJ

Si alguien nos preguntara “¿qué es el tiempo?”, muchos podríamos quizás creer que se trata de una broma. No sabríamos qué responder. Nos resultaría exótico que alguien se planteara algo tan evidente y práctico en su uso diario. “¿Cómo no vas a saberlo?”, le diríamos. Miraríamos el reloj y explicaríamos que allí está el tiempo precisado y bien medido. Pensar un poco más, sin embargo, nos llevaría a entender de otra manera lo que dice san Agustín en sus “Confesiones”: **“¿Qué es, pues, el tiempo? Si nadie me lo pregunta, lo sé; pero si quiero explicárselo al que me lo pregunta, no lo sé.” Ana María Matute, sin necesidad de haber leído a san Agustín (lo cual no sé si hizo), dice lo mismo en ese cuento que se llama “Los relojes”:** “Si me preguntan de improviso qué hora es y debo mirar un reloj rápidamente, creo que en muy contadas ocasiones responderé con acierto.”

Ambos captan un misterio que los trasciende: el tiempo no puede detenerse. Sólo un reloj sin batería nos daría la efímera sensación de que está controlado por nosotros y hay que mantenerlo andando a fuerza de pilas o voluntad. Lo cierto es que cuando los años pasan y la reflexión es más consciente, las circunstancias se hacen propicias para distinguir el reloj físico (el instrumento) de ese tiempo que las agujas no pueden atajar. Sin embargo, si un niño experimentara la muerte de una mascota o de un ser querido (salvando las distancias entre un animal y una persona), vería desde mucho antes que el tiempo tiene que ver con las cosas que se acaban y no duran. En su caso no habría necesidad de que los años pasaran para darse cuenta de que lo cerca algo difícil de explicar. Vería como un espectro la realidad de que el tiempo no está atrapado en un reloj y como desconectado de nosotros, sino que parece más bien algo muy inherente a nuestro ser, pues la persona que se fue deja la sensación de que se lleva “sus” años de vida con ella. Ese tiempo tan difícil de definir y de precisar dónde está, empieza entonces a revelársele más cercano, aunque siempre huidizo como el agua entre las manos. No solo como realidad sino como concepto. Por eso el símbolo lo “atrapa” mejor: sugiere sin dominar.

El final del cuento de Matute simboliza bien esta idea: “A veces, la sombra de los muebles contra la pared se convierte en un reloj enorme, que nos indica el paso inevitable. Y acaso, nosotros mismos, ¿no somos un gran reloj implacable, venciendo nuestro tiempo cantado?”. Y si nosotros

somos el reloj, pregunto yo, ¿no corre entonces el tiempo en nosotros mismos y en cada cosa concreta?

El cuento termina propiamente así: “Deseo tener un reloj. Muchas veces he pensado que me es necesario. No sé si llegaré a comprármelo algún día. ¿Lo necesito de verdad? ¿Lo entenderé acaso?”. Entender el reloj como fenómeno (no su mecanismo como máquina) equivale a entender el tiempo: un misterio que como todo aquello que lo es, se ronda y ronda sin poder aprehender y explicar. Y a una cierta edad, como la de la narradora del cuento que pasa revista a una vida que viene transcurriendo desde la infancia, el reloj no parece necesitarse mucho porque la función del instrumento ya se ve relativa, innecesaria la mayor parte del día. ¿Para qué recordarlo salvo para tomarse una medicina a una hora concreta o esperar la llegada de alguien (del hijo o del nieto, tal vez)? Cuando se es joven, en cambio, el tiempo se experimenta sin mucha conciencia de lo que significa el hecho de que transcurra y de que todo se modifique en el proceso.

También el tiempo tiene que ver con el pasado, con el futuro y sobre todo con el presente. A unos les interesa cómo se mide su duración desde el punto de vista cuantitativo (en los fenómenos); a otros les llama más la atención el hecho de que también es un movimiento que mide la realidad desde la psique: desde el hoy se recuerda el pasado y se imagina el futuro. Por eso los “tiempos verbales” (gramaticales) son indicadores y recordatorios de nuestro paso por el mundo, de nuestro modo de ser y estar en él. Los verbos conjugados son mucho más que palabras. “Fui” no es sólo un tiempo pasado, sino que es un signo de que algo en nosotros ya no “es”. “Soy”, en cambio, indica duración estable.

El presente es el tiempo por excelencia porque es el instante desde el que se miden los demás, como diría Andrés Bello en su “Gramática”. Uno siempre “es” en presente. Incluso el que escribe ficción re-crea desde el presente, pues no hay otro modo posible de ser. El pasado se recuerda desde el presente: lo reservamos en la memoria. En sí mismo no existe ya. El futuro lo diseñamos en la imaginación y también lo hacemos desde el presente. No existe todavía. Para Agustín, ambos tiempos parecen estar en nosotros; no fuera. Hay restos que permanecen y nos recuerdan que algo existió: los monumentos o los juguetes de la infancia. El misterio de “ser”, sin embargo, prevalece. Permanece más en nosotros y en la memoria.

(El Universal, mayo de 2016)

EL TRABAJO DE CUIDAR AL MUNDO

Si bien cada país se ha visto afectado de modo distinto por sus particulares circunstancias, lo que ha vivido y vive el mundo nos ha recordado muchas verdades que el agite diario puede ensombrecer, o acostumbrarnos a ver como “normales”. Tener a los seres queridos cerca, estar vivos, tener un trabajo estable, salud, recursos que parecían prometer todo lo que podíamos desear, son realidades que se han visto un poco estremecidas y se han puesto de relieve con un valor que tal vez nos era inadvertido.

Me gustaría transcribir una carta que escribió Monseñor Fernando Ocáriz, Prelado del Opus Dei, porque pienso que puede ayudarnos a ver con ojos nuevos tantos de estos aspectos que a veces pierden su brillo:

«El día del trabajo, este año, invita a considerar diversas realidades y aspectos, que la crisis del coronavirus ha puesto más de relieve: que en el mundo hay tantísimas personas buenas; que el progreso ha de ir unido a un dominio de la naturaleza que sea a la vez respeto; que dependemos unos de otros; que somos vulnerables y que una sociedad, para ser humana, necesita ser solidaria.

En la respuesta a la pandemia, resaltan sobre todo las profesiones relativas al cuidado de las personas. Palabras relacionadas con “cuidar” ocupan los titulares: acompañar, llorar, proteger, escuchar... Esta situación nos hace pensar sobre el “para qué” y el “hasta dónde” de cualquier trabajo. De alguna manera, comprendemos mejor que el servicio es el alma de la sociedad, lo que da sentido al trabajo.

El trabajo es más que una necesidad o un producto. El libro de la Sagrada Escritura que relata los orígenes de la humanidad señala que Dios creó al hombre “para que trabajara” y cuidara del mundo (*Génesis* 2,15). El trabajo no es un castigo, sino la situación natural del ser humano en el universo. Al trabajar, establecemos una relación con Dios y con los demás, y cada uno puede desarrollarse mejor como persona.

La reacción ejemplar de tantas y tantos profesionales, creyentes o no, ante la pandemia, ha manifestado esta dimensión de servicio y ayuda a pensar que el destinatario último de cualquier tarea

o profesión es alguien con nombre y apellido, alguien con una dignidad irrenunciable. Todo trabajo noble es reconducible, en última instancia, a la tarea de “cuidar personas”.

Cuando procuramos trabajar bien y en apertura al prójimo, nuestro trabajo, cualquier trabajo, adquiere un sentido completamente nuevo y puede hacerse camino de encuentro con Dios. Hace mucho bien integrar en el trabajo, aún el más rutinario, la perspectiva de la persona, que es la del servicio, que va más allá de lo debido por la retribución percibida.

Como ya en los primeros tiempos del cristianismo, se advierte también ahora con fuerza el potencial de cada laico que intenta ser testigo del Evangelio, codo con codo con sus colegas, compartiendo pasión profesional, compromiso y humanidad en medio del sufrimiento presente provocado por la pandemia y la incertidumbre futura.

Todo cristiano es “Iglesia” y, a pesar de las propias limitaciones, en unión con Jesucristo puede llevar el amor de Dios “al torrente circulatorio de la sociedad”, en una imagen que usaba san Josemaría Escrivá, que predicó el mensaje de la santidad a través del trabajo profesional. También con nuestro trabajo y nuestro servicio podemos hacer presente el cuidado de Dios hacia cada persona.

La celebración del 1 de mayo es hoy también preocupación por el futuro, por la inseguridad laboral a corto o medio plazo. Los católicos acudimos con especial fuerza a la intercesión de san José Obrero, para que nadie pierda la esperanza, que sepamos ajustarnos a la nueva realidad, que ilumine a quienes tienen que tomar decisiones y que nos ayude a comprender que el trabajo es para la persona y no al revés.

En los próximos meses o años, será importante “hacer memoria” de lo vivido, como pedía el Papa Francisco, y recordar que “nos dimos cuenta de que estábamos en la misma barca, todos frágiles y desorientados; pero, al mismo tiempo, importantes y necesarios, todos llamados a remar juntos”.

Ojalá este 1 de mayo nos lleve a desear que la libertad recuperada al término del confinamiento sea verdaderamente una libertad “al servicio de los demás”. El trabajo se hará entonces, como es el designio de Dios desde el principio, cuidado del mundo, en primer lugar, de las personas que lo habitan». (El Nacional, abril de 2020)

EMPEZAR POR UNO MISMO

Hay ideas que pueden parecer muy románticas y por eso inalcanzables; poco prácticas, por lo pronto. Pero dichas por personas que han logrado algo en la vida, el aparente romanticismo empieza a vislumbrarse posible y eso es esperanzador.

Leyendo el discurso de gratitud por el premio Erasmo de Rotterdam que recibió Václav Havel en 1986, uno siente que es posible liberarse de regímenes opresores si cada uno empieza por creer en sí mismo. “Dicho sucintamente, cada uno de nosotros puede entender que incluso él –por más insignificante e impotente que sea- puede transformar el mundo. El misterio de ese imperativo estriba en la falta de credibilidad de la idea de que cualquiera de nosotros puede, como se dice, hacer mover el globo terrestre. Su lógica radica en que si no opto yo, tú, él, nosotros todos por ese camino, es verdad que no podrá moverse ni el mundo en que vivimos, que juntos creamos y del que somos responsables. Cada uno debe empezar por sí mismo, si esperaríamos el uno al otro, ninguno llegaría a la meta. No es verdad que no sea posible: el poder sobre uno mismo, no importa cuán problemático sea en cada uno de nosotros conforme al carácter, al origen, al grado de educación y de toma de conciencia de sí mismo, es lo único que tiene hasta el más indefenso de todos, y a la vez lo único que no pueden quitarnos a ninguno. Es posible que el que lo hace valer no alcance nada. Pero es seguro que no alcanzará nada el que no intente ni eso.”

Los venezolanos tenemos que esforzarnos por creer en nosotros mismos. Nos resulta difícil imaginar un futuro mejor y que podemos salir adelante en medio de esta situación tan difícil. Tal vez la cadena de fracasos no ayuda a que veamos posible una salida, pero advertir que en la mente y en los corazones de muchos se oculta este mismo sentimiento es ya un estímulo para empujarnos mutuamente a creer lo contrario. Para sobrevivir ante tanto descalabro, todos hemos optado en muchos momentos por replegarnos sobre nosotros mismos, sobre nuestros intereses, necesidades urgentes e inmediatas y nuestras familias. Hemos buscado cobijo ante una intemperie tan sórdida. Visitamos amigos, nos reunimos en la privacidad del hogar con los nuestros para buscar la alegría que no encontramos fuera, en el deterioro social, en la experiencia de comprar comida y en las calles y ambientes tristes.

Hay que proponerse, sin embargo, sacar fuerzas que parecemos no tener y sí tenemos. Hay que unirse, aliarse, apoyarse mutuamente en los ambientes de trabajo, más allá de la privacidad del hogar, pues a todos nos pasa lo mismo. Para Havel, *estos regímenes no pueden con una sociedad civil organizada y fuerte* y aunque suene repetitivo, hay que retomar esta verdad como la única que puede salvarnos. Hay que creer de nuevo que sí podemos tener el país que imaginamos.

Cuando Havel explica lo que representó la Carta 77 en el proceso de su país, dice que la gente “se cansó de estar cansada”. En ella se pedía a los dirigentes de Checoslovaquia adherirse a los principios que se habían comprometido a ratificar en la Declaración de la ONU sobre los Derechos Humanos. A raíz del acontecimiento que la impulsó “nació el ansia de resistir a la presión desmoralizadora del tiempo; de rechazar la esquizofrenia impuesta; rebasar el horizonte de los intereses personales y el miedo individual; salir de las trincheras de la vida privada y pedir la participación en la causa pública; no seguir elogiando el traje del rey desnudo sino, al contrario, decir la verdad; en suma, comportarse en consonancia con la conciencia individual y enderezarse simplemente como un ser humano. Fue un intento del humillado por levantar la cabeza, del silenciado por hablar, del engañado por rechazar la mentira, del manipulado por librarse de la manipulación. Fue un intento del hombre por plasmar los derechos que le pertenecen, por participar en la responsabilidad que le es negada, por encontrar nuevamente su dignidad humana y su integridad y, de esa manera, recuperar el respeto de sí mismo”.

Si hay sociedades que han logrado lo aparentemente imposible, ¿por qué no podríamos hacerlo nosotros? Falta confiar en nuestras potencialidades, determinarnos, asociarnos y aprender a trabajar en equipo desde la base, que son las familias, las comunidades de todo tipo y los lugares de trabajo, porque si dejamos que allí penetre la desconfianza entre nosotros y la falta de solidaridad ¿cómo podemos pretender otro país?

Todo empieza, pues, en uno mismo. En el propio corazón. Lo humano es abrirse a los demás y poner los propios talentos al servicio de la comunidad. Lo inhumano, eso a lo que llevan estos regímenes sembradores de odio y maldad, es cerrarse al otro por desconfiar en todos. Es cierto que el mal tiene fuerza, pero “se devora a sí mismo si el amor al que se enfrenta es mayor. Si no, volverá

con otro nombre y otro rostro”². Por eso importa tanto fortalecer las relaciones humanas en momentos como los que vivimos. No hay otra salida. No hay país sin sociedad y nosotros somos más. Mucho depende de nuestra fuerza interior; de nuestra capacidad de saber que sí podemos.

(El Nacional, enero de 2019)

² Palabras (no exactas) del guión de la película *Karol, el hombre que llegó a ser Papa* (2005), dirigida por Giacomo Battiato, basado en el libro de Gianfranco Svidercoschi. Aquí el mal y el rostro simbolizan, en concreto, al comunismo como ideología y sus líderes.

EMPEZAR POR UNO MISMO

Decidirse a cambiar el mundo provoca, a la larga, cansancio y apatía por lo irrealizable del cometido, por lo difícil que resulta concretar un planteamiento tan abstracto. Las más nobles ilusiones pueden verse pronto debilitadas, una vez que los obstáculos aparecen. Las cosas no cambian propiamente porque uno así lo desee; mucho menos la gente. Siempre se puede, sin embargo, empezar por uno mismo. Por eso no hay que ir muy lejos ni decidirse a hacer grandes cosas cuando se trata de hacer algo por el país. Sacar los rencores, quizás el odio, anidado en el corazón, es un tremendo esfuerzo que da fruto si se lucha con sinceridad.

Hace poco, una persona me dijo que había decidido no hablar más con su abuelo porque era un chavista obstinado. Digamos que uno entiende y no entiende, pues se trata del abuelo; no de un militante cualquiera del PSUV. Lo mismo cabría decir de un chavista que tuviese un familiar de la oposición.

Escuchando a esta persona me preguntaba yo si era acaso posible entablar relaciones profundas, reales y sinceras con personas lejanas al entorno familiar, cuando esas que deberían ser las más íntimas están heridas. Por supuesto que uno puede siempre abrirse y sincerarse con otros, buscando el apoyo y el afecto que no se encuentra entre los propios familiares. Esto no significa, sin embargo, que las heridas que causan los rencores e insultos propinados en este ámbito desaparezcan, pues un afecto no suple nunca al otro; un afecto no suple una carencia, sobre todo cuando se trata de las más significativas en la vida, como son las relaciones con un padre, una madre, un hijo, un hermano o abuelo. Sabemos bien, quizás por experiencia, que esos rencores que resultan ser la otra cara de la moneda de un vacío, terminan por enconarse en esa especie de núcleo de nuestra intimidad, dificultando que amemos bien a otros; que amemos, al menos, “mejor”, con más libertad, pues el odio, la rabia y la envidia entorpecen la fluidez de la entrega y la apertura al otro.

El caso de esta persona puede ser el de muchos, pues la polarización del país se vive también en las familias. ¿Qué tan fácil nos resultaría aproximarnos a la realidad de otro venezolano si no lo hemos logrado con ese familiar que nos espera en la propia casa? Vale la pena, por eso, empezar a entrenar nuestra capacidad de reconciliación empezando por acercarnos a ese padre, a esa madre, a ese esposo, hijo, hermano, abuelo, tío o primo que piensa distinto de nosotros. Cuando logremos un

acercamiento con el ser que afectivamente nos es más cercano es probable que cierta rabia enconada hacia la vida, esa inconformidad a veces inexplicable que podamos sentir hacia todo y cuyo origen no es consciente, ceda poco a poco hasta canalizarse hacia un sentimiento mejor. Lo que ahora digo puede parecer un tanto desconectado de la gran problemática nacional. Su aplicación no incidirá ciertamente en la economía, pero repararía innumerables heridas originadas por la intolerancia, el odio y la violencia, pues lo cierto es que las sociedades están conformadas por seres humanos, individuos capaces o incapacitados –en virtud de múltiples razones- para comunicarse. Si cada uno intentara aproximarse a ese ser más cercano por el que cabría sentir amor y no rabia, dándose así el chance de entrenarse en un diálogo difícil y en la superación de sí mismo, Venezuela sería mejor. Liberarse interiormente de alguna rabia ya diagnosticada, es decir, clarificada, en nuestro interior, ayudará a otros a liberarse de las suyas.

(El Universal, octubre de 2014)

HIJO POR HIJO

El cortometraje venezolano *Hijo por hijo* ganó el Premio del Público en el Festival Rencontres du Cinema Sud-Americain de Maseille, en Francia. Escrito por Juan Avella y bajo la producción de Sharon Waich, el estreno mundial fue hace un par de semanas en el Festival de Cine en Guadalajara (FICG). Juan cuenta la historia de Daivi, un secuestrador venezolano cuyo día y vida se trastocan cuando el padre de su víctima secuestra a su propio hijo.

Juan es escritor y director, graduado del American Film Institute en California y Sharon Waich, productora del corto, es magister de la Universidad de Chapman. Protagonizada por Oliver Morillo, Ernesto Campos y Maria Alesia Machado, el corto busca narrar una historia que evidentemente condena el secuestro, pero intenta mostrar al delincuente como un ser humano que puede terminar viéndose en el espejo de lo que hace, cuando sufre el secuestro de su propio hijo. Como dice el mismo Juan: “es darle al criminal un sabor de su propia medicina, forzarlo a explorar la montaña rusa emocional que inflige en los demás” (<http://www.cnac.gob.ve/?p=8205>).

Su deseo fue presentar el secuestro de un modo distinto: situar a un secuestrador en los zapatos de sus víctimas. “Lo único que no sabía cómo presentarlo, lo descifré mientras veía una película llamada “Locke”, protagonizada por Tom Hardy, donde toda la trama toma lugar dentro de un carro. Y en ese momento nació “Hijo por Hijo”, explica.

Por ser mi hermano menor conozco de cerca sus inquietudes y sé que no le importa que hable de ellas. Como tantos otros muchachos jóvenes que hacen cine, Juan lleva al país y sus vivencias personales en el corazón. Tiene en él sus paisajes, sus playas y su selva. Siempre lo he escuchado decir que en Venezuela hay muchas historias que no han sido contadas y de algún modo eso es lo que busca: contar y herir al público. “Si con mi corto lograra que al menos un secuestrador comprendiera lo que hace sufrir a otro, me daría por satisfecho”, me dijo hace poco cuando hablábamos sobre lo que puede moverlos a obrar como lo hacen. De lejos sufre por el país y lo quiere. Lo extraña. Desea ayudar a transformar un poco esta realidad nuestra tan conflictiva a través de la imagen. En su interior late la inquietud social y los deseos de comprender la complejidad humana,

pues cuando dice que busca “humanizar” al secuestrador, lo que intenta decir es que querría alcanzarlo, llegar a él para que entienda lo que hace.

Sigue trabajando en el tema. Su interés por comprender las personalidades que pueden desarrollarse en tantos de nuestros ambientes difíciles lo inquieta. Así que seguiremos ahondando junto con él en su deseo por conmover a otros, por hacerles pensar y aportar así algo a la resolución de estos conflictos sociales que nos agitan. La imagen es sin duda una vía que impacta y ayuda a confrontar lo que oculta la costumbre. El teatro también nos muestra lo que somos: deja en evidencia a una sociedad. La literatura es otro espejo. El arte, en definitiva, revela lo que somos y nos ayuda a tomar conciencia de eso que no hemos visto.

Deseamos muchos éxitos a Juan y a tantos otros muchachos que están teniendo estas mismas inquietudes. Mi intención es ahondar en ellas en las siguientes entregas.

Ofelia Avella

(El Nacional, abril de 2017)

HISTORIA Y SUBJETIVIDAD

Pienso que tras la exterioridad de los sucesos se oculta la intimidad de una sociedad. Siempre me ha dado curiosidad tratar de interpretar lo que en su momento pudo haber pasado por la mente de cada una de esas personas concretas que formaron parte, por ejemplo, de la llamada “sociedad caraqueña del siglo XIX” o de la “norteamericana de principios del siglo XX”. Sin duda hay características comunes a los muchos individuos que en cualquier época se chocaban en la misma acera o coincidían en la misma panadería. Todos ciertamente respiraban el mismo aire de ideas, el mismo ambiente de miedo, de alegría, de incertidumbre, o de lo que cada grupo experimentase según fuesen sus circunstancias. Pero por más “objetivos” que sean los acontecimientos, toda realidad se interpreta, pues en una sociedad caminan el soldado y el esclavo, la mujer casada y la viuda, el niño pequeño y el adolescente que se siente presionado ante la toma de decisiones, el anciano y el joven, el dueño de las tierras y el peón, el inmigrante y el lugareño, el profesor y el alumno, el político y el anti-sistema. No es lo mismo estar en la trinchera que en el campo, en el hospital o en la casa con los niños. La diversidad es infinita, pues en medio de un mismo contexto general, todos viven los sucesos de distintos modos. Ahondar, además, en las razones por las que tantos creyeron en esta o aquella ideología; en las que pudieron motivarlos a incorporarse a un partido político o a una estructura de poder como pudo ser la de la Alemania nazi o la Italia fascista; alistarse o no para ir a la guerra, permanecer o huir del campo de batalla, supone adentrarse en las conciencias. Estas decisiones individuales, sin embargo, se toman en medio de un ambiente que amerita también ser interpretado a un nivel más general. La Historia, sin duda, no se puede contar desde la perspectiva de lo que experimentó un solo ser humano, pero bajar al contexto personal de un individuo, a su cotidianidad, ayuda a reconsiderar lo que de verdad pudo ocurrir a muchos en determinado momento. Ayuda por lo pronto a comprender de qué somos capaces los seres humanos y qué alcance pueden tener las decisiones.

La relación entre la historia y el impacto de los acontecimientos en las personas es una especie de frontera que tiene su sede en la psique. Esa intimidad personal se solapa con las llamadas “circunstancias históricas”, se inscribe en ellas, se ve configurada por ellas. Al mismo tiempo moviliza los sucesos, pues el ser humano no sólo se ve afectado por su realidad externa sino que en su libre actuar y decidir incide también en ella. Son como las dos caras de una moneda: a las múltiples

variables que influyen en los “procesos” le son correlativas diversidad de decisiones humanas. La asimilación de los eventos, de su significación, interpretados desde tantos contextos personales, introduce en una realidad que es más parecida a una trama novelesca. Esta es la subjetividad a la que me refiero: esa a la que tal vez llegan más los novelistas y no los historiadores.

No es lo mismo hablar de la esclavitud y de las razones que parecieron frenar o promover su abolición, que penetrar en la psique de un esclavo. Tampoco es lo mismo hablar de las consecuencias de una guerra, que mirar a los ojos a una persona herida por ellas. Nada como acercarse a la intimidad de las cartas y los diarios, o a la de los personajes literarios, para percibir todo contexto histórico como el drama humano que siempre es. No hay historia sin individuos, ni personas sin una historia tejida de circunstancias. La literatura abre la ventana de este mundo subjetivo que hierve en toda intimidad, pues nos dispone a comprender e interpretar las intenciones y emociones de unos personajes inmersos en su cotidianidad. Aunque ficticia, la dinámica de una vida interior en medio de cualquier contexto, ayuda a penetrar el alma de los procesos sociales reales, una vez hecho el traspaso de un mundo a otro.

En la vida real ocurre lo que en las novelas: toda experiencia es cierta en la personal intimidad. Los personajes, de hecho, deben ser tan creíbles en sus emociones como lo somos nosotros, pues ¿cómo negar lo que cada quien vivió? No dudo que en este punto, los límites entre la objetividad del suceso y el modo en cómo fue asimilado por muchos es una relación que precisará siempre de interpretación, pues una cosa es el suceso en sí y otra las percepciones –muchas veces distintas- que de él pudieron tener tantas personas. Por eso la Historia no puede reducirse a hechos, fechas y documentos, pues sería como tratar a un cuerpo sin alma.

Sé que estirar la cuerda de la subjetividad puede llevar a concluir que la Historia se reduce a la percepción individual de los sucesos. No sugiero esto ni mucho menos. Lo que intento transmitir es que la dinámica social parece tener un alma entrelazada con la de sus actores y la literatura ayuda a su comprensión.

El dinamismo pasado no ha quedado congelado en el tiempo, como si nunca hubiese incidido en las generaciones que siguieron viviendo una vez sucedido los hechos. Creo que pasado, presente y futuro se conectan en la intimidad de toda época, así como se integran en nuestra realidad individual. (El Universal, julio de 2016)

HOY YO, MAÑANA TÚ

Hay una fábula que podemos aplicarnos en cualquier contexto. En los tiempos que corren, es mucho lo que puede desprenderse de ella como aprendizaje, pues necesitamos comprender que no podemos salir adelante, como nación, si no captamos el grado de conciencia ciudadana que requiere esta crisis.

La fábula es la siguiente: *un ratón sintió curiosidad por saber qué contenía un paquete que abrían el granjero y su esposa. Pensó que era comida, pero quedó aterrorizado cuando descubrió que era una ratonera. Salíó corriendo al patio de la Granja a advertir a todos: “¡Hay una ratonera en la casa, una ratonera en la casa!”.*

La gallina, que estaba cacareando y escarbando, levantó la cabeza y dijo: “Discúlpeme Sr. Ratón, yo entiendo que es un gran problema para usted, mas no me perjudica en nada. La ratonera no me incomoda.”

El ratón fue hasta el cordero y le dijo: “Hay una ratonera en la casa!”.
“Discúlpeme Sr. Ratón –dijo el cordero–, mas no hay nada que yo pueda hacer, solamente pedir por usted. Quédese tranquilo que será recordado en mis oraciones.”

El ratón se dirigió entonces a la vaca, pero ésta le dijo: “¿Acaso, estoy en peligro? Pienso que no...”
Entonces el ratón volvió a la casa, preocupado y abatido, para encarar a la ratonera del granjero.

Aquella noche se oyó un gran barullo, como el de una ratonera atrapando su víctima. La mujer del granjero corrió para ver lo que había atrapado. En la oscuridad, no vio que la ratonera había atrapado a una cobra venenosa, la cual, velozmente, la mordió. El granjero llevó inmediatamente a su mujer al hospital, quien siguió con fiebre al regresar. Todo el mundo sabe que para reconfortar a alguien con fiebre, nada mejor que una sopa. Por eso el granjero agarró su hacha y fue a buscar el ingrediente principal: la gallina. Como la mujer seguía enferma, los amigos y vecinos fueron a visitarla. Para alimentarlos, el granjero mató el cordero. Pero la mujer no se curó y acabó muriendo.

Entonces, el granjero vendió la vaca al matadero para cubrir los gastos del funeral.

La fábula es aleccionadora y lleva a reflexionar sobre la importancia de la solidaridad. No pienso que la moraleja deba entenderse en términos de utilidad, es decir, no parece que se nos llame tanto a hacer el bien, “no vaya a ser que entonces nadie quiera ayudarme luego a mí”. Ese modo tan pragmático de comprender las relaciones humanas nos llevaría sólo a evitar nuestro daño particular, actitud que no lograría los efectos requeridos para el logro de una verdadera vida en comunidad, puesto que el móvil es egoísta.

La lección aquí implícita parece llevarnos por otro camino. Todo lo que hacemos se revierte sobre nosotros mismos. La acción humana surte el efecto de un boomerang, pues por tener su origen en nuestras facultades, toda decisión tomada, todo acto cometido, tiene consecuencias que redundarán en la persona que obró. Nuestros actos nos transforman: quien mata se vuelve asesino y quien ayuda a otro se vuelve más generoso. Todos podemos cambiar, pero el punto es que nuestros actos inciden en nosotros y en el ambiente. Cada uno es como el eslabón de una cadena, pues querámoslo o no, todo lo que hacemos o dejamos de hacer, tiene consecuencias. Se dice que quien siembra amor, cosechará amor, así como “quien a hierro mata, a hierro muere”. La mentira, a la larga, se paga con la traición y la bondad con el amor, independientemente de las apariencias, pues el justo sufre, sí, pero es feliz.

En términos de país, ¿cómo pensar que saldremos de esta crisis mientras cada uno piense que los asuntos que nos competen a todos son exclusivos de los primariamente afectados? Si cada uno está “en sus asuntos”, como si el contexto no fuese responsabilidad mía, ¿cómo esperar que las consecuencias de ciertos sucesos que dejo pasar porque “no me afectan” o no son de mi incumbencia, no salpiquen luego en mi persona, en mi familia, en mi comunidad o país?

El punto no era ayudar al ratón para que así él me ayudase después. El llamado es a captar que la ratonera era un peligro para todos por estar en el granero: ese lugar “común” a todos, donde *cada uno* vivía.

Necesitamos crecer en conciencia ciudadana para pretender tener un mejor país. Si yo violento la constitución, por ejemplo, o atropello los derechos del otro, no puedo sino esperar que las consecuencias se reviertan contra mí. La gallina, el cordero y la vaca no vieron que era posible que

ellas también pisaran la ratonera, como sucedió a la culebra. Tampoco pensaron que con sólo darle una patada se hubiesen podido salvar todos. La ironía fue que sólo se salvó el ratón.

Suele suceder que quien ve el peligro, lo ve “para todos”. Quien vive, en cambio, “para sí”, sólo ve “amenazas” a sus intereses. Por eso no ve al “otro” ni capta los peligros reales. Venezuela necesita gente responsable, que se auto-convoque cada día en esta lucha por salvar la democracia. Cuando se obra bien pasan cosas buenas. ¡Tengamos fe y esperanza!

(El Universal, noviembre de 2013)

INCOMUNICACIÓN Y AISLAMIENTO

La tendencia a comunicarnos, a procurar lazos de unión con los demás, es una necesidad íntima de todo ser humano, aunque late en nuestro inconsciente como poco discernida.

En primera instancia pensé en plantear este artículo del modo contrario: *comunicación y comunión*. Decidí no hacerlo porque llamar la atención sobre el dolor que provoca la incomunicación, asociada a los efectos de aislamiento y extrañamiento de uno mismo podía tal vez iluminar por contraste lo que significa alcanzar la intimidad del otro y ser comprendido. Las razones de la incomunicación dependen de cada persona. La timidez, la inseguridad, la soledad, el miedo al rechazo, a la crítica, alguna condición especial, así como la rapidez de la vida que puede llevarnos a no pensar y a mostrarnos *como* los demás esperan que seamos, son posibles causas de incomunicación. Esto último puede implicar la evasión de una situación difícil. Se huye de muchas maneras, pero la mente siempre acompaña la huida, pues todo escape fomenta la inconsciente necesidad de elevarse a un plano en el que la realidad queda racionalizada, haciéndonos creer que la comunicación ficticia es real. En este punto se separa alguna emoción de la vivencia para cargar de argumentos una historia que oculte nuestro verdadero dolor o motivación interior. Lo triste es que al mostrarnos como no somos terminamos siéndolo.

A veces damos por sentado que si hay lenguaje, hay comunicación. Sucede, sin embargo, que comunicarse no se reduce a transmitir información. En algún momento de la vida, usualmente no buscado por nadie, la realidad nos fuerza a reconocerla, manifestándose como es y revelándonos a nosotros mismos como somos. En muchos casos hemos vivido respondiendo a las circunstancias sin tomar realmente decisiones. La lucha ha sido tal vez adaptarse al ambiente más que discernir y seguir nuestras intuiciones. Sin desearlo podemos haber entregado la propia vida a parámetros externos que poco tienen que ver con nosotros y por eso han podido definirnos como no somos. El problema de la incomunicación se revela cuando mostramos un *yo* aparente, “social”, a *otro yo* que tampoco se ha mostrado como es. Se manifiesta entonces el vacío de la superficialidad.

El propio conocimiento pasa por el diálogo. Es como si nos reconociésemos en el otro. En la intersubjetividad captamos aspectos del otro que pueden estar también en nosotros y así, en esa retroalimentación de mundos interiores, en ese encuentro de conciencias que perciben la realidad

desde su particular contexto, nos acercamos a otros mundos enriqueciendo el nuestro. No logramos conocernos de modo inmediato. El proceso de autoconocimiento termina y se completa (por partes, por supuesto, pues es continuo y progresivo) cuando la palabra sale de nosotros, bien sea oralmente o por escrito. Dejarla dentro de nuestra intimidad de una manera permanente –si es que fuese posible– nos sumiría en el círculo de un aislamiento que podría volvernos locos. Por eso los actos desesperados responden de algún modo a la incomunicación, pues en el fondo son siempre intentos de escapar de la soledad, del monólogo empobrecedor que nos impide no sólo conocer al otro sino a nuestra propia intimidad. Se trata del extrañamiento de uno mismo; del desconocimiento de quién se es y qué se desea realmente. Esto explica la desorientación vital que puede sufrirse, pues si la comunicación nos conecta con el mundo, con los demás y con nuestro ser más íntimo –en virtud de ese descubrimiento del yo que se da por analogía o contraste con el otro–, la incomunicación nos repliega sobre nosotros mismos, reduce nuestro mundo y nos sume en la tristeza. Dejamos de conocernos a nosotros mismos porque dejamos de tocar al otro. Recuerdo aquí al náufrago (Tom Hanks) y a Wilson, la pelota. No la hizo pasar por *otro* porque estuviese loco sino *para no volverse loco*, pues si su palabra no se convertía en un diálogo con *otro*, podía olvidar que existía un mundo distinto del de su intimidad. Ya bastaba estar en una isla real para transformarse él mismo en otra.

Este es un caso extremo y el personaje lo resolvió como pudo. Podría decirse que su diálogo era ilusorio. Sin duda podía haber llegado a la locura si no lo hubiesen rescatado. El buscó salvarse y su ocurrencia fue genial. Resulta paradójico que en esta sociedad de redes experimentemos algo parecido, pues sin estar en una isla podríamos vivir *como si* estuviésemos en una. A veces damos por sentado que hemos comprendido los significados que se derivan de nuestras interacciones con otros; esas interpretaciones del mundo que pasan por el filtro de nuestras relaciones con las cosas y nuestro contexto. Pero sin verdadera comunicación no hay comunión. Lo que no se dice no se comparte y aunque es cierto que uno reserva mucho de uno mismo porque sencillamente no todo se dice, si lo que se busca es acercamiento, callar distancia. Así, pues, quedarse en la periferia del *otro* es también evitar la entrada en la propia intimidad.

(El Universal, octubre de 2016)

INDUCIR LA CONCIENCIA

La conciencia, tanto como el parto, puede inducirse. La diferencia estriba en que a las personas se les ayuda a cobrar conciencia de que “pueden pensar”, a través de la reflexión, y no mediante técnicas médicas. Es posible vivir en la superficie, sin tomar conciencia de lo que nos ocurre, no sólo porque “pensar” nos sumerge en un plano más profundo, intangible, sino porque es más cómodo eludir “luces” que puedan sugerirnos “algo” ante lo que tendríamos que responder y cambiar. Puede vivirse así, en el plano material de las necesidades más básicas, imprescindibles, sí, pero insuficientes por sí mismas para moldearnos como “personas”.

Aunque algún evento inesperado cambiase el rumbo de los acontecimientos, pues la mayoría desconoce el grado de ruptura interna del régimen, la mentalidad de muchos no cambiaría súbitamente al ritmo de los sucesos. Los tiempos que siguen a una eventual transición son tanto o más importantes que los que hoy vivimos, pues si no nos esmeramos en despertar las conciencias, provocando así que todos asumamos nuestra responsabilidad en el cambio requerido, seguiremos esperando que los acontecimientos resuelvan por sí mismos las subsiguientes crisis. El plano de las conciencias es distinto del de los sucesos; por eso, salvo que estos últimos hubiesen sido provocados por una honda transformación de las conciencias individuales, hay que sostener la transición en que estamos inmersos con una reflexión continuada acerca de la necesidad de asumir responsabilidades. Es momento de ser profundos y atribuir al pensamiento un lugar prominente en la crisis que vivimos, pues sin un norte claro en el horizonte, no sólo no sabríamos hacia dónde dirigirnos, sino que no tendríamos siquiera “ganas” de caminar. Pienso que cada día hay más indicios de cómo muchos ven necesario reflexionar acerca de lo que nos sucede, de modo que logremos encontrar la salida del laberinto. Nunca, sin embargo, se hace suficiente. Por eso no está de más insistir en que la organización ciudadana necesaria de lograr, deba concretar iniciativas que nos lleven a profundizar en las razones de lo que vivimos, de modo que comprendamos lo que significa nuestro personal aporte en una comunidad. La cosa pública es responsabilidad de todos y no de unos pocos. Por eso, ni los errores, ni la salida a la crisis dependerán nunca de unos cuantos.

Puede ser que se precise de un cierto pragmatismo para resolver esta crisis, pues los problemas se imponen y hay que responder, pero la inmediatez de una “reacción” ante eventos sobrevenidos, no podrá nunca solventar con profundidad las causas de lo que nos ocurre. Por eso

resulta urgente que en las comunidades y en las organizaciones, en las Universidades, empresas y asociaciones vecinales, se diseñen planes de acción orientados a una inducción de las conciencias. Hay que promover la toma de conciencia individual, de modo que captemos cuál es nuestra responsabilidad como ciudadanos y cómo a cada uno compete la influencia en un radio de acción que es siempre intransferible: no endosable a otro. Sin una mayor conscientización de lo que yo, como individuo, puedo hacer y lograr, influir y transformar, recurriremos en los mismos errores sin cortar nunca con sus causas.

El cambio de mentalidad implica cobrar conciencia del poder de “uno” como individuo, pues no es la historia la que camina inexorablemente hacia un fin, sino que somos nosotros, cada uno, quienes respondemos a los acontecimientos para lograr algo con ellos. Si queremos una Venezuela productiva, en la que cada persona asuma la responsabilidad de hacer algo con sus talentos, hay que sacar a las conciencias de ese anonimato que nos hace dependientes de una misión, de un regalo, de un trozo de pan: del Estado, en breve. Hay que ayudar a reflexionar; hay que ayudar a cobrar conciencia a muchos de que son personas capaces y dueñas de su vida. Más que esperar al futuro y sus regalos inesperados, ese tiempo abierto espera ser conquistado por cada uno, de modo muy personal, pues los talentos son relativos a cada quien.

¿Que requeriríamos de otro modelo económico para poder rendir de modo efectivo los talentos? Sin lugar a dudas. *Por eso hay que explicar que esto sería posible sólo bajo otro esquema de país.* Para convencer, sin embargo, hay que inducir antes las conciencias, pues si los individuos no han captado que son únicos e irrepetibles; que son seres libres y capaces de realizarse a sí mismos mediante el desarrollo de sus talentos, se conformarán con poco, haciendo a cambio lo que les pidan, porque en el fondo no sabrían por qué actuar de otro modo.

Así como se induce un parto, porque los riesgos de alargar un embarazo son mayores al de dar a luz al bebé, asimismo resulta urgente inducir las conciencias, provocando su salida del anonimato, ante el inmenso riesgo que supone alargar esta crisis y acostumbrarnos.

Ofelia Avella

Ofeliavella@gmail.com

JUAN XXIII Y JUAN PABLO II

Decir algo acerca de estos dos grandes hombres, futuros santos de la Iglesia Católica, no es fácil en tan poco espacio. Ambas vidas son profundamente interesantes y constituyen una especie de luminaria en estos tiempos nublados. Por eso dedicaré un artículo a Juan XXIII y otro a Juan Pablo II. Mi intención es considerar algunos rasgos de sus respectivas respuestas a Dios, para así comprender mejor en qué consiste “canonizar” a alguien.

Al nombramiento precede una serie de pasos que deben cumplirse, pero insistiré ahora en el fundamental: el estudio detenido y exhaustivo de las virtudes vividas en grado heroico. Esto justifica plenamente la decisión del Papa Francisco de dispensar a Juan XXIII del milagro requerido formalmente en toda causa de canonización. Se entiende que la vida virtuosa no debería “basta” para decretar santo a alguien, pues se precisa del “milagro” que constate que la persona está en el cielo, pero en este caso, “el santo padre, valiéndose de las atribuciones personalísimas en cuanto sumo pontífice, sin mediar explicación alguna que no sea su propio criterio, puede dispensar del milagro a quien quiera elevar de forma definitiva a los altares” (José Antonio Valera: zenit.org). ¿Por qué puede hacerlo? Ante todo, por la potestad que tiene, pero se comprende también por el requerimiento intrínseco de lo que es en sí misma la santidad.

La realidad de las virtudes heroicas de una persona constituye lo que entendemos por santidad. Los testigos ciertamente ayudan a “certificarlo” y de aquí pende la decisión del Papa actual, pues sin lugar a dudas “conoce” lo que nosotros desconocemos. Lo interesante estriba, sin embargo, en la calidad de las vidas de estos futuros santos, pues es precisamente *la vida* lo que certifica la santidad de alguien. Y es esto, precisamente, en lo que deseo insistir. El milagro viene a ratificar lo que muchos ya “habían visto” en esa persona, pero miles de hombres y mujeres (incluyendo niños) que no han sido canonizados formalmente por la Iglesia -por no haber sido conocidos de un modo más público- están también, sin lugar a dudas, en el cielo.

Al proponernos ciertas vidas como “modelos”, la Iglesia no busca que seamos “como ellos” en lo que compete a sus labores o vocación concreta, pues cada uno de nosotros es único para Dios. Juan XXIII y Juan Pablo II no serán canonizados por ser sacerdotes y Papas, sino por el altísimo grado de amor con que respondieron al llamado de Dios, por la lealtad a su conciencia y su entrega

excepcional a los hombres. La intención es que estos ejemplos de vida se conviertan en una guía de lo que significa asumir la relación personal con Dios, hasta los extremos de una caridad heroica y una vida llena de pleno sentido.

Los santos son impredecibles, creativos, intrépidos, valientes, libres de espíritu y nobles en sus intenciones y trato. Profundamente humanos y abiertos a la escucha de Dios, encuentran siempre modos novedosos de acción. Con frecuencia sorprenden por sus decisiones, pues por participar de la flexibilidad del Espíritu, contrastan con la mezquindad reductora de los estereotipos y prejuicios impuestos por la sociedad. Así, pues, la bondad del “Papa bueno” no es la de un anciano “bonachón”. La santidad es tierna, pero recia. A sus 77 años nadie podía imaginar lo que supondría su pontificado para la Iglesia. Al convocar el Concilio Vaticano II impulsó la renovación y profundización de la fe en el contexto del mundo moderno, al tiempo que “franqueó la puerta al ecumenismo” (Isabel Orellana: Zenit.org). Vio la necesidad de que entrara “aire nuevo” en la Iglesia y se repensaran así los modos para hacer comprensible la fe –tanto como la llamada universal a la santidad- al mundo actual. Promovió la comprensión de todos los pueblos y culturas, tanto como el respeto a las conciencias, ahondando así en lo que se precisa para el recto entendimiento de lo que es el hombre. El criterio era “fijarse en lo que nos une y no en lo que nos separa”, lo cual puede ser posible si hay “buena voluntad”, pues “lo común” se discierne si realmente se desea conocer la verdad, relativa siempre a lo que toca los derechos fundamentales, por inscribirse en ese orden natural establecido por Dios.

Este punto, tratado de modo particular en su Encíclica “Paz en la Tierra” (*Pacem in Terris*: 1963), recordó al mundo que la paz es posible sólo si logramos instaurarla primero en nuestra intimidad personal, supuesta una profunda reconciliación con el Creador del mundo.

Es difícil resumir en pocas palabras la riqueza de un alma. Interesa advertir, sin embargo, cómo una vida santa no está exenta de luchas. Antes bien, las supone, pues constituyen el medio para acrisolar las virtudes y probarlas. Su *Diario del alma* revela el itinerario espiritual de un hombre dispuesto a conquistar la santidad: «*el pensamiento de que estoy obligado, como mi tarea principal y única, a hacerme santo cueste lo que cueste, debe ser mi preocupación constante; pero preocupación serena y tranquila, no agobiante y tirana*».

Sin duda, lo logró. (El Universal, julio de 2013)

LA ANSIEDAD Y NUESTROS HIJOS

El país genera ansiedad en todos. También en niños y adolescentes. Es inevitable que el ambiente, la tensión, la sensación de caos y de inseguridad, tanto como la situación particular de cada familia, permee en los niños y jóvenes.

Los niños lo absorben todo y aunque no comprenden bien lo que sucede, perciben la inquietud en los padres, en las maestras, en las amistades, en las conversaciones que todos entablamos con tantos otros en las colas, en las salas de espera, en las panaderías, en fin, en medio de múltiples situaciones. Por una parte, no sólo es inevitable, sino bueno, que nuestros hijos estén conscientes de lo que se vive, sobre todo si ya son grandes. Es imposible evitar que sufran “su parte” en lo que les toca vivir. Transmitirles, sin embargo, nuestra muy probable inmensa inquietud puede generar en ellos una ansiedad que trasciende lo que pueden manejar y procesar.

Las cosas se dicen siempre más fácilmente de lo que uno es capaz de vivirlas y esto que ahora digo es difícil de asimilar, lo sé, pues para transmitir paz hay que tenerla antes y a todos, en estos momentos, nos está costando fomentarla en nuestro interior.

Así como uno debe crearse espacios interiores de paz, de sosiego, procurándose momentos en los que llevemos a cabo alguna actividad que nos llene de manera especial, de igual modo debemos ayudar a nuestros hijos a lograrlo. Leer, tocar algún instrumento, aprender algún idioma, practicar algún deporte o asistir a algún taller o actividad cultural, son modos muy concretos de ayudarnos (y ayudarlos) a centrarnos todos en el instante presente, trascendiendo en parte las dificultades cotidianas.

Darse a uno mismo el chance de desarrollar alguna actividad que guste, que nos resulte atractiva y al mismo tiempo nos distraiga, es un modo de drenar la ansiedad y transformar la inquietud en energía creativa.

Hay que aprender a no dejarse absorber por las dificultades. No es fácil, pero hay que intentarlo, pues si permitimos que se impongan pueden cegarnos e impedirnos discernir qué es lo mejor que podemos hacer. Dejarnos absorber por lo que nos hace sufrir puede también impedirnos

vivir el tiempo presente, ése cuya atención nos dolerá después haber dejado pasar por el agobio interior.

Aunque parezca ingenuo lo que digo en medio de un ambiente tan raro, hay que aprender a “perder tiempo” con los hijos, estando en sus cosas y metiéndose en su mundo. Leerles cuentos, repasar la tarea, hablar de sus cosas, concentrarse en sus rostros todavía infantiles, nos ayudará a renovar nuestro amor por ellos, a agradecer a Dios por la vida, a conscientizar lo mucho que significa su presencia como don, así como a no perdernos de su infancia, de su crecimiento, de su adolescencia. Sé que nuestra inquietud es, precisamente, el futuro que ahora mismo vemos tan incierto para ellos, pero a veces la angustia por ese mismo futuro puede impedirnos vivir bien el presente, ese tiempo que corre.

Crear espacios de paz en nuestro interior no sólo nos ayudará a centrarnos en lo más importante, sino que nos fortalecerá por dentro para enfrentar lo que viene, situaciones probablemente más críticas y difíciles.

(El Universal, septiembre de 2014)

LA CONCIENCIA INDIVIDUAL

Los regímenes autoritarios precisan de la anulación de la individualidad para imponerse. La “igualdad” que pregonan exige que el individuo quede diluido en una masa anónima, en la que ninguna voz disidente debe escucharse. La contrapartida debe implicar una revolución de las “conciencias individuales”, de modo que pueda recuperarse lo amenazado: la libertad personal.

El peligro de la masificación es la anulación de la individualidad. Esta amenaza es propia de los regímenes totalitarios, pero lo es también de las sociedades consumistas, pues los extremos atentan siempre contra la identidad personal. La razón estriba en que la masificación lograda puede acabar bloqueando nuestra capacidad de elegir por diversas causas: mientras que bajo la represión totalitaria el individuo se abstiene de opinar por miedo a ser reprendido, en medio del confort consumista el hombre puede preferir que otro elija por él. En el primer modelo, el hombre puede inhibirse de “ser” por la impotencia que provoca la frustración de no lograr lo deseado, tras múltiples intentos fallidos. En el segundo modelo, el individuo acostumbrado a ver allanado el camino, puede delegar sus decisiones en otros, en virtud de la superficialidad con la que suele elegir. En los dos escenarios, es siempre “otro” quien elige por mí: uno imponiéndose y otro supliéndome. En ambos casos, la voluntad debilitada, bien sea por miedo y frustración o por flojedad, no decide y se entrega: se rinde.

El individuo nace libre y no con “hambre de libertad”, como indicaba Mandela, pero aunque esto es cierto, no es menos cierto que hay que ayudar a los hombres a cobrar conciencia de esta realidad, pues la verdadera libertad es interior y precisa de la reflexión para ejercerse. Las circunstancias y las sociedades en medio de las cuales se crece, pueden también obstaculizar esta toma de conciencia requerida para que lograr “ser” realmente libres, pues a pesar de definir cuál es la relación con nuestra capacidad de decidir, la verdadera libertad no se reduce a elegir. La idea que se suele tener de la libertad puede precisar de ciertas correcciones a lo largo del camino de la vida, ya que está más implicada con el autogobierno que con la posibilidad de exteriorizar el pensamiento de la persona. Esto último resulta esencial, sin lugar a dudas y constituye, de hecho, un derecho fundamental del hombre libre, pero sin el autodomínio, la libertad “exterior” puede degenerar en

libertinaje y anarquía y, a largo plazo, precisar, por lo mismo, de una dictadura que frene o reprima el desorden.

Se suele creer que la libertad afecta primordialmente la dimensión exterior de la vida de las personas, a saber, sus movimientos, sus iniciativas “para hacer y lograr algo”, su despliegue personal sin obstáculos que les impidan ser como quieren ser o tomar el rumbo que desean. Esos son ciertamente “aspectos” de la libertad; son manifestaciones de libertad, pero no propiamente los fundamentales, pues la libertad no se reduce a “decidir” entre una cosa u otra. La verdadera libertad tiene que ver con elegir el bien, con hacer el deber, con llevar muchas veces la contraria y aunque parezca paradójico, está más asociada a la disciplina y al obrar en conciencia, que con hacer sencillamente lo que se “desea”.

La vocación personal está ligada con el desarrollo de los talentos y, sin lugar a dudas, con la fuerte atracción que se siente hacia una actividad concreta o hacia una determinada persona. Aquello que satisface plenamente al ser humano debe también atraerlo: debe procurar felicidad y placer. En su elección se realiza la libertad personal, sintiéndose una alegría grande. Nada más cierto. Esto, sin embargo, no debe confundirse con ese “hacer lo que me da la gana” a que se hacía referencia, así como tampoco excluye la racionalidad de la disciplina.

Cuando un niño desea abandonar una actividad que le exige una particular disciplina, por el cansancio o el tedio que le procura la rutina, habría que plantearle, ante todo, si aquello le gusta. Si ante una respuesta afirmativa el niño argumentara que no necesita de entrenamiento alguno porque ya “salta” todo el día en su casa, hay que explicarle que saltar no equivale propiamente a “hacer atletismo” o “gimnasia olímpica”, según fuese el caso. Se precisa de disciplina si se quiere llegar a ser atleta o gimnasta –entre tantas otras cosas-, pues el talento y la energía se perderían sin la rigurosidad de la metodología.

De igual modo, la libertad puede perderse sin el autodomínio, ya que ser libre no equivale a decidir entre hacer una cosa y dejar de hacerla. Esta capacidad de elección es signo de libertad, sin duda, pero no es libre quien decide abandonar su entrenamiento “para ser más libre” sin él, sobre todo si “desea” ser atleta o gimnasta.

Así, pues, reducir la libertad a la simple elección entre una cosa y otra es un grave error, ya que las consecuencias de las decisiones evidencian que no da lo mismo elegir entre una cosa y otra, por cuanto hay bien y mal. Hacer y decir lo que “se quiera”, cuando “se quiera”, degenera en la anarquía o en la tiranía de unos pocos: de esos que lograron gritar más fuertemente e imponerse sobre otros. La mal comprendida libertad suele derivar, siempre, por lo mismo, en su pérdida y anulación. De allí la importancia de repensar sobre las relaciones que hay entre libertad, autodominio, racionalidad y ley, pues de su comprensión depende la fortaleza de la Democracia.

La libertad interior

¿Qué es, pues, la libertad interior? Para Gandhi suponía el gobierno de uno mismo: “mi Democracia significa que cada uno es su propio amo”, dijo en su discurso ante el Congreso Indio en 1942.

Desde su perspectiva, la misma de Luther King o Mandela, líderes que supieron bien cómo recuperar la independencia de sus pueblos-, la libertad requería del dominio de las propias pasiones, pues más que enfrentar a otros, el hombre libre debe sujetarse a la verdad y al bien, liberándose así de todo odio, resentimiento, injusticia, crítica y miedo que acaba siempre restando en el individuo toda energía productiva. La verdadera fuerza es interior; de aquí que el autodominio sea fuente de sabiduría y claridad de rumbo, pues las pasiones –al dirigir su ataque al otro, no obstante sea injusto- ciegan y debilitan. De igual modo, creerse libre por responder al injusto con injusticia, tanto como por hacer “lo que a uno le venga en gana”, dispone a la violencia e impide alcanzar el objetivo. La libertad, en fin, no puede alcanzarse por medio de la violencia o la ausencia de normas, pues si no se sujetan los sentimientos injustos en cada uno, se acaba siendo esclavo de las propias pasiones y posteriormente de otros.

Este dominio de sí mismo supone un esfuerzo grande en todo hombre, sobre todo cuando se debe enfrentar la injusticia. Nada más difícil que perdonar el atropello de los propios derechos por parte de otros, pero en virtud de su dificultad, nada fortalece tanto como lograrlo.

La obediencia a esta ley interna que es la conciencia, a este deseo íntimo de verdad y bien, provoca efectos admirables en el hombre justo. La autoridad moral de Gandhi, de Luther King, de Havel o de Mandela, no es gratuita. La fuerza de estos hombres se explica en virtud de la lucha titánica

por impedir que la injusticia y la violencia se arraigaran en sus corazones. De allí su liderazgo, pues lo que provocaron fue una verdadera revolución de las conciencias. Lograron liberar a los individuos de ese estado de inercia en que sumen los regímenes que oprimen, que dominan, que atentan contra las libertades individuales en todas sus dimensiones. Lograron también provocar en otros la conversión, pues a través del autodomínio reluce la injusticia del otro, en virtud de la nobleza del justo y su perdón.

El hombre ha de moverse por ideas y no por consignas. Para ello debe mediar la reflexión: esa capacidad de cobrar conciencia de que se es una persona concreta y no parte de un grupo-masa. El conocimiento propio, requerido para la toma de conciencia del móvil de las acciones de cada quien y de la injusticia que puede anidar también en uno, dispone a reconocer que se tiene una intimidad, un centro de unidad donde nacen las inquietudes. Este reconocimiento de la subjetividad se precisa para captar que se es libre por naturaleza y provocar así la salida del anonimato; para formar, en definitiva, hombres profundamente democráticos y responsables, emprendedores y creativos; que hablen con voz propia y no sean manipulables por falsas ideologías.

Asumir la vida en conciencia impulsa a obrar con una libertad que brota del convencimiento. Por eso lleva a decidir conforme a la razón y no al sentimiento, siempre temporal y aleatorio. Obrar de este modo conduce a vivir responsablemente, esto es, a “responder” a aquello que las circunstancias plantean a cada quien, llevándole a tomar una postura.

Interesa insistir en la importancia de la reflexión para cobrar conciencia de que somos personas, ya que es el pensamiento y no la consigna lo que realmente motiva a obrar y da sentido a la vida. El hombre necesita ver con claridad el “porqué” hace las cosas, sobre todo en aquellos momentos en los que se hace difícil caminar y luchar, pues en la medida en que todo parece perdido, se precisa de una razón más elevada que sostenga en la esperanza. Una razón que nunca será un objeto material, pues las expectativas más íntimas de la persona solo pueden ser satisfechas con verdades que den sentido a su lucha, a sus sufrimientos, a la injusticia y a la vida entera, en definitiva.

Reflexionar sobre la relación entre la libertad y la conciencia individual es de suma importancia, pues quien no logra gobernarse a sí mismo, no solo no podrá orientarse hacia un puerto seguro sino que no podrá lidiar eficazmente con las circunstancias. Tampoco podrá amar a otro, pues al no respetarle, le dominará y tratará como un objeto. Desde el punto de vista personal, confundir la libertad con el libertinaje resulta en un error humano que puede siempre enmendarse desde el punto

de vista de los pueblos; esta confusión puede derivar –tristemente- en férreas dictaduras o en guerras civiles.

Enseñar a decidir

Importa mucho educar desde temprana edad a los niños, enseñándoles poco a poco a decidir y a descubrir sus inquietudes y talentos, pues el sentido que adquirirá su vida no se definirá por la imposición de un modelo, sino en virtud de continuadas decisiones personales. El sentido de la propia vida se descubre en el marco de las personales circunstancias y se diseña, por lo mismo, en libertad, pues resulta de una implosión interior y no de la obediencia ciega a algún decreto impuesto.

Por eso urge aprender a educar en libertad, pues cualquier sociedad puede verse amenazada de perderla. Es en las familias, en las escuelas, en los círculos de trabajo, donde el individuo debe crecer siendo respetado en su individualidad y donde debe también enseñársele a respetar al otro: a ese que es distinto y con el cual se debe aprender a relacionarse porque es también un ser humano.

Solo desde el respeto a la singularidad de cada quien podrá aspirarse a un mundo que respete la diversidad. Nacida en virtud del respeto a la Ley y a los derechos fundamentales de todo hombre, la Democracia está fuertemente ligada a la educación constante de la conciencia individual; supone por ello un respeto continuo y vigilante de esa capacidad de obrar conforme a los dictados de la razón, pues el hecho de haber nacido libres no garantiza la libertad eterna de los pueblos, ni su comprensión por parte de todos. Cuidarla es siempre un reto y precisa de una vigilancia permanente, pues la fortaleza de la institucionalidad depende del respeto de sus ciudadanos a la ley, ciertamente, pero también del grado de conciencia individual y de capacidad reflexiva que adquiera cada uno.

Mayo 2014 (Revista VenEconomía Mensual, Vol. 31, No. 8)

LA CREATIVIDAD DE LOS VENEZOLANOS

Me atrevo a poner por escrito una serie de reflexiones hechas en base a lo visto, vivido y sobre todo, experimentado a raíz de ciertos contrastes con modos de vida y sistemas, muy distintos del nuestro. Cada sociedad es única, pero ahora deseo enfocarme en la nuestra, para intentar desentrañar un poco la indiscutible creatividad latente en el venezolano.

Algunos la atribuyen a nuestro ser fantasioso e imaginativo. Los sajones nos ven así, un tanto exagerados, con capacidades de asociación que rozan el absurdo –según su parecer-, pero sin duda alguna, talentosos y creativos. ¿Qué condiciones explican esta creatividad, además de esas características propias que nos confieren los genes “latinos”?

La creatividad supone la capacidad de hacer múltiples asociaciones inusuales que deriven, por lo mismo, en un producto nuevo. Lo primero que podríamos decir acerca de nosotros es que la fantasía se ve primariamente nutrida por una cotidianeidad en la que abundan ya hechos insólitos, por ser, sin duda alguna, como somos. Aquí todo puede pasar y ser, al mismo tiempo, su contrario, pues “no hay una idea que no se trastoque, aquí reina una informalidad conceptual que estira los límites de los preceptos y todas esas vainas sobre las que se funda la racionalidad occidental”, por ser el Caribe, como bien dice Gumersindo Salazar en “Esta gente”, de Francisco Suniaga, “una dimensión que está a la mitad de camino entre la realidad objetiva y el absurdo, probablemente más cerca de este último”.

Además de nuestra insólita cotidianidad, nuestra creatividad tiene que ver con la realidad de las carencias que sufrimos. Se dice que “la necesidad es creativa” y ciertamente, nuestras dolencias pueden catalizar fuertes deseos de cambio y generar, por lo mismo, ideas para concretar iniciativas. En nuestra cotidianidad están como potencialmente contenidas miles de posibles asociaciones de términos divergentes, condición necesaria para estimular la creatividad. Todos experimentamos que las circunstancias nos fuerzan a generar algún tipo inmediato de transformación del entorno, pues entre lo atípico imperante y las carencias, la mente debe exigirse para “resolver”. Las conexiones nuevas brotan, en definitiva, tanto de las situaciones no-comunes como de la necesidad, que fuerza siempre a pensar en cómo cubrirla de un modo necesariamente creativo.

Esta cotidianidad que dispone a estirar las posibilidades de asociación de términos hasta extremos inimaginables dispone, sin lugar a dudas, a la flexibilidad de mente: a una actitud de constante apertura, pues vivimos conscientes de que lo que quizás hemos planeado no ocurrirá necesariamente así. El desorden que a veces parece imperar en nuestra sociedad; la capacidad inaudita para interpretar toda ley y todo suceso; la improvisación constante a la que a veces parecemos sometidos, así como la excesiva arbitrariedad en todos los órdenes de la vida, son todas realidades que nos disponen a percibir la vida de un modo que puede parecer “mágico” a quienes viven en sociedades ordenadas y bien planificadas. Ambientes así, como los nuestros, catalizan la creatividad por la multiplicidad de contrastes a que nos vemos sometidos día a día.

Ahora bien, el contexto descrito puede catalizar, sin lugar a dudas, la capacidad creativa, pero, paradójicamente, también puede obstruirla, por la falta de una estructura que vehicule las potencialidades. Lo que digno no implica ninguna contradicción. Por eso, entiéndase bien que no estoy alabando un ambiente sin normas y un desorden desmedido. Sencillamente intento comprender una realidad que “es” así. El excesivo desorden, de hecho, puede mermar la creatividad, del mismo modo que puede asfixiarla un ambiente muy cuadrulado, lleno de normas y reglas. Ambos extremos pueden generar la pérdida de muchos talentos o su fuga hacia destinos más aptos, pues la inquietud creativa necesita producir un efecto, concretar, y si el ambiente lo impide, deviene la frustración. La debilidad de la norma en nuestra sociedad, nuestra capacidad de interpretarla y reinterpretarla, abre ciertamente un campo de libertad que nos impide encorsetarnos en estereotipos, pero si el desorden se vuelve ley, también será difícil crear.

La genialidad precisa de disciplina, de un mínimo orden que logre insertarla en un ambiente propicio que la disponga a desarrollar sus talentos, pues si bien es cierto que a una mente creativa le ayuda un ambiente “desarreglado”, no es menos cierto que necesita de un orden que la canalice. El Sistema de Orquestas es un buen ejemplo de esta relación entre la necesaria disciplina y una base real de situaciones atípicas que florecen como novedad. En cada niño que domina un instrumento se oculta un mundo de asociaciones insólitas; un pequeño contexto que experimenta cómo puede transformarse una vida cuando se le confiere un objetivo claro y estimulante por el cual valga la pena luchar. La música, la literatura y las artes, en general, remueven esa capacidad de generar conexiones inusuales, nuevas, a partir de esa realidad ya insólita que es nuestro contexto. Nutrido éste, además,

de un contenido estructurado adicional, la creatividad se potencia porque se despierta aún más, se ordena y canaliza.

Los venezolanos, en fin, no tenemos necesidad de “crear condiciones” artificiales que nos estimulen a lograr esas asociaciones insólitas necesarias para generar novedades, como lo hace la compañía Google y algunas otras de publicidad, por ejemplo, cuando arma rincones o ambientes que dispongan a lograrlo. En estas sociedades son conscientes de que el creativo precisa del respeto a su “pequeño” desorden, pues un espacio de libertad, ordenado de un modo no-común (orden en medio de la diversidad, esto es, “su” desorden), dispone a establecer relaciones novedosas desde la relajación. Lo que nosotros necesitaríamos no es tanto la creación de las condiciones, como una estructura que nos ayude a disciplinarnos para rendir más, dentro de un ambiente de libertad.

Por otra parte, en Venezuela está todo por hacer. Esta realidad nos mantiene siempre abiertos al futuro, lanzados hacia lo que vendrá y podemos lograr. Esta actitud de apertura, esta necesidad de cubrir expectativas y carencias, tanto como de resolver problemas, explica también esa motivación de crear, de inventar. No tenemos “el peso” de un pasado que frene el valor de nuestras ideas con su respetable autoridad, que mire desde la lejanía toda novedad, como puede ocurrir, a veces, a los arquitectos italianos, según me contaba un muchacho. Tanto pasado puede enseñar e inspirar, pero también puede inhibir de crear, pues se tiene la sensación de que aquello nunca podrá ser superado. En nuestra sociedad, por contraste, tan llena de necesidades y de cosas por hacer, en todos los ámbitos, el contexto se nos entrega abierto a toda posibilidad. La dificultad estriba, tristemente, en que estamos viéndonos impedidos de crear, por el exceso de obstáculos que frenan la libertad de iniciativa y de operatividad. Confío en que en virtud de nuestra creatividad, encontraremos la manera de lograr hacerlo, pues el móvil y las potencialidades también nos son dados; están latentes, esperando una mayor apertura y estructuración de los caminos que se abran a su desarrollo.

(El Universal, febrero de 2014)

LA DICTADURA DE LA MENTIRA

Para Havel, todo régimen autoritario busca “colonizar” la conciencia para garantizarse el poder. La contrapartida es que éste se vuelve anónimo, pues la maquinaria que se despliega a su servicio anula al hombre: tanto al que miente como al engañado. Su conciencia, núcleo de toda individualidad, es suplida por la ideología, reiterado diseño de artificios.

Es posible haber creído con sinceridad en la utopía de una sociedad sin clases y en la “maldad intrínseca” de la burguesía por un cierto tiempo. Llega un punto, sin embargo, en que el hombre intelectualmente honesto advierte que ha llegado “donde el poder impersonal quiere tenerlo: en los rieles del pensar totalitario, donde deja de pensar en sí mismo y renuncia a su propio juicio y conciencia en beneficio de «otra ficción inhabitable»”. Llegado este momento, no importa el nombre que se dé a la ficción: “el bienestar de la humanidad”, “el socialismo” o “la paz” –dice Havel. Una vez insertados en la maquinaria –que por eso es burocracia- impersonal del autoritarismo, los hombres pasarán a ser una “masa” definida por categorías: “pueblo”, “pobre”, “burguesía”, “oligarca”. Puras generalizaciones. Palabras que serán ficciones; que serán mentiras. Y como se buscará imponerlas, dominará la represión.

Por eso la lucha contra este tipo de regímenes se torna casi que existencial, de un carácter ético elevado, pues o uno se enfrenta a la maquinaria por amor a la verdad y a los más nobles valores que puedan fundar una real convivencia, o acaba uno sometiéndose al sistema fraudulento que extirpa la conciencia.

No es gratuito que Havel se planteara la lucha como un desvelamiento de la verdad frente a la dictadura de la mentira. El movimiento “Solidaridad” y Gandhi, por ejemplo, insistieron también en el valor de la verdad, pues una vez que se toma la decisión de querer ser fiel a la propia conciencia, a esa voz interior que clama “vida auténtica” y no sometimiento a un ente anónimo que anule “mi” voz, el enfoque de las cosas necesariamente cambia. Por eso estas peleas, al demandar tanta nobleza, se vuelven heroicas. La lección es que recuerdan lo que significa ser hombres, tanto como lo que es el bien y el mal. Recuperar la democracia exige revalorizar la conciencia, pues lo supuesto a este sistema es un entramado muy complejo de mentiras que hay que procurar develar.

Enfrentar la verdad a la mentira equivale a enfrentar el valor (e individualidad) de la conciencia al aparato totalitario del poder impersonal. El “yo” individual y libre se advierte responsable de sus actos. El “totalizado”, en cambio, queda sometido y despojado de sus particularidades. Por eso se vuelve pasivo: sólo obedece y enmudece. Por eso suele corromperse, pues la responsabilidad es también impersonal. Algunos se dejan “comprar”, lo cual es un modo de esclavitud “elegida”. Todos, en definitiva, “sin conciencia”: lo propio del “pensar totalizado”.

En su discurso del 1 de enero de 1990, día en que asumió la Presidencia de Checoslovaquia, Havel removió las conciencias al decir que “todos ayudamos a crear totalitarismo”, pues si no se alza la voz (unos lo hacen siempre más que otros), “el entorno moral” se contamina. La moral se enferma –dice- cuando uno se acostumbra a expresar lo contrario de lo que piensa: cuando uno se adapta a esa maquinaria que miente, bien sea por miedo o para “sacar el máximo provecho.”

En su ensayo *El poder de los sin poder*, describe el imperio de la mentira en un régimen que se asemeja al nuestro: “(...)La represión de la cultura se presentó como su progreso; (...)la ausencia de libertad de expresión como la más alta forma de libertad; la farsa electoral como la más alta forma de democracia; la prohibición del pensamiento independiente se exhibió como la concepción más elevada del mundo; la ocupación (en nuestro caso, la castro-comunista) como ayuda fraterna. El poder es prisionero de sus propias mentiras y es por esa causa que tiene que continuar falsificando el pasado, el presente y el futuro. Falsifica los datos estadísticos. Finge no tener un aparato policiaco todopoderoso y capaz de todo; finge respetar los derechos del hombre y finge no perseguir a nadie. Finge no tener miedo; finge no tener nada que temer. El individuo no tiene, forzosamente, que creer todas estas mistificaciones, pero debe conducirse como si las creyera o, cuando menos, tolerarlas en silencio o, todavía, estar en buenas relaciones con los que las producen. Todo esto obliga a vivir en la mentira...”.

Havel se enfrentó a la falsedad. Por eso buscó remover las conciencias: quiso salvar al hombre de una maquinaria impersonal, siendo siempre él mismo muy claro. Esta es la única vía cuando la institucionalidad está contaminada. Decir, por ejemplo, que “el proceso electoral es científico” –cuando sabemos que es manipulable- revela esta maquinaria “sin conciencia”. El sistema está blindado, sí, pero “contra la verdad”.

¿Ideal revolucionario? Pura soberbia y ansias de poder. Vidas falseadas por el hábito de mentir.

(El Universal, junio de 2013)

LA DIMENSIÓN DEL “NOSOTROS”

La lectura de un ensayo del filósofo personalista Karol Wojtyła, *Persona: sujeto y comunidad*, puede resultarnos de mucha utilidad en estos momentos, pues todos necesitamos siempre herramientas para encontrarnos cada vez con mayor profundidad en *lo común*: eso en lo que consiste cualquier comunidad. La sociedad, entendida como una comunidad más amplia y diversa, se funda de algún modo en la unión de sus miembros.

Lo que es fundamentalmente común a todos es que *somos* personas y entre los hombres-persona se establecen relaciones, pues como diría cualquier filósofo personalista, no hay un *yo* sin un *tú*. Uno podría pensar que se basta a sí mismo para alcanzar el perfeccionamiento interior al que tendemos, pero para este filósofo y otros de sus contemporáneos, toda persona confirma su “yo” más íntimo cuando se abre a un “tú”. Wojtyła propone conciliar lo objetivo y lo subjetivo en el hombre en el concepto de *experiencia*. Nada es más único e intransferible en nosotros que la conciencia de nuestra subjetividad personal: de esa experiencia en la que nos hacemos conscientes de nuestros actos. Esta subjetividad de la experiencia es *realidad* y por lo mismo es cognoscible, tanto por nosotros mismos como por esos otros con quienes ahondamos en una relación.

Nadie piensa en el vacío y Wojtyła tampoco lo hizo. Su intensa experiencia de vida no le dejó demasiado tiempo para estudiar, como dice él mismo. No es por eso gratuito que la subjetividad de toda experiencia humana sea nuclear en su propuesta de comprensión de lo insondable en la persona, pues a ese núcleo íntimo que revela lo que somos solo accede Dios y la conciencia de quien se hace *consciente* de lo vivido. Luego serán las acciones las que mostrarán nuestro ser.

El dolor siempre horada el alma y la prepara para dar frutos y esta visión del hombre abre una vía interesante para explorar la intimidad. Las inquietudes de Wojtyła nacieron asociadas a sufrimientos de todo tipo. Su orfandad prematura, la pobreza, la austeridad de vida que forjó su recio carácter, sus vivencias con el nacionalsocialismo, la desaparición y muerte de amigos y profesores por su condición de judíos, la invasión a su amado país -entrenado en la difícil lucha por lograr su independencia-, así como la experiencia del prolongado sufrimiento de una guerra a la que siguió la invasión comunista, supusieron todas realidades que definieron su inquietud por la misión del hombre en el mundo.

Su interés por la intimidad humana no tiene nada que ver con una exploración egoísta de la interioridad. El hombre, para él, tiende al encuentro con los demás. No es, pues, un ser encapsulado. Por ello, tras la experiencia de la inhumanidad de la guerra; de la podredumbre humana que queda siempre en evidencia en situaciones atroces; del miedo existencial que genera la soledad, la alienación, la exclusión, el exterminio de que se es objeto por parte de otros, la búsqueda de Wojtyła giró en torno al valor de la persona concreta y la verdad de su humanidad. Su vivencia de “procesos sociales” que destruyeron el “nosotros”, que bloquearon la posibilidad de las relaciones con los otros, provocando la alienación de los diversos sujetos, le llevó a concluir que la propia subjetividad se nos revela a nosotros mismos cuando profundizamos en la relación con el *tú* y con el *nosotros*. Solo cuando el amor se intensifica nace el sentido de responsabilidad por el otro y se confirma el “yo” en su subjetividad. Una subjetividad siempre nueva y retroalimentada, dispuesta a fundar comunidad con los otros.

Nuestra sociedad ha sufrido y tenemos necesidad de repensar al hombre con más profundidad, pues a la dimensión social subyace la relación interpersonal *yo-tú*, sin la cual no podemos pretender un proceso social que restituya el “nosotros” que ha sido tan golpeado.

(El Nacional, octubre de 2019)

LA DIVINA COMEDIA

El 3 de abril escuché a Franco Nembrini hablar sobre Dante en el Instituto Italiano di Cultura. Invitado por la Sociedad Dante Alighieri de Venezuela, el profesor explicó que la Divina Comedia representa la dinámica de las almas en todo el mundo.

Dante veía con claridad que las sociedades están siempre en crisis porque los hombres también lo estamos. Su comedia deja en evidencia que lo que vemos con los ojos no refleja lo que sucede en el corazón, ese recinto sagrado en el que se libran siempre las verdaderas batallas. El poeta del deseo hace un recorrido difícil desde el infierno hasta la montaña donde brilla la luz. Allí no se llega “tomando gatorade”, dijo el profesor con el aval de su propia vida y búsqueda a través de su selva oscura personal. Una enfermedad extraña, que le permite dormir solo una hora al día, ha supuesto en su peregrinar un escalón muy empinado.

Esta debilidad asemeja en su caso la grieta que para Dante comunica el fondo del infierno con la base del purgatorio. En noviembre del 2016, con ocasión del año santo, el profesor explicó que “con Dante Alighieri se puede peregrinar en el camino en el dolor por el mal (el infierno), a través del abrazo de la misericordia (purgatorio), hasta la experiencia de una posible alegría en esta vida (el cielo)”. Nuestro andar terrenal es una comedia divina, un itinerario de purificación interior que solo conocen bien Dios y el hombre. Su contrario también sabe de esta peregrinación y procura siempre un camino que seduce con otra lógica: la del miedo, la opresión, la mentira, la guerra. Una que es al revés. El viaje al otro mundo empieza en esta tierra, en el corazón de cada hombre. No propiamente fuera, aunque toquemos el mal.

Los caminos tortuosos pueden resultar en una bendición porque fuerzan a una ascensión interior que lleva a comprender la realidad con una lógica superior. No es gratuito que Nembrini diga que “la transición de la condena a la salvación no depende de una fuerte integridad ética o moral, sino de la decisión de abandonarse al perdón, a la misericordia de Dios que nos abraza con todo nuestro mal”. Somos libres. Y nuestras limitaciones, incluyendo las de nuestra razón, son escalones para ascender hacia la conciliación con una lógica divina que se comprende con el corazón.

Dante viaja por tierra desconocida y por eso necesita acompañantes. Los hombres nos necesitamos. Vivimos en comunidad. Los guías cambian a medida que van cambiando las etapas. Virgilio guía al poeta al inicio de la búsqueda, pero Beatriz va suscitando en él el deseo de felicidad y de bien infinito que late siempre en todo hombre. Dante va transformándose, purificándose y conciliando sus contradicciones interiores, sus grietas, tal vez, como esa que se abrió con el terremoto que hizo temblar al infierno después de la muerte de Cristo.

En ese segundo la humanidad vivió una transición trascendente. No sólo se le abrió al hombre la posibilidad de curar sus heridas, sino de elevarse a una comprensión del mundo con otra lógica, una distinta a la de la ley que juzga sin amar. A veces creemos que el juicio de Dios es duro, pero el terrible es el de los hombres. Es justo al revés. En esta comedia divina de la vida en busca de una felicidad que de verdad sacie la sed de infinito, mucho de lo que vemos es difícil de interpretar.

En el instante en que dudé justo del misterio que más me ha asombrado en la vida, el de la Providencia, sólo vi mentira y contradicción. Un buen amigo, uno de estos guías en el camino, me invitó a escuchar al profesor Nembrini justo cuando más lo necesitaba. Hoy es el día de la divina misericordia, otro de los misterios que más me han afectado, no sólo porque he experimentado la mirada amorosa de Jesús, sino porque la interpretación de las situaciones, esa relación entre la letra y el espíritu es también algo que siempre me ha inquietado. Como dijo Juan Pablo II, quien murió un día como hoy, “la historia del Cristianismo es la historia de las conciencias.”

(El Nacional, abril de 2017)

LA ÉPOCA DE LUZ ÁMBAR

Los tiempos que vivimos constituyen un llamado a ser más profundos y responsables. Somos testigos de una crisis que precisa, ante todo, de una renovación moral, de un renacer de la conciencia individual y ciudadana, catalizadora de los necesarios cambios. Las circunstancias nos están forzando, cada vez más, a pensar en un proyecto de país que es común a todos; un país que no es un hotel, un albergue en el que paso un tiempo hasta lograr salir de él con todos los reales que las oportunidades pudieron brindarme, sin importarme -a la salida- las condiciones del lugar que dejo con facilidad, porque al fin y al cabo no es mío. La verdad es que Venezuela nos está forzando a pensar en ella de un modo distinto: de un modo que nos implica.

Cuando pensamos en lo que nos motiva o debe motivarnos a vivir, se abren varias posibilidades entre las que elegir. A uno puede moverlo el puro placer, el poder y el tener o el sentido de lo que se hace, visión un tanto más elevada que trasciende la voluntad de placer y de poder, por proveernos de razones para vivir. Las actuales circunstancias de país están evidenciando las consecuencias de una búsqueda irresponsable de placer, de poder, de dominio, de satisfacción de caprichos, de abuso de unos recursos que han parecido por años poder resistir el embate de los atropellos. Como todo, sin embargo, tiene un límite, esta tierra de “nadie” está implorando nuestra atención.

La ausencia de elecciones en el horizonte debería estimularnos a captar que, más allá de los partidos sólo quedamos nosotros, los ciudadanos. Vivimos en una época que está forzándonos, de un modo particular, a asumir nuestra responsabilidad de integrantes de un país que nos pertenece a todos y que clama que se piense en las razones de esta crisis.

Lo que verdaderamente orienta en la vida es el sentido, no el placer. De aquí que sólo el hombre que se deja interpelar por su conciencia puede vivir una vida con sentido, pues con él trasciende lo transitorio y lo efímero del goce sensible, para elevarse a la dimensión de los valores, los cuales implican tomar decisiones y asumir responsabilidades. La desorientación y confusión que vivimos se explican por el grado de irresponsabilidad de quienes han pretendido la exclusiva búsqueda del interés personal y del poder. Por eso lo que vivimos no parece tener sentido alguno y es, de hecho, caótico, pues sólo puede haber orden donde impera la racionalidad. Sin desentrañar, por ello, las

razones de lo que sucede, no podremos renovar la dirección del país con la profundidad que exigen los tiempos. Joseph Fabry, autor de un interesante libro llamado “la búsqueda del significado”, afirma, siguiendo a Fizzotti, que “nuestra vida no está regulada en cada encrucijada por una luz roja, que nos invita a parar, o por una luz verde, que nos permite seguir. Vivimos en una época de luz ámbar, que le deja al individuo el peso de la decisión.”

La luz ámbar, ésa intermedia entre el verde y el rojo, nos deja libres de juzgar si podemos seguir o debemos parar. El rumbo de un país pende de las múltiples decisiones de sus ciudadanos. Para que los valores iluminen ese camino, sin embargo, y nos orienten a todos, cada uno debe autotranscender los intereses personales para encontrarse con el sentido. De aquí que sea tan importante captar que la renovación que precede al cambio debe ser, ante todo, moral, pues nadie atiende ni cuida lo que no considera propio. El amor a la patria es un valor; un valor importantísimo si pretendemos esa conciencia ciudadana que hace de un país algo más que un puerto de escala. Por eso, hasta que no asumamos nuestra responsabilidad social de arrimar el hombro, no saldremos adelante, porque más que un modelo inviable –variable importante, pero no exclusiva-, a un país lo definen sus ciudadanos. Valentina Quintero lo transmitía con pasión y lágrimas en esa entrevista que se difundió por las redes: no puede amarse un país que no se conoce. ¿Cómo puede afirmarse que se quiere algo que no se cuida? El atropello a los parques nacionales, la basura que se tira hasta el punto de contaminar las aguas en grado extremo, el contrabando de gasolina en la frontera, la raspadera de tarjetas para “hacer negocios” y evitar decir que robo y me aprovecho de otros, son modos de abuso con los que daño al país. Y aquí entramos todo y no sólo quienes gobiernan. ¿Que me voy y que el último apague la luz, como refería Valentina con tristeza? Somos todos libres de irnos, sí, pero ¿cómo sale un país adelante si sus ciudadanos piensan así?

Ojalá comprendamos que vivimos en una época de luz ámbar, que nos deja a cada uno el peso de decidir el rumbo de un país que está en nuestras manos.

(El Universal, enero de 2014)

LA FUERZA DE LA PALABRA

La palabra que tiene más fuerza no es aquella que se escucha en un grito, en una orden o en un insulto, si con ella sólo se busca hacer ruido. La verdadera capacidad expresiva de una palabra nace de la profundidad de su sentido, de su carga simbólica, de su poder para trocar lo cotidiano en extraordinario. Lo que digo indica ya que orientaré mi argumentación hacia el lenguaje poético, pues pienso, sí, que la palabra cobra mayor fuerza cuando germina en el espíritu creativo de quien busca insistentemente comprender el mundo. Quien contempla las cosas con la curiosidad propia de una inteligencia despierta y vigilante, sabe bien que el proceso inquisitivo termina en palabras cargadas de sentido. Al conocimiento genuino sigue la palabra auténtica. Por ello el lenguaje pende de una inteligencia apasionada y su vigor está sujeto a la fuerza de las ideas y del sentimiento.

Quien insiste en comprender el mundo sabe que el asombro precisa, para concretarse en palabras, de un lenguaje distinto del conceptual. El poder de la palabra poética devela de un modo particular esa conmoción ante lo inabarcable, ante lo que resulta imposible dominar o reducir a la teoría. Eso que nos trasciende y sostiene el mundo sólo puede ser fijado por una palabra que abarque la totalidad, que capte ese núcleo enigmático de lo real difícilmente definible y por lo mismo abierto a la interpretación. El filósofo alemán Hans-Georg Gadamer dijo acertadamente que “el «ahí» universal del ser en la palabra es el milagro del lenguaje, y la más alta posibilidad del decir consiste en retener su trascurso y su huida y en fijar la cercanía del ser. Es la cercanía y la presencia, no de esto o de aquello, sino de la posibilidad de todo. Esto es lo que realmente caracteriza a la palabra poética.” En *Memorial*, Rafael Cadenas fijará en palabras algo que constata con frecuencia quien ve “más” de lo que es factible decir: “La palabra no es el sitio del resplandor, pero insistimos, insistimos, nadie sabe por qué.” Para Gadamer, la posibilidad de “fijar la cercanía del ser” no equivale a congelar el “ser” en una palabra unívoca. Significa, antes bien, intentar retener el instante huidizo de algún milagro entrevisto, ese “resplandor” imposible de encajonar en un concepto porque precisamente escapa a la literalidad y a toda palabra poética que pretendiese apropiárselo. La búsqueda permanente, ésa que insiste e insiste, indica que al resplandor se le ve, sí, pero ¿puede acaso atajarse la luz? Si ésta estuviese, además, en la palabra, el lenguaje conceptual supliría al poético y la vida quedaría reducida al plano de las causas y los efectos: esa dimensión que existe, sin duda, pero que es siempre

trascendida por el “sentido” que la recubre como la niebla, y clama por una palabra que lo ponga de relieve, que deje al descubierto la totalidad.

Así como el aire no puede comprimirse por completo, asimismo no puede pretenderse que el lenguaje “de razón” de todo lo cognoscible, pues conocer no se reduce a captar y nombrar “cosas”. La “totalidad” sugiere que hay “unidades de sentido”; por eso el lenguaje no se limita a los enunciados. La experiencia, además, de no encontrar nunca la palabra idónea para decir aquello que intuimos y, para lo cual experimentamos la necesidad de recurrir a la metáfora, al símbolo o la comparación, sugiere que efectivamente hay un “más” que se escapa a la simple definición. El lenguaje poético no es exclusivo del “poema”, pero éste, en concreto, “no es nunca un «dicho puesto en razón»; por eso no puede ser entendido ni explicado del todo. La comprensión del poema no agota su contenido, (ya que) a la esencial inefabilidad corresponde una esencial ininteligibilidad”, como bien dice Jorge Guillén. Esto es así porque abarca siempre, precisamente, mucho más de lo que “hay”. Y porque hay “más” es por lo que el lenguaje poético nace en la “callada hondura” (Leopoldo Panero) de la intimidad de quien, por admirarse ante el misterio, se ve apremiado a interpretarlo y traducirlo en palabras significativas.

La palabra poética, susceptible también de escribirse en prosa, *sugiere*, no *explica*. La mucha explicación y conceptualización arrasaría el sentido: acabaría con él como se aplanaría con un golpe cualquier relieve. En lugar de abrirse a la posibilidad de que se capte un matiz nuevo en lo expresado, las palabras se limitarían a denotar, a ser funcionales, cerrando así las ventanas que nos harían vislumbrar otros horizontes.

Hacer referencia a un estado de ánimo, describir la crueldad de un suceso o el impacto que provocó en uno alguna vivencia, bien sea hermosa o terrible, remueve en uno esa imperiosa necesidad de recurrir a un modo de expresión distinto del literal. Uno puede decir que está “triste”, sí, pero este adjetivo no se corresponde nunca, como si del trazo de una línea recta se tratara, con todos los estados interiores que precisan de su uso. Unos están “más tristes” que otros y todos, sin excepción, asociarán esta tristeza a un recuerdo personal, a un estado parecido pero distinto, a un suceso diverso y único. Las analogías, y las palabras, brotan de experiencias intransferibles. Ahora bien, la posibilidad de hallar esa palabra “correcta” que se ajuste a lo que se desea expresar dependerá, en el fondo, de la necesidad de encontrarla. Manuel J. Rodríguez, autor de “Dios en la poesía española de posguerra”, dirá que esta búsqueda “es un proceso callado y sentido, incierto y eficaz, doloroso y esperanzado,

largo y necesario. Es así como la palabra cobra vida y autonomía, es así como se aproxima al amor. Porque se dan poetas en los que la palabra es como un amor que crece en abandono, y mientras más total sea el abandono más total será la plenitud de la palabra.” Es así, efectivamente, como las propias palabras “se encuentran” y brotan, maduradas, de una vida asimilada. “Templa la noche el habla/que busca ajustarse/más allá de todo efecto” (R. Cadenas, *Memorial*).

La palabra responde a la inquietud que espolea a comprender el mundo. Por eso el origen de su fuerza es siempre muy interior y personal. Más que depender de una habilidad técnica, de la capacidad oratoria o de la imitación, su verdadera transparencia proviene de una especie de presión interna que le impele a ser dicha con una intensidad única. Lejos de ser correlativa a la profusión de palabras, a la cantidad, la lucidez de la captación del sentido de un instante puede, por el contrario, quedar fijada en una metáfora, tanto como en el silencio, realidad constatable por quien tiene mucho que decir.

El deseo insatisfecho “de la palabra pertinente”, como diría Gadamer, “constituye la vida y la esencia verdaderas del lenguaje”, pues por una parte experimentamos la necesidad de retener “lo visto” y por otra, la imposibilidad de lograrlo como se querría. Es lógico que esto suceda: vivimos en el tiempo y éste transcurre. Lo que buscamos expresar, sin embargo, nos trasciende y perdura. Querríamos atraparlo, “retenerlo”, tras la experiencia de que algo de lo conocido y visualizado ha “quedado” en nosotros. La búsqueda no acaba, porque cada nuevo matiz abre a una nueva perspectiva de las cosas. Por eso, como dice Cadenas, *insistimos, insistimos...* en alcanzar con las palabras “el resplandor” que sabemos bien que no está en ellas.

(El Universal, junio de 2014)

LA LIBERTAD DE PENSAR

Pensar no es dividir. Significa sólo ejercer la libertad personal de buscar respuestas y soluciones a los problemas. Me ha parecido que el llamado hecho por María Corina Machado a abrirse a los diversos gremios y ciudadanos comunes en las “asambleas de ciudadanos” es, en estos momentos, muy pertinente. A estas alturas, ya muchos partidos y ciudadanos han acogido con grandes expectativas este llamado, incluyendo a la izquierda tradicional.

No se entiende bien por qué algunos en la MUD insisten en que este llamado pretende dividir a la unidad. Seguir pensando así hace mucho daño al país, pues quienes sugirieren abrirse a la ciudadanía y a los gremios, sólo pretenden lograr una gran base de unidad nacional para intentar converger todos en una propuesta única.

Mi intención hoy es recordar a los dirigentes de la MUD, así como a todos los militantes de los más diversos partidos políticos que la integran, que la gente está pensando desde mucho antes de haber sido convocados a un Congreso de ciudadanos. Los individuos piensan, y ante una crisis tan larga y compleja, no hay razón para pedirnos que dejemos de pensar y confiemos en un plan –nada explícito, por cierto- que la resolvería por nosotros. Lo que intento decir es que la libertad de pensar en cómo resolver nuestros problemas es inherente a nuestra naturaleza; esta crisis, además, ha obligado a muchos a tomar conciencia de la gravedad de la situación y pensar es un modo concreto de ejercer la responsabilidad personal.

Hay muchos reflexionando, reuniéndose, estudiando Historia de Venezuela, intentando comprender las razones de lo que ocurre para discernir mejor la salida a esta crisis. Y pensar no es conspirar; pensar es pensar. ¿Por qué impedirle a un ganadero que piense en cómo resolver sus problemas en términos más amplios que los de los límites de su hacienda? ¿Por qué impedirle a un sindicalista que piense en cómo resolver unos problemas que no son sólo “suyos” sino de muchos? ¿Cómo impedirle a un ciudadano cuyos terrenos o empresas han sido expropiados, que piense en cómo salir de esta crisis, no ya a nivel personal, sino gremial? ¿Ha logrado alguien resolver nuestros problemas? ¿Por qué esperar a que el tiempo pase para ver “qué pasa”? ¿Cómo confiar en un plan que además no convence por los débiles trazos que se explican?

Cuando una situación no ha logrado resolverse es lógico que los involucrados en el problema deseen implicarse en su resolución, casi a modo de obligación ante la gravedad de las circunstancias. ¿Cómo impedirles que piensen en cómo evitar que el barco se hunda, si ellos no sólo lo advierten sino que están también dentro, hundiéndose con él?

La sociedad civil necesita claridad. Los defraudados por esta promesa de revolución, también. Nadie deja un trabajo por otro si desconfía de la nueva oferta. Los venezolanos necesitamos ver un puerto seguro al cual llegar, pero ante la posibilidad de muchos veleros, ¿cómo saber en cuál montarse? Si un náufrago se sentase a esperar que alguien viniese a salvarlo podría quizás morir de tristeza. Lo mínimo que puede hacer es pensar en cómo comunicarse con alguien, en cómo resolver su vida ordinaria mientras logra salir de la isla, bien sea construyendo él mismo el barco o prendiendo una fogata para intentar que alguien vea el humo. El punto es que el pobre náufrago debe hacer algo en medio de esa situación. Los venezolanos estamos así, conversando ya entre nosotros para discernir el camino que nos enrumbe como país a un puerto seguro. Impedirnos pensar sería como someternos a esperar en la isla.

La crisis actual exige un proyecto que trascienda los intereses particulares de cada partido. El país sabrá reconocer que ese proyecto es real y sincero cuando vea claridad de miras en sus dirigentes; cuando vea unidad de intenciones. Venezuela atraviesa un momento que pone a prueba nuestra capacidad de ser mejores. Necesitamos abrirnos en beneficio del país. Las asambleas de ciudadanos son un perfecto medio para incluir a la población en la solución de los problemas y ampliar así la base de la unidad. No es tiempo de individualidades sino de un gran movimiento nacional. Es tiempo de diseñar un proceso de transición.

(El Universal, julio de 2014)

LA LIBERTAD INTERIOR

La verdadera libertad se alcanza en nuestro interior, cuando decidimos obrar en conciencia. Cuando a pesar de tanta mentira y engaño, apostamos a la verdad; cuando a pesar de tanto mal, seguimos haciendo el bien, porque al experimentar su deseo en nuestro interior, constatamos que existe y es posible. Cuando a pesar de las equivocaciones, rectificamos y nos enrutamos de nuevo. Cuando decidimos cambiar, mejorar, perdonar y amar –incluso- a quien nos hiere. Cuando apostamos a la vida, a pesar de que la sociedad se acostumbra a la muerte.

No puede pretenderse una libertad exterior si no hemos logrado el dominio sobre nuestras pasiones y vicios; si no hemos sabido frenar nuestra soberbia e intemperancia, nuestra búsqueda ansiosa de honor y gloria, atropellando en el camino a otros; si no hemos controlado alguna porción de envidia y algún tanto de resentimiento, de ansias desenfrenadas de poder y de supremacía sobre otros. Si no logramos autogobernarnos, en el sentido gandhiano de ser dueños y señores de nuestros excesos internos, no estaremos aptos para comprender en qué consiste esa libertad exterior tan anhelada, pues esta última supone la anterior. Gandhi decía: “No se nos otorgará la libertad externa más que en la medida exacta en que hayamos sabido, en un momento determinado, desarrollar nuestra libertad interna”.

Esta es la esencia de la resistencia pacífica: lograr el dominio sobre uno mismo para que quede así en evidencia que el violento es quien agrede. No se trata de un “echar en cara” al contrario su defecto, como deseando humillarle; el objetivo es ganarlo a la propia causa por la vía de la nobleza. Quien logra no sobrepasarse puede, por lo mismo, frenar, con su actitud, los excesos del otro.

Quien lucha por autodominarse, también se juzga a sí mismo en ese deseo por autoconocerse. Debe hacerlo si busca la verdad. Y la primera gran verdad que debe revelárenos como la imagen clara de uno mismo en un espejo, es ésta que nos muestra la conciencia sobre nuestra propia realidad. Eso también es autodominio. Esto es crucial para lo que ahora nos ocupa, pues quien se permite todos los excesos no se aplica la ley interior (ni la exterior) a sí mismo, pero termina juzgando hasta a su perro. Quien no sabe de autocontrol es laxo consigo mismo, pero intransigente con los demás. Todo es suyo y lo que no puede controlar, tampoco será de alguien más: desde la propiedad hasta los pensamientos y la vida física del otro. Pensar que se puede decidir sobre la vida

o la muerte de alguien; sobre la propiedad de alguien y hasta sobre su libertad de movimientos, revela la total ausencia de límites internos de quien así obra: el total desgobierno interior que lo domina, pues quien hace y deshace a su arbitrio pierde el sentido de su obrar. Pierde, de hecho, el rumbo, descarrilando consigo a todos. Y así estamos.

Parece paradójico, pero autogobierno y libertad van de la mano, ya que hacer lo correcto implica disciplinar las pasiones, sin lo cual no parece posible una sana convivencia. La ley está para obedecerla, pero también para hacerse cumplir. No hay, pues, democracia, sin ley; una ley que impera para todos y que debe ser por todos asumida como reguladora de paz, pues cuando no existe o se violenta, la democracia da paso a la tiranía, al arbitrio de unos cuantos o de uno solo. La verdadera libertad, esa interior, supone la obediencia a la propia conciencia; supone lograr controlarnos a nosotros mismos, de modo que nuestro desgobierno interior no someta a otros a nuestro arbitrio, ni termine por sumirlo tampoco en el caos (en nuestro caos).

En ese núcleo interior que es la conciencia, nadie nos observa ni persigue; nadie nos fuerza tampoco. Por eso, quien sigue esa voz interior es libre, pues no obra bajo amenaza. Se es, como decía Gandhi, dueño de sí. Y en esto consistía, para él, la verdadera democracia: en ser amo de uno mismo. Por eso la libertad externa –en su caso, la independencia de la India-, se logrará realmente –en todos los casos- cuando cada uno comprenda en qué consiste el autodomínio, pues de lo contrario, toda pasión interior no controlada dentro, saldrá hacia afuera en diversas formas de violencia. Y atreverse a cruzar ciertos límites conduce al atropello constante. Así, pues, lejos de una tiranía con nosotros mismos, este autocontrol conduce a la verdadera libertad, pues sólo siendo señores de nosotros mismos –lo cual implica asumir deberes-, lograremos autodirigirnos hacia las metas que podamos proponernos. Libertad no es anarquía: es autodirección hacia aquello que debo hacer, lo cual puede muchas veces desagradarme. Es importante comprender esto, pues la tan anhelada libertad podría perderse de nuevo –una vez alcanzada- si desatendemos el consejo gandhiano del autogobierno.

(El Universal, marzo de 2014)

LA LIBERTAD SE RESPIRA EN CASA

En algún artículo que me fue difícil encontrar, en el que reflexionaba sobre una película concreta, Sergio Dahbar llegó a una conclusión que no he podido olvidar: “el totalitarismo comienza en casa”. Esta reflexión suya me ha servido de mucho desde que la leí, pues la libertad no es propiamente algo que se tiene, sino algo que progresivamente se aprende a ejercer. No es fácil comprenderlo ni enseñarlo. Tampoco es fácil vivirlo.

Si la libertad fuese algo que sencillamente “se tiene”, los padres y educadores en general no tendríamos ninguna misión especial de orientar a los niños y jóvenes porque serían ellos mismos los que descubrirían, con los golpes de la vida, sus propios límites. La ley no haría tampoco falta en absoluto, pues la libertad equivaldría a “hacer” lo que cada quien vaya deseando hacer, cuando le plazca hacerlo. Los límites se discernirían en relación a aquello con lo que se vaya chocando. Hoy será un carro, una vida humana con la que me tropecé por comerme una flecha; mañana será mi salud, cuando los pulmones avisen que no puedo seguir fumando. En fin, a veces puede pensarse – sobre todo si se es adolescente, pero no necesariamente- que la libertad es un acelerador que me pone a andar hacia delante sin freno alguno.

El totalitarismo, entendido como la represión de la libertad, empieza a vivirse, a digerirse como modo de entender la vida, también desde la casa. En ambos extremos, nadie es libre: ni el padre que deja al hijo solo (o se lo endosa a otro) para no responsabilizarse de su educación, ni el hijo que se cree dueño del mundo porque nadie lo manda; en su contrapartida, ni el padre que domina todo pensamiento y deseo del hijo, ni el hijo omnirregulado por el padre.

Como los extremos se tocan, el hijo con libertad “absoluta” terminará en algún momento muy necesitado de ayuda; terminará siendo, después de haber sido un “pequeño dictador”, muy dependiente (quizás de ese padre que pretendió desentenderse de él), hasta hacerse capaz de autodirigirse, tras una larga re-educación de sus hábitos. El hijo dominado, por otra parte, no aprendió a decidir, pues no lo dejaban. Asfixiado en su imposibilidad de ser libre, buscará rebelarse contra el padre que tampoco supo ser él mismo sin esa dependencia enfermiza hacia el hijo. A veces de un extremo se pasa al otro porque el término medio se desconoció.

Todo lo que digo puede parecer que no tiene relación alguna con la democracia. Sin embargo, no es así. Si el totalitarismo empieza en casa, cuando unos padres no dejan decidir a un hijo y pretenden moldearlo a sus expectativas, la democracia también. Digamos que lo que comienza en casa es el aprendizaje de lo que es la libertad. ¿Debo dejar que el hijo choque solo contra todo obstáculo para que así descubra sus límites? ¿Y si en ese proceso le va la vida? ¿Y si el límite es otro ser humano que cruzaba la calle mientras él consideraba al semáforo un “limitante” de su libertad? Es imposible ahondar en algo tan nuclear como la libertad en tan pocas líneas, pero lo que comienza en casa se traslada a la sociedad. Y es en esto en lo que debemos reflexionar.

Si la libertad se ejerce, hay que dejarla ejercer y fomentar que se la ejerza dentro de unos condicionantes exigidos incluso por nuestra propia naturaleza, pues si fumo y como todo lo que desee, no será ya la policía la que vendrá por mí; será curiosamente mi propio cuerpo quien me reclame los excesos. Lo que intento decir es que la democracia no es sólo vivir en libertad como si ésta supusiera hacer lo que me dé la gana (tentación de quien no la ha ejercido). La democracia es difícil porque supone discernir lo que debo hacer, para luego asumir las consecuencias. Es realmente un camino, porque se ejerce y cuida todos los días, y por lo mismo no es algo que se posee de un modo absoluto. Siempre es más fácil obedecer órdenes y culpar al otro de las consecuencias, tanto como depender de la voluntad ajena, en lugar de intentar sacar adelante un negocio propio asumiendo riesgos y responsabilidades.

La dificultad estriba en que ser libre supone decidir y a veces preferimos que otros decidan y resuelvan por nosotros. Se puede enseñar a decidir, poco a poco, entre una cosa y otra, mostrando los riesgos y las bondades de las posibilidades. Ni se debe ordenar como un tirano, y mucho menos en el ámbito de lo más íntimo (reino de la conciencia), ni es lógico dejar suelto al hijo sin ayuda, cuando está apenas aprendiendo a caminar. El amor es siempre la medida del equilibrio, pero me refiero al “buen amor”, ése que quiere al hijo fuerte, porque débil será dependiente y se frustrará.

El reto es de padres y maestros, así como de tantas personas que por su profesión o sensibilidad pueden ayudar a formar en democracia en lo concreto. No hablo ni de partidos ni de elecciones, porque la democracia, ante todo, dice relación a la ciudadanía responsable, que sabe de derechos, pero también de deberes, pues la otra cara de la moneda de la libertad –no se nos puede olvidar- es la responsabilidad. (El Universal, abril de 2015)

LA LOCURA DE DON QUIJOTE

Comprar dos entradas para ir al musical *El Hombre de la Mancha* fue una locura quijotesca en estos tiempos, al menos para mí. Dudé mucho si hacerlo. Como la cucarachita Martínez, repasé mil veces cómo podía usar esos diez mil bolívares que me iban a costar los dos tickets en los puestos más económicos. Pensé que ese dinero era el equivalente a dos litros de aceite, dos kilos de carne, unos tres de pollo, dos de papelón rallado, en fin, una serie de cosas muy necesarias en cualquier hogar venezolano.

De verdad que lo pensé mucho, fui y vine con mi mente, repasando los argumentos por los cuales no debía comprar esas entradas. Esa plata era queso, huevos, vegetales, frutas, avena, latas de atún, de sardinas, pan, imprevistos, todas cosas que tal vez me harían sentir muy arrepentida una o dos semanas después cuando la inflación trajese ese recuerdo a mi memoria: “quién te manda; ahora tendrías diez mil bolívares más y no los tienes por haber gastado ese dinero en el musical *El Hombre de la Mancha*”.

Por más que pensé y dudé, Don Quijote ganó. Lo que digo puede parecer una tontería, pero para mí resultó todo muy simbólico, pues el único capaz de hacerme gastar un dinero que no me sobra para nada fue justo ese personaje al que quiero tanto. Fue como si se hubiese salido del libro y me hubiese ayudado a dar el paso para invertir en lo que racionalmente parecía imprudente. Intuí que verlo sería un descanso para mi alma y estimularía mi capacidad de soñar otra realidad, algo prioritario cuando el ambiente y tantas circunstancias oprimen. Necesitaba ver un horizonte abierto, sin trabas, y se me ocurrió que el Quijote podía inducirme a imaginar nuevas rutas en medio de tanta calles ciegas.

Es cierto que este hombre cree ser quien no es, libra batallas absurdas e innecesarias, ve gigantes donde hay molinos de viento, se enamora de quien no ha visto nunca, pide a un humilde labrador ser su escudero prometiéndole, además, que será gobernador de su propia isla y casará a sus hijas con gente de la nobleza, entre tantos otros disparates que provocan la risa y burla de muchas de las personas que va conociendo. Su locura, sin embargo, desafía al intelecto porque lo reta a pensar diferente y a ver la realidad de otra manera, tal vez como es. Nadie mejor que él para ayudarlo a uno a crecerse por dentro y arriesgarse a dar pasos que pueden parecer extraños por lo novedosos.

Repito que todo puede parecer una tontería, pero la verdad es que compré las entradas porque dejé de pensar. Digamos que usé otra lógica, una más parecida a la del Quijote y a la de todo aquel que sueña y se arriesga: ya se me ocurriría de dónde sacar el equivalente a lo que estaba gastando. Así ha sido, de hecho. Pensar nuevas rutas *abre* nuevas rutas y aunque parezcan pequeñas decisiones, esta actitud levanta un muro que protege de la desesperanza.

Todos tenemos un Sancho que nos recuerda cómo es la realidad, pero es siempre el Quijote el que nos impulsa a soñar. Aunque el verbo suene hueco en estos días, no podemos negar que las crisis despiertan de la costumbre de vivir enquistados en una cotidianidad que puede hacerse muy tediosa cuando degenera en una rutina mecánica. Y creo que uno debe resistirse a dejarse hundir, a dejar morir esos deseos interiores que dan vida.

Hoy, casi quince días después de haber comprado esas entradas, veo que los panes de jamón cuestan diez mil bolívares. Desde que salieron a la venta no me ha pasado por la mente comprar uno, porque todavía no logro asimilar el precio. Es probable que lo haga en quince días, cuando llegue la noche del 24 y tenga en mis manos los nuevos billetes, lo más parecido a papel desechable. El pan estará más caro y seguramente volveré a dudar sobre si comprar o no comprar.

Vivimos en una locura que hace preferir la del Quijote. El imaginó su realidad, se decidió a ser libre de soñar y se abrió un camino propio confiando en que donde se cierra una puerta, otra se abre. No es desatinado ser como él. Vivir sin soñar, sí lo es.

(El Nacional, diciembre de 2016)

LA LÓGICA DE DIOS

En el *Fedón* o *Sobre el alma*, Sócrates y sus discípulos abordan el tema de la muerte y la inmortalidad del alma, visto que está cerca el momento en que el maestro tomará la cicuta. El filósofo no debe temer ese instante, puesto que se ha preparado durante su vida para la visión de esas verdades que ha buscado y por las que ha vivido. Sócrates está, pues, tranquilo, exhortando a sus discípulos a no sufrir por su ausencia. En el diálogo discurren sobre si el alma sobrevivirá al cuerpo, si se disolverá o perdurará. Se contrastan opiniones, objeciones, como es lógico en todo proceso de búsqueda de la verdad, pero se centra al fin el razonamiento con la siguiente idea: para demostrar lo que no vemos, en este caso el alma, hay que partir de un dato objetivo que todos podamos reconocer. Este dato es la muerte, realidad que no es posible negar. Una vez acordado este dato, puede procederse a demostrar la inmaterialidad, indisolubilidad y la inmortalidad del alma, entre otras cosas. Cuando se toca el tema de *cómo* será esa vida que nos espera después de la muerte, Platón empieza a usar el verbo *creer*, pues no es posible demostrar algo si no se parte de un dato objetivo y sobre la otra vida, no se tiene ninguno. Es aquí, en este punto en que la razón toca sus límites, cuando el filósofo hace uso del mito. Tiene la certeza de la inmortalidad del alma. Su razón ve con claridad, pero para saber *cómo* será esa vida se precisa de la *fe* en algo. Si alguien desde arriba me lo contara, dice Platón, creería.

Se me ocurrió tocar este punto porque he tenido el placer de escuchar varias veces la conferencia de la Dra. María García de Fleury sobre los *Nuevos hallazgos en la reliquia de Nuestra Patrona*, la Virgen de Coromoto. La reliquia es, de alguna manera, un dato objetivo que ha querido dejar el cielo en la tierra. Tanto como el manto de Turín.

Si nos acercamos a estas realidades con la humildad de quien ha experimentado los límites de la razón, podríamos al menos reconocer que hay fenómenos en los que uno aprecia alteradas las leyes de la química o de la física y escapan por tanto a nuestro habitual modo de comprensión. En lo que llamamos “reliquia”, por poner un nombre a esa imagen que dejó el cielo en manos del cacique Coromoto cuando intentó agredir a la Virgen en una aparición, hay signos de eternidad. Lo primero que llama la atención es la dificultad que ha encontrado la ciencia para explicar el “material” de que está hecha. Que además se haya auto-restaurado a lo largo del tiempo, impacta. En ciertos momentos de nuestra historia reciente, una mancha negra cubría al Niño Jesús, tanto como el mal de que somos

testigos, a Venezuela. El rostro de la Virgen también ha estado cubierto de manchas que se han ido aclarando y el Niño ya empieza a verse. Una imagen blanca ha venido sustituyendo a la mancha negra. Con el tiempo se ha ido achicando y ya ahora puede verse un cordero presente en la imagen. Es la de ese crucificado que dio la vida por sus ovejas y llamamos *cordero de Dios*.

Las leyes físicas y químicas se alteran si un ser superior lo permite. El filósofo y el científico buscan causalidad y dependiendo de su apertura interior reconocen que el absoluto control sobre los sucesos de esta vida no es posible. Algunos creen en el destino; otros en las conexiones energéticas, pero quienes creemos en Dios, en la relación con un Dios personal, hablamos de Providencia. La lógica de este Ser que es Amor es muy distinta de la nuestra y paradójicamente se le comprende mejor desde los caminos tortuosos y menos exitosos a los ojos humanos. La “reliquia” altera ella misma las leyes naturales y el objetivo es trascendente: elevar la mente a lo que sobrepasa nuestra razón y tocar el corazón para provocar la conversión. La simbología presente es bellísima, como lo es siempre el lenguaje que trastoca nuestros modos usuales de ver y decir las cosas. Dios habla a todos los hombres -en este caso, a todos los venezolanos- y para todos los tiempos, pues lo que esos símbolos significan hoy para nosotros pueden significar algo distinto para futuras generaciones. El símbolo sugiere lo que las palabras no logran explicar.

Asombra que la mitad de la imagen signifique la cultura europea. La otra mitad, la indígena. Se trata del encuentro entre dos mundos. Los ojos de la Virgen están vivos. En los dos “está reflejada la imagen de la familia del cacique con dos perspectivas diferentes. Dentro del iris del ojo izquierdo quedó registrado –como en una foto-, el momento de la aparición”, dice María García. Es imposible detallar toda la simbología contenida en la reliquia. Por eso invito a escuchar la conferencia que está recorriendo el país como un llamado a la esperanza, pues la transición deseada es progresiva, tanto como sea nuestra capacidad de reforma interior. La Virgen se apareció en Venezuela para quedarse, pues está aquí, entre nosotros y concretamente en Guanare. Coromoto, “el que detiene la tormenta”, es el nombre del cacique y de nuestra Patrona. Ella puede ayudarnos en medio de tanta destrucción exterior, tanto sufrimiento y envilecimiento, tanta oscuridad y desorden. Y aunque parece que domina el mal, signo de una sociedad que debe reconstruirse por dentro, somos también testigos de “ejemplos de sublime bondad”, como dice Manzoni en su prólogo a *Los Novios*.

No estamos acostumbrados a considerar que la eternidad interviene en el tiempo, pero así como las personas tenemos todas una historia de tropiezos, barrancos y alegrías, así los pueblos

tienen su historia y sus luchas. La historia del país se ha implicado con la nuestra (es siempre así para cada generación) y la Virgen de Coromoto nos está diciendo que el eterno entró en el tiempo para redimirlo. Dios *sabe* bien lo que nos pasa. La Virgen también. Nos toca a nosotros reformarnos por dentro fomentando el amor, el perdón y la solidaridad en estos tiempos abrumadores. No se trata de *ir en contra de algo* sino de iluminar, de opacar la oscuridad con abundancia de luz.

(El Nacional, diciembre de 2018)

LA LÓGICA DE DIOS

Hemos escuchado que los pensamientos y los caminos de Dios no son los nuestros. Lo constatamos, de hecho, cuando muchas de nuestras ideas y planes no salen propiamente como esperábamos y prometieron, quizás, ciertos hombres; cuando los sucesos dan un giro inesperado, enfrentándonos a situaciones muy distintas de las previstas; cuando, en definitiva, todo parece contrariar nuestras expectativas.

Para Dios no hay coincidencias inesperadas, casualidades, movimientos azarosos de los acontecimientos. En su sabiduría, nada ocurre que El no haya querido o permitido, pues no se contraría con el fin que se propuso al crear. Lo conmovedor y asombroso es que el alcance de este orden de la Providencia abarca todos los sucesos: desde los más pequeños hasta los más grandes y elevados. Todo le interesa: lo que acontece en nuestras vidas, en nuestra intimidad, en nuestras familias, en nuestro entorno, en Venezuela y en el mundo entero. Todos los cabos están atados y nada escapa a su mirada.

A lo largo de este año tan difícil para nuestra Venezuela, no ha dejado de llamar mi atención el hecho de que, en la Iglesia, sea el año de la fe. Me ha parecido que este año ha supuesto para nosotros –en concreto- todo un entrenamiento en la fe, pues al arrancar la carrera con el 7 de octubre, no hemos tenido un minuto de sosiego. La renuncia del Papa Benedicto XVI llevó a muchos a decir, en un tono desesperanzado, que estábamos sin presidente y sin Papa. Poco después, se anunció la muerte de Chávez y lo que ha seguido, lo conocemos de sobra. Hemos tenido la impresión (con fundamento) de que vivimos en un mundo debilitado en todos los aspectos. La llegada del Papa Francisco, sin embargo, ha supuesto un impulso de alegría, de sencillez y espontaneidad, que ha hecho bien a muchos. El hecho de que sea latinoamericano tampoco es casualidad. Dios lo ha querido, como quiere -o permite- cada cosa que sucede. Nuestro continente, el de la esperanza, está herido. Y nosotros somos la puerta de este continente. Una puerta que se abre para difundir el bien o el mal. A lo largo de estos quince años, una cloaca inmunda ha ensuciado muchas conciencias y este Papa, conociéndonos bien, porque es de los nuestros, ejercerá su efecto con su paso entre nosotros. Ya lo ha hecho. Por otra parte, el sentido de esta lucha nuestra bien puede ser que nos haremos capaces de difundir una luz y una esperanza, un sentido del servicio y de la justicia, una nueva manera de hacer política, que Dios espera que hayamos podido madurar en estos años tan difíciles.

Es cierto que a veces nos cuesta creer que nada ocurre sin que Dios lo quiera, pues muchas veces “la malicia del hombre es tan evidente en los que nos sucede, el curso de los acontecimientos es tan opuesto a lo que estábamos seguros que eran los designios de Dios para con nosotros, el dolor y la desgracia inflingidos por especiales pruebas sobre nosotros o sobre aquellos que amamos son tan agudos, que encontramos difícil convencernos de que Dios «sabe lo que está haciendo». Este es precisamente el punto clave. Dios «sabe» lo que está haciendo, y lo hace perfectamente. Como Juliana de Norwich dijo, «el plan de Dios es de una pieza». Está perfectamente proyectado para cumplir su fin” (s.f.).

Tremendo año para entrenarse en la fe, pues todo nos parece contrario y oscuro. No perdamos de vista, sin embargo, que Dios dispone los acontecimientos de un modo que sólo El puede hacerlo. Hagamos nosotros lo que a cada uno toca y recemos, pues es hora “de pedir”.

El tiempo de Dios es perfecto: sí. No olvidemos esta verdad que se ha hecho parte de nuestro lenguaje cotidiano. Por más enraizada que esté la maldad humana en el poder, es siempre otra Lógica la que terminará dando la estocada final, de modo que venza el bien y las mentiras queden desveladas. La oración es un modo de presión muy eficaz. Es un arma con la que herimos directamente el corazón de Dios para que se apiade de nosotros y venga en nuestra ayuda, al tiempo que va limpiando nuestros corazones para que comprendamos qué es lo realmente necesario para vivir.

Confiemos en que el “plan de Dios es de una pieza”. Su tiempo, de verdad, es perfecto. Y el momento de una Venezuela libre llegará, pero si oramos y trabajamos: *ora et labora*.

(El Universal, agosto de 2013)

LA MEMORIA DE LA INFANCIA

El piloto de *El Principito* confiesa haber vivido solo, “sin nadie con quien hablar verdaderamente”, hasta que cayó en el desierto del Sahara. Algo se había roto en su motor. Y como no tenía consigo “ni mecánico ni pasajeros”, se dispuso “a realizar, solo, una reparación difícil”.

La soledad parece requerirse no sólo para alcanzar al otro, sino para discernir el “yo” interno desde el que se habla.

Ese hombrecito fuera de lo común, de vocecita extraña, que pide el dibujo de un cordero, aparece justo en un momento de soledad. Como “el misterio” era “demasiado impresionante”, el piloto no pudo desobedecer. Así que sacó de su bolsillo una hoja de papel y una estilográfica y se dispuso a dibujar el cordero. Pintó uno de los dos únicos dibujos que era capaz de hacer: el de la boa cerrada. Al verlo, el hombrecito dijo que no quería “un elefante dentro de una boa”: ese otro dibujo que el piloto sabía hacer. Que descubriese lo que un día estuvo en su mente de niño, eso que los adultos creyeron siempre un sombrero, dejó estupefacto a nuestro narrador. No es usual ser comprendido en lo más íntimo.

Los grandes le habían aconsejado entonces interesarse por la geografía, la historia, el cálculo y la gramática. Escuchó estas razones y se dejó llevar por lo que parecía conveniente a los adultos. No distinguió su vocación de la opinión ajena. Advirtió que “las personas grandes nunca comprenden nada por sí solas”, pero de tanto explicarles, se dejó agotar por ellos. Lo que decían era lógico; por eso eligió otro oficio. Aprendió a pilotar aviones.

Las intuiciones originales, esas que germinan en medio de la inocencia y la espontaneidad de la infancia, despertaron de nuevo en la intimidad del piloto desde que se encontró con el Principito. Este hombrecito auténtico, natural y por ello lúcido, que nunca dejaba de preguntar una vez que una inquietud lo movía, le recordó con su presencia que un día quiso ser pintor. La memoria de la infancia, la revelación de esas verdades que estaban como enterradas bajo la tierra de las convenciones sociales y las reglas del mundo adulto, fueron transformándolo. A instancias del Principito fue retomando un rumbo que había sido frustrado por una disciplina impuesta como la más idónea. Durante su vida había conocido a “muchacha seria”. Cuando alguien le parecía comprensivo, le mostraba el dibujo número 1, pero todos seguían respondiendo que era un sombrero. Por eso dejó de

hablar de serpientes boas, de bosques vírgenes o de estrellas. Empezó entonces a ponerse “a la altura” de estos adultos. Hablaba de bridge, de golf, de política y de corbatas. Y así las personas grandes se quedaban muy satisfechas de haber conocido a un hombre tan razonable, pero cada día más seco y vacío.

Por instalarse en los intereses ajenos, esos en apariencia necesarios para encajar en la sociedad, nuestro narrador fue abandonando su propio interés, el único que para él era importante, real y fuente de su felicidad: pintar. Tal vez por eso le supuso tanto esfuerzo dibujar ese cordero que le había pedido el Principito. Esos llamados interiores que fueron tan intensos en su niñez habían sido tapiados, bloqueados, por las conveniencias del mundo adulto. Dibujó el cordero varias veces, pero ninguna figura satisfacía al hombrecito. Sólo una, la del último intento, le gustó: una caja con orificios. El cordero estaría adentro, pero no importaba, pues “lo esencial es invisible a los ojos”. Lo interesante es que este dibujo fue una especie de garabato estimulado por la impaciencia. El piloto no se sentía capaz de pintar corderos. Nunca los había hecho. Así que aturdido por la necesidad de reparar el motor de su avión, hizo un dibujo sin pensar mucho. El que menos pensó, justo ése, fue el que gustó al Principito.

Para discernir la inquietud y las intuiciones de la infancia parece necesario caer en el Sahara espiritual, en el personal desierto. Tal vez por esto el piloto insiste en la necesidad de “realizar, solo, una reparación difícil”, pues sólo uno sabe quién es y qué desea. No es válido dejarse interpretar.

No fue casual que el Principito apareciese en ese instante: cayó justo ahí para llevar al piloto a ese origen que le impulsase de nuevo en la vida. El accidente exterior sirvió a ambos de acicate en sus búsquedas interiores, pues hay que decir que el hombrecito también salió de su asteroide buscando renovación. Movidó por la curiosidad, por la necesidad de novedad, redescubre el valor de su mundo y de la rosa que dejó en él. En la tierra comprendió que lo que hacía única a la suya eran los lazos que había logrado afianzar con ella. Lo advirtió poco a poco, pues toda transformación es progresiva.

El encuentro con la diversidad, con el piloto, su paso por la tierra, su necesidad de pedir un dibujo a quien casualmente había deseado siempre ser pintor y lo había olvidado, supuso un dulce choque para ambos. Pienso que El Principito sugiere ese origen que es fuente de vida: la infancia.

(El Universal, julio de 2016)

LA MUERTE DE UN HIJO

Cuando veo a los muchachos que salen a protestar, recuerdo también a todos los que han muerto. Cuando veo sus fotos, algunos con rostros de una juventud apenas naciente, veo inevitablemente a mis hijos y alumnos; veo a los hijos de tantas madres y padres e imagino, por segundos, que yo también podría sufrir la muerte de un hijo si una de esas balas perdidas lo alcanzara; si en uno de esos días indeseables, por cuestión de dos o tres segundos de diferencia, algún contratado del régimen decidiese disparar hacia la masa y la lotería tocara a la puerta de mi hogar. No puedo imaginar un dolor mayor.

Muy a pesar de que la muerte pueda sorprenderles, los muchachos siguen saliendo en un abierto desafío al régimen. Ante la cautela que rogó una madre a su hija, fue sorpresiva la respuesta: “te preocupas por el riesgo de una protesta, pero recuerda que en cualquier momento, en un mes o dos, también podría morir en manos del hampa”. Los jóvenes anhelan un futuro mejor. Por eso protestan. No se trata sólo de perder la vida; es sobre todo el futuro lo que también puede morir. Las esperanzas, los sueños e ideales, de alguna manera mueren cuando el horizonte se oscurece: cuando se ve cercado el panorama. Estudiar medicina y no ver claro cómo se va a ejercer la profesión, por no hablar acerca de cómo va a ser posible graduarse por la falta de los insumos requeridos en sus prácticas, por poner sólo un ejemplo, no resulta alentador a ningún joven. Encontrar más obstáculos que facilidades, más carencias que oportunidades, estimula a buscar otros derroteros distintos de la propia Patria. Estudiar Derecho para que no exista la Ley, Periodismo para ver amenazada la libertad de expresión, Ingeniería para no poder construir o Mecánica para no poder reparar los carros que irán desapareciendo, por no decir más, resulta en una realidad que necesariamente enfrenta a un muchacho con su futuro: o se decide a recuperar un país que no quiere abandonar o abandona la lucha por completo, lo cual no implica, en muchos casos, que podrá estudiar fuera. Nuestros muchachos están decididos a recuperar el país y es lo lógico, pues uno no puede dejarse arrebatar lo que es propio, sin oponer, al menos, una mínima resistencia.

La resistencia, sin embargo, no es mínima. Parece grande y determinada. Un muchacho en la calle es una familia entera en la calle. Un muchacho que lucha, que se angustia por su futuro, que llora la muerte del amigo o de otro joven de su misma edad; un muchacho que muere por desear un mejor país, es el hijo de cualquier madre que anhela también un futuro para sus hijos y para tantos

otros que no siendo sus hijos, desean lo mismo. El ansia de futuro y libertad, de esperanza y vida, de verdad y bien, muy a pesar de un presente oscuro y opresivo, desesperanzador y violento, mentiroso y malévol, está rebrotando en muchos corazones. Hay un renacer de principios, una nostalgia de justicia, un hambre de humanidad. Ni los muchachos, ni sus padres y abuelos, dejaremos la calle. El comprensible miedo se ha tornado en valentía, en una actitud abierta al futuro, a la vida. Lo más contrario a la muerte. La Guardia Nacional está observando; muchos dudan y distinguen. También la verdadera vida brotará en algunos, porque son hombres y venezolanos. Hombres capaces de advertir que es preferible amar que odiar, proteger a su pueblo, más que atacarlo; vivir en paz y no en guerra.

La sociedad parece determinada a lograr un cambio en el país. No queremos más hijos muertos. Tampoco queremos un futuro diluido en la nada, ni tantos sueños y esperanzas frustradas. Se puede morir de un disparo en la cabeza, como parece gustarle al régimen, pero hay otra muerte progresiva, lenta, que estamos procurando evitar y evitaremos, sin duda: la de los sueños e ideales, los cuales, curiosamente, moran también en la cabeza.

(El Universal, marzo de 2014)

LA NUBE

Cuando leí el artículo de Laureano Márquez sobre la llegada a la tierra prometida, recordé la imagen con que la psicóloga Elizabeth Lukas ayuda a comprender cómo debemos orientarnos en la vida. Cuando el pueblo de Israel salió de Egipto, Dios les dio una columna de nube durante el día y otra de fuego, durante la noche, para ayudarles a atravesar el desierto. Los israelitas seguían el movimiento de las columnas y se detenían cuando ellas se detenían.

Aunque no tendremos una columna de nube ni otra de fuego que nos guíen de ese modo tan claro, la imagen ilustra bien que para llegar a la tierra prometida hizo falta “el factor direccional”. De lo contrario, todos se hubiesen perdido en el desierto. Interesa el hecho de que se nos aplica, pues todos debemos buscar “nuestra nube” en el cielo presente.

La psicóloga de la que hablo señala que esta nube debe tener tres características: está siempre delante, es diferente y es inalcanzable. Los israelitas no se adelantaban a las columnas de nube o de fuego, pues si lo hubiesen hecho, se hubiesen paralizado por la falta de perspectiva del objetivo. Si hubiesen pretendido que las columnas quedaran sobre sus cabezas, no habrían podido saber hacia dónde ir, pues al mezclarse con ellos se habrían visto envueltos en neblina, o en fuego, y se habría perdido la orientación. Así el ideal que debemos seguir; éste debe “flotar” delante de nosotros, invitándonos a su realización. Si dejamos de actualizarlo, de visualizarlo, nos paralizamos, caemos en la desesperanza y nos cargamos de “pasado”. Para caminar debemos llenar nuestra vida con contenidos de futuro cercano, que anticipemos de una forma visionaria. El futuro no debe adelantársenos demasiado, pues lo perderíamos de vista y nos detendríamos también. Acabaría transformándose en una ilusión imposible de alcanzar, por lo lejana.

La nube es diferente para todos, porque todos somos distintos. Los pueblos, sin embargo, tienen una común si desean caminar juntos hacia un ideal. Cada pueblo tiene la suya, pues la tierra de promisión es relativa a cada grupo humano y orienta desde el propio contexto. La base de este modo de visualizar el futuro es la esperanza, ya que para caminar hay que mantenerse percibiendo ese “llamado de sentido” que está siempre delante. Se impele a escuchar la voz de la conciencia, la intuición del paso que debe darse, pues al pueblo de Israel no lo dirigía alguien parecido a ellos, es decir, las columnas no eran hombres, integrantes del mismo pueblo de Israel. Eran precisamente

orientadores distintos de ellos: se trataba de columnas de nubes y fuego; de “valores superiores” a ellos. Las esperanzas, para mantenerse, deben arraigarse fuertemente en algo superior a nosotros, pues sólo así, abiertos a la trascendencia, no seremos engañados ni confundidos.

La nube es inalcanzable porque está siempre delante y encima de nosotros; de lo contrario, ni la veríamos, como hemos dicho, pues se confundiría con nosotros, se mezclaría en el grupo y se transformaría en neblina o en llamas, que nos cegaría o quemaría. El objetivo está siempre delante y encima de nosotros: debe trascendernos y superarnos para estimularnos a caminar. Por eso no puede ser nunca una persona como nosotros. Debe ser superior a nosotros: distinto de nuestra condición. Sólo así une al grupo y lo dirige. Un dato importante, pero no desesperanzador, es que la gran mayoría del pueblo de Israel no llegó a la tierra prometida. Incluso Moisés murió en el camino. Fueron los hijos y nietos quienes alcanzaron la meta. Es importante saber que sembramos para las próximas generaciones, pero si no caminamos, nadie llega.

Creo que la nube que nos orienta, como pueblo que transita este desierto, nos indica que salvemos a Venezuela del caos que vivimos; nos insta a liberarla del poder del Egipto cubano, del Egipto socialista que la tiene esclavizada. Y aunque nuestra generación no vea una transformación sublime, inmediata, como deseábamos, la alegría de lograr este ideal bastaría para empezar a trabajar por la reconstrucción del país. Quien compra una casa abandonada sabe que le espera la remodelación, pero la alegría de poseer una vivienda y de saberla propia es ya un estímulo suficiente para desear trabajar.

El pueblo de Israel estaba unido y aunque Moisés era el líder, las columnas de nubes y fuego guiaban su caminar. Unámonos más, identifiquemos el ideal que nos supera y que la desesperanza no nos abata. La salida de Egipto fue crítica. El faraón no hizo caso a nada, a pesar de las plagas. Tuvo que morir su hijo para que se ablandara y después de dar su brazo a torcer, se arrepintió. Envío a su ejército a detener al pueblo recién liberado, pero Dios obró y el mar se abrió para los judíos; no así para los egipcios, quienes murieron todos ahogados en el mar.

Nuestra situación es distinta, pero hagan las analogías correspondientes. Es hora de unirse, trabajar y rezar, pidiendo poder visualizar la nube que debe orientarnos.

(El Universal, enero de 2014)

LA OBSTINACIÓN POR LA VERDAD

El término **satyagraha** fue inventado por Gandhi para significar un tipo de lucha particular, orientada a *resistir* de modo pacífico, procurando *fundamentalmente* que la verdad saliese a la luz. El objetivo era muy alto, pues pretendía la elevación ética del individuo -su perfeccionamiento espiritual-, al exhortarlo a amar al oponente y a resistir ante todo tipo de provocación a la violencia. A veces se asocia con lo que en Occidente llamamos “resistencia pasiva”. El mismo Gandhi se distanció en un momento dado de tal acepción, logrando determinar el sentido de su lucha. Fue entonces cuando concretó su ideal con el término **satyagraha**.

La verdad (*satya*) implica amor y la firmeza (*agraha*) equivale a una cierta obstinación por no cejar en la lucha. La fuerza del movimiento indio nace así de la verdad y el amor. Su bandera es la no-violencia, ya que ésta es siempre el arma del débil: “*el satyagraha* es el arma de la fuerza –decía Gandhi-, no admite la violencia bajo ninguna circunstancia y siempre insiste en la verdad.”

La insistencia en poner de relieve la verdad debe iluminar nuestros esfuerzos. Este tipo de lucha procura mostrar que, al no depender del poder ni de alguna ideología, la verdad resiste por sí misma a la mentira. De aquí que no necesite de la violencia para defenderse. La verdad “no es ni tuya ni mía”, como decía Antonio Machado. Por eso puede encontrarse; por lo mismo no puede esconderse. Y por lo mismo debe mediar en todo intento serio de diálogo: es ella quien lo permite, de hecho.

Gandhi contrastó *satyagraha* (mantenerse en la verdad) con *duragraha* (mantenerse en la fuerza), como una forma de protesta ante sus oponentes: “No debe haber impaciencia, no barbaridad, no insolencia, no excesiva presión. Si queremos cultivar el espíritu real de la democracia, no podemos permitirnos ser intolerantes. La intolerancia traiciona la necesidad de fe en una causa.”

Protestar es así “mantenerse en la verdad” dejando ver con claridad, sin embargo, por qué se protesta. Por eso implica atreverse a traspasar unos límites impuestos por otros para mantener la mentira, la opresión, la injusticia, la intolerancia. La tan conocida “marcha de la sal” supuso un gesto eminentemente pacífico -pero de protesta- contra el dominio británico, pues el hecho de tomar un poco de sal, alentó al pueblo a defender un derecho natural, violando un límite impuesto –injustamente- por otros.

Los gestos pacíficos de protesta pueden ser siempre tachados por el oponente como actos de agresión, cuando en realidad son sólo derechos humanos, como puede serlo el de la libre expresión. No podemos dejar que se nos confunda, pues la defensa de un derecho fundamental no está nunca reñida con el amor al prójimo. La protesta pacífica busca hacer relucir la verdad, siempre opacada por la mentira. Y como su reflejo ciego y deja al desnudo a quien se mueve entre dos aguas, resulta previsible que la respuesta sea la represión para obligar a callar.

Para nosotros, en este momento, protestar es hablar, convencer, denunciar, escribir y mostrar evidencias. Las manifestaciones pacíficas –las cuales son también un derecho- vendrán cuando nos llamen. Mientras tanto no dejemos que nos confundan con la idea de que tomar un poco de sal de “un mar” que es nuestro (con las implicaciones de dominio extranjero que esto pudo tener para Gandhi) equivale a odiar al prójimo y a ser desestabilizador.

Gandhi pretendió, muy noblemente, la conversión de sus oponentes. Sabía que la verdad libera. La conversión precisa, sin embargo, del reconocimiento de esa verdad que se descubre y que por trascender a las partes, las dispone al encuentro. No hay diálogo posible sin que salga a la luz la verdad; ésa que ilumina a las cosas desde lo que son y nos permite llamarlas por su nombre. Robar, mentir, desconocer la voluntad popular, saquear a la nación y venderla al dominio extranjero, no son actos que puedan ser juzgados según el criterio que hace depender toda situación “del punto de vista”.

La crisis que vivimos es, en sus raíces, moral. Por eso cuesta tanto ver la verdad. Y por lo mismo hay que procurar que sea revelada.

(El Universal, mayo de 2013)

LA RESPONSABILIDAD COMO DESTINO

Una vida con sentido es una vida responsable, que asume sus propias circunstancias y procura, en lo posible, interpretarlas para intervenir en ellas. Un libro de Havel (*La responsabilidad como destino*) y ciertos comentarios a mi artículo anterior (*La lógica de Dios*), me han movido a aclarar el mensaje que intenté transmitir. Tratar el tema de la relación entre los límites de nuestra libertad y la acción de Dios es muy difícil y sobrepasa nuestro entendimiento. Si fuese fácil comprenderlo no seríamos humanos. Si todo fuese controlable, predecible, comprensible, no tendríamos necesidad de interpretar los acontecimientos y la historia (incluyendo la de nuestras vidas); no advertiríamos que el enigma de “ser hombre significa estar orientado y ordenado a algo que no es uno mismo” (Frankl), sobre todo cuando, al leer los sucesos con un sentido más hondo, vemos que nos estrellamos con nuestros propios límites al pretender hacer la lectura “perfecta”.

Hablar, pues, de la intervención de Dios en nuestras vidas, no nos exime de responsabilidad alguna. Quien lucha y hace lo que puede constatar también cómo llegado a un límite de la batalla, las circunstancias se combinan a veces para que Otro luche por él. Conjugación nuestros esfuerzos humanos con las consecuencias de ciertos sucesos que se nos “escapan” asombra, a veces, por los efectos inesperados en nuestras vidas. Podemos controlar mucho y debemos, de hecho, hacerlo, pues la propia vida hay que asumirla por entero. Nuestras acciones tienen consecuencias y la vida nos ofrece siempre la posibilidad de aprender muchas lecciones. La disposición de las circunstancias, sin embargo, nos sorprende día a día, pues no controlamos miles de pequeños detalles, tanto como grandes sucesos. Esto cabe interpretarlo, bien sea desde una perspectiva que llama a la casualidad, al azar, a la suerte, a un destino ciego que me cerca, a un absurdo que no tiene explicación alguna, o a un Dios personal que nos busca en nuestra individualidad y nos ama. Libertad y don, responsabilidad y sorpresa, son realidades que se explican con dificultad, pero sin lugar a dudas, nunca desde una lógica exclusivamente humana.

Lo que sucede en nuestro país, al igual que todo suceso histórico, tiene causas discernibles. Nada de lo que nos ocurre es gratuito. Por otra parte, uno escucha con frecuencia el comentario de “si será que no hemos aprendido la lección” o “si será que nos merecemos esto”, pues se percibe que falta “algo”, efectivamente, por aprender, y que la combinación de los sucesos no nos es posible controlarla del todo. Si bien esto último es cierto, *no lo* es que no podamos incidir en el rumbo de los

acontecimientos. Muchas veces no queremos oír hablar de esfuerzo, de transición, de proceso, de renovación moral o de lecciones que debamos aprender. Nos parece que esto ha sido largo y no nos falta razón. Desearíamos leer alguna noticia que nos anuncie un cambio súbito de los acontecimientos y nos provea alguna respuesta a nuestra insistente pregunta “¿qué pasará?”. Ahora bien, la eficacia de la oración es grande y su grandeza no depende tanto de la cantidad como de la calidad con que brota de nuestro corazón y nos fortalece para la acción. Lograr, además, que muchas conciencias “vean” lo que deben ver, precisa de una presión amorosa y paciente que no da la simple sabiduría humana. Los corazones de los hombres, por otra parte, no los cambiamos nosotros. Y son muchos los que necesitan ablandarse. Sin ir muy lejos, lo constatamos día a día, entre otros muchos casos, con el ensañamiento –casi obsesivo- contra Simonovis.

A la renovación política que necesitamos debe preceder una renovación moral. Quisiéramos a veces un cambio instantáneo y milagroso. Y desde esta visión sí hay una mala comprensión de la intervención divina, pues Dios no hará nada que nosotros debamos hacer: *reza como si todo dependiera de Dios y trabaja como si todo dependiera de ti*. Si obramos así nos resultará más fácil comprender ese juego que implica por completo la responsabilidad personal, al tiempo que abre el espacio a la fe.

El llamado no es a la pasividad sino a la acción. Se trata de una invitación a interpretar desde un ángulo más elevado todo aquello que vivimos, de modo que nos fortalezcamos para resistir y asumir la difícil transición que viviremos. Es un llamado a sentirse sostenidos por Otro, incluso cuando las numerosísimas miserias humanas ocultan la bondad en este mundo. Esta experiencia es individual y por eso intransferible. Somos libres de creer o no creer. La invitación es a leer los acontecimientos desde una visión más amplia, de modo que encontremos fuerzas para luchar. Una fuerza que nos saque del conformismo y clame por una justicia sin odio.

(E Universal, agosto de 2013)

¿LA SOCIEDAD DEL MIEDO?

Esta semana, mi hija llegó de su trabajo como guía de campamento asombrada por lo que vivió con un chiquito de cuatro años. En un momento dado, el niño le preguntó que si acaso allí no había armas. Ella le respondió que no, que en un campamento no tenía por qué haber armas, pero para tratar de comprender la inquietud del niño le preguntó que por qué quería saber eso. Después de escucharlo, mi hija y sus compañeros captaron que la inquietud del niño tenía que ver con su sensación de desprotección al no ver personas con armas. Tuvieron que explicarle que allí no le pasaría nada y que en todo caso había guardias de seguridad.

El miedo del niño, terrible y lastimoso, trajo a mi mente el de muchas personas. Hace poco una amiga me manifestó el mismo miedo al captar que unos guardias que pasaban el día instalados en un punto concreto cercano a su casa dejaron de ir al lugar. En lugar de pasar el día entero (incluida la noche) en el sitio de siempre, ahora van sólo pocas horas al día. Dejó de ver armas y se sintió, como el niño, desprotegida. Es terrible que nuestros niños se estén acostumbrando a vivir en una sociedad en la que hay que aprender a desconfiar de todos: de quien pide una dirección, de quien nos pregunta algo en la calle, de quien se nos acerca para algo. Sin querer, uno les transmite que nos rodea una inseguridad tremenda cuando les insiste en ser vigilantes, en no hacer tantas cosas y cuidarse de tantas maneras; cuando les enseña a desconfiar y cuando nos ven a nosotros mismos moviéndonos con prudencia por la ciudad.

Es inevitable y doloroso, pero ¿cómo transmitir que es posible confiar en el ser humano, creer que no todos mienten, que no todos roban, que muchos son capaces de ayudar de buena fe y de ser también amigos, buenos amigos? No se trata, por supuesto, de educar en la ingenuidad, pero hay que procurar conversar con los hijos (y meditarlo uno bastante) sobre las razones que llevan a muchos a vivir siempre fuera de “la ley y el orden” social. Hay que conversar sobre lo que es la amistad, la lealtad, y procurar rodearlos de buenos ejemplos (empezando por el nuestro), porque de lo contrario estos conceptos serán pura teoría, una mera abstracción. Sin referencias cercanas de valores y virtudes familiares y ciudadanas, no dudemos que se impongan con mucha concreción y realismo los rostros mafiosos, malandros, corruptos y la necesidad de un arma que los controle.

Cuando el pesimismo nos aturda y sentimos que el ambiente se nos viene encima, cosa que nos está pasando a muchos, sobrepongámonos por nuestros hijos, por nuestros niños, y luchemos por ser dentro de nuestras limitaciones y defectos una referencia de amistad, de sinceridad, de bondad, de trabajo. Es difícil, lo sé, porque lo que estamos viviendo no es otra cosa que una lucha por la supervivencia, por llegar hasta el producto después de horas de cola y de peleas con los que se colean, una batalla contra la impunidad y la injusticia, un miedo que inevitablemente es como una sombra que nos persigue. Es difícil transmitir paz, amor, confianza, y fe en el ser humano. Es cierto, pero conversemos sobre lo que es el hombre, sobre lo que somos capaces en momentos difíciles, sobre las ideologías, la mentira, la corrupción, y pongámosles ejemplos concretos de lo contrario a eso que ven y genera temor. Se puede ser honesto, valiente, buen amigo y heroico, porque esto es lo que hay que ser en momentos de oscuridad.

Es difícil no dejarse dominar por el miedo, lo sé, pero tenemos que educar a sobreponerse a él con prudencia, sin ser ingenuos, pero tampoco cobardes. Todo un arte, sí, pero si no lo hacemos, educaremos en el temor, en la desconfianza, en la pasividad. Seremos una sociedad que se ocultará en un cascarón hasta que pase la tormenta. Es misión de todos dar una mano a nuestros jóvenes, a nuestros niños. Los padres y los maestros tenemos una responsabilidad especial en estos momentos porque no hay nada más difícil que transmitir fe en que algo brotará de la adversidad.

(El Universal, agosto de 2015)

LA VERDADERA AMISTAD

Un amigo es un tesoro y sabemos que no sobran. En su *Ética a Nicómaco*, Aristóteles ahonda en las características de lo que llama la amistad honesta, esa que entiende como la verdadera.

Los amigos de verdad no abundan, pues no es posible amar con el mismo grado de profundidad a muchas personas. Una relación amerita de tiempo para que el conocimiento del otro crezca, el cariño se fortalezca y la confianza tenga la oportunidad de ser probada por las circunstancias de la vida. Como la calidad en el trato se pule y el amor se cultiva, no alcanzaría nunca la vida para crear con muchas personas lazos igual de resistentes a los embates del tiempo. No todos, además, poseen las virtudes que nos resultan “amables” y dignas de ser amadas, y no en todos descubrimos ese algo en “común” que despierta y sostiene la amistad. Es posible conocer a mucha gente, pero los amigos de verdad serán siempre pocos.

Aristóteles distingue tres tipos de amistad. Habla así de las relaciones “útiles”, de las “placenteras” y de esas que considera las verdaderas, porque hay reciprocidad en el trato y las partes se desean el bien. Lo ideal sería que el amigo reuniera todas las cualidades: que fuese bueno, útil y agradable, pero como encontrar personas tan completas es difícil, lo sabio es cuidar las amistades que se tienen ahondando en el conocimiento mutuo para que el amor crezca. Una persona que solo nos es “útil” o nos causa algún tipo de placer no alcanza el grado de amigo verdadero, pues cuando la utilidad o el placer se acaban, la amistad termina. La relación honesta, en cambio, perdura, porque se funda en el amor al otro por lo que ese otro es. No por lo que tiene o agrada.

Uno ama lo que conoce. Por eso se dedica tiempo a quien se ama bien, pues sin conversación, ¿cómo lo conoceríamos? El trato honesto deja al descubierto a los amigos y en ese intercambio de vidas, de confidencias cada vez más íntimas, las personas que se quieren se procuran mutuamente el bien y se ayudan en sus necesidades. Siempre hay algo “amable” que atrae del otro y despierta a amar. Y en ese mutuo encuentro de lo amable en el otro se sostiene la amistad, pues lo común despierta la atracción y fomenta la cercanía.

El amigo de verdad es, para Aristóteles, “otro yo”. Por eso uno ama bien a otro si se ama bien a sí mismo. Quien se ama mal, por el contrario, no sabrá dejarse querer y como contragolpe, dañará al otro, abriendo así grietas en su comunidad. Un hombre así procurará relaciones de utilidad, esas

que el filósofo entiende como las propias de los mercaderes. Y esto dista mucho de la verdadera amistad.

El verdadero amigo busca saberlo todo de su amigo por boca de su propio amigo; no por lo que otros dicen o piensan de él, pues ¿cómo decir que conozco a alguien cuando lo que sé se lo debo a terceros? El amigo está cerca, aconseja, escucha con atención, dice la verdad, no manipula al otro sino que lo ayuda. Y como no es perfecto se excusa, pide perdón y perdona. Es, sin lugar a dudas, virtuoso, pues si no lo fuera no nos querría bien.

No es fácil encontrar gente así y aunque algunas relaciones nos puedan hacer dudar de la bondad humana, otras nos recuerdan que hay seres valiosos que nos ayudan a creer en el don de la amistad. Un buen amigo abre a la vida y a la alegría. En cambio, el que siembra la desconfianza entre los hombres, corrompe la sociedad. La amistad verdadera funda comunidades. Por eso no es pueril cuidarla, pues una sociedad en crisis revela que lo corrompido son las relaciones humanas.

(El Nacional, octubre de 2019)

LA VIDA FILOSÓFICA

Para que la propia vida no se pierda “en la disipación”, tiene que “entrar en algún orden”. Karl Jaspers, psiquiatra y filósofo alemán, alude así a la necesidad de que nuestra cotidianidad esté sustentada por una “estructura” penetrada de sentido. “Entonces resulta la vida”, dice, en su *Introducción a la filosofía*; “entonces estamos como albergados en una conciencia del mundo y de nosotros mismos, tenemos nuestros cimientos en la historia a que pertenecemos y en la propia vida mediante el recuerdo y la lealtad.”

Esa estructura a que se refiere está integrada por el trabajo y el contenido que atribuimos a todo lo que hacemos. De ella resulta una vida con sentido que es relativa a las necesidades personales: a la vocación. Así, el individuo va moldeando su camino dentro de un orden que puede ser común a muchos. El “recuerdo” de lo que uno es y desea hacer es, sin embargo, intransferible y no se nos entrega “hecho”. No depende de algo exterior; se descubre. Se trata de un sentido que eclosiona en la personal intimidad y se asocia a esos talentos originarios tal vez en germen, pero implicados en las circunstancias que nos sostienen. Ese piso que funge de estructura puede venirnos del mundo en que hemos nacido, de la iglesia, del trabajo. Se trata de lo que nos “circunda” y confiere a nuestra cotidianidad una primera orientación.

Ahora bien, cuando ese mundo que nos rodea y sostiene se reduce a “orden externo”, a un conjunto de normas sociales, el individuo queda desamparado y con el alma vacía. Por eso la conciencia de nosotros mismos debe alimentarse del “recuerdo” de aquello que íntimamente deseamos y de la lealtad a ese yo originario. Cuando lo que nos circunda se petrifica, la vida filosófica puede ayudarnos a tocar lo esencial. Para Jaspers, “filosofar es resolverse a hacer que despierte el origen, retroceder hasta el fondo de sí mismo y ayudarse a sí mismo con una acción interior en la medida de las propias fuerzas.” Sin duda, “los deberes materiales” y “los requerimientos del día” son lo primero. La vida filosófica no insta a eludir la realidad tangible. Sí pretende, en cambio, que no se siga el camino del olvido de uno mismo: ése al que conduce el agite exterior propio de una vida orientada a la apariencia, pues los disfraces son siempre *falseamientos* del yo.

Es cierto que la filosofía desarrolla una capacidad de abstracción que puede traicionar a ese yo: a ese núcleo íntimo donde reposan las emociones y las intuiciones más sagradas. Por otra parte,

la superficialidad de una vida reducida a mecánica obligación o a permanente diversión, también. Por eso Jaspers plantea un camino que lleva a asumir la propia vida como experiencia sincera. Mirar hacia dentro y hacia fuera: “no olvidar, sino apropiarse íntimamente; no desviarse, sino trabajar hasta la perfección íntimamente; no dar por despachado, sino iluminar hasta el fondo: tal es la vida filosófica”. Cuando se toma en serio la dicha y la enfermedad, el éxito y el fracaso, la oscuridad y la confusión, como señala, ambas dimensiones se implican y retroalimentan.

Por eso esta vida sigue dos caminos: “en la soledad, la *meditación* en todos los modos de la reflexión –y en compañía de los demás hombres, la *comunicación* en todos los modos del comprenderse mutuamente en el obrar, hablar y callar unos con otros.” Gracias a la reflexión mantenemos vivo el recuerdo del origen en medio del ruidoso trajinar diario. Pero, ¿sobre qué podemos reflexionar? Jaspers concreta: a) ante todo, la *autorreflexión*. Visualizar lo hecho durante el día y examinar las actitudes y modos de reaccionar, los pensamientos y movimientos del corazón, todo eso que pudimos sentir o desear; reconocer, en breve, los momentos de posible insinceridad con nosotros mismos o con los demás, de evasión de alguna verdad, de todo aquello en lo que coincidimos (o no) con lo que somos. Es una especie de juicio a uno mismo en relación a la conducta y “no en lo que se refiere al todo inaccesible para mí que soy yo mismo”. El objetivo es también discernir principios de orientación, centrarnos de nuevo en el mundo, tomar conciencia del misterio de la presencia de unos y otros; b) con la *reflexión trascendente* Jaspers insta a leer “las cifras del ser con la ayuda de la poesía y del arte”, para cerciorarnos “de lo intemporal o de lo eterno en el tiempo”, de la existencia de un ser que es Divinidad; c) por último, aconseja reflexionar *sobre lo que hay que hacer al presente*. La cotidianidad, en sus mínimos detalles, queda iluminada con “el recuerdo de la propia vida en comunidad.” Por eso la comunicación es la otra dimensión de la vida filosófica, pues lo que se gana para uno solo es como si no se hubiese ganado. La verdad se divide si no se comunica. Sin el diálogo, el yo se deforma al crecer y autoafirmarse, ensombreciendo así todo posible destello de luz entrevisto.

Se trata de sincerarse con uno mismo y dejarse iluminar por la experiencia de los demás a través de la comunicación. Descifrarse uno mismo comprendiendo al otro.

Ofelia Avella

(El Universal, agosto de 2016)

LA VOZ PROPIA

La lucha contra los totalitarismos no es fácil. Un régimen controlador busca acallar la voz de quien se sabe libre por naturaleza. La espontaneidad le molesta; la naturalidad le aturde y por eso no escatima oportunidades para anular, destruir, atormentar y procurar por todos los medios hacer desaparecer al que disiente. En el proceso sucede de todo. El que quiere ser libre se cansa, sufre, siente miedo, desesperanza, ansiedad, paranoia. Digamos que siente el calor del sol bajo sus pies cuando atraviesa esa especie de desierto en que resultan ciertos momentos en la vida. La certeza, sin embargo, de que la propia existencia tiene un sentido distinto del que el dominador quiere imponerle, lleva al disidente a levantar la cabeza para no dejarse asfixiar. El espíritu se fortalece en la adversidad; se purifica en medio de la injusticia; ante la carencia se compadece de la necesidad ajena, descubre el rostro del otro y se abre a la trascendencia, porque entre tantas penurias se constata no sólo lo mucho que nos hacemos sufrir con nuestras miserias sino que todo es temporal, relativo, y hay una bondad superior a la humana que pone límite al mal en su debido tiempo. Todo pasa y pasará si no nos dejamos dominar; si logramos resistir.

La lucha contra un régimen autocrático pasa por la defensa cada vez más consciente de la subjetividad, de la individualidad, de la conciencia personal, de la libertad de pensar. De la voz propia, en definitiva, pues el dictador busca masificar. La atención a la persona concreta no implica sin embargo un llamado al egoísmo, al aislamiento. Individualidad no es individualismo. Atender al ser que somos cada uno supone más bien un llamado al respeto de la diversidad. Los totalitarismos buscan reprimir. Pretenden que los individuos se replieguen sobre su intimidad y callen por temor a las represalias. La continua experiencia de la imposibilidad del diálogo también agota y desmoraliza. Desune a la oposición. Por eso la salida es fortalecerse interiormente, ahondar en el desarrollo de la propia individualidad fomentando espacios de libertad en los que las voces personales puedan ser escuchadas y abrirse a los demás para encontrarnos en lo común. Hay que hablar, no callar. Hay que encontrarse en los mercados, en las colas, en las plazas, en las iglesias, en todo espacio público y fortalecerse mutuamente.

La sobrevivencia a la que nos han sometido no puede hacernos perder de vista que a veces la confusión es un camino para discernir con más claridad las metas personales y aprender a valorar cada instante de la vida, así como la existencia de un ser querido. El sufrimiento que nos afecta a

todos debe llevarnos a unimos, a ayudarnos unos a otros, a dar una mano al que lo necesita. Nunca a que nos encerremos en nosotros mismos. El amigo no ve de lejos el dolor del otro, sino que busca ayudarlo en su debilidad dándole una mano para que no caiga, para que no calle y se deprima. La lucha contra el derrumbe del entorno es sin duda psicológica, moral. Y ese absoluto dominio sobre nuestra psique no lo han logrado todavía. Por eso creo que si nos rehacemos cada día, centrándonos en lo que cada uno puede hacer para mejorar el ambiente que lo rodea; si convivimos y nos comprendemos, si hablamos y dejamos hablar para saber qué tiene el otro en su mente, el aire de miedo y deterioro no podrá con nosotros.

Necesitábamos de una purificación para renacer, así como tras el dolor del parto nace el hijo. En este proceso como de trituration del trigo nacerán voces propias que dejarán atrás las frases hechas, huecas, sin contenido; la mentira de la imitación y la apariencia. La profundidad y un lenguaje incisivo no son gratuitos. Nacen de la experiencia del hundimiento. Necesitábamos madurar muchas virtudes como sociedad y lo cierto es que sólo el dolor clarifica la razón y ennoblece el corazón. El derrumbe seguirá su curso y hay que prepararse para la reconstrucción. Salvo la otra vida, nada es eterno.

(El Nacional, agosto de 2018)

LAS LEYES DE LA HISTORIA

Hay tesis que nos han hecho daño como sociedad. Son ideas con las que se procuraron tal vez comprender nuestra historia para encontrar una solución a nuestros problemas particulares. Los positivistas vieron nuestro pasado como un camino atravesado por experiencias constantes que explicaban y justificaban las autocracias. En su caso, la dictadura de Gómez. Ya Guzmán Blanco, alimentado por las ideas de su tiempo, se veía a sí mismo como una figura requerida por “leyes superiores”. Lo cierto es que la persistencia del caudillismo en nuestra historia ha dado la impresión, teorizada por quienes elevan a nivel de tesis la realidad concreta y el comportamiento de los individuos, de que Venezuela está “condenada” a la “mano dura”. Y lo está, según estos pensadores, porque consideran al pueblo como una montonera inepta, incapaz de autogobernarse y “comprender” la “abstracción de la ley”. El pueblo, la clase social más desfavorecida y carente de educación y privilegios, no era considerado libre y capaz de autogobernarse, de autodeterminarse a un fin en el que sus talentos pudiesen desarrollarse y brillar. La herencia psíquica, mezcla del indio, del negro y del español, le condenaba a ser flojo, individualista, desorientado y anárquico. Incapaz de responder con responsabilidad individual ante la vida. Incapaz de levantar la cabeza solo sin seguir las órdenes del caudillo de turno. Las leyes inexorables impedían su cambio interior y toda posible existencia de esa intimidad marcada por nuestras experiencias personales. Los positivistas, aislados en sus deseos de encontrar soluciones prácticas, generalizadoras, para nuestra sociedad, pensaron al hombre como masa y no como persona. Arrimados al poder y encerrados en su burbuja, no deben haberse tomado nunca una taza de café con un campesino. Quién sabe si escucharon a alguno, si sondearon su intimidad para saber qué pensaban y sentían. Quién sabe si alguno dudó sobre si el pueblo era una suma de individuos y no masa bruta, carente de riqueza interior. A lo mejor sólo querían mantenerse en el poder.

En plena dictadura de Gómez, una generación joven clamaba por la libertad y una necesaria justicia social. Buscaba transitar a la democracia interpretando nuestra realidad con las herramientas que le brindaba el marxismo. Tras la caída de Pérez Jiménez, nuestros líderes fueron grandes caudillos. Civiles, pero caudillos. Había que unir al país y encontrar la manera de que transitara a la libertad de modo institucional. El voto fue la solución, pero desde mi punto de vista, votar es sólo un signo de libertad. La verdadera es más profunda y exige formar a la gente para que la ejerza; para

que comprenda que cada uno es un sujeto individual con deberes y derechos. Después de dictaduras tan largas, la gente no aprende de modo inmediato a ser libre, pues sencillamente no ha tenido oportunidad de expresarse y moverse sin ataduras. Una República, para serlo, necesita de instituciones fuertes y de poderes independientes. Votar es sólo una manifestación de libertad; igual que decir lo que se piensa. Faltó, creo yo, formar a la gente *para* la democracia; por eso la gran carencia ha sido la ciudadanía, el sentirnos todos implicados con la cosa pública. Delegamos en los partidos la orientación del país. Y para mí, reinó el individualismo.

La democracia nació en medio de grandes problemas sociales y las soluciones debían ser urgentes y “generales”. Aunque la sociedad era libre, porque ya no había dictadura, la atención a las necesidades de las grandes mayorías no se centró en la formación de los individuos sino de la gran masa. El pueblo no era para los demócratas lo que era para los positivistas, evidentemente, pero al crecer la brecha social se abrió el camino para soluciones populistas, masificadoras y generales. Se dio por sentada la democracia y no se captó que se creían resueltos problemas que tal vez no lo estaban, como dice Tomás Straka en una entrevista, pues a veces los problemas se trasladan, adquieren otro rostro y aparentan haber desaparecido, cuando en realidad subyacen a los procesos de cambio. No entendimos bien lo que era la libertad y lo cierto es que mientras se pudo no se logró educar mejor a los que más lo necesitaban; no se logró sensibilizar con mayor profundidad a los que tenían más recursos económicos y herramientas intelectuales. Chávez diagnosticó el vacío. Captó que el conflicto era “emocional”, como decía Ramón Díaz Sánchez, pero lo triste fue que fomentó el resentimiento.

Para Díaz Sánchez había que estimular a los individuos para despertar en ellos los talentos ocultos y adormecidos que tenían dentro. Algo así como el trato personal que ofreció Santos Luzardo a Marisela en “Doña Bárbara”. El despertó en ella emociones desconocidas; emociones que la transformaron y civilizaron. Porque se trata, pienso yo, de atender a la persona concreta para hacerla sentir persona y no parte de una masa adormecida, pues nadie es pobre porque quiere. Hay que ayudar a salir de la miseria dando herramientas para la vida. El gran medio es la educación y hay gente en el país que lo sabe. Hay gente que capta que tras la mirada de miedo y de rabia de un niño de la calle hay una historia personal de dolor que necesita de una mano amiga. De alguien que le socorra y le haga sentir valioso, persona, y no parte de una masa excluida. El miedo y la angustia no se curan con más rabia sino con amor. Y los que aquí estamos, mientras podamos resistir, tenemos

el tremendo reto de acortar esta brecha de resentimiento que han fomentado los que nos mandan. Hay que educar y formar en oficios. Hay que ayudar a ser autosuficientes en la vida. Hay que sensibilizar al que más tiene y sabe. Hay muchos haciéndolo. Lo que sucede es que el mal hace más ruido.

No me convence la tesis de que hay leyes de la historia. Pienso que el hombre es libre y está abierto al futuro, que es siempre indeterminado. Si los procesos parecen repetirse se debe más bien a que no hemos discernido la causa que los sostienen. El marxismo corrió paralelamente a otras corrientes durante nuestros años de democracia. Lo que vivimos no aparece de pronto, como un fenómeno extraño sin causa. Las leyes inexorables del positivismo, ésas que dicen condenarnos a las autocracias, se solaparon con las del marxismo, pues las ideas no desaparecen de repente ni se superan en muchas conciencias por haber caído una dictadura. Las generaciones, por otra parte, coexisten, se encuentran, y las ideas conviven. La “dictadura del proletariado” de la que habla Diosdado, supongo que se debe, para él, a la existencia de leyes también irreversibles, que responden a una necesidad histórica. Para los que nos sabemos libres, sin embargo, lo que vivimos se debe a muchas variables. Entre ellas, a la voluntad de poder del gobierno y a la desesperanza a la que quieren someternos; además, claro está, de a esas debilidades que venimos acarreado desde hace tiempo. A esa carencia de ciudadanía que comprende al ser humano como libre y sujeto de deberes y derechos.

Mandela se sintió siempre libre de nacimiento. Creció en medio de su gente, sus tradiciones y la naturaleza. La experiencia del contraste cuando se enfrentó a la ciudad le permitió advertir el abatimiento psicológico de su pueblo. Captó que había que elevar la autoestima de quienes eran de esa tierra y estaban sometidos al *apartheid*. Algo parecido a lo entrevistado por Díaz Sánchez. El ser humano se acostumbra a todo y sin darse cuenta puede resignarse a condiciones que ve insuperables. Por eso se necesita de un estímulo externo, de una ayuda para discernir los talentos.

Escribo esto un día antes del 20. Nadie sabe qué pasará. Hay que abrir un espacio a la esperanza porque la realidad es que nada está pre-escrito y aunque este gobierno lo desee, no podemos percibirnos como un pueblo *condenado* al fracaso y a la autocracia.

(El Nacional, noviembre de 2018)

LAS SITUACIONES LÍMITES

Karl Jaspers llama “situaciones límites” a esas que algunos llamamos “difíciles”. Para él se trata de situaciones que parecen no tener salida. Ambos modos de referirse a esas circunstancias que nadie busca por gusto propio, como la muerte, por ejemplo, no suponen una postura muy distinta ante la realidad, siempre y cuando impliquen a la trascendencia. Hablar de “límite” nos lleva a pensar de modo inmediato en la imposibilidad de traspasar una frontera. Tal vez por eso nos resulta un concepto fuerte y reductor. Para Jaspers, sin embargo, lo que parece limitarnos contiene la posibilidad de ser superado, pues es “un índice que señala a algo distinto del mundo”, nos dice en *Introducción a la filosofía*.

“Estamos siempre en situaciones” que cambian y se suceden –dice. “Si éstas no se aprovechan, no vuelven más. Puedo trabajar por hacer que cambie la situación. Pero hay situaciones por su esencia permanentes, aun cuando se altere su apariencia momentánea y se cubra de un velo su poder sobrecogedor: no puedo menos de morir, ni de padecer, ni de luchar; estoy sometido al acaso, me hundo inevitablemente en la culpa. Estas situaciones fundamentales de nuestra existencia las llamamos *situaciones límites*. Quiere decir que son situaciones de las que no podemos salir y que no podemos alterar”, pero junto con la duda y el asombro, abren el camino “que lleva al ser”.

Su visión de trascendencia promueve la apertura interior del hombre, no sólo a sus posibilidades espirituales, sino a lo eterno implicado en el tiempo. Jaspers no liga la Divinidad a una iglesia concreta, pues cree que toda búsqueda conduce en libertad a lo que va correspondiendo con la inquietud original. Por eso advierte sobre el peligro de reducir a una idea los esfuerzos de comprensión de lo que en el fondo es un misterio. Las creencias son principios orientadores que desvirtuados, no internalizados, pueden terminar siendo parámetros muy rígidos. Y es en este sentido en que concuerdo con este filósofo: lo esencial es despertar la inquietud, de modo que se aprenda a buscar por cuenta propia y no a recibir pasivamente respuestas elaboradas mucho antes de que se pregunte.

Es cierto que “limitar” es un verbo que parece significar “cercar”, pero para Jaspers supone el descubrimiento de fuerzas interiores que nos llevan a abrir nuevos caminos. Aunque ciertas situaciones no pueden cambiarse, el hombre es capaz de superar la dificultad, trascendiéndose a sí

mismo en ella. Se trata de crecer ante los obstáculos, transformando las debilidades en fortalezas. Estas situaciones turbadoras son a primera vista contradictorias, pues parecen no poder superarse – dan la impresión de limitarnos-, pero paradójicamente nos ayudan a crecer. Es como si la fuerza naciera de su encuentro al impulsarnos al cambio. Y es que, sin duda, estimulan en nosotros lo mejor. Trascender una situación significa, en el fondo, descubrir un sentido oculto en lo que parece ser un fracaso. Sentido que es por cierto relativo a las circunstancias personales, siempre intransferibles.

La verdad es que las situaciones difíciles nos obligan a pensar. Nos hacen más agudos y reflexivos porque nos fuerzan a entrar en nuestra intimidad para explorarla de un modo muy distinto a como solemos analizar, tal vez, la realidad exterior. No es que los momentos de alegría no puedan transformarnos. El descubrimiento del amor, el nacimiento de un hijo o el cambio positivo de una circunstancia pueden, sin duda, promover en nosotros una renovación importante. Pero pienso que tal vez Jaspers quiere transmitir que el “límite” nos fuerza a crecer y a superar un obstáculo, ayudándonos a valorar, por cierto, esos momentos que sin sufrimiento no hubiésemos logrado apreciar del mismo modo.

Lo interesante en él es la vuelta a lo concreto, al individuo, al contexto de una vida que es única. Justo lo contrario a un “sistema de totalidad” en el que se teoriza sobre el hombre subsumiéndolo en un concepto que estandarizaría las vidas. No parece acertado “argumentar” sobre las situaciones en general, pues las circunstancias son individuales e imposible de reducir a patrones o modelos. Estamos frente a un filósofo que promueve los caminos personales como fruto de una búsqueda consciente y sincera. Su propia vocación, de hecho, eclosionó en un mundo cambiante y en medio de una sociedad encapsulada en la ideología (la nazi). Por eso sabía bien que las verdades presupuestas, que no admiten dudas o disensiones, fijan las vidas a un piso en el que no cabe el movimiento ni la contradicción. Y en ellas se anula el misterio y la individualidad.

Las vidas se forjan en una búsqueda que no pueden constreñirse a una idea definitiva, pues mientras se está vivo están inacabadas. El futuro, además, es incierto por naturaleza; por eso se nos escapa de las manos. No podemos controlarlo. Ante la posibilidad de elegir, la existencia se abre así como un espacio de libertad en el que se construye el propio camino: una vida abierta a las posibilidades y a la trascendencia. (El Universal, agosto de 2016)

LAS VENTAJAS DE HABER SIDO COMUNISTA

Las ventajas de haber creído en algo (de haberlo considerado como cierto) con honestidad y haber luego transitado hacia otras ideas distintas y aparentemente contrarias, son muchas. Hablo de comunismo porque es lo que nos compete en estos días, pero uno puede haber sido cualquier cosa y haberse luego “convertido” en alguien distinto. Los cambios no indican superficialidad ni indecisión. Tampoco inestabilidad ni poca seriedad intelectual. Son signos, en todo caso, de madurez y apertura a la diversidad de opiniones y modos de interpretar los acontecimientos. Si son profundos, los cambios suponen un itinerario de búsqueda que puede resultar en una gran riqueza interior, por abrir a la comprensión de otras corrientes de pensamiento y ambientes. Lo humano y natural es ir profundizando en las propias inquietudes para integrarlas en torno a un centro de unidad íntimo que les da vida. Las transiciones son progresivas y no necesariamente anulan las inquietudes originarias. Cambiar no siempre niega el contenido que late en las creencias interiores (y anteriores). Sucede que puede potenciarlas pero por un camino distinto. San Agustín, por ejemplo, fue maniqueo, escéptico, neoplatónico y platónico. Su vida fue accidentada y su búsqueda, profunda. El platonismo le ayudó a resolver el problema del materialismo y el mal. Su progresiva ascensión hacia la comprensión del Dios cristiano necesitó, en su caso particular, del contacto con el mundo de las ideas de Platón. Si no se hubiese abierto a las realidades inmateriales e intangibles se le hubiese hecho más problemática la posibilidad de la conversión. Ese fue *su* caso, *su* camino, porque es preciso reconocer que los itinerarios son distintos, tanto como los procesos de maduración interior y de asimilación de lo que vivimos. Los tiempos psicológicos para comprender ciertas realidades que no logramos integrar a nuestro proceso de búsqueda son también distintos en cada uno. Es tal vez la experiencia la que debe ser elevada al nivel de la consciencia para enriquecer nuestra subjetividad. Porque eso hacen los cambios: amplían la visión y la comprensión del hombre y la sociedad en que vivimos.

En estos momentos, las ventajas de haber sido comunista son grandes, pues quien ha sufrido transiciones interiores está más capacitado para unir las dos orillas: la que se deja y esa hacia la que se quiere transitar. Hablo de los intelectualmente honestos, de esos que han buscado con autenticidad ciertos caminos en los que les pareció encontrar respuestas hasta advertir que *por allí* no estaban. ¿Por qué puede ser una ventaja haber sido comunista en un país como el nuestro? Porque pienso que esas ideas que han chocado con la experiencia, con la realidad, pueden ser comprendidas por

ellos *en su proceso* y quien ha sido “algo” (y todos lo hemos sido) y ha cambiado, puede tal vez identificar los obstáculos que le impedían una transición más rápida o una claridad interior mayor. Hablo, repito, de los intelectualmente honestos, de esos que reconocen que se equivocaron. Uno puede también ahondar en su visión del mundo sin transitar necesariamente hacia otra ideología o sistema filosófico, pero la profundización en una inquietud que ha permanecido estable es también una especie de cambio. Quien es sincero se da cuenta, en algún momento, de que *lo que pensó como cierto* parece no ser exactamente así. Evidentemente, en estos cambios, también hay oportunistas e insinceros. Pero estos momentos no hablo de esos, pues por no ser auténticos (por no haber realmente cambiado por dentro), no saben explicar *el proceso interior* que precisamente no han experimentado.

Hace unos años fui a un ciclo de conferencias en Cedice. Estuvieron presentes Vargas Llosa, su hijo, Plinio Apuleyo, quien contó varias anécdotas interesantes sobre García Márquez y Julio Cortázar en relación a su apoyo a Fidel Castro y el comunismo, entre otros. Todo fue sin duda interesante, pero debo decir, con sinceridad, que la conferencia que me conmovió y realmente me tocó, fue la de un señor centroamericano que había sido comunista. El explicó, con un lenguaje sencillo y desde una humildad profunda, *qué* le hizo dudar del sistema que alguna vez lo convenció. Lo que cambió su vida fue la experiencia: tener que hacer colas y colas para comprar, en concreto, pollo. Allí pensó que *algo* no estaba bien en el modelo que había generado pobreza y destrucción en su nación, en lugar de beneficios y auténtica preocupación por el más pobre.

¿Qué sentí yo en Cedice, a pesar de apoyar el libre mercado y entender lo que escuchaba? Que el lenguaje era frío, técnico, erudito, desconectado tal vez de la mentalidad de las mayorías y poco “humano”. ¿En qué sentido “poco humano”? Digamos que no sentí que se hablaba del hombre, de ese hombre que sufre penalidades en lo concreto y está muy alejado de ese lenguaje que puede resultarle extraño a su vida cotidiana.

Y aquí quiero detenerme en tres puntos concretos. El primero es que no veo que la vía para salir de esta situación sea la de contraponer el comunismo al liberalismo, al neo-liberalismo, al capitalismo. No pienso que el camino sea confrontar un modo de pensar con el otro, pues sin quererlo ni desearlo, las explicaciones pueden quedarse a un nivel muy teórico que no interesa al pueblo. El segundo punto tiene que ver con el modo en que se aborda el concepto de libertad. Escucho mucho que a veces los pueblos “tienen miedo a ser libres” y prefieren mantenerse sometidos. Esto lo escuché

incluso a Vargas Llosa y a muchos libertarios que con buenas intenciones ven la solución en un cambio de modelo, y con razón. Decir, sin embargo, que el pueblo “no quiere ser libre” atenta contra la dignidad humana y es signo de no comprender lo que puede pasar por la mente de alguien que *quiere* un cambio, pero está resignado a su situación. El tercer punto tiene que ver con lo que he escuchado decir a ciertos políticos sobre el mismo tema. Así como unos dicen que “tenemos miedo a ser libres”, otros dicen que la libertad es un concepto muy abstracto que el pueblo no entiende. Las dos vías, desde mi perspectiva, son insuficientes y deben complementarse para lograr una mejor aproximación al problema.

El ser humano puede no ser consciente de lo que implica ser libre, aunque haya nacido para serlo. Comprender qué es lo que impide cambiar la propia vida para salir de la indigencia o de algún estado interior de indigencia (porque esta no es solo material) lleva tiempo y precisa de ayuda. Es fácil e injusto decir que la gente es conformista, floja, oportunista, cómoda, y que se deja comprar por un bozal de arepa. Cuando no se sabe cómo salir de la pobreza, a pesar de trabajar, la frustración y la baja autoestima dominan la intimidad y llevan a la pasividad. Por eso, decir que la gente “tiene miedo” a ser libre es impreciso. Digamos que es cierto, pero solo en parte. Si la gente no quisiera otro tipo de vida no estaría cruzando la frontera para salir del país. Decir, por otra parte, que la libertad es un concepto abstracto que no entiende la gente es ofensivo. Esto es cierto si el lenguaje es académico y erudito; si no logra afectar las conciencias y los corazones; si no logra la conexión con la gente y se queda en un nivel de abstracción, de conceptualización que no mueve a nadie. Una muchacha muy pobre, pero con un gran deseo de salir adelante aunque no sabe *cómo ganar más* (este es el punto), me dijo que este gobierno, con los bonos y las cajas *clap*, trata a las personas como animales. ¿Sabe o no sabe esta muchacha que es ante todo un ser humano y por tanto libre? Lo que le sucede es que no ha tenido la oportunidad de discernir sus talentos.

Creo que hay que hablar con la gente para escucharla y saber qué pasa por su mente. Encontrar el lenguaje para explicar a las mayorías lo que sucede, para conectarse con sus frustraciones y necesidades, con su manera de ver el mundo y vivenciarlo. Esto es necesario para generar un discurso de esperanza real que logre ayudar al otro (a cada uno) a sentirse reconocido como persona.

Quienes fueron comunistas pueden explicar mejor el proceso de transición en virtud de su experiencia. Su inquietud por la injusticia social y su sensibilidad por los más pobres (hablo de los

sinceros) puede hacerlos capaces de elaborar una narrativa que ayude a la gente a tomar conciencia de lo que significa ser libre y de cómo el comunismo lo impide. Ellos saben *qué* les atrajo de la ideología y *qué* les ayudó a comprender la realidad de otro modo. Conocen también los obstáculos para abrirse a algo nuevo.

El hombre necesita experimentar, en la acción, *mediante un trabajo digno que redunde en su bienestar*, que tiene talentos dormidos. A través de la sola explicación no se logra el cambio. Es como inducir un parto. La libertad se despierta, se induce, para que se eleve al nivel de la *consciencia de la vivencia*. Es un proceso. No se trata solo de contraponer el liberalismo al comunismo. Pienso, de verdad, que ese no es el camino. La gente quiere ser libre, pero tal vez no sabe lo que implica. Tampoco sabe cómo lograrlo ni qué hay que hacer para superar condiciones de vida muy difíciles. Hay que discernir, además, qué entiende la gente por libertad.

Se necesita otro lenguaje: uno que diagnostique lo que realmente sucede para mover a una sociedad desesperanzada.

(El Nacional, noviembre de 2018)

LOS JÓVENES HUELEN LA JUSTICIA

Venezuela está despertando; no conspirando. Está tomando conciencia de que vivimos en dictadura. Cada uno tiene su perspectiva, su diagnóstico, y no sé si la solución, pero todos coincidimos en la necesidad de rescatar la Democracia y nuestra soberanía.

Los jóvenes huelen la justicia y la verdad, como comentara Ramón J. Velázquez en una oportunidad. Quienes han movilizado estas protestas han visto lo mismo que vemos muchos, pero ha sido su fuerza y su deseo de cambio, su ilusión por un futuro mejor, lo que ha ayudado a muchos a despertar. Unos claman por el derecho a la libertad de pensamiento y de expresión; otros por necesidades más básicas. Algunos vemos como prioritaria la necesidad del rescate de la soberanía; otros no tienen tiempo de pensar en eso porque están desesperadamente buscando trabajo o comida. Algunos tienen miedo de reaccionar, porque necesitan su puesto de trabajo; otros se han atrevido a renunciar, porque se han sentido usados y comprados. Han captado que la paz, sin la libertad, es sumisión y nunca, nunca, paz. Cada uno parte de su contexto y condición, porque todos somos diferentes. Algunos no saben bien cómo formular ni diagnosticar lo que sucede. Otros son eruditos y a veces muy teóricos; mientras interpretan los tiempos, los sucesos corren y se encaraman. A otros, sencilla y llanamente, los ciegan los dólares.

Estas protestas, legítimas, por lo demás, han dejado en evidencia no sólo que vivimos en dictadura, sino también el grado de dominación, de injerencia en nuestros asuntos, del régimen castro-comunista. La lucha no está planteada entre chavistas y opositores. La lucha es entre la verdad y la mentira; entre los venezolanos y los invasores cubanos; entre los oprimidos y los opresores; entre la paz y la violencia planteada, estructurada, financiada y mantenida por el régimen, para silenciarnos y doblegarnos: para someternos a todos a un modelo y a una ideología extranjera.

Este régimen ha quedado en evidencia, tanto como algunos gobernantes latinoamericanos. Su silencio es cómplice de nuestra actual situación y de las torturas que nuestros estudiantes y presos políticos sufren en manos de los cubanos. Las miserias humanas están saliendo a flote y su hedor hace dudar del hombre. Las crisis develan lo mejor y lo peor en nosotros. Por eso, mientras los nobles se hacen mejores, los asesinos se hacen peores. Mientras unos luchan, otros matan; mientras unos países callan, otros hablan. Estamos viendo los dos extremos. Venezuela será distinta, porque hay

mucha nobleza reprimida y silenciada. Mucha bondad impedida de hablar. Hay también odio y resentimiento, pero tristemente este régimen puso las condiciones para que la salida no pudiese ser lo pacífica que deseábamos. Son ellos quienes tienen las armas; son ellos quienes ordenan usarlas. Su complicidad con el hampa es diabólica. No es gratuito, pues, que los jóvenes hayan elevado su voz con fuerza. Lejos de fomentar la polarización entre los venezolanos, lo que hoy evidenciamos puede, por el contrario, acercarnos, si sabemos canalizar nuestras frustraciones y exigencias, pues todos estamos siendo reprimidos y, además, por extranjeros. Hemos escuchado las protestas y las cacerolas en zonas que, en absoluto son “sifrinás” y viven bajo la amenaza de los colectivos. Vale recordar que más de 1000 presos en Coro se unieron a la protesta del 12F tras entonar el Himno Nacional desde la cárcel. Quizás no sepan formular qué es eso de la recuperación de la soberanía, pero saben bien, como dijeron, que son seres humanos necesitados de condiciones mínimas de justicia, a pesar de pagar una condena por sus delitos. Quizás no saben que el sistema ha propiciado su situación y que deberían recibir un tipo de tratamiento por parte del Estado que los ayude a rehabilitarse y a reinsertarse en la sociedad. Lo que sí saben es que son personas y no animales.

Este régimen pretende animalizarnos y quizás las protestas muestren a algunos, tanto de un lado como de otro, que algo extraño nos sucede. Quizás no sepan formularlo, pero las lágrimas que brotaron de dos guardias nacionales mujeres, al escuchar lo que una muchacha les decía, puede ser la vía para que los venezolanos nos veamos cara a cara y captemos qué sucede, qué deseamos realmente y a qué pueden quizás estarnos obligando. Un guardia confesaba que las órdenes que recibía eran “disparar a matar” y que él lo hacía al aire. Todo está quedando al descubierto y aunque el diálogo es lo ideal, es ilusorio pretenderlo con este régimen asesino. Estamos, además, invadidos por cubanos. ¿Cómo sugerir un diálogo cuando lo que se impone es denunciar derechos violentados?

El sentido de justicia y el amor por la verdad que caracteriza a la juventud ha tocado el corazón de muchos venezolanos. La radicalidad de la juventud se ha impuesto. Y las protestas deben seguir, pues lo que la mayoría pretende es la transición a la Democracia y la recuperación de nuestra Soberanía.

(El Universal, febrero de 2014)

LOS LÍMITES DE LA TECNOLOGÍA

Mi intención no es entrar en conflicto con la tecnología, ni mucho menos subestimarla, como si se tratara de una especie de demonio contra el cual es preciso luchar. La perspectiva de este artículo está muy lejos de esa visión que considera a las máquinas un enemigo del hombre. Lo que pretenderé poner de relieve es lo que podría considerarse una advertencia, un discreto aviso acerca de los alcances que algo sobrevalorado podría tener en nuestras vidas y, muy concretamente, en nuestro modo de conocer y relacionarnos con los demás.

Los límites de algo se evidencian cuando elevamos un aspecto de la realidad a la categoría de absoluto. Podemos no pretenderlo consciente o directamente, pero un uso indiscriminado de lo que sólo es instrumento puede implicarlo y no sólo distorsionar las prioridades de la vida, sino acabar invirtiendo los papeles de quién domina a quién. La tecnología, en este caso, es una herramienta, un medio que ayuda a conocer, a medir, a manejar, a manipular, una determinada dimensión de la realidad. Su objetivo es facilitar la realización o el logro de algo. Su alcance llega, en fin, hasta donde llega el de un medio que dispone a un fin. Por tanto, si lo que sirve de instrumento muestra pretensiones de suplir nuestra capacidad de emitir juicios acerca de ámbitos cuyos dominios lo sobrepasan, podríamos anticipar que la invasión va a reducir la realidad a un solo plano, por circunscribirse las posibilidades del mundo a las relativas de un medio. Saber usar un aparato es útil, necesario, pero no podemos perder de vista que, por instrumento, hay presupuestos que lo anteceden y lo hacen posible, tanto como fines que lo trasciende. En absoluto intento subestimar una realidad de incuestionable valor. La vida se nos ha hecho más cómoda, sin lugar a dudas, y nuestras posibilidades de vivir, más largas, pero toda moneda tiene dos caras. Sólo pretendo alertar sobre lo que significa reducir el mundo a los productos de una inteligencia, cuya capacidad de conocer puede trascender sus propias obras.

Lo que trato de decir es que el hombre está llamado a la apertura: podemos apreciar un mundo mucho más hermoso y amplio que el que encierra una pantalla, nos impone el ruido de los audífonos o nos obliga a digerir una comida rápida. Digamos que lo sabemos, pero nunca está de más replantearnos cuánto valoramos los instantes que la vida nos ofrece, sin que alguna pantalla o aparato intercepte ese contacto, silenciando -en nuestro fuero más íntimo- aquellas preguntas radicales acerca de la existencia, como “¿para qué estoy aquí?” y “¿qué sentido tiene lo que hago?”.

Sin lugar a dudas, el progreso está abierto al futuro, por cuanto será siempre correlativo a las necesidades humanas y a la diversidad de posibilidades que los mismos avances tecnológicos dispongan. El peligro es no advertir que la realidad tiene dimensiones y que el hombre es, también, pluridimensional. Podemos presuponer que lo sabemos. La realidad indica, sin embargo, que la sociedad puede estar superponiendo unos valores a otros. Lo vemos en lo que podríamos llamar “efectos secundarios” de un uso indiscriminado de lo que sólo es una herramienta.

Nuestros niños se van orientando a conocer el mundo según los vayamos ayudando a hacerlo y si les disponemos a quedar atrapados en los límites de una pantalla, las consecuencias no se harán esperar. La vida moderna se ha planteado como una carrera contra el tiempo. Por eso, si a las muchas razones que la han definido así, añadimos la ansiedad que genera el excesivo uso de aparatos electrónicos, no debería extrañarnos que en algún momento debamos pedir ayuda a quien pueda respondernos por qué el niño no aprende, no memoriza, no retiene, no lee, no escribe, no entiende nada, no obedece, no acata las normas, o bien es inatento, hiperactivo, etc..., etc...(Cfr. Santiago S. Cruz-Zamorano: <http://ipsrehabilitarlttda.com/preocupaciones-de-neurologo-infantil/>).

Para el filósofo alemán Hans-Georg Gadamer, la televisión era “una forma de parálisis del espíritu”, pues veía cómo los límites de una pantalla podían terminar asumiendo el control de nuestra vida si no aprendíamos a “apagar el botón” de vez en cuando, si queríamos mantenernos libres. Constaté esta verdad cuando, en medio del impactante silencio del Orinoco, un niño jugaba sin parar con el antiguo DS. A su imaginación infantil le correspondía estar visualizándose a sí mismo como un indio en su chalana a punto de ser atacado por caimanes o pirañas, o bien como un pirata perdido en la selva. La mínima pantalla, en cambio, lo tenía absorto y también aislado. El aparato había logrado su efecto destructor: el Orinoco lo aburría. Su capacidad de asombro, tan propia de un niño, sufría, efectivamente, de una parálisis que tiene cura, sí, pero que puede ameritar de mucho trabajo, si sus efectos no se evitan a tiempo.

La inmediatez con que nos hemos acostumbrado a recibir la información deseada, con el solo hecho de apretar un botón, parece disponernos a esperarlo todo muy rápidamente. Los niveles de frustración crecen –sobre todo en los niños y adolescentes- cuando contrastan la “lentitud” de la vida diaria, del fluir de los acontecimientos, con la rapidez con que pueden obtener o diseñar lo que desean, bien sea en los juegos virtuales, bien sea en los modos de comunicación propios de las redes sociales. A veces decimos que vivimos en “tiempo real” todo aquello que sucede, precisamente en virtud de la

interconexión lograda a través de las redes. La inmediatez del instante “virtual”, sin embargo, no coincide con la lentitud del natural, tiempo real en que sí se da, en cambio, la frustración de un choque, que puede subsiguientemente distanciar de lo real. Por eso, lo que acerca de este modo puede también aislar.

Las relaciones humanas, por otra parte, crecen con el trato real y la conversación, con la adquisición del lenguaje -verdadera herramienta de comunicación- y la inversión de un tiempo real-real en la creación de contextos susceptibles de ser interpretados. Más allá del *know how* (del saber cómo hacer algo, lo cual indica destrezas que capacitan, sí, pero *para algo*), lo ideal es siempre no dejarse subsumir por los límites de lo limitado. El objetivo no es tanto lo que hacemos y debemos hacer, sino atender también a lo que nos supera y no podemos controlar, pues esto es justo lo que amerita de interpretación y sugiere, a su vez, la diversidad de planos en la realidad.

El lenguaje, intérprete de esta realidad, la trasciende siempre en sus formas poéticas, en el arte, en la música, en el drama. La inmediatez con que nos vemos obligados a usarlo, sin embargo, en los medios digitales, lo atrofia y empobrece, al reducirlo a signos y abreviaturas. Las herramientas, en fin, no pueden transformarse en realidades autónomas que puedan luego volverse entes difíciles de dominar. Lo hecho por el hombre no puede devenir en obstáculo para nuestro desarrollo y vida en común.

No cerremos las ventanas al mundo, so pena de quedar clausurados en reductos sin horizontes, en un mundo sin trascendencia y por eso menos humano. No dejemos, pues, que lo limitado termine por limitarnos a nosotros, impidiéndonos apreciar el momento presente y los detalles más sencillos de la vida.

(El Universal, diciembre de 2013)

LOS NIÑOS Y LA FILOSOFÍA

Los niños asombran por su sencillez y apertura al mundo. Muchas de sus preguntas penetran, por su sentido, en las profundidades del filosofar, como señala Jaspers en su *Introducción a la filosofía*. Si bien es cierto que no son propiamente conscientes de ser “amantes de la sabiduría” (*philo*, amor y *sophia*, sabiduría), su actitud ante la vida denota una sabiduría natural que puede enseñarnos mucho.

Un día, al salir de un lugar donde había reunida mucha gente, un niño de unos cinco años me preguntó: “¿verdad que yo soy «mí mismo»?” “¿verdad que cada quien es «sí mismo»?”. Las preguntas pueden parecer irrelevantes y pueriles, relativas al conocimiento de algo “evidente”, pero lo cierto es que este niño había captado uno de esos principios filosóficos indemostrables, precisamente, por su evidencia: el principio de no-contradicción (*lo que es no puede ser y no ser*) y el de identidad (*lo que es, es lo que es*). Su rostro traslucía, además, la felicidad de quien había descubierto algo. Jaspers recurre a un ejemplo parecido insistiendo, también, en la admiración manifestada por el niño: “me empeño en pensar que soy otro y sigo siendo siempre yo”. Este niño toca –dice– “uno de los orígenes de toda certeza, la conciencia del ser en la conciencia del yo. Se asombra ante el enigma del yo, este ser que no cabe concebir por medio de ningún otro”.

Podríamos dar otros ejemplos, igualmente reveladores de esta sabiduría infantil. Un día, el mismo niño preguntó: “¿qué hay detrás del sol, de la luna, de las estrellas, de las galaxias?” Procurando comprenderlo, le pregunté yo a él: “¿te refieres a Dios, a quien pudo hacer todo esto y no se ve?”. “No” –respondió. “Yo sé que Dios está allí, pero no hablo de El”. “¿A qué te refieres, entonces? ¿Acaso a otros mundos o planetas que no ves?”. “No” –respondió. Su impaciencia crecía en la medida en que yo no comprendía y tristemente, en este punto, creo que quedé sin comprender. Siempre he pensado que se refería al principio, a la estructura, que sostiene los fenómenos, la cual este niño intuía que no es visible a los ojos. Jaspers refiere un ejemplo interesante, relativo al paso del tiempo y a la transitoriedad de las cosas: “otra niña, que va de visita, sube una escalera. Le hacen ver cómo va cambiando todo, cómo pasa y desaparece, como si no lo hubiese habido. «Pero tiene que haber algo fijo...que ahora estoy aquí subiendo la escalera de casa de la tía, siempre será una cosa segura para mí».” Ante el caducar de las cosas, esta niña captaba que algo debía ser estable.

Las preguntas de los niños brotan de la vida, con espontaneidad. Podría objetarse que se trata de una visión simplista de la realidad, por cuanto no han estudiado ni experimentado lo difícil que resulta a veces comprender las cosas. Podría objetarse que por no conocerse bien a ellos mismos, ni haber tenido tampoco experiencia de las miserias humanas, los niños ven la vida con los lentes de una sola dimensión y así, ¿cómo puede pretenderse que se les considere “profundos”? ¿Qué hay en ellos que pueda merecer nuestra atención? Sin duda alguna, podrían, pues, argumentarse muchas cosas, pero vale la pena detenerse a considerar por qué su actitud ante la realidad es, a pesar de todas las objeciones, eminentemente filosófica.

Los niños están, ante todo, abiertos a todo lo que “es” y esto confiere a su visión una especial capacidad de asombro. Todo es siempre nuevo para ellos. Nuevo y asombroso. *A veces me pregunto cómo es que fui yo el que desarrolló la teoría de la relatividad –decía Einstein-. La razón es que un adulto normal nunca se para a pensar sobre los problemas de espacio y tiempo. Estas son cosas que se piensan cuando se es niño. Pero mi desarrollo intelectual fue retrasado, por lo que empecé a maravillarme del espacio y el tiempo cuando ya había crecido.*

La sencillez, por otra parte, les hace inmunes a las miradas inquisidoras que ponen en entredicho toda inquietud floreciente. Puede suceder, sin embargo, que los adultos subestimemos sus cuestionamientos, bien sea con nuestra indiferencia o con alguna insinuación que les lleve a pensar que sus preguntas son tontas. Esta posible actitud de nuestra parte, tanto como los inevitables cambios que el paso del tiempo trae consigo pueden, tristemente, frenar, asfixiar estas inquietudes originarias que se recuerdan siempre como proveedoras de una alegría muy íntima, y que cuesta tanto hacer emerger después. Nuestro lenguaje y cultura median en nuestro progresivo conocimiento del mundo, tanto como todas las experiencias adquiridas que vamos asimilando. Es bueno meditar, sin embargo, por qué con los años caemos “en la prisión de las convenciones y las opiniones corrientes, de las ocultaciones de las cosas (...), perdiendo la ingenuidad del niño”, como señala Jaspers. La razón podría ser, por una parte, la cantidad de información que diversifica nuestra atención, surtiendo así el efecto de acallar esas suaves llamadas que en la primera infancia se perciben con mayor facilidad. Los estereotipos que impone la sociedad, junto a una cultura que busca masificarnos, de modo que sea más fácil disponernos a ciertas respuestas prefijadas, son también obstáculos para que las inquietudes personales florezcan. Una cultura de la diversión, del consumismo, de la imposición de ciertas modas que pretenden definir al hombre por lo que tiene, mucho más que por lo que “es”,

resta sensibilidad para detenerse en las cosas y cuestionarse las causas de los fenómenos. Nuestras vidas suelen ir muy rápido y así lo cotidiano deja de asombrar, por evidente.

Se entiende que la filosofía deba comprender la dinámica de la reflexión, psicologizando sus procesos. Es lógico que el hombre se plantee cómo el sujeto que conoce puede acceder al objeto por conocer. Sucede a veces, sin embargo, que al forzar la distinción, introducimos una escisión que nos distancia mucho de la realidad. Los niños, en cambio, no se plantean cómo acceder al objeto, pues intuitivamente saben que los seres se encuentran “ahí” y por eso se asombran. Su metodología del pensar, por decirlo de algún modo, arranca del contacto directo con el mundo, no de algún planteamiento que ponga en duda su existencia.

Así, pues, la alegría que brota de la sencillez infantil no se debe tanto a su “inconsciencia” como a su modo de relacionarse con las cosas. El niño parece captar un fundamento en aquello que todos vemos y nos resulta, por eso, evidente. Sus preguntas parecen “simples” porque tocan más directamente lo real. Capta que las cosas “son” y se alegra, además, al captarlo, pues al entrar en contacto con esta especie de claridad, su inteligencia, también clara y libre de esquemas, toca el enigma de la vida. Sencillez, realismo y alegría van de la mano. Por eso, para un niño, todo pequeño punto de creación es un mundo: los movimientos de un recién nacido, una mata que crece, una hilera de hormigas caminando, una noche estrellada, un pájaro que vuela, la inmensidad del mar o el rostro de los mismos padres.

Cercanos a lo cotidiano y libres de prejuicios (juicios que se emiten antes de saber algo), los niños resultan buenos guías en esta búsqueda del núcleo de lo real. En su humildad, además, preguntan. Por eso su actitud es filosófica y digna de atención.

(El Universal, septiembre de 2013)

¿ME VOY O ME QUEDO?

Dilema difícil y constante para muchos venezolanos. Idea que ronda por muchas mentes que no encuentran la vía para abrirse camino. Idea que algunos bloquean porque ven inaccesible su posibilidad o sienten que están quizás atados a sus circunstancias.

Para muchos es un dilema existencial, pues la sensación es de derrumbe, de crisis, de inestabilidad e incertidumbre, pero también de dolores de parto, a los que siempre sigue una vida nueva. La decisión de salir del país es, como tantas otras en la vida, muy personal. A nadie puede reprochársele hacerlo, pues las circunstancias de cada quien son únicas, intransferibles, tanto como los límites de paciencia individuales. Todos somos diferentes y las situaciones nos van abriendo un camino que nos exige una respuesta personal y por lo mismo, distinta a cada uno. Así como el umbral del dolor es particular en cada quien, de igual modo lo es la capacidad de tolerar ciertas circunstancias; de sobrellevarlas con paciencia, o de una manera, al menos, que no nos afecte primordialmente de modo negativo.

A veces escucho a muchos decir que querrían irse pero que no sabrían cómo, pues “eso de irse no es tan fácil”. Tienen razón probablemente, en parte, y digo que sólo en parte porque ciertas decisiones ameritan de determinación. Cuando miles salieron de Europa después de la guerra (y los nietos de muchos de esos lo sabemos bien), llegaron a América con una maleta y un alma llena de nostalgias entremezcladas con ilusiones. Se determinaron a mirar hacia adelante sin permitirse volver el rostro atrás. El mundo era distinto, quizás, y podría parecernos que había más oportunidades. No sé. Lo cierto es que la voluntad decidida es más difícil de quebrar.

No estoy insinuando que hay que irse. Esa decisión es muy personal y compete a las familias en la intimidad del hogar, según lo vean conveniente para sus contextos particulares. Lo que sí pienso que es importante considerar es el modo en cómo se asume lo que hoy vivimos como sociedad. Quedarse en Venezuela se ha tornado en toda una decisión de vida, tanto como irse. Por eso quisiera centrarme en la idea de que más que vivir con la sensación de que “estoy aquí porque no puedo irme”, resulta preferible –y psicológicamente más sano–, plantearse una razón más trascendente por la cual se permanece por decisión y no por descarte.

Hay que asumir que uno está aquí para algo y si uno decide irse también será para algo. Ambas decisiones deben tornarse en existenciales. Después de evaluar qué es lo conveniente para cada familia, hay que saber que siempre se deja algo por otra cosa que en el momento parece prioritaria y esto sólo puede sopesarlo cada persona o grupo familiar. Verlo con claridad resulta esencial, pues quedarse con la sensación de frustración ante el planteamiento de no ser capaz de salir, torna en obstáculo cualquier oportunidad que se abra.

Lo importante es lograr el cambio de actitud. Irse o quedarse son formas distintas de recorrer el camino de la propia vida. Algunos tienen buenas razones para irse; otros las tenemos para quedarnos, pero hay que orientarse conforme a esas razones que dan sentido a nuestra decisión. Lo que intento decir es que irse o quedarse deben ser decisiones asumidas en libertad y no como resultado de un arbitrario juego del destino.

Vivimos momentos de dilemas existenciales, pero la paz llega cuando se logran ver con claridad las razones de la decisión. Hay que procurar que la propia vida se despliegue como un servicio, bien sea en Venezuela, como instrumentos de transformación de la nueva sociedad que tendremos; bien sea fuera, como un aporte a otras sociedades.

Se comprende que muchos no tengan ahora las condiciones externas para desarrollarse como quisieran, pero ante la angustia de decidir, pueden plantearse que siempre podrán retornar. Venezuela es su casa.

Los que aquí estamos y quedaremos, debemos tomar conciencia de que tendremos la oportunidad -la estamos teniendo ya- de repensar el país, de redefinirlo, de asumir su reconstrucción. Venezuela necesita gente comprometida, particularmente sincera y determinada a poner sus talentos al servicio de muchos: de la unidad, del reencuentro entre todos, de la urgente necesidad que habrá de educar en el valor del trabajo a miles, así como de reforzar nuestros valores culturales y un renovado amor al país. Busquemos canalizar nuestras inquietudes; busquemos pensar en las soluciones: ésta es ahora la única manera de permanecer en Venezuela. Hay que “estar” sabiendo que se está aquí para algo. Quien decide quedarse o por el contrario irse, hágalo, pero consciente del ideal: de esa razón que le indica para qué debe quedarse o para qué debe irse.

No permitamos que nos domine la idea de que estamos aquí porque no podemos irnos. Seamos proactivos y descubramos el sentido de nuestras circunstancias actuales, personales y sociales. Se trata de nuestra vida; por eso, respondamos del mejor modo posible.

(El Universal, agosto de 2014)

MEMORIA, LENGUAJE E HISTORIA

Además de ser fascinante, la reflexión sobre el valor de la memoria y su relación con el lenguaje se va revelando como importante en un mundo que cada día acelera nuestra capacidad de conocer y sentir. Las presiones que ejercen los nuevos modos de comunicación apuran la percepción de las experiencias y a veces perturban la necesaria lentitud de todo proceso de asimilación de lo vivido. La rapidez aturde; subestima el valor del pasado. Deshace la ruta; extravía.

Los tiempos interiores piden su espacio para hilar los días y los años; para rescatarlos de un olvido que reduciría nuestra memoria a una versión bastante fragmentada de nosotros mismos. Cuando se mira hacia atrás desde la intimidad, tallamos una individualidad en la que se trenzan momentos que convergen en un presente más comprensible. Con la memoria colectiva sucede lo mismo. Asimilar un pasado compartido por muchos nos devuelve un presente distinto. Reconocido y asumido; susceptible de ser transformado y reorientado. Ambas memorias se implican y se enfrentan; se cotejan y confluyen en el ahora en que estamos. Cuando una falta, la otra se debilita, pues la interioridad germina en medio de unas circunstancias que se delinean como contexto histórico. Cultivar ambos modos de mirar hacia atrás salva de la amenaza de ser succionados por una espiral de ansiedad que nos desorientaría a todos por igual. Somos memoria y lenguaje, pero también historia, porque ni la vida ni las palabras nacen en el vacío. La cultura es en el fondo esta tríada.

La vivencia de unos tiempos registrados con premura deriva en procesos mal asimilados; en recuerdos dejados atrás, como desconectados del presente, y en palabras que pueden terminar atajando solo instantes, a modo de anécdotas o sucesos desperdigados, que poco tocan lo profundo. Por eso importa tratar de discernir nuestro centro de unidad, ese punto desde el que poder contrastarnos con referencias que nos encaminen. En medio del ajetreo diario, nuestro verdadero yo pide siempre reflexión para evitar que la existencia sea entrecortada. A esto debe tender la educación, sobre todo de la historia y de la lengua, creo yo, pues la conciencia histórica –configurada en palabras– nos constituye como personas y como nación.

Pensar, hablar, escribir, leer, escuchar a otros y reconocerse en ellos activa en nosotros la misteriosa posibilidad de acoger esos recuerdos que clarifican nuestro presente, pues “la manera de revivir el lenguaje es una forma singular de memoria”, como dice el filósofo español Emilio Lledó. Las

palabras nos sustentan; fundan y crean mundos. Sostienen culturas, desvelan lo que somos, encauzan nuestras inquietudes y guardan nuestra intimidad. La memoria personal se va formando y estructurando en medio de un contexto de encuentro con muchos otros que también piensan y recuerdan; que dialogan y generan opiniones. Que inciden en sus circunstancias cuando hablan y responden, tanto a las situaciones como a las personas. Da la impresión de que tenemos que pasar por las miradas de los demás para descubrirnos en lo parecido y en lo contrastante; para conocernos en eso que nos acerca y distancia de sus mundos. Las experiencias sociales, todo ese bagaje de conocimientos acumulados y pasados por el tamiz de las más diversas opiniones, se nos ofrecen en palabras.

Ese pasado se conserva en la memoria de los libros, pero también en la tradición oral que se regala a cada nueva generación en toda historia familiar y en cada recuerdo de un maestro, de unos padres, de unos abuelos o bisabuelos, si se tuvo la dicha de conocerlos. Se trata de un proceso de apropiación activo: “entender la historia es entender, más o menos conscientemente, la forma en la que hemos sabido incorporar, en la luz de las propias palabras, el significado de las ajenas” (Lledó).

Las crisis de memoria duelen y desorientan, pero toda dislocación es muy fértil porque obliga a mirar hacia dentro y hacia atrás mientras presiona al yo auténtico hasta que salga.

(El Nacional, noviembre de 2016)

METAFÍSICA DE LA COMUNIDAD

De tanto en tanto, cuando los seres humanos han visto tambalear sus seguridades, han sentido también la necesidad de reflexionar sobre lo que es el hombre y su relación con los demás. *Metafísica de la comunidad* es el título de un libro del filósofo Von Hildebrand. Una filósofa que le fue cercana, en amistad e inquietudes, Edith Stein, comenta sus ideas en un artículo que ha iluminado el mío.

La época que vio desarrollar las inquietudes de este grupo de filósofos muy unidos en intenciones, estaba dominada por un relativismo, un determinismo y un naturalismo sin alma muy arraigado en los ambientes. El dolor, con su crudeza, forzó a muchos a volver el rostro a la realidad: a una que no era una mera *idea*, sino la vida misma. No bastó una primera Guerra ni el desmoronamiento de los Imperios, sino que a la posguerra –más dura que la guerra, según dicen-, siguió una segunda, generadora de más heridas y sufrimientos.

En contextos como estos, acaecidos tantas veces a lo largo de la historia, los seres humanos experimentan la vida como un soplo ligero, de una duración muy frágil. Todas esas estructuras e instituciones que pudieron haber parecido tan estables, pueden llegar a un fin, tras un largo proceso, ciertamente, pero al término de una era, de un período, que incluimos después en un libro de historia.

Es lógico que en momentos de desconcierto, de dolor, de guerras (como fue el caso de estos filósofos), muchos se asombren de los terribles frutos del odio y deseen, por lo mismo, ahondar en lo contrario: el amor. Cuando se advierten tantos cambios en el entorno y se ve el futuro incierto, siempre abierto, junto a la fragilidad de la vida, se empieza también a sentir hambre de estabilidad.

Es interesante que Von Hildebrand hable de una *metafísica de la comunidad*, así como Marcel habló de una *metafísica de la esperanza*. La experiencia de ambos, y de tantos otros, fue la de la necesidad de encontrar un fundamento común a todos los hombres: algo que diera una razón más profunda de nuestro co-existir en el período histórico que nos toca vivir.

La comunidad tiene su raíz en las personas concretas. La primera gran relación que debe estar bien resuelta para lograr entrar en una comunión profunda con otro es la de cada *uno* consigo mismo. Esta primera congruencia o desavenencia se despliega luego en las relaciones con los *otros*

más próximos, para extenderse luego a una comunidad más amplia. Pero siempre la “actitud del otro” es acogida y “retribuida”, bien sea en la “compenetración del amor” o en la del odio.

No somos islas. Nuestra presencia entre otros, tanto como nuestra incidencia en el ambiente, impacta siempre. Además, lo fundamental es que lo que hace posible una comunidad son esas exigencias naturales en el ser humano: es la misma “estructura de la persona” lo que nos lleva a tender a la comunión con los otros.

Lo más “común” a todos es que somos seres humanos: esta es como la estructura del edificio que se quiere levantar. La intimidad de la comunión espiritual con nuestros compañeros de camino en esta vida no es siempre, por supuesto, igual de unitiva. No es lo mismo amar a un hijo, a un esposo, a una madre, que a una amiga, a un compañero de trabajo o a un desconocido. Pero si nos hacemos conscientes de que toda comunidad empieza a fundarse en esa primera relación más cercana *yo-tú*, ese buen espíritu de una comunión sana irradiará su amor a esos con los que compartimos nuestra historia.

Por más oculto que parezca el cambio interior, es de allí de donde nace toda apertura a la comunidad. Esa ha sido siempre la fuente de toda renovación profunda en los ambientes y en el mundo. Buscar lo común: lo más íntimamente común, eso que nos hace humanos, para hacer de nuestro entorno una verdadera comunidad.

Los momentos difíciles centran más en la realidad y obligan a ver las cosas con una mayor cercanía. Es una oportunidad con la que podemos intimar en estos tiempos.

Ofelia Avella

(El Nacional, abril de 2020)

METAFÍSICA DE LA ESPERANZA

En su conferencia *Fenomenología y metafísica de la esperanza*, recogida en su libro *Homo viator* (el hombre itinerante, el hombre en camino), Gabriel Marcel ahonda en la naturaleza de la esperanza, algo que podría ayudarnos también a nosotros en estos momentos.

Como filósofo, Marcel busca comprender racionalmente por qué siempre es posible esperar *algo*; por qué desde el sufrimiento es, paradójicamente, cuando mejor se experimenta *en qué* consiste eso profundo que podemos esperar; por qué la esperanza está relacionada con el misterio de la vida, con nuestra libertad, con la insatisfacción ante la finitud, con el amor y la capacidad creadora del hombre y, en última instancia, con la apertura a la trascendencia.

Lo primero que habría que decir es que se espera algo que no se tiene. Por eso, ante las situaciones, la esperanza es de algún modo una “respuesta del ser”. La experiencia de “cautividad”, de falta de luz, conduce misteriosamente a una percepción más honda de lo que es la esperanza, pues la carencia y la finitud nos ayudan a descubrir que en nosotros late un deseo muy íntimo de trascender lo inevitable.

Es cierto que tendemos a desear que suceda aquello que nos parece lo mejor. El enfermo desea curarse; uno desearía ver surgir al país cuanto antes; una madre espera al hijo que lleva en su vientre. Todos esperamos, en un nivel muy físico, que ocurra lo “deseado”: eso concreto que se adecúa a nuestras expectativas. Todas las cosas pueden, sin embargo, no suceder del modo y en el momento en que lo deseamos. El enfermo puede morir y aquel sueño en el que se han puesto todos los esfuerzos, puede frustrarse, físicamente hablando.

Marcel distingue entre esperanza y optimismo. El optimista confía en que “las cosas se arreglarán”. Para quien tiene esperanza, este deseo o convicción “se manifiesta a sí mismo como implicado en cierto proceso” desde el que puede “dar razón” del misterio contenido en el acto de esperar. Nuestro móvil debe trascender la “idea absurda” de que físicamente va a ocurrir lo que deseo. Y precisamente porque no es un problema que se reduce a causa (deseo)-efecto, la esperanza debe abrirse a la confianza de que en medio del proceso interior implicado con el cambio de las situaciones, no debe “poner condiciones”. Esta es la única manera de trascender toda decepción o dificultad. Por

eso no hay, para Marcel, “optimismo profundo”, pues el optimismo no está abierto a toda posibilidad. La esperanza, sí.

La esperanza, además, está “imantada de amor”. Quien espera sabe que la vida es un camino y que las inquietudes íntimas van comprendiéndose e integrándose en la medida en que amamos lo que hacemos. Por eso el proceso es creativo y debe derivar en una gradual apertura a Dios y a los hombres, pues el amor es relacional: vincula a un ser con otro y contribuye a “preparar la esperanza”. Quien espera realmente en algo mayor, en algo que lo trasciende a él y le ayudará en el camino a descubrir “cómo” logrará “exactamente” las cosas, ve la vida como “una aventura en curso”. En este sentido la esperanza es “a-técnica”, pues exige de nuestra parte la apertura a la sorpresa, al don: no a la exactitud de quien espera que suceda lo planificado.

Esperar, pues, no es “resistir”, aunque haya que resistir. Esperar, de verdad, exige una actitud de “no-aceptación” de una situación por la que se busca trabajar en un “proceso creador”. Y la creatividad implica el amor, pues sin él no hay vida. Sin él nada germina.

La esperanza es como un “resorte” que abre al infinito. Configura la respuesta a ese ser que es amor. Por eso Marcel insiste en que nos impliquemos con las situaciones; en que intimemos con los acontecimientos.

La “acción maléfica de la desesperación”, por el contrario, nos sume en un tiempo cerrado, en el que nada trasciende la materialidad de lo que ocurre. En momentos como estos, en los que las dificultades pueden sembrar desesperanza con facilidad, lo mejor que podemos hacer es “contribuir a preparar la esperanza”. ¿Cómo? Elevando la visión; implicándonos amorosamente en algún proyecto que nos ayude a poner nuestra seguridad en los valores que nos ayuden a “ser” mejores y convenciéndonos de que la esperanza está “vinculada a la comunión”, a la relación con los demás.

Lejos de ser una especie de estímulo motivacional para que confiemos que sucederá lo que queremos, la esperanza precisa de nuestra apertura interior: de la comprensión de que ella solo existe donde hay amor.

(El Nacional, febrero de 2020)

METAFÍSICA DE LA TRANSICIÓN

En tiempos difíciles, transidos por ideologías destructoras, algunos de los filósofos en los que me he concentrado han ahondado en el valor de la persona humana concreta y en el dinamismo natural, metafísico, de la realidad. Von Hildebrand escribió una *metafísica de la comunidad*; Gabriel Marcel ahondó en una *de la esperanza*. Muchos de ellos, asociados a la corriente de pensamiento conocida como *personalismo*, vieron la necesidad de profundizar en las relaciones interpersonales, en los fundamentos metafísicos de la comunidad, para iluminar la orientación de una Europa fracturada por la guerra y herida en sus entrañas. Sus reflexiones me han llevado a pensar acerca de una *metafísica de la transición*. Pienso que es posible describirla si atendemos a lo que es el hombre y el curso histórico (a lo que revela de nosotros, y de la realidad, el hecho de estar sujetos al paso del tiempo).

Todos estos pensadores, muchos de ellos católicos, otros protestantes y otros judíos, se iluminaron unos a otros en una búsqueda común por discernir qué revelaban del hombre los sufrimientos experimentados. Con las variantes propias de cada itinerario personal, todos coincidieron en que la naturaleza humana tiende a la apertura y a la primordial relación con los *tú* que nos son más próximos. La relación base, es decir, la fundamental de las que dependen todas las demás, es la del *yo* consigo mismo. La primera gran conciliación o disociación emerge en la intimidad y revela la conexión o desconexión entre nuestra inteligencia y nuestro corazón. Cuando aquí hay rupturas, las relaciones personales se tornan conflictivas e impregnan de desencuentros nuestro entorno. Cuando logramos conciliar las tensiones interiores, con humildad y sinceridad renovada (porque esta revisión es permanente), nos disponemos a acercarnos a los demás y abrimos a lo real (a lo que *es*): a no eludir.

La turbación y la angustia, la infelicidad y la desesperación, indican que algo en nosotros no va bien. Esta insatisfacción deja en evidencia la pugna tal vez inconsciente con un contrario que deseáramos tener: esa paz y felicidad difícil de encontrar. Nadie que esté en su sano juicio quiere ser infeliz hiriéndose a sí mismo y a los seres que quiere. Esto evidencia que si bien somos libres y por lo mismo distintos unos de otros, hay sin embargo leyes que rigen la naturaleza humana y ponen de manifiesto -en los *efectos*, en las *consecuencias de nuestros actos*- la maldad intrínseca de ciertas

decisiones, políticas o ideologías. Nuestra Venezuela fracturada es un perfecto reflejo de estos efectos disociadores.

Los seres humanos somos complejos y las variables que pueden intervenir en esa fractura interior de la que hablo son muchas. El odio, los remordimientos de conciencia, la soberbia, la avaricia, la envidia, la malicia del corazón, y ante todo, la falta de sinceridad para reconocer lo que sucede en nuestro interior y poder así re-conciliarnos con nosotros mismos, son siempre realidades que hacen conflictiva la intimidad. A estas tendencias naturales en todo hombre hay que añadir, en nuestro caso, la violencia disgregadora del régimen, orientada intencionalmente a abrir esas heridas con que todos nacemos. Las carencias y dolores de todo tipo agudizan la desesperanza y paralizan, pues el sufrimiento acumulado e intenso surte el efecto de la anestesia: *dopa*, adormece las emociones y puede llevar a las personas a rendirse ante la sensación de impotencia. El mucho dolor debilita y es también una variable que puede fracturar la intimidad y hacerla manipulable.

Estos filósofos fueron hombres y mujeres de una profunda calidad humana, pues habiendo vivido sufrimientos intensos y desgarradores, optaron por superar el encierro en sí mismos al que puede conducir todo proceso destructor, para conciliar su razón con su corazón, atendiendo al íntimo deseo humano de felicidad. Y este deseo, para ser satisfecho, precisa de la *apertura* a la realidad y al perdón. La tendencia a desear algo mejor sugiere ya la intrínseca aspiración a la superación de uno mismo y a un fin que trascienda la mera utilidad práctica y oriente las vidas otorgándoles un sentido más profundo.

Experimentamos las consecuencias de un sistema cerrado: replegado sobre sí mismo y de camino, tal vez sin advertirlo, hacia el suicidio. Todo encapsulamiento del yo genera una profunda tristeza disgregadora y desorientadora. La crisis avisa que la obsesión de imponer un plan que no calza con las necesidades humanas -porque es *antinatural* e *inhumano*-, puede conducir al país a la violencia. Y recuerda, también, que hemos descuidado la intimidad. Por eso todo proceso destructor es deshumanizador.

Resulta esencial atender a *cómo es el hombre y cómo es la realidad*, a partir de la observación de la experiencia. Todo sugiere que en lo más íntimo aspiramos a la felicidad, a la paz, a amar y ser amados. La dinámica de la cotidianidad evidencia que las comunidades tienen una base *ontológica*

que funda nuestra natural tendencia al diálogo y a la comunión con los demás. Por eso afectan tanto los golpes que la destruyen.

El hecho de que el hombre camine, además, hacia adelante y se abra siempre a un *mañana* es también indicio de que el curso histórico (la vida) tiende a un fin que debe tener un sentido que trascienda inclusive este tiempo fugitivo, porque de lo contrario, me pregunto, de verdad, ¿qué sentido tiene vivir si todo acabará con la muerte? ¿Para qué tantos esfuerzos y búsquedas? ¿Por qué amar a los seres queridos si todo acabará un día?

En el hombre, todo indica que tendemos a la apertura, al *mañana*, a la trascendencia de esta vida y a un modo de enlazar con los otros que supera el pragmatismo. Por eso, toda *transición* comienza en la propia intimidad, cuando reconocemos nuestros focos de maldad y nos abrimos al otro, reconociendo sus necesidades. La verdadera realidad se está imponiendo y nos pide ser mejores. Sin abrimos al “rostro” del otro, como diría Lévinas, tampoco descubriremos el nuestro. Y por este camino no nacerá un “nosotros” ni una nueva Venezuela.

La *transición* se concreta en acuerdos; rehace y fortalece vínculos y ante todo, construye: ordena las partes de un todo aclarando el panorama con propósitos orientadores. Todo lo que cada uno hace o deja de hacer, calla o dice, surte efectos en cadenas y en medio de unas circunstancias que nos han forzado a salvarnos por nuestra cuenta, hay que tomar conciencia de que el trabajo es comunitario. Nada deja de tener efectos. Lo pone de relieve la progresiva fragmentación del caos que vivimos.

Empecemos por nuestra intimidad y no olvidemos que el futuro es abierto.

Ofelia Avella

“MUJER, ¿POR QUÉ LLORAS?”

El drama de la pasión no implicó solo los dolores físicos de la flagelación, de los golpes y los clavos de la crucifixión. La traición de Judas, las negaciones de Pedro y la huida despavorida del resto de los apóstoles supuso un sufrimiento intenso para quien sabía sobre todo amar. Hacerse “pecado” por nosotros, como dice san Pablo; cargar con las culpas de los hombres de todos los tiempos como si las hubiese cometido cada una de ellas, agudizó su dolor. En medio de la soledad que se siente ante el aparente abandono del Padre y el muy real de los amigos, Jesús calla y perdona.

El juicio injusto, la cobardía de Pilato, la liviandad de Herodes y la confusión de una muchedumbre que hasta hacía poco decía creer en su mesianismo, fueron sucesos que se agolparon en unos días llenos de intenso dolor. El sufrimiento de la madre, por otro lado, abrió en él una herida que le traspasó desde mucho antes que la lanza.

Jesús conoció todas las posibilidades de dolor y todas las mezquindades humanas. Imagino nuestras debilidades rondando en su cabeza golpeada, mareada y adolorida por la corona de espinas; su cuerpo destrozado y debilitado; su persona entera sumida en la tristeza del abandono de los suyos. En medio de tanta oscuridad, su espíritu de Dios exclama que los hombres no sabemos lo que hacemos.

Unas mujeres lo acompañan esa tarde del viernes. La primera de ellas, su madre. Tal vez por eso y porque su presencia no era reconocida en su dignidad en una sociedad fundamentalmente dirigida por hombres, Jesús, al resucitar, se les aparece primero a ellas. Según la versión de Mateo y Lucas, se aparece a varias mujeres. Según Marcos y Juan, lo hace ante todo a María Magdalena. Esto no implica que la primera en verlo no haya sido su madre, pero nada se dice en los evangelios.

Al ver que no lo reconocía, Jesús interpela a María Magdalena con unas palabras que provocan la intimidad en una amistad fuerte: “Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?” (Jn 20,15). María, creyendo que era el hortelano, le pide que le dé el cuerpo que no está en el sepulcro. Jesús, para lograr una mayor cercanía con quien ya lo quería mucho, la llama por su nombre, “María”, a lo que ella responde reconociéndolo: “«¡Rabbuni!», que quiere decir «Maestro»” (Jn 20, 16).

Si algo queda de relieve en estos pasajes es la proximidad de Jesús a cada persona. A María la trata con particular cariño y le revela de algún modo que El nos conoce y busca desde mucho antes que nuestra búsqueda comience. Así como un ángel había removido la piedra del sepulcro para cuando las mujeres llegaron y Jesús se da a conocer vivo cuando lo creían muerto, así Dios obra antes y remueve las piedras que obstaculizan en nosotros la motivación de buscar y cambiar. No vemos esta acción. Todo parece siempre obra nuestra o de los demás, pero mucho comienza en nuestra vida desde antes que nosotros empecemos algo. Es el don de la vida; tan difícil de reconocer como valioso en un mundo cuya prioridad es el yo que puede y hace.

Es significativo que Jesús se aparezca primero a las mujeres. Deja así en evidencia que su dignidad es tan alta como la de los hombres. Premia tal vez su fidelidad al pie de la cruz. No lo sé. Lo cierto es que la mujer adquiere el relieve que hoy en día tiene gracias al Dios-hijo. El elevó su misión a categoría de don, de regalo, tanto físico como espiritual, y mostró que su sensibilidad es profunda y necesaria en su naciente Iglesia. Algo parecido a lo que reclama hoy nuestra querida Venezuela, país que además tiene nombre de mujer.

(El Nacional, abril de 2019)

MUJERES QUE MATAN

La última novela de Alberto Barrera Tyszka, *Mujeres que matan*, lo deja a uno golpeado, pero también con ganas de que la historia continúe. La rabia y la desesperanza que se anidan en la intimidad de varias mujeres cuyas vidas coinciden en esta ciudad tan violenta que es Caracas, las lleva a todas a ser cómplices de las que decidieron asesinar a alguien. Unas de un modo y otras de otro, cada una se descubre a sí misma capaz de algo que nunca pensó ser.

Se conocen al integrar un club de lectura; uno de esos espacios en los que muchas personas drenan sus angustias y encuentran algo diferente que les ayude a distraer la atención de nuestra tormentosa situación. Empiezan leyendo literatura y poco después de que una recomendara un libro de autoayuda, las reuniones toman un giro distinto. De comentar libros pasan a hacer confidencias importantes sobre sus vidas. Los personajes viven y se mueven en un contexto que nos es conocido: protestas callejeras con saldos altos en muertes; bolsas de basura de las que comen algunos para sobrevivir y la ronda de los grupos colectivos dispuestos a defender a este gobierno a toda costa. En una Caracas que se ha vuelto peligrosa y amenazante, estas mujeres se reúnen para olvidar, para eludir, pero terminan encontrándose con sus sombras y temores, rencores y dolores, para enfrentarlos de un modo muy distinto al que pensaron hacerlo.

Yo diría que la rabia ante el abuso y la ironía, ante la burla y la violación de la propia intimidad, bien sea física o psicológica, son los catalizadores de la violencia de la que uno es testigo en la novela. La tristeza que abruma también lo es. Y es la maestría de la narración lo que le lleva a uno no solo a comprender el origen de esta rabia, sino a sentirla en momentos concretos. La pretensión del control sobre las propias vidas, el dominio que se ejerce sobre el personal mundo interior, lleva a responder con una violencia que hace justicia por cuenta propia. Y aunque una de las mujeres diga que aprendieron a matar, que hacerlo resultaba menos difícil de lo que creyeron y que de hecho llegó a gustarles, las consecuencias de este peso también se harán sentir.

Barrera Tyszka tiene el don de la escritura. Escribe bien. Muy bien. Maneja el lenguaje como si algo muy flexible se le amoldara sin problemas. Su prosa es de una delicada suavidad que hiere. Se trata de un talento trabajado con tenacidad. No puede ponerse en duda que sabe crear personajes. Sabe ponerlos a vivir, a interactuar, a que cada uno sufra sus angustias particulares. Como simple

lectora que soy solo puedo decir que admiro su estilo y modo de estructurar sus novelas, pues pienso que entrelaza maravillosamente bien las peripecias y pone a andar con profundidad la dinámica psicológica de una naturaleza humana que conoce en su intimidad. Sus personajes dejan en evidencia que una honda sensibilidad les comprende.

No quiero ahondar en la trama porque si no cuento la historia, pero sí puedo decir que se trata de una novela que deja traslucir la impotencia que puede llegarse a sentir ante el abuso de poder. Una impotencia que deviene en rabia y en violencia cuando se vive, como es nuestro caso, en una sociedad en la que no hay ley. La tristeza y la desesperanza; el sin sentido de la vida y una especie de flojera en el hecho de ir la llevando, son emociones que impregnan la narración de un modo que abrumba. Se toca un ambiente opresivo y deprimido, cansado de luchar por una existencia más digna y humana. Digamos que uno siente que aquí no se puede; que aquí el propio nombre, la personal existencia queda aplastada bajo la avalancha de tantas otras que al desaparecer con una facilidad que nadie advierte, devienen en irrelevantes.

Cuesta salir de una novela bien lograda, pero precisamente porque cada día amanezco aquí, en la ciudad de la novela, debo hacerlo pronto. No quiero dejarme asfixiar por una tristeza comprensible.

(El Nacional, julio de 2019)

NAVIDAD

Todavía faltan unos días para la nochebuena, pero como mi próxima entrega es para después de Navidad, quise centrar mi reflexión de hoy sobre la noche en la que nace Jesús.

Lo que celebramos los creyentes es que Dios se hizo hombre y “habitó entre nosotros” (Jn 1,14). El misterio es siempre actual, pero en estos tiempos la liturgia nos invita a renovarnos por dentro para disponernos mejor a recibir a ese niño que desea nacer en nuestro corazón.

Algunos pensaron que el Mesías vendría a liberar a su pueblo de la opresión del Imperio Romano, pero Dios entró en la historia esa noche para redimirla en toda circunstancia, sucediese lo que sucediese. Desde que tocó este mundo, desde que nació esa noche, todo es susceptible de santificarse: todas las cosas y todas las noches. La vida, sin embargo, mana del corazón y es ese núcleo íntimo del hombre, ese que solo Dios puede sondear y escudriñar, lo que realmente desea ese niño que nace. El vino a salvar, a rescatar, a levantar, a sanar, a renovar nuestro espíritu cansado y agobiado, para fortalecerlo en la seguridad de su amor. Ese Dios que se hizo vulnerable como nosotros; que quiso asumir nuestra naturaleza para acercarse y vernos el rostro, nos dice con su presencia que nos ama y nos conoce desde que fuimos formados en lo secreto (Salmo 139).

Esa noche en la que José y María experimentaron que no había lugar para ellos en varias posadas, ese niño que redimiría los corazones fue sufriendo anticipadamente los obstáculos que ponemos los hombres a su obra salvadora. Nació en el mejor lugar posible: un pesebre oculto en el que se hizo patente el milagro que solo los hombres de buena voluntad pueden acoger como verdad. Los magos, los pastores; sabios que buscaban con sinceridad y gente sencilla expectante de una alegría más profunda, fueron testigos privilegiados de lo ocurrido en el silencio de ese lugar tan distante del ruido de la ciudad. Algo así debe ser nuestro corazón: una gruta resguardada de todo ruido exterior, de toda mirada impertinente que pretenda distraernos de ese misterio que salva. La navidad es un buen momento para dejarnos sondear por Dios; para abrimos a esa gracia que cura el alma de nuestras torcidas inclinaciones. Ese Dios que se hace cercano, que se hace un *niño lindo*, busca que confiemos en que su mirada no hunde ni humilla, sino que restaura y eleva. El vino a hacer *nuevas* todas las cosas; vino a redimir nuestro pasado, como meditó Tomás Moro en su soledad; vino

a que comprendamos que su amor trasciende toda situación si le dejamos sanar nuestro corazón, pues a eso vino: “a buscar y salvar lo que estaba perdido” (Lc 19,10).

A veces puede parecer humillante reconocerse frágil, pero paradójicamente, nada nos hace más fuertes que la conciencia de nuestra debilidad. Sucede que la gracia de Dios nos fortalece más en la medida en que nos experimentamos necesitados, tal como refiere san Pablo que le dijo el Señor: “te basta mi gracia, pues mi fuerza se hace perfecta en la flaqueza” (2 Cor 12, 9). Da paz saberse limitado; saber que “llevamos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia sea del poder de Dios, y no parezca nuestra.” (2 Cor 4,7).

Da paz saberse hijo de un Dios tan bueno, que perdona, sana y eleva. Esta es la experiencia que en esta Navidad deseo a todos los hombres que, sin saberlo, buscan a ese Dios que desconocen. Deseo lo mismo a todos los que conociéndolo, buscan amarle más, porque esto nunca tiene límite.

(El Nacional, diciembre de 2019)

NO DEJARSE MATAR POR DENTRO

La situación abruma, pero uno no puede dejarse abrumar, porque ¿qué lograría uno con eso salvo oscurecer un poco más el panorama? Esto no es una invitación a eludir la realidad ni a ser ingenuo, sino a excavar en uno para descubrir pequeñas o grandes motivaciones -a veces tan ocultas, que no hemos discernido todavía- que podrían darle un sentido a nuestras circunstancias. Que podrían, quizás, ayudarnos a tornarlas en un bien para nosotros y los que nos rodean.

Los momentos difíciles, oscuros, son generadores de creatividad. Las palabras fluyen, las ideas se desenredan y se clarifican, las inquietudes se multiplican. Y esto es así no porque se haya eludido el dolor creando como alternativa una especie de realidad paralela. No precisamente. Es así porque enfrentando la realidad como es, como se nos presenta, nos dejamos al mismo tiempo interpelar por ella. Y ante un cuestionamiento, uno debe, en principio, responder. Uno puede no hacerlo, es cierto, pero no responder sume en la desesperanza y ante el futuro, indeterminado, siempre cabe esperar. Las preguntas despiertan en nosotros inquietudes desconocidas, inadvertidas hasta el momento. Y la realidad, de alguna manera, dialoga con nosotros forzándonos a responder con nuestras acciones. La respuesta, sin duda, puede ser la desidia, el desinterés, pero responder así es triste, porque a cambio de alguna reacción generadora de vida, esta actitud sólo deja el vacío que recuerda a la muerte.

Lo mejor es buscar QUÉ cosa concreta lo motiva a uno por dentro. Por pequeña que sea, toda motivación es un principio orientador de vida y a un descubrimiento si que siempre otro. Hay que discernir que lo mueve a uno, que es aquello que susurra en lo más íntimo y hemos quizás acallado por mucho tiempo, por parecernos una voz fantasmagórica, desconectada de ese mundo real y ruidoso, en el que trajinamos cada día. Las exigencias de una vida que clama por sus necesidades básicas pueden sin duda acallar esa voz, pero siempre es posible parar por segundos y hacerse de un espacio interior que vuelva a centrarnos y ayudarnos a escucharla.

Las voces exteriores son múltiples y diversas. Hacen tanto ruido que ensordecen. Es curioso que el silencio nos ayude a escuchar y que el exceso de ruido ensordezca, pero sin duda ocurre así no sólo en el cuerpo sino en el alma. Por eso necesitamos construir esa especie de celda interior donde reposan las inquietudes y se escuchan los murmullos. Es allí donde hay que buscar las motivaciones

más íntimas, esas que responden a la pregunta de qué es aquello que realmente querríamos hacer, pues si algo desestimula es no saber qué se desea, qué se busca o hacia dónde se debe ir.

Encontrar estas motivaciones originarias da muchas fuerzas para vivir, para relativizar los problemas y trascender las situaciones difíciles. Discernirlas es ya un escudo que protege de tantas amenazas; la primera, la desesperanza, la tristeza, la parálisis del alma.

Si en algo podemos tornar en bien las dificultades que todos vivimos es precisamente en ese volver sobre nosotros mismos para lograr ser más profundos y reflexivos, para lograr descubrir ese norte que todos buscamos. El espíritu, las pequeñas inquietudes o ilusiones es algo que no podemos dejarnos quitar. Así como el silencio ayuda a escucharlas, a discernirlas, los momentos difíciles ayudan también a volver la mirada a nuestro interior en esa búsqueda de claridad, de intuición orientadora. Aprovechemos estos momentos para ver los caminos que podrían abrirse, a cambio de aquellos que se cierran.

(El Universal, mayo de 2015)

NO ENTIENDO MAMI... ¿NO ES POLICÍA?

Fue inevitable que, en un momento de descuido, mi hija pequeña viese una foto en la que un guardia nacional golpeaba duramente –con barrote incluido- a un estudiante. Resultó también difícil que no viese a esa guardia –mujer- que golpeó con su casco a la muchacha de Valencia. Lo más difícil de todo, sin embargo, fue que mi hija de 7 años entendiese lo que veía: “No entiendo mami. ¿Pero no es policía? ¿Por qué le pega a otros así?”.

La fuerza pública que un niño generaliza con el término “policía” debe inspirar respeto y no miedo. Eso es lo que “enseñan” los textos escolares, lo que los niños aprenden cuando ven a los fiscales de tránsito imponiendo orden y lo que según la lógica más elemental, se capta desde que se es pequeño. Resulta, además, que esta hija mía, estudió en su preescolar con dos amiguitas cuyos padres eran policías: uno de Sucre y otro de Chacao. El esposo de una de las maestras también era policía de Chacao. ¿Cómo no iba a decirme, al ver esas fotos, “no entiendo mami... ¿no es policía?”? Uno presupone, tontamente, que ellos pueden captar la complejidad de lo que ocurre. Se nos olvida que resulta imposible que asimilen fácilmente –sin la ayuda de un adulto- que algunos guardias son “motorizados de la muerte” o presos disfrazados, cubanos traídos para reforzar este “proceso”, o sencillamente venezolanos llenos de resentimiento. Resulta también difícil explicar que algunos tienen miedo y se sienten muy forzados o presionados y que muchos, sin duda, son muy buenos. ¿Cómo explicar que los borrosos límites entre el bien y el mal se ocultan no sólo tras esos uniformes sino en lo más íntimo de cada ser humano? ¿Hay que ahondar tanto, además, en los detalles? ¿No implicaría enredarlos más?

Lo anterior no quiere decir que no pueda distinguirse la bondad de la maldad, un acto honesto de uno que no lo es. Lo difícil es comprender que tras un uniforme ideado para el bien, se oculte tal complejidad de posibilidades. La pregunta no fue difícil de responder. Asimilarlo con claridad, en cambio, sí lo es. ¿Qué dije a mi hija? Lo que probablemente diríamos mucho: “es difícil que entiendas bien lo que ves porque es confuso. Que algún guardia o policía se porte mal no significa que todos lo hagan. Los hombres no somos buenos o malos. Todos hacemos cosas que están bien y otras que no lo están tanto. Detrás de todo uniforme hay hombres que se equivocan.”

Digamos que eso fue lo que dije, más o menos. Y creo que es importante transmitir a los niños –después de asimilarlo también nosotros- que no se trata de dividimos en buenos y malos, pues la naturaleza humana, como las situaciones, son bastante más complejas. Esto no quiere decir, como señalé, que no podamos distinguir un acto reprochable de uno admirable, así como un gobierno represor y autoritario, de un pueblo que clama libertad. Para el reencuentro entre los venezolanos, sin embargo, necesitamos comprender lo que en su bella prosa dijera Leonardo Padrón el domingo, en su crónica “Supervivientes”: “eso que llaman «el lado correcto de la historia» no es una línea recta, ni una sola calzada, es un amasijo de intersecciones, desvíos y rutas confusas. Es un lugar harto complejo. El lado correcto incluye también voltear hacia todos lados y reconocernos donde estemos”.

Captar la complejidad del camino no implica que no podamos distinguir entre lo injusto y lo justo, entre un régimen dictatorial y eso que llamamos democracia, entre una violación a la constitución y un derecho humano fundamental, entre un hombre bueno y otro que no lo es tanto. Lo esencial es reconocer que todos podemos equivocarnos y decidirnos también a cambiar; que podemos odiar, pero también amar; que debemos procurar reconocernos y aprender a perdonar.

En fin, no es una franela lo que nos hace buenos o malos. Por eso a un niño, que suele creer siempre en la palabra de sus padres, hay que ayudarlo a comprender eso que también nos cuesta a nosotros: “no veas a los guardias como malos y a nosotros como los buenos. Hay buenos y malos en todos los grupos, porque también nosotros somos siempre las dos cosas. A veces hacemos algo bien y muchas veces nos equivocamos”. Esto no implica que no digamos también con claridad que lo propio del guardia o del policía no es matar ni golpear a ciudadanos indefensos. Su función, por el contrario, es ayudar y salvar vidas; perseguir a delincuentes y proteger a la comunidad. En fin, preservar el orden y la vida.

Confieso que supuso todo un esfuerzo ayudarlo a comprender –a su nivel- la complejidad de la naturaleza humana y de los tiempos que vivimos, tanto como salvar la imagen de muchos guardias y policías justos. Tenía que salvar, también, la imagen de esos papás de sus amiguitas.

Nada de lo dicho implica que la guardia y la policía no deban esforzarse bastante por recuperar su imagen y su dignidad cuando esto acabe. Por cierto, es probable que sus hijos tampoco estén comprendiendo bien lo que ven. (El Universal, abril de 2014)

NO ES QUE UNO NO SEPA QUÉ DECIR

No es que uno no sepa qué decir. Lo difícil es asimilar lo que se ve y mantenerse esperanzado.

Ir a comprar algo es cada día más difícil. El día a día de todos es bastante similar: cola para comprar los productos que podamos haber encontrado y que sabemos bien cuáles son; búsqueda de algún repuesto, bien sea del carro, del autobús, de algún electrodoméstico, de alguna piscina, video-beam, televisión, en fin, de todo aquello que se considere máquina. Lentes de contacto, medicamentos, reactivos, bombillos, botellitas de agua, entre tantas cosas que podrían especificar los médicos, odontólogos, mecánicos, plomeros, dueños de papelerías, de automercados, o cualquiera de casa.

No pude conseguir un simple pintaditos verde este mañana. Después fui a buscar un pote de silicona que el día anterior me había parecido muy caro y resultó haber estado a precio viejo y por supuesto, ya no estaba. Alguien lo había comprado. Uno no puede dudar ni un día sobre si comprar algo porque ya a las horas no estará. Si uno no se manda a hacer los lentes ya, hoy, por ejemplo, mañana estarán al doble y eso con un pantalón, unos zapatos, un cuaderno, un paquete de hojas, de creyones, o de cualquier cosa. Hay que comprar lo que se necesite sin pensarlo mucho y si se puede, claro, pero uno se encuentra con que estamos siempre intentando ganarle la carrera a la inflación. Esto genera zozobra, incertidumbre, tristeza, pues la gente no sabe cómo podrá comprar sus cosas.

Uno ruega que no pasen dos cosas a la vez, porque si buscar y pagar un repuesto es una proeza, ¿qué será buscar dos a la vez? Uno no quisiera que así fuera, pero así es, porque es normal enfermarse y necesitar papel toale, algún antibiótico, y que la batería del carro, por ejemplo, cumpla con su ciclo de vida. Es normal necesitar lentes y que esto coincida con las inscripciones de un nuevo año escolar. Lo que no es normal es que el sueldo sólo alcance para una necesidad a la vez. Lo que no es normal es que todas las situaciones se vayan tornando en extraordinarias y que haya que decidir entre ir al médico o comprar la batería del carro.

Uno escucha a la gente decir: “esto es sólo un cuarto de dólar, o un dólar o sólo tres dólares”. Sin saber de economía todos vamos siguiendo los tiempos y vamos descubriendo el triste valor de nuestra moneda. Mi hijo decidió empezar a llevar sus ahorros al colegio para comprarse jugos y tequeñones, al captar que eso era preferible a tener el dinero estancado. La pequeña decidió también

usar su dinero “por si acaso al gobierno se le ocurría cambiar la moneda de nuevo. ¿Y si me quedo sin nada?” Eso es sabiduría popular. Hasta los niños captan. Los billete de dos y de cinco se van quedando en el carro para la gasolina. Otra gran contradicción que, sin ameritar de mucho estudio, advierte cualquier niño con su lógica espontánea: “una galleta de Bs. 50 contra los cuatro bolívares para la gasolina.”

Estas clases de economía callejeras que todos estamos teniendo deberían servirnos, entre otras cosas, para asimilar la lógica de una realidad que se impone. Nadie que busque ganar puede dejar de producir para provocar una guerra al gobierno. La realidad grita que eso no es posible y lo cierto es que sólo la realidad que se toca, que se palpa en carne viva, es capaz de callarle la boca al cuento de camino. Un país sale adelante con inversión de capitales, con la apertura al sistema de mercado, con la confianza de que lo invertido no será expropiado, con esfuerzo, trabajo y honestidad, en definitiva. Otras de las grandes cosas que estamos procesando, digiriendo, es que hay modos honestos, distintos, de hacer política. Los ciudadanos, por otra parte, se están haciendo sentir en sus diversas comunidades. Estamos comprendiendo el concepto de ciudadanía y estamos implicándonos en la necesaria transformación del país. Todo el esfuerzo está resultando en una lucha por no dejarse ahogar en el pantano. Nadie dice que es fácil, pero hay muchos focos de luz, hay mucha gente trabajando por encontrar las razones para no dejarse hundir.

Hoy, por ejemplo, es el acto de fin de curso de mi hija menor. No lo he visto todavía, es cierto, pero sé que va a ser muy conmovedor. El tema central es Venezuela. Sé que van a cantar esa canción que lleva el nombre del país y que evoca en todos una gran nostalgia. Sé que van a remover muchos sentimientos en algunos que se van y en los que nos quedamos.

Estos tiempos oscuros pasarán, es cierto que no sé cómo, pero somos una gran mayoría los que queremos otro país. Seremos más realistas, más trabajadores, menos ingenuos. Había mucho que aprender. Entre otras cosas, había que aprender a querer al país. En eso estamos, comprendiéndolo, buscándolo -como dice Leonardo Padrón-, pero confío en que el fruto de la labor de hormiga de muchos, se verá en un día no muy lejano.

(El Universal, junio de 2015)

“NO HAY UN YO SIN UN TÚ...”

EL VALOR DE LA COMUNICACIÓN

El hombre nació para el diálogo. Hablamos con los demás, con los autores de los libros que leemos, con Dios y con nosotros mismos, pues meditar es, de algún modo, dialogar. En la soledad *reflexionamos*, esto es, volvemos sobre lo dicho, hecho o conversado y nos respondemos en la intimidad aludiendo a lo meditado. El pensamiento, el lenguaje y la realidad es una tríada que se interrelaciona continuamente centrándonos en el mundo. Todo se interconecta cuando este proceso se pone a andar, pues pensamos en palabras y las palabras están cargadas de ideas. Por ser fruto de esa vuelta sobre lo vivido, el conocimiento va de adentro hacia afuera y de afuera hacia adentro vinculándonos con los demás. Por eso el autoconocimiento termina cuando hablamos y nos damos a conocer; cuando nos mostramos y nos hacemos receptores de las experiencias del otro; cuando salimos de nosotros para compartir, pues uno no solo se conoce en el silencio y la soledad, sino cuando se contrasta con los demás.

Pienso que en la verdadera comunicación se da lo mejor de uno mismo y si la relación con el otro es enriquecedora, se recibe también lo mejor del otro. El hombre necesita de la vinculación con los demás como del aire para respirar. Por eso el aislamiento, la indiferencia y el silencio duelen tanto, pues somos seres relacionales que tienden a un amor real como fruto del trato y del conocimiento del otro. No es posible crecer sin la comunicación, ya que no hay un *yo* sin un *tú*, como lo han manifestado muchos de los filósofos que han centrado su atención en el valor de la persona humana y las relaciones interpersonales (intersubjetividad).

Nada de esto está reñido con nuestra personalidad. Hay personas más introvertidas o tímidas por naturaleza y hay otras que sencillamente son menos expresivas. Lo que sí se nos aplica a todos como fruto de la experiencia humana es que aunque sea con pocas palabras, el hombre tiende hacia afuera y hacia lo alto. Lo contrario entristece y frustra. Por eso replegarse sobre uno mismo para no volver a salir sería como pedirle al mar que renuncie a abrirse ante una orilla, pues

hecho para expresarse, el corazón se empequeñece cuando se clausura. Más que muchas o pocas palabras al comunicarnos, diría que lo esencial está en la apertura interior. Así, un niño tímido que abraza y sonríe, va bien. A lo mejor hay que reforzarlo en la confianza en sí mismo, pero la sonrisa honesta que brota de adentro es un buen indicador de su intimidad.

Las analogías ayudan mucho a comprender las ideas y los conceptos. Lo difícil queda mucho más ilustrado con una imagen. Por eso me ha venido a la mente la realidad de que no podemos vernos el rostro sin un espejo. Nadie puede hacerlo y sucede lo mismo con el alma, pues lo cierto es que el contraste de lo que vemos en nosotros mismos con aquello que ven en nosotros los que nos conocen y quieren puede arrojar siempre una luz en ese proceso de auto-comprendernos. Podríamos decir así que los demás son un espejo que nos revela bastante de nosotros mismos. Un espejo en el sentido de que ven en nosotros mucho de lo bueno que uno no ve, así como defectos que podríamos mejorar y si el intercambio está mediado por el amor de amistad, la relación ayuda a crecer. Nada da tantas ganas de vivir como sentirse valorado y querido y la comunicación impulsa esta dinámica, pues se ama lo que se conoce. Y solo se conoce a quien se da a conocer.

El valor de la comunicación es muy grande, pues nos abre al encuentro con el otro. La incomunicación solo conduce al desencuentro, al enfrentamiento, al maltrato y a la guerra. Y como consecuencia última, a la tristeza. La palabra desvela lo que hay en el corazón; por eso el diálogo, honesto o deshonesto, revela lo que somos no tanto a los otros como a nosotros mismos, pues lo dicho o hecho se nos devuelve siempre en sus efectos de paz o de amargura. Y esto, aunque infructuosa, también es comunicación, pues la reversión es de algún modo una respuesta.

Si tuviera que decir qué es lo más importante del proceso diría que todo se gesta en el corazón, pues quien está bien en el mundo; quien se sabe y siente valorado y querido, espontáneamente se comunica y fruto de ese encuentro surge la comunión con el otro; la vinculación. Por eso, la verdadera comunicación nace del encuentro y deriva en uno más profundo; estimula el deseo de vivir y la alegría de existir. Yo diría que sella un modo de ser en el mundo que condiciona para la apertura y la creatividad.

Todo, pues, empieza dentro, cuando nos volvemos sobre nosotros y nos conocemos en la reflexión. La salida hacia afuera completa el proceso, pues el retorno de esta salida nos interpela.

Hablar, escuchar, contrastar y responder. No hay comunidad ni verdadera personalidad sin esta dinámica que, será más fuerte en tanto más auténtica.

(Artículo publicado en la revista Entre-socios, Año 15, edición 8, mayo-junio-julio-agosto 2019). El actual artículo tiene unas pequeñas correcciones que facilitan la comprensión de las primeras líneas.

“¡No tengáis miedo!”

Cuando el viento sopla fuertemente, unos levantan muros y otros construyen molinos de viento

(Proverbio oriental)

¡Cuánto necesitamos que retumben en nuestros oídos las palabras que pronunció Juan Pablo II aquel 16 de octubre de 1978 cuando dio inicio a su pontificado!: “¡No tengáis miedo!” ¡De abrir de par en par las puertas del corazón a Cristo, de conocer la verdad acerca de vosotros mismos! Ideas claves que transmitió aquel día desde el balcón.

Cuando se revisa la vida de un gran hombre, resulta fácil creer con fuerza en las palabras de Isaías: “Desde el vientre de tu madre te llamé, te escogí y te puse nombre”. Dios no improvisa con nadie, pero mucho menos con aquellos a quienes asigna una misión particular. Así, en la vida de Karol Wojtyla, nombre secular de Juan Pablo II, pueden rastrearse estos designios divinos desde los inicios de su vida. Nació en Wadowice, Polonia, el 18 de mayo de 1920. Conoció el dolor desde muy joven, pues su madre murió cuando tenía sólo 9 años. Su hermano Edmund murió al poco tiempo, contagiado de escarlatina en el hospital donde trabajaba. Esto le unió aún más a su padre, quien por su profunda piedad y actitud ante la vida, fue determinante en la formación de su carácter, así como en su amor a Polonia, su historia y literatura. La vida con su padre la recordaba como una escuela de amor a Dios. Encontrarle a veces de rodillas, sumido en oración, a altas horas de la noche, le impactó siempre de modo particular. Refiere que fue él quien le enseñó a tratar al Dios del Espíritu y consideró su vida junto a él, como su “primer seminario”. La profundidad de un trato sincero, la comprensión y ayuda mutua que los unía, la austeridad de una vida difícil, el hambre, el frío, la guerra, el dolor, y las peripecias para encontrar algún trabajo que les ayudara a sobrevivir, fueron situaciones que maduraron su vocación. La muerte de su padre, cuando contaba tan sólo 20 años, fue un golpe que describió como durísimo. Meditó durante casi 12 horas frente a su tumba y desde entonces, quedó “solo en el mundo”.

Amigo de todos, y en particular, de muchos judíos, experimentó la desaparición progresiva de profesores y amigos como una locura colectiva, motivada por el odio irracional del régimen nazi. En “un mundo que parecía haberse vuelto loco”, Karol Wojtyla respondió con *el amor* a través de su

vocación al sacerdocio. Se trata de una vida intensa, cuyo alcance extraordinario maduró, en definitiva, en medio de unas circunstancias durísimas. A lo largo de este proceso, Wojtyla estudió -con hambre y cansancio- en el poco tiempo “libre” que le permitía su trabajo en las minas; participó en el Teatro Rapsódico, el cual procuraba mantener viva la cultura polaca frente a los intentos de su destrucción por parte de los nazis. Conoció el trabajo manual y el intelectual. Su deseo de comprender el sentido de lo que acontecía a su alrededor le llevó a aprender el castellano, para así poder leer directamente a San Juan de la Cruz. La “noche oscura” de la fe por la que pasó en infinidad de ocasiones, encontró respuestas en el santo español, sobre quien hizo su tesis para doctorarse en Teología en Roma. Su propia vida le llevó a profundizar en el misterio del dolor, del mal, tanto como en la respuesta de amor, misericordia y perdón, en que parece resolverse este dilema.

Un hombre capaz de tanto amor tenía que tener el contrapeso del dolor. Para comprender y contrarrestar el vacío existencial que provoca el materialismo, el hedonismo y las falsas promesas que ofrecen las ideologías, parecía necesario un hombre que, por haber crecido en la pobreza, en medio de muchas carencias y de una soledad vivida con fuerza, se había hecho capaz de una total apertura a la riqueza del amor de Dios. Maestro en humanidad, Juan Pablo II fue un hombre abierto al diálogo y a la construcción de puentes. Su experiencia con los regímenes totalitarios que conoció bien, primero el nazi y el comunista soviético después (guerra que los polacos describen como “la que perdieron dos veces”, pues al salir unos entraron los otros), le convirtió en un incansable defensor de la libertad de conciencia y de la vida. Su influencia en la caída del “muro soviético” es innegable. Hombre de fe, fuerte, profundo, convincente, clavó una tremenda cruz en la explanada de Nowa Huta, el “paraíso obrero” de los soviéticos, y “ciudad sin Dios”, para promover la construcción de una Iglesia, cuando era Obispo auxiliar de Cracovia. Después de una lucha tenaz, la Misa de Navidad se ofreció a cielo abierto. Y la Iglesia se construyó, siendo consagrada por el ya Cardenal Wojtyla, un año antes de ser elegido Papa.

Hombre experto en lidiar con regímenes opresores, el Papa amigo puede bien ser nuestro intercesor en el cielo. Decía que “la libertad le es dada al hombre como una tarea. No sólo debe poseerla sino también conquistarla”. Pidámosle, pues, que nos enseñe a conquistarla.

(El Universal, julio de 2013)

NUESTRAS IDEAS DE DIOS

La iniciativa de reflexionar sobre la relación entre la teología y el país que tuvo lugar esta semana en el ITER, removi6 en m6 una inquietud que viene madur6ndose desde hace varios a6os. Escribo esto antes de que termine el evento, pero la indagaci6n sobre el “horizonte cristiano de una alternativa para nuestro pa6s”, me llev6 a concretar esta idea que ronda por mi mente a ra6z de una experiencia personal.

Hace 4 a6os publiqué un libro llamado *En busca de Dios*. En 6l trat6 de describir mi itinerario de b6squeda y conversi6n a Dios, a partir de esos momentos iniciales que me movieron a captar que mi inquietud ten6a que ver con el esp6ritu y la trascendencia. Inscrita en un contexto muy personal, como toda experiencia humana, el tema social y el sufrimiento ajeno supusieron el catalizador de esa 6ntima necesidad que he tenido siempre de encontrar un sentido m6s pleno a la vida. Los pasillos de la UCAB vienen a mi mente en este momento porque el padre Lacasta supo tocar mi coraz6n en un instante de vac6o existencial grande. Me vio caminando y capt6 mi fragilidad sin conocerme. En esa “hora menguada” que uno puede diagnosticar como determinante en la vida de una persona, 6l supo ser Jes6s en mi camino. A lo largo de mi vida he experimentado varios de esos encuentros personales decisivos con otros seres humanos, pero el primero nunca se olvida. Son r6fagas de segundos que abren a la trascendencia, gracias a la bondad de un hombre y no a una idea. Estas convencen, pero el v6nculo humano salva.

A los meses de haber publicado el libro, un se6or me manifest6 sus dudas acerca de ciertas cosas que yo hab6a escrito. No ve6a posible “objetivar las experiencias humanas”. En ese momento no me sent6 capaz de evaluar lo que yo misma hab6a dicho. Hoy, pasados los a6os, puedo ver que 6l estaba en lo cierto. Aunque all6 insisto en que las b6squedas son muy personales, intento hacer algo que efectivamente no es posible sin traicionar la riqueza de la subjetividad: objetivar un proceso de conversi6n. Siempre hay rasgos comunes a todas las experiencias humanas, pero a todo el mundo no le pasa lo mismo “bajo ciertas condiciones”. Esto implicar6a reducir la libertad humana, someterla a unos par6metros y racionalizar, adem6s, una b6squeda interior muy rica en matices y profundamente distinta una de la otra. Uno madura y sufre transformaciones interiores, sobre todo porque la realidad sobrepasa siempre nuestras expectativas y trasciende nuestros esquemas, tanto como Dios lo hace con nuestros modos y maneras de comprenderlo.

Si traigo esto a colación es porque mi revisión interior me ha llevado a reflexionar sobre la relevancia que tiene el corazón en el proceso de conversión y acercamiento a los hombres. La inteligencia necesita comprender, es cierto, pero el amor lo concreta todo en un acto y a veces, en ese afán por insistir en la norma y aclarar conceptos, la afectividad puede quedar desatendida. La excesiva racionalización distancia del yo más íntimo, desconecta de las inquietudes originales y abre cauce para que Dios pueda parecer una idea.

Como creyente que habla desde lo más íntimo, creo importante ahondar sobre esa conexión entre la razón y el corazón, pues para transitar hacia la convivencia hay que atender a la persona concreta y acompañarla en sus circunstancias y procesos individuales, respetándolos.

Hace años, en un orfanato, se me acercó un niño de unos dos años. Lo cargué y toqué su nariz. Estaba llena de cicatrices. Yo no sabía que desde que había llegado al lugar no se la había dejado tocar. Me lo dijeron después. Su mamá lo quemaba con cigarrillos. Creo que si me lo hubiesen dicho antes, el mucho saber sobre su caso me habría distanciado.

Espeluzna que un niño salga a matar, pero el drama fuerza a comprender que la rabia del ataque³ es siempre un grito de auxilio, un verdadero vacío de vínculo amoroso. Por eso, la transición a la convivencia en Venezuela es un reto que en el fondo nos pide ser más humanos.

(El Nacional, marzo de 2017)

³ Alusión al caso de los niños que días antes (marzo de 2017) mataron a dos guardias militares:
<https://www.elmundo.es/internacional/2017/03/21/58d161cfe2704e7b408b4627.html>

ORA ET LABORA

Esta semana vi un documental sobre san Benito de Nursia (480-547 d.C.), Patrono de Europa y padre del monacato occidental. Es uno de los tantos documentales elaborados por el equipo de *Word on Fire*, bajo la dirección del Obispo Robert Barron, de la Arquidiócesis de Los Ángeles.

La intención de compartir el profundo mensaje del documental no es recordar a un personaje histórico por el solo hecho de transmitir un poco de cultura, sino porque el impacto del espíritu de este monje fue de tal alcance, que todavía hoy puede inspirarnos.

En un mundo en caos, que vivía las traumáticas consecuencias de la caída del Imperio Romano, un hombre sencillo, decidido a atender a la voz de Dios en su interior, se retiró a las afueras de Roma para vivir en soledad, lejos del bullicio de la ciudad. Buscaba discernir un modo de vida distinto al que estaba habituado a ver. Tras un largo proceso de maduración, de conocimiento de Dios y de sí mismo, acabó siendo el padre de una comunidad cuya *regla de vida* fue, sin exagerar, la semilla que dio fruto a una nueva civilización. Así como trabajaron la tierra (de allí *agricultura*: el cultivo del campo), así trabajaron en su intimidad para unirse a Dios. Pensaron, rezaron, leyeron y escribieron (cultivaron su alma: de allí *cultura*).

Así, en un mundo que todavía intentaba asimilar el colapso de un Imperio que parecía indestructible, la silenciosa labor de este monje se expandió por toda Europa con la fundación de muchos monasterios. Signos tangibles de estabilidad en un mundo frágil y en ruinas, los monasterios supusieron “centros de civilización”, más que de “retiro”, como bien dice Barron. No solo preservaron la cultura de la antigüedad, haciendo posible la continuidad espiritual de una tradición que sentaría las bases de Occidente, sino que abrieron sus puertas a los peregrinos que buscaban comida y sosiego en un mundo desestructurado. Su regla, condensada en tres cortas palabras, *ora et labora* (reza y trabaja), propuso un modo de vida que, arraigado en las almas de los monjes, hizo de los monasterios vigas que sostuvieron lo esencial de un pasado en ruinas y abono de la Europa en germen.

En palabras de John Henry Newman: “*san Benito encontró un mundo social y materialmente arruinado, y su misión fue ponerlo otra vez en su lugar, no con métodos científicos, sino con medios*

naturales, no con la pretensión de hacerlo en un tiempo determinado o utilizando un remedio extraordinario o por medio de grandes gestas, sino de un modo calmo, paciente y gradual, trabajo que muy a menudo permaneció oculto hasta que estuvo terminado...

Se veían hombres silenciosos en el campo o en el bosque, excavando, desenterrando y construyendo, mientras que otros hombres silenciosos, que no se veían, estaban sentados en el frío del claustro, cansando sus ojos y concentrando sus mentes en copiar y re-copiar penosamente los manuscritos que se habían salvado.

Ninguno de ellos protestaba por lo que hacía, y poco a poco los bosques pantanosos se fueron convirtiendo en ermita, casa religiosa, granja, abadía, pueblo, seminario, escuela y por último en ciudad”.

La certeza de que vivían al ritmo del orden de la creación, unidos a Dios, desde la madrugada hasta la noche, en silencio y en comunidad, atrajo a una sociedad disgregada a un nuevo modelo de asociación. El trabajo intelectual, pero también el manual -tan central en la vida monástica- fue impregnado de una espiritualidad que elevó el obrar humano a una dignidad divina, pues con su mente y con sus manos, el hombre se hace co-partícipe de la obra de Dios cuando reza, cocina, cultiva en el huerto o se centra en la lectura de algún libro. Todo trabajo asocia al hombre al dinamismo de la vida divina y le ordena por dentro para que sirva mejor a la comunidad. Se trata, al final, de orar y trabajar por amor, orientados todos hacia un destino común que trasciende de esta vida, pero se forja y madura en ella.

Trabajo y persona, relación que resume bien la condición del hombre en el mundo, es justo el nombre de la asociación fundada por Alejandro Marius e inspirada en el espíritu de san Benito. Lo que hace Alejandro y su equipo es fundamental en Venezuela y en cualquier parte del mundo, pero en una sociedad en crisis como la nuestra, en la que por diversas razones carecemos de tantos hábitos de trabajo y del estímulo necesario para sentirnos capaces de desarrollar los propios talentos, la tenacidad de esta asociación en formar a muchas personas en distintos oficios para ayudarlas a descubrir y confiar en sus potencialidades de modo que sirvan con ellas a su comunidad, constituye como una réplica del espíritu que impactó aquellos siglos. Ese trabajo silencioso ha dado muchos frutos y se ha ido expandiendo hacia diversas áreas de formación. Es increíble y esperanzador cómo hay efectivamente gente trabajando en Venezuela.

Este es el verdadero país: el de personas concretas que trabajan, que aprovechan el tiempo viendo cómo salir adelante, rindiendo sus talentos lo mejor que pueden, para dar esa estabilidad que sostiene lo que debe perdurar en nuestra caótica sociedad, haciendo posible la transición.

Ofelia Avella

(El Nacional, julio de 2020)

PENSAR CON EL CORAZÓN

Nos resulta extraña la posibilidad de “pensar con el corazón”, pero si lo consideramos bien, son muchos los momentos en que el corazón parece ampliar a la razón, induciéndola a reconocer que ciertas cosas se comprenden mejor “amándolas”. No se trata de que los sentimientos desborden nuestra razón, impidiéndole “pensar”. La expresión sugiere, más bien, que por la mediación del corazón, la inteligencia puede atreverse a leer los acontecimientos de un modo diverso al de la razón discursiva. Según esta intuición, la posibilidad de “pensar con el corazón” está sujeta a nuestra capacidad de amar, a nuestra apertura a las miles de circunstancias con que pueda sorprendernos la realidad, sobre todo cuando contrastan con nuestros esquemas lógicos de comprender las cosas. La hermosa metáfora “corazón pensante” llamó mi atención al instante, mientras leía un artículo sobre Etty Hillesum, una muchacha judía que muere, a los 29 años, en Auschwitz, tras recorrer un profundo camino de transformación interior y continuo diálogo con Dios.

Pensar con el corazón no significa, para ella, que una facultad deba anular a la otra, sobreponiéndose en una aparente superioridad. Esta posibilidad, por el contrario, supone un equilibrio de las partes, pero también una capacidad de ensanchar la razón para afrontar y comprender lo difícil de la vida: una “comprensión” que será, desde esta perspectiva, particular, especial, pues exige trascender nuestros modos ordinarios de entender la realidad, para disponernos a amar lo que la lógica humana nos llevaría a odiar o rechazar. Estas palabras que medita y escribe en medio de un campo de concentración pueden iluminar lo que digo: “Cuando por las noches, yacía ahí, tumbada en mi catre de campaña, entre mujeres y muchachas que roncaban suavemente, que soñaban en voz alta y que lloraban en silencio y daban vueltas, mujeres que de día afirmaban a menudo: «no queremos pensar», «no queremos sentir nada, si no, nos volvemos locas», entonces yo sentía una ternura infinita. Estaba despierta y dejaba pasar por mi mente los acontecimientos, aquellas impresiones que eran excesivas en un día demasiado largo, y pensaba: «Permíteme ser el corazón pensante de este barracón». Quiero serlo de nuevo. Me gustaría ser el corazón pensante de un campo de trabajo entero».

Es probable que la experiencia de “pensar con el corazón” se desarrolle con el tiempo, con el continuo enfrentamiento a múltiples situaciones, sobre todo, quizás, dolorosas, pues es allí cuando más constatamos que “no queremos pensar”, que “no queremos sentir”, porque si lo hacemos, nos

volveríamos “locos”, como referían esas mujeres en el campo. Etty Hillesum, con una frescura asombrosa, se atreve a pensar por ellas, pero “con el corazón”, pues intuyó bien que pensar con una lógica “racional”, que buscara las razones de aquel horror, resultaba en un esfuerzo innecesario, agobiante y sin sentido, pues ¿qué explicación podría haber encontrado? Hay momentos en que no existe una respuesta satisfactoria porque lo que ocurre, aquello que podríamos estar enfrentando, no puede comprenderse desde los parámetros de una lógica de evidencias. Ciertas situaciones, más que razonarlas, hay que perdonarlas y amarlas. Y para ello hay que pensar con la lógica del corazón, pues la otra posibilidad es odiar, fomentar el resentimiento o negarse a pensar y a sentir, es decir, bloquearse interiormente, lo cual puede ser comprensible, pero no redundará en un beneficio que pueda madurarnos.

Ahora bien, ¿cómo se piensa con el corazón? En el fragmento citado, Etty Hillesum lo refiere con claridad: “(...) dejaba pasar por mi mente los acontecimientos, aquellas impresiones que eran excesivas en un día demasiado largo (...)”. No dice que “razonaba”, que “discernía las causas” del drama que vivían. Buscaba comprender, sí, pero con una inteligencia reposada: “dejando pasar” por su mente lo que sucedía. Acota que las impresiones eran “excesivas” y los días “demasiado largos”, pues cuando el dolor es muy intenso, los segundos son eternos. Y cuando el horror que se experimenta perturba nuestra humanidad, por la extrema maldad que se sufre, todo se torna inentendible. Por eso, ¿cómo “comprender” de algún otro modo que no sea con el corazón? Mejor que “no pensar” y “no sentir” es lograr “pensar amando”, algo sin duda alguna difícil. Se trata de un actuar consciente, noble y admirable, pero que transforma interiormente y eleva a un nivel de calidad humana insospechado. Al “dejar pasar” por su mente los acontecimientos, esta muchacha los consideraba, los contemplaba, procurando tocar con su ternura tanto dolor humano. No quiso dejar de pensar ni de sentir porque hacerlo habría implicado negar su humanidad. Buscó una manera novedosa de superar tanta irracionalidad y lo logró. Contemplaría las situaciones e impresiones que procuraría amar, pues sólo un corazón pensante puede sobrellevar, sin dejarse anular, el excesivo sufrimiento, la locura de una guerra o de tantas situaciones injustas que lindan con la irracionalidad. “Llegado un punto –dice- ya no se puede hacer más, salvo estar y aceptar”. Se puede odiar y dejar crecer la sed de venganza, claro está, pero más que dejarse carcomer por el mal, es preferible superarlo. Y esto se logra perdonando, amando. Ese “estar”, como sugiere, no implica pasividad alguna, pues no invita a eludir el pensar y el sentir; “estar y aceptar” supone, por el contrario, un control intencional sobre las emociones, sobre las pasiones, para esforzarse en tornar el natural odio en amor. Implica responder

al mal con el bien: “Sé que quien odia tiene fundados motivos para hacerlo ¿Pero por qué tenemos que escoger siempre el camino más fácil?”.

De algún modo indica el camino: abrirse a lo que acontece. Se lee así: “Si empezamos a aceptar, ¿no debemos entonces aceptarlo todo?”. Invita a “una apertura cada vez mayor a la realidad”, como señala Davide Perillo en su artículo “El corazón pensante del Lager” (Revista *Huellas*, enero 2014). Y para ello aconseja ceñirse a la experiencia, a lo más concreto y sencillo de la vida cotidiana, pues “ésta es la única realidad que no se puede anular con discusiones. Las imágenes pueden ser ensuciadas y destruidas”, pero no así lo que sucede. De este modo, más que razonar acerca de situaciones que difícilmente tienen explicación, esta muchacha profunda sugiere interpretar los sucesos desde un corazón pensante; desde una inteligencia que, ante la experiencia del mal, exhorta al corazón a practicar el bien.

Lograr una disposición así es posible si hay apertura a la trascendencia: si la vida misma se asume como un don que más que explicarse, se agradece. No es sólo ante el dolor como puede activarse un corazón pensante. Es también ante toda situación con que la vida pueda sonreírnos. ¿Qué explicación necesitaríamos para acoger la ternura de un niño o el milagro de un recién nacido? Quizás el dolor se necesite para iluminar la cotidianidad: para valorarla en su justa medida.

Dos días antes de morir, esta muchacha escribe: “El cielo está lleno de pájaros (...) el sol resplandece sobre mi rostro, y ante nuestros ojos sucede una matanza; es todo tan incomprensible. Pero estoy bien”.

Tanta nobleza y profundidad sólo es posible si se piensa con el corazón.

(El Universal, marzo de 2014)

PENSAR EN EL HOMBRE Y DESAFIAR AL RÉGIMEN

A raíz de mi artículo sobre Juan Pablo II, alguien me sugirió que pensara en lo que hicieron los polacos para lograr la independencia del comunismo soviético: algo que pudiese suponer una lección para nosotros y ser quizás trasladable a nuestras circunstancias, tomando en cuenta que cada pueblo es diferente.

¿Qué hicieron los polacos? Concretando, podríamos decir lo siguiente: 1) después de haber experimentado la brutal ocupación del régimen nazi, *los artistas* lucharon por mantener activo el movimiento que se resistía a que su cultura fuese eliminada. Tenían claro que la cultura de un pueblo sobrevive en virtud de la lucha interior por mantenerla viva, no obstante la intención sea “borrar” al país del mapa físico; 2) *la vida académica* jugó un papel clave. Los intelectuales, y en concreto los filósofos, centraron su atención en temas que resultaban fundamentales: ¿qué es el hombre? ¿Por qué en circunstancias similares, unos son capaces de tanta maldad y otros de tanta nobleza? ¿Cómo debemos comprender nuestra dinámica? Ante las preguntas sobre lo que son las cosas (la realidad) y la naturaleza humana, los filósofos de la Universidad Católica de Lublin vieron con claridad la importancia de ahondar en la ética para responder a lo que “debemos hacer”. Nuestra cultura no nos ha enseñado a valorar el trabajo intelectual. La acción suele exigirse como prioritaria. De las crisis se sale, sin embargo, en virtud de la fortaleza interior que nace de una seria reflexión por las causas de los problemas y sus pertinentes soluciones. Gandhi se retiraba a pensar y a fortalecer su espíritu con el ayuno. Mientras los checos dormían, Havel pasaba horas pensando cómo resolver los problemas de su país. Tanto como Havel, el cardenal Wojtyla, junto a muchos intelectuales polacos, tenían una clara conciencia de que el problema de la ética se planteaba como urgente a raíz de la nueva situación política. ¿Cómo saber *qué debo hacer* si no tengo conciencia de mi condición de hombre libre, con una dignidad personal que no debe permitirse ser sujeta a otro con violencia? ¿Cómo defenderse de un “pensar totalizante” (Havel) si no soy consciente de mi subjetividad particular, de mi personal valía, de una intimidad intransferible, la cual me obliga a la responsabilidad con que debo asumir mis actos y mi vida? ¿Qué tipo de sentido puede tener una vida que se vende a otro por miedo y cobardía?

Los comunistas no vieron una mayor amenaza en el proyecto de Lublin por subestimar la fuerza de las ideas. La claridad con que éstas iluminaron, sin embargo, a muchos, sentaron las bases del proceso por venir. Así, pues, 3) *la renovación moral precedió a la política y a la social*, lo cual

requirió de la reorientación de la visión de hombre que pretendía imponerse. *Solidaridad* como movimiento sindical fue un motor fundamental de este proceso de liberación, pero no debe olvidarse que lo esencial radicó en la toma de conciencia de lo que significaba “ser personas” y de lo que implicaba la verdadera “dignidad”. Los filósofos de Lublin lograron que esta visión de “hombre libre” permeara en el pueblo, si bien, gradualmente. Vieron que *había que plantear la batalla en el mismo terreno del marxismo*. De aquí que la reflexión girara en torno a la *auténtica liberación del ser humano*, pues aquí radicaba la inquietud (y el engaño) fundamental.

El politólogo francés Alain Besançon dijo que con *Solidaridad*, los polacos habían recuperado «la propiedad privada de sus lenguas». Hablaron porque sus conciencias se habían renovado en el deseo de vivir en la verdad. En esto consistió la transformación fundamental: lograron valorarse en lo personal y fortalecerse así en la determinación por defender su soberanía.

Nosotros hemos aprendido a luchar, pero debemos seguir reflexionado sobre cómo hacerlo mejor. Los pueblos de los que hablo *desafiaron al régimen*. Tenían una fortaleza de ánimo que los hacía indoblegables; su misticismo, su espiritualidad, les llevó a desobedecer lo injusto y a manifestarse por medio de actos simbólicos concretos: Wojtyła clavó una cruz y levantó una Iglesia precisamente en la primera ciudad “sin Dios”. Los polacos izaron la bandera de la nación en las fábricas, colocaron en sus puertas y verjas cruces, retratos del Papa Wojtyła y cuadros de la Virgen Negra de Czestochowa, como representación de la independencia nacional. ¿Por qué no buscar nuestros símbolos y crear así conciencia de lo mucho que debería indignarnos la pérdida de nuestra soberanía y el saqueo de la nación?

Necesitamos renacer moralmente: captar que la verdadera liberación es la de vivir en la verdad y en la solidaridad. El materialismo nos ha debilitado como nación. Nos ha llevado a subestimar los valores superiores y a esperar cambios fáciles. Hay mucho trabajo por delante, pues se trata de propagar una conciencia nacional. La batalla es dura, sí, pero fundamental para rehacer un país.

(El Universal, julio de 2013)

PERSONA Y COMUNIDAD

La experiencia nos ha enseñado que cuando “todo es de todos” las realidades más concretas terminan por ser de ninguno, pues el colectivismo diluye a las personas en un anonimato en el que nadie responde por nada, no solo porque no se apela a la responsabilidad personal sino porque nadie es valorado en sí mismo. La razón es que no hay motivaciones para ser mejor y ante una maquinaria que se lleva por delante a las personas; que las usa para un beneficio ulterior y las abandona, es lógico que reine el desaliento. Verse como alimento de un líder; captar que su reconocimiento como persona fue satisfecho medianamente con bienes que hundieron en una mayor pobreza y desilusión, no puede compensar a nadie en lo más íntimo.

Y es que el valor de la persona humana y el bien común no son meras consignas; algo así como que “juntos todo es posible”. Ambas realidades son algo mucho más profundo en lo que vale la pena ahondar si queremos que nuestra sociedad renazca, pues lo nuclear es la gente; esa gente que trabaja y se abre o se cierra al encuentro con los demás en la comunidad. Por eso me ha parecido que las reflexiones de los filósofos personalistas pueden ayudarnos en estos momentos. Sus experiencias de las guerras mundiales, de la brutalidad del holocausto, y de los totalitarismos en general, les llevó a ahondar en las verdaderas bases de una sociedad que parecía oscilar entre los extremos de los colectivismos y los individualismos, poniendo en jaque a un ser humano suficientemente adolorido.

El hombre parece siempre buscar ardientemente ese contrario que algunos regímenes o situaciones dramáticas han pretendido aniquilar en él. Así, ante la muerte, muchos seres humanos se han alzado valorando la vida y ante la amenaza de la pérdida de algún bien, como la libertad, otros han buscado precisamente alcanzarla. Los colectivismos, por ejemplo, estimulan individualismos extremos, pues ante la disolución del yo, el hombre buscará su afirmación. El clamor por una libertad individual que no quiere perderse puede derivar en un sentido utilitarista del prójimo sobre quien no se reconocerá ningún tipo de responsabilidad o relación. Estas tendencias, frutos de la diversidad de las experiencias humanas, fueron abordadas por los personalistas, y ante su constatación de las tensiones entre los extremos abrieron un camino que se resuelve en ese misterio de la persona humana concreta que amerita del otro para el desarrollo de su humanidad.

Algunos dieron prioridad a las relaciones del *yo* con el *tú*. La balanza se inclinaba así al *otro* y al hecho de que no es posible reconocernos a nosotros mismos sin descubrir antes al *tú*. Otros dieron prioridad a la persona individual, a ese *yo* que es fundamento de toda relación, pues es posible perderse en el otro si no estamos bien asentados en lo que somos. Lo común para todos estos filósofos, independientemente de si la balanza se inclinaba hacia el *tú* o hacia el *yo* fue la necesidad de la relación *yo-tú* para fundar una comunidad que se abriera al amor y a la esperanza.

Se entiende que el colectivismo chavista haya impulsado tendencias individualistas que parecen contrarrestar los efectos de deterioro del desorden que vivimos. Este populismo que ha degenerado en dictadura, en un óxido corrosivo de toda relación propiamente humana y en esta arbitrariedad que suple la ley, puede despertar en muchos, deseos extremos de una libertad que no ve claro por qué tendría que velar por otros. Ante estas tendencias veo importante salvar ambas realidades, tanto a la persona como a la comunidad, pues los hombres somos seres relacionales y lo cierto es que la más íntima motivación en la vida para no sucumbir al desaliento es el amor. Ese regalo que nos vincula al otro y crea comunidad.

Gabriel Marcel, por ejemplo, uno de estos personalistas, fundó sus intuiciones en sus experiencias personales durante la Primera Guerra Mundial. Durante un tiempo tuvo como misión contactar a los familiares de los soldados cuyo paradero se desconocía. Tener que dar cuenta a una familia de la vida o muerte de un ser querido le permitió apreciar de una manera profunda el valor de la persona concreta. Por eso su filosofía se centraría en ese hombre que ama y sufre, espera y confía. No en abstracciones.

Puede parecer romántico esto de pretender más profundidad en unas relaciones que a veces se entienden pragmáticamente como negociaciones políticas, pero el hombre aspira siempre a un mundo mejor y cuando los problemas son más graves, en el fondo apelan a razones más interiores. Sufrimos las consecuencias de procesos muy destructivos y ante esto, el esfuerzo por ahondar en las causas debe ser mayor. Por eso no es descabellado pedir a la oposición una mayor conciencia de lo importante que es trabajar por la unidad en momentos en los que el bien común se impone. El cambio será más profundo en la medida en que se tienda a un bien más alto y creo que esto supone, por lo pronto, trascender los intereses personales que todavía están latentes en muchos.

El verdadero milagro es la unidad de la oposición, como dijo el señor Genaro Arriagada el día del cierre del Congreso del Plan País. No que unos serafines y querubines pidan en este caso a Maduro dejar el poder.

(El Nacional, junio de 2019)

POR LA CRUZ A LA LUZ

Vivimos tiempos de mucho sufrimiento personal y social. A la crisis económica se suma un dolor más difícil de asimilar: el psicológico. Las dificultades materiales se enfrentan, se superan y sin duda pueden agobiar. El dolor moral es siempre, sin embargo, más difícil de sobrellevar.

El continuo atropello de todo tipo, el insulto, la injusticia, la violación de los derechos, la ironía, la burla, el desprecio, la amenaza permanente del arrebato de los bienes, de la vida, de los sueños, del futuro y de la libertad, perturba fuertemente. Percibo en muchos una fuerte determinación a liberar a Venezuela de este caos en que estamos sumidos, pero esto no nos exime de momentos de angustia e incertidumbre, pues nadie puede “medir” el tiempo preciso que falta por recorrer para lograrlo. Parece que lo que vivimos ya no tiene vuelta atrás y puede intuirse que lo que viene es “nuevo”. El parto está siendo crítico; por eso es pertinente decir algo sobre el dolor.

Es muy humano preguntarse por la razón de lo que se vive. Hay causas muy inmediatas, visibles, incluso evidentes, que pueden explicarlo. A veces podemos determinar muy bien la causa de una situación; lo que no es tan fácil de responder, sin embargo, es por qué “eso” concreto me sucede a “mí”. Dejando a un lado las consideraciones filosóficas sobre las relaciones entre el azar, la Providencia y la libertad humana, así como el análisis de las causas discernibles –viendo hacia atrás en nuestra historia- de lo que ahora nos sucede, mi deseo es más limitado, sencillo, pero no menos importante, pues lo cierto es que estamos sufriendo, independientemente de las causas y explicaciones.

Conocer al asesino de un hijo no le regresa a la vida ni elimina el dolor. En caso de que se hiciera justicia, nada cambiaría. El odio y el resentimiento tampoco “salvaría” la situación; antes bien, la empeoraría. Desear conocer el sentido de este dolor que permanece es, en cambio, una inquietud siempre viva.

No parece posible hablar sobre este tema sin aludir a la trascendencia y en concreto, a la cruz, pues reconociendo que esta vida acaba, lo sensato es plantearse qué sentido tiene nuestro paso por la tierra. A lo largo de este camino, es inevitable encontrarse con el dolor y es razonable intentar ahondar en su sentido. Desde el punto de vista racional, uno podría indicar que el sufrimiento tiene algunos beneficios: fortalece, madura, nos hace reflexivos, prudentes, conocedores de la naturaleza

humana, en tanto lo “asumamos” del mejor modo posible -“dignamente”, podría decirse-, pues de otro modo surtiría efectos contrarios. Desde el punto de vista cristiano, quien tiene fe “sabe” que tras el dolor se oculta un Dios que nos ama y nos busca de modo personal.

Vivimos una crisis particularmente profunda y pienso que todos estamos sufriendo, de una u otra manera. Estando ya tan próxima la Semana Santa, la ocasión parece propicia para iluminar lo que vivimos a la luz del crucificado. Ninguna circunstancia deja de tener sentido y mucho menos las dolorosas, pues si naturalmente todo tiende a un fin, con mucha mayor razón ningún pequeño detalle de nuestra vida pasa inadvertido a Dios, aunque parezca ignorarnos.

La frase “por la cruz a la luz” indica que tras la dificultad, la exigencia, la humillación, la injusticia y la muerte, se oculta la luz que ilumina de sentido las cruces de la vida. Hace poco, el Papa Francisco recordó que “no hay cristianismo sin cruz, ni cruz sin Jesucristo”, pues sin Él, todo sufrimiento madura y purifica, pero con Él, todo instante de la vida se vuelve redentor y adquiere sentido, pues lo que salva no es el dolor sino el amor. No nos dejemos abatir por la desesperanza y la tristeza. Nada queda iluminado sin el contraste con la oscuridad. Recordemos que la semilla debe morir para germinar y que la mujer sufre para traer una vida nueva al mundo, milagro que llamamos – de hecho- “dar a luz”. La uva se pisa para hacer el vino y el grano de trigo se criba para limpiarlo. No es posible madurar sin dolor, pues éste nos moldea, nos purifica, potencia nuestros talentos y poda en nosotros las aristas que nos afean: nos renueva. Por eso creo que a Venezuela les esperan nuevos tiempos. Está naciendo una nueva época y una generación más madura. Esto no era posible sin dolor.

Llegó la Semana Santa. Recordemos que Jesús sufrió tortura, burlas, humillaciones y juicios injustos en los que no pudo defenderse; conoció la traición, el abandono y la vejación del desnudo. Le quitaron la vida, pero no su divinidad. Por eso a la cruz siguió la resurrección, que con la ayuda de Dios conoceremos. La vida superó a la muerte, en virtud de un amor que salva. *Per crucem ad lucem*: ¡Fe y esperanza!

(El Universal, abril de 2014)

¿POR QUÉ PUEDE ALGUIEN DESEAR ESCRIBIR?

No me atrevo a preguntar *¿Por qué escribimos?* o *¿Por qué se escribe?* porque todos tenemos razones diferentes, motivaciones originarias que son intransferibles. De aquí que la pregunta sugiera, realmente, un intento de aproximación a lo que he descifrado en mí misma, a lo que tantos otros me han ayudado a ver de sus particulares intimidades. Si bien cada uno tiene *su inquietud*, pienso que todos los que escriben literatura están unidos por un “nexo común: el malestar en el mundo”, como bien dijo Ana María Matute. La vida de esta escritora, miembro de la Real Academia Española, y la tercera mujer que recibió el Premio Cervantes en 2010, la llevó a inventarse el mundo y la vida, “ya que la vida o el mundo me resultaban ajenos, me rechazaban”. Esta fue su experiencia; la de muchos otros puede ser distinta, pero en el origen late la sensación de que hay un mundo distinto que se desea nombrar.

Para que la necesidad brote como un incendio desde lo más íntimo, debe existir una motivación más profunda que la de vivir: ésa que conferirá el acto de escribir y sin el cual el individuo no sabría orientarse en el mundo. Tal vez por eso la escritura salva y sostiene en la existencia a quien se ve impelido a dejar salir ese lenguaje inquieto que presiona por dentro, pues “cuando llega el momento, y si has sido elegido, la palabra saldrá ella misma por su cuenta y seguirá haciéndolo hasta que tú mueras o ella muera en ti. No hay otra vía. Y nunca la ha habido” (Charles Bukowski).

Ahora bien, ¿de qué salva la poesía y la literatura en general? La verdad es que cada quien debe responder desde su propio contexto, pues no puede nunca generalizarse sobre una necesidad tan personal. Las motivaciones responden a búsquedas e inquietudes que son relativas a cada quien; de aquí que la forma del discurso, los temas y las palabras difieran tanto como lo hacen las subjetividades. Se habla el mismo idioma, tal vez; se trata el mismo tema, quizás, pero todo diverge en el núcleo de esa intimidad en la que germina lo dicho. Por eso la búsqueda es personal, pues cada quien debe rescatarse a sí mismo asumiendo la confrontación con su propia realidad, muchas veces aterradora, como discurre Rafael Cadenas en su *Ars Poética*: *Que cada palabra lleve lo que dice /Que sea como el temblor que la sostiene /Que se mantenga como un latido /No he de proferir adornada*

falsedad ni poner tinta dudosa ni añadir brillos a lo que es /Esto me obliga a oírme. Pero estamos aquí para decir verdad /Seamos reales /Quiero exactitudes aterradoras /Tiemblo cuando creo que me falsifico. Debo llevar en peso mis palabras. Me poseen tanto como yo a ellas /Si no veo bien, dime tú, tú, que me conoces, mi mentira, señálame la impostura, restriégame la estafa. Te lo agradeceré, en serio /Enloquezco por corresponderme /Sé mi ojo, espérame en la noche y divísame, escrútame, sacúdeme.

La palabra verdadera, ésa que necesita salir con urgencia, presupone una intimidad sincera que, por confrontarse con ella misma, por atreverse a escudriñarse, logra salir de la mentira y de la emoción engañosa con esa fuerza que seduce. De allí la “exactitud aterrador”, pues poner nombre a lo que es asusta, pero paradójicamente es lo que salva. Por ello el peso de las palabras es correlativo al peso de lo que se es, al valor de la autenticidad, de la genuinidad, de ese temblor y de ese latido del que brotaron y les sostienen en la vida. Por eso la mentira no encaja con la literatura, no se corresponde con ella. Escribir para encontrar éxito, fama, dinero y alabanzas no es salvarse, sino perderse al pretender vivir de la estafa y de la imitación. El producto de la vanidad, además, no toca corazones.

El centro de unidad de una vida es único y cuando se nombra el mundo se termina de comprender lo que hasta el momento era tal vez inconsciente al escritor. Por eso el alcance del símbolo lo trasciende a él mismo, y en su verbalización descifra en qué consiste la salvación que buscaba a tientas. De allí que la urgencia de la palabra genuina que busca darse a conocer funja como la isla que encuentra un naufrago en la tormenta. Esa isla que salva del ahogo es para mí símbolo de una tierra propia y por eso es correlativa a la búsqueda personal. Al hablar del secuestro del lenguaje por parte de los totalitarismos y los medios de comunicación, Imre Kertész, escritor húngaro y Premio Nobel de Literatura (2002), acota que en un contexto así el ser humano se pierde. Por ello exhortó a “volver al lenguaje del individuo.” Confiesa: “en un momento de mi vida decidí que mi única realidad era yo. Creo que todo el mundo debería tener ese momento, la libertad total de ser.” No algo distinto dice Ana María Matute: “¿Quién inventó mi vida?, decidí inventarla yo; y enseguida comencé a escribir. Y a descubrir que la soledad podía ser verdaderamente algo hermoso, aunque ignorado. Y de pronto, la soledad cambió su figura, se convirtió en otra cosa.”

La búsqueda es personal y consiste en un redescubrimiento de la realidad en la que lo oscuro se ilumina y lo confuso se aclara después, de confrontar eso que somos y aquello que nos aterra.

(El Universal, mayo de 2016)

PREPARAR LOS NUEVOS TIEMPOS

Si algo necesita Venezuela es que se la quiera. Los abusos de quienes sólo saben mentir y robar no tienen límite. Su lenguaje soez, su capacidad para atropellar a quienes amenacen sus intereses y se interpongan a sus descabellados planes, su infinita sed de poder y su nula moral, deben servir al menos para que pensemos en qué tipo de país deseamos tener.

La lectura de unas bellísimas páginas de Etty Hillesum, una joven muchacha judía que muere en Auschwitz en el año 1944, cuando apenas contaba con 29 años, dio pie al título de este artículo. Progresivamente transformada a lo largo de los años de guerra y moldeada, como muchos, por el excesivo sufrimiento, escribe lo siguiente en el año 42: “Dios mío, son tiempos demasiado duros para gente tan frágil como yo. Sé que después llegarán otros tiempos más humanos. Me gustaría tanto seguir con vida para transmitir a esos nuevos tiempos toda la humanidad que, a pesar de todo lo que experimento a diario, llevo dentro de mí. Es la única manera de preparar los nuevos tiempos, preparándolos ya en nuestro interior. En alguna parte me siento por dentro muy ligera, sin ninguna amargura, tengo mucha fuerza y amor. Me gustaría seguir con vida para preparar los nuevos tiempos y para transmitir lo indestructible que hay en mí a la nueva época, que seguro que llegará. Está cada día más cerca, lo presiento” (*Diario*).

Es interesante ver cómo esta muchacha vio claro que los nuevos tiempos se empiezan a preparar desde ya, en nuestro interior, porque todo nuevo país necesita, ante todo, hombres nuevos. Venezuela necesita venezolanos renovados. Si queremos coherencia, empecemos por ser nosotros coherentes; si queremos claridad, empecemos nosotros a decir la verdad; si queremos transparencia, empecemos por ser nosotros los honestos. Los momentos que vivimos, confusos, oscuros, están poniendo a prueba nuestra capacidad de resistir y de hacerlo, además, honestamente, sin odio ni amarguras, como bien dijo en su conmovedora despedida el ciudadano. Como muchos, él también presiente que el final está cerca y que en el camino de la vida volverá a cruzarse con sus colegas y quizás con su canal. Son tiempos para reflexionar y reafirmarnos en los valores que contrastan con los comportamientos desdeñables que vemos en otros. Lo sano es desear *hacer* y *ser* precisamente lo contrario a lo que nos parece deshonesto, pues aunque parezca extraño, no dejarnos dominar por el odio puede ayudarnos a comprender esta época de la que muchos seremos testigos. Esto lo advirtió bien Etty Hillesum al decir de su momento histórico que “cuando uno logre entender a los seres

humanos, también se podrán comprender estos tiempos. Al fin y al cabo proceden de nosotros, de los seres humanos”.

Esta muchacha quería vivir para contar y explicar lo que veía. Era consciente, sin embargo, de que en un campo de concentración era probable que no viviera: “Me gustaría vivir mucho tiempo para poder explicarlo alguna vez más adelante. Y si no puedo elegir eso, bueno, entonces otro lo hará. Otra persona seguirá viviendo mi vida donde haya sido interrumpida la mía, y por eso tengo que seguir viviendo lo mejor y lo más convincentemente posible hasta el último suspiro, para que, así, aquel que venga tras de mí no tenga que empezar completamente desde cero y no tenga tantas dificultades. ¿No es eso también hacer algo por la posteridad?” (*Diario*).

No sobrevivió, de hecho, a la guerra, pero son sus palabras las que nos iluminan hoy. Muchos venezolanos no están ni estarán entre nosotros para ver el final de esta historia. Los que aquí estamos y lleguemos a ser testigos, debemos tratar de vivir lo más honesta y convincentemente posible, si queremos que los que vienen detrás, nuestros propios hijos y nietos, no tengan que empezar a rehacer a Venezuela desde cero.

Preparemos con esperanza los nuevos tiempos. En la medida en que vivamos lo más convincentemente posible, más cercanos estarán.

(El Universal, agosto de 2013)

QUE EL AMOR SEA MÁS FUERTE QUE EL HAMBRE

El título de este artículo es el mensaje que desea transmitir un grupo de laicos de la Iglesia Católica con el impulso de un proyecto llamado Coromoto 2020. Esta iniciativa busca “paliar el hambre en Caracas” y el objetivo es ayudar a 2000 familias de 16 parroquias de la ciudad y de los colegios Mano Amiga.

La situación de muchos en el país es crítica y las consecuencias del COVID-19 nos han afectado a todos de diversa manera. En estos momentos, sin embargo, hay venezolanos en condiciones de extrema vulnerabilidad y es la magnitud de la necesidad lo que ha motivado a este grupo de laicos a diseñar una vía para canalizar una ayuda de mayor impacto. En la página web www.coromoto2020.com, así como en las cuentas del proyecto en Instagram, Twitter y Facebook, puede leerse en qué consiste la iniciativa nacida en medio de estas circunstancias. Allí se dice cuáles son los centros de acopio que reciben la donación de alimentos y las vías para colaborar con dinero. La suma de muchos esfuerzos individuales consiste en tender la mano a quienes más lo necesitan.

Es importante tener en cuenta que más que “buscar comida para los necesitados”, Coromoto 2020 actúa confiando “con todo el corazón en la capacidad de amar del venezolano”. Todos sabemos que este esfuerzo por ayudar con comida a los que lo necesitan no resolverá los problemas del país. De antemano se sabe que esto no solucionará las causas de nuestra crisis, pero moverse por amor y desear ayudar a otros que de modo urgente, inmediato, *necesitan ante todo comer*, abre una vía de sanación para esas heridas que son secuelas no solo del hambre física, sino de la emocional.

La crisis que vivimos está cargada en muchos sentidos de violencia y esta iniciativa tan humana puede ayudar a que esos miles de venezolanos necesitados reciban el mensaje de que no son ignorados por una buena parte de la sociedad. La entrega de un kit de comida a una de estas tantas familias no debe interpretarse como una respuesta motivada por la lástima, ni mucho menos como la entrega de un regalo, fruto de lo que “sobra” a algunos. Por eso importa comprender que el móvil es el amor, pues se busca tender una mano “amiga” (como se llaman los colegios) a quienes necesitan ayuda. Advertir la necesidad en otro, acercarse, intentar paliar uno de sus muchos sufrimientos es, sin duda alguna, expresión de que no se es indiferente.

Algo que me ha parecido novedoso y bonito es que los centros de acopio son diversos colegios de la ciudad, cuyos proyectos educativos e incluso espiritualidades (en el caso de los católicos) difieren entre sí, realidad que sugiere que este esfuerzo es por un bien común que nos trasciende. Personalmente pienso que esto de hacer alianzas entre todos los venezolanos que hacen vida dentro o fuera del país es, en estos momentos, esencial. Y un proyecto como este, que busca ayudar -durante el tiempo que se precise- a los que están actualmente en una situación límite aguda, en circunstancias de “inseguridad alimentaria severa” (Susana Raffalli), es una vía que ayuda a muchos a reconocer las necesidades de sus hermanos venezolanos y experimentar la urgencia que hay de trabajar juntos por un mejor país.

Aunque lo ideal es que a esta iniciativa sigan otras más sustentables en el tiempo, como la fundación de una Escuela construida en base a la generosidad de muchos, o diversos modos de acompañamiento a todo tipo de necesidad, es esta gran injusticia del hambre lo que podría ayudarnos a advertir los fuertes hiatos entre las varias Venezuela. Por eso urge acortar las brechas y el mejor medio, que puede, además, ser inmediato, es el de atender una necesidad tan básica como la alimentación. Nadie puede rendir en la vida en medio de circunstancias de pobreza tan extremas durante un tiempo tan prolongado. Susana Raffalli habla de estados de “agotamiento” que generan, desde mi perspectiva, una fuerte desorientación existencial. Tras procesos de intenso sufrimiento, las personas precisan de una recuperación que los habilite poco a poco a insertarse en la dinámica de una mínima normalidad. El reto es, sin duda, muy grande, pero aunque sea doloroso e incluso traumático, el lado positivo de esta crisis podría resultar en una mayor unión entre los venezolanos y en un proceso de reeducación importante que acabe por centrarnos más en la realidad.

Pienso que la primera gran presión que necesitamos es la de un amor que sane heridas. Y aunque las que Coromoto 2020 busca curar parezcan solo físicas, dar un paso, en alianza con muchos otros, puede abrir el camino hacia una nueva Venezuela: hacia alianzas de mayor amplitud y alcance, que generen iniciativas que se orienten a subsanar causas más estructurales.

Ofelia Avella

(El Nacional, junio de 2020)

¿QUÉ HACE EL LENGUAJE EN NUESTRAS VIDAS?

El ser humano es dialógico por naturaleza. El proceso de conocer responde a un ciclo que se completa -nunca del todo- cuando logramos traducir en palabras aquello que nos inquieta, que hemos conocido o hemos creído comprender. Por eso es importante expresar nuestras ideas, escribirlas, comunicarlas, preguntar las dudas, responder a las preguntas, tanto como reflexionar sobre las situaciones que vivimos, pues aquí volvemos sobre lo visto o conocido para recapitularlo y digerirlo mejor. No tendemos a comprender las cosas o los sucesos de modo inmediato. Vemos muchas cosas, experimentamos muchas emociones, sí, pero no las registramos realmente todas, de manera profunda y completa, de manera instantánea. De allí la necesidad de la reflexión.

Es aquí donde aparece el lenguaje, porque importa saber que pensamos en palabras. El pensamiento se nutre del lenguaje y éste lo vehicula a él. La correlación es íntima y muy profunda. Las palabras tocan fibras inadvertidas por nosotros, despiertan ilusiones y de algún modo las configuran, cuando conectan trozos inconexos en nuestras vidas al conferirles sentido, en fin, vienen en ayuda de una subjetividad carente quizás de intimidad y le ayudan a rehacerse, reavivándola al mismo tiempo. Las letras rehacen la intimidad al tiempo que la recrean, porque el lenguaje se saborea y se disfruta. Se saborea aquello bien dicho, aquello a lo que remite, aquello que no habíamos descubierto ni visto con claridad hasta escucharlo o leerlo bien dicho.

El lenguaje nombra, identifica, logra clarificar el problema al describirlo, al sacarlo del anonimato, de la oscuridad, de la imprecisión. El lenguaje también denota, conceptualiza, generaliza y reduce las situaciones y a los individuos a la estandarización y a la definición. Por eso me interesa más el lenguaje poético, ése que trasciende la denotación para penetrar en lo que a primera vista no se ve tan fácilmente.

¿Por qué importa tanto ahondar en los diversos modos de decir las cosas? ¿Por qué importa tanto reflexionar sobre el alcance de las palabras, de las metáforas, del lenguaje simbólico?

En pocas palabras podríamos decir que además de enriquecernos personalmente, la fuerza del lenguaje poético radica en que nos ayuda a trascender lo inmediato forzándonos a tender hacia aquello sugerido por las palabras. Su impacto en el individuo consiste en que nos lanza hacia lo no advertido hasta el momento, elevándonos por dentro. Al no limitarse a significar una sola cosa ni a

reducir a conceptos la pluralidad de posibilidades siempre latentes y ocultas en la realidad –su riqueza inmensa-, el lenguaje poético ayuda efectivamente a trascender las situaciones que de otro modo podrían hundirnos en la desesperanza y el abatimiento. Los diversos e infinitos modos de decir las cosas son correlativos -pienso yo- a las múltiples y siempre abiertas posibilidades latentes en las situaciones. Esta es la raíz de la verdadera esperanza en el futuro, incluso si mucho de ese futuro no coincidiera plenamente con nuestros deseos y expectativas, como suele suceder.

El lenguaje poético nos rehace interiormente, nos saca continuamente de nuestros esquemas a veces rígidos, precisamente en virtud de esa flexibilidad con que el sentido figurado nos ayuda a ver las múltiples perspectivas. Estas son correlativas a los muchos modos de decir, diversidad que late en la misma realidad, aunque se nos imponga lo contrario. Por todo esto y mucho más importa fomentar la reflexión en torno al lenguaje poético y el valor de la literatura, pues el mundo no sólo se amplía en la medida en que lo hace nuestro lenguaje, sino que se amplía también el espacio de libertad interior necesario para respirar, para sentirse vivo y no dejarse asfixiar. Si algo agiliza la movilidad de la reflexión es precisamente la adquisición de lenguaje, tanto como la experiencia de la requerida interpretación a la que nos obligan los textos y su sentido.

Además, no sólo se interpretan los textos. Las circunstancias también precisan de una interpretación. Por eso es factible sacar fuerzas de un modo de decir las cosas (lenguaje poético) que nos abra perspectivas de la realidad. El tema del lenguaje es “un hueso duro de roer” como diría el filósofo alemán Hans-Georg Gadamer. Todo el que procura tratarlo, habiendo experimentado cómo se activa en su interior ese proceso de autocomprensión de uno mismo y comprensión del mundo mediatizado por el lenguaje, sabe lo difícil que es cerrarlo y sentir que no ha quedado algo que añadir. Vale, sin embargo, hacer asequible a muchos la experiencia, pues una sociedad cuyo lenguaje es pobre es una pobre sociedad. Leamos y demos de leer, fomentemos la lectura en otro y ayudemos a reflexionar. Todos podemos hacer un poco al respecto. Hablar bien deja en evidencia que pensamos y que hay vida en nosotros. Nos debería importar.

(El Universal, s/f)

¿QUÉ HACER?

Hace poco el Alcalde Ledezma dijo con claridad que “nadie se puede creer dueño de la unidad.” Por eso no se puede “excluir a nadie”. Dijo también unas palabras que son particularmente importantes: “O nos unimos o nos hundimos. Si no estamos unidos, ¿con qué autoridad moral vamos a pedirle a la gente que se una en torno al proyecto que le estamos proponiendo? (<http://www.lapatilla.com/site/2014/07/02/ledezma-nadie-se-puede-creer-dueno-de-la-unidad>).

Se puede comprender que todos pensemos distinto, pero más que de “personas”, como dice, se trata de hacer creíble el proyecto. Si los ciudadanos viésemos la voluntad política de trazar una agenda común, “un concepto, un modelo, un mecanismo” que permitiese a la Unidad acercarse a la gente, haciendo creíble la instrumentación del proyecto, seríamos más fuertes. ¿Cómo pretender que vean en la oposición una alternativa los que alguna vez creyeron en el proyecto socialista? ¿Por qué se detendrían a escucharnos si no ven claridad de rumbo, si no ven “el cómo” instrumentar el plan? Si no lo vemos nosotros porque no han logrado proponerlo en conjunto, ¿lo verán ellos?

Antes de pretender reanudar un diálogo que no lo fue, las fuerzas opositoras deberían sentarse a contrastar opiniones y visiones. Hay que hacer un esfuerzo por ser humildes y por ceder – cada uno- en lo que haya que ceder, si deseamos ser más fuertes. Puestas las estrategias sobre la mesa, unos podrían reconocer que quizás van lento; otros podrían reconocer que son inmediatistas. El equilibrio necesita de una visión capaz de conciliar las tendencias en la emergencia del momento. Un proyecto de país no excluye que cada uno siga trabajando en su ámbito, pero sí exige una única agenda para todos. Hay que poder reconocer que la sociedad clamaba por un cambio y decidió salir de nuevo a marchar. Hay que respetar esa decisión de miles en el país. La calidad de la protesta evidenció el grado de disgusto justificado. Una protesta que es un derecho y no un error. Hay presos políticos; hay estudiantes detenidos; hubo muertos por salir a protestar. Desear vivir en democracia no merece la cárcel o la muerte. El país necesitaba expresarse y así lo hizo, libremente. La protesta dejó en evidencia –de hecho- de lo que es capaz el gobierno. Por eso los tiempos –y la sociedad- claman por una unidad superior que prevenga el desplome de la nación.

Los ciudadanos necesitamos ver un rumbo definido y unos líderes capaces de olvidar sus proyectos y ambiciones personales en beneficio del país. Si no lo vemos quienes desconfiamos de

este régimen, ¿por qué habrían de verlo quienes buscan cobijo en él? ¿Por qué dejarían de depender del Estado si no ven clara la alternativa?

La gente actúa cuando la propuesta ilumina y da esperanza. Si el proyecto es confuso y ambiguo, frena. La sociedad necesita ver una unidad fuerte y segura, capaz de orientarnos como alternativa y de explicar hacia dónde vamos. Si caminamos disgregados, por rutas paralelas, la fractura será mayor. El país necesita un cambio, pero necesita un rumbo: unidad de propuesta. Necesita volver a creer, a esperanzarse en los valores posibles. Los líderes, además, deben poder interpretar las necesidades de todos en una sociedad; no sólo de un grupo, sino de todos. Su función es relacionar los diversos sectores y necesidades, problemas y mentalidades, para que la sociedad capte un horizonte común. Si hablo al más pobre debo poder remitirlo al más pudiente y viceversa, pero no para enfrentarlos sino para relacionarlos y ordenarlos a un fin común. Por eso no es honesto desprestigiar a un compañero de lucha para resaltar el proyecto personal. Por eso todos los venezolanos, ricos y pobres, chavistas y no chavistas, debemos estar incluidos en los discursos que se dirigen al pueblo.

Me cuesta creer que la unidad es imposible, como dijo en su artículo mi amigo Luis Semprum el pasado miércoles (<http://www.eluniversal.com/opinion/140709/por-que-la-unidad-es-imposible>). Quisiera confiar en que los venezolanos capturemos la urgencia del momento para unirnos, pero quizás lo inevitable sea una transición salida del chavismo, como señaló el padre Ugalde (<http://www.eluniversal.com/nacional-y-politica/140706/es-inevitable-un-gobierno-de-transicion-salido-del-chavismo>).

No hemos logrado unirnos en torno a una única agenda. Los intereses particulares, de grupos o la incapacidad de coincidir en lo esencial, de interpretar el momento histórico que vivimos, nos han fracturado. Ojalá capturemos cuánto depende todo de lo que seamos capaces de hacer para trascendernos y pensar en el país.

(El Universal, julio 2014)

“¿QUÉ QUEREMOS?: ¡LIBERTAD!”

“Tanto alcanza cuanto espera” (San Juan de la Cruz)

Este es el grito que se escucha en las marchas y concentraciones: “¿Quiénes somos?: ¡Venezuela!; ¿Qué queremos?: ¡Libertad!”. Resulta interesante que nadie grite que desea pan, aceite o medicamentos. Todas esas necesidades, absolutamente reales, se escriben en las pancartas, pero la gente grita pidiendo “libertad”, no “dinero”. Otro grito que retumba es que “no nos da la gana una dictadura igualita a la cubana”. La motivación de la gente está bastante definida. Son los estudiantes, sin embargo, quienes tienen realmente claro el ideal. Son ellos quienes han logrado unificar a la Nación “en torno a la conquista de la Libertad de Venezuela” (Manifiesto de Mérida: <http://t.co/ukPZxUEssy>).

Cuando se tiene claro el objetivo y se dice la verdad no se precisa de muchas palabras. En la medida en que los ideales, además, sean más elevados, la motivación será más fuerte, más intensa y las palabras, más sencillas y concretas. Por eso estos muchachos han jurado seguir adelante con esta lucha, como escuché decir a Gaby Arellano, hasta lograr el objetivo: liberar a Venezuela del yugo castro-comunista.

Los estudiantes saben bien que sobran las razones para protestar. La escasez, la inseguridad, el desempleo, la inflación, son males que nos aquejan a todos. El Manifiesto, sin embargo, ataca la raíz del problema, el cual es el actual sistema político y establece, por ello, que “no hay diálogo posible con un régimen clientelista y totalitario, que busca hacernos dependientes”. Como “la libertad no está en venta”, no se negocia. Por eso afirman que no hay diálogo posible con quienes sólo han demostrado ser ineficientes y carecer de buenas intenciones. No dialogarán, pues, con quienes “a propósito destruyen a las Naciones para poder controlar mejor”. Tampoco dialogarán para “legitimar un régimen que ha empobrecido a la mayoría de los venezolanos” y “perpetuar en el poder a los peores venezolanos”. El diálogo, en fin, está condicionado “imperativamente, por un cambio de raíz del régimen”.

Nadie ha hablado tan claro como estos muchachos, porque nadie está tan libre –como ellos– de intereses personales, compromisos, o pactos ocultos. Ellos no tienen nada que perder, salvo su futuro, salvo todo lo que podrían tener, y es precisamente por esto que luchan con una determinación

que nadie podrá arrebatarnos. Saben lo que quieren y lo que quieren es, de hecho, lo esencial: la conquista de la Libertad para Venezuela. El manifiesto usa palabras claves, verbos fuertes, determinados. Los muchachos “exigen”, “no toleran”, condicionan un “posible” diálogo al “cambio de raíz del régimen”, lo cual implica pedir el desmantelamiento de la “revolución” y la erradicación del régimen castro-comunista de nuestra Patria.

El Manifiesto no “propone” ni somete a “discusión” nada. Los estudiantes exigen porque es su derecho hacerlo. Nuestro país está invadido no sólo por un régimen opresor, sino por un hombre cuya nacionalidad y legitimidad como presidente es más que dudosa. Los ideales patentes en este Manifiesto deben hacer eco en la sociedad civil. La nobleza de la juventud, libre de las mezquindades y miserias de un mundo comprometido con viles agendas, debe renovarnos y congregarnos a todos en torno a los ideales más superiores: esos por los que vale la pena luchar, vivir y morir. La muerte y las torturas de muchos jóvenes no pueden, además, ser vanas. Esta sangre ha sembrado el futuro que muchos cosecharemos. Hay que sumarse a esta lucha, acompañar a los muchachos, pues éste es realmente “el momento de definir nuestro destino” y, por ello, no hay vuelta atrás.

Dios quiera que toda la dirigencia opositora capte que no protestamos sólo por ollas vacías o por la inseguridad. Dios quiera que empiece a usar las palabras que usan estos jóvenes. Queremos escucharlos decir “exigimos”, “no toleramos”, “condicionamos el diálogo a un cambio de raíz del régimen”, lo cual supone, como primordial exigencia, imperativa, además, la erradicación del régimen castro-comunista de nuestra Patria. Quisiéramos que captaran la urgencia del momento y que se unieran a este clamor nacional; que dejaran a un lado sus propuestas aisladas y dejaran de hablar desde una “unidad” que no se sabe bien a quiénes incluye. Estos muchachos trascendieron a toda la dirigencia política, por la fuerza, claridad y convicción de sus ideales. Rezaremos porque no cedan; porque no caigan en la trampa de un diálogo mentiroso y sucio, que hundiría a la Nación entera. Confío en que no se dejarán embaucar y que su fuerza acabará por arrollar a los indiferentes y mezquinos, a los débiles y temerosos. El Manifiesto ha señalado el camino y estos muchachos, con su juventud, nos recuerdan que la conquista de los ideales depende de la determinación con que luchemos por alcanzarlos. Quien poco espera, poco alcanza; quien mucho espera, mucho alcanza. Y aquí queremos otra Venezuela. (El Universal, marzo de 2014)

¿QUÉ SE OFRECE A CAMBIO?

Lo que más llamó mi atención de lo mucho que escuché en el interesante encuentro internacional organizado por Cedice, “América Latina: La libertad es el futuro”, fue lo relativo a la necesidad de ahondar en las propuestas, en los contenidos del discurso que hoy manejamos quienes creemos en la libertad. Este punto, realmente fundamental, se concreta en lo que Gerver Torres describió como “la narrativa”, “el sueño” que hay que procurar ofrecer a cambio de la utopía socialista. Expresado con una perspectiva más filosófica, Axel Káiser, Director Ejecutivo de la Fundación para el Progreso (Chile), insistió en la urgencia de apelar a las expectativas más profundas de nuestra naturaleza humana, de modo que aquél que hubiese podido creer en la ilusión socialista, advirtiera que tal propuesta no podría satisfacerle plenamente.

Llamó mi atención que Gerver Torres refiriera que los promotores de la libertad de mercado han pecado quizás de pragmáticos, al no ofrecer –conjuntamente con el modelo de sistema- una “narrativa” que pudiese enriquecerlo y hacerlo, por lo tanto, creíble. Insistir, quizás, en los beneficios que podrían derivarse de un modelo económico abierto, ha dejado a un lado ese aspecto “humanitario” y “solidario” con el que tan fácilmente atrapa el socialismo, al poner de relieve –como lo prioritario- el interés por los problemas y necesidades del otro.

El profesor Carlos Sabino, con una suavidad y sencillez conmovedoras, relató qué le hizo creer alguna vez en el socialismo, así como qué le convenció de lo contrario. El ideal de igualdad, de humanitarismo solidario, de justicia social, le pareció ser un día posible, alcanzable. Sin leer ni meditar particularmente mucho, confesó haberse dado cuenta del fracaso de aquel modelo haciendo “la cola para comprar pollo”. Su esposa acababa de dar a luz y fue él quien debió hacer una cola de horas para conseguirlo. Perder su tiempo en aquello le ayudó a captar que la ineficiencia del sistema, constatada en la inoperatividad de su día, de su vida, tanto como de la dinámica social, no parecía tener sentido por esa vía si aquello suponía no poder siquiera llegar al trabajo.

En su sencillez refirió que no tuvo que “leer” ni estudiar mucho para darse cuenta de aquello porque la realidad “estaba allí”. La ineficiencia era evidente y a él le bastó la experiencia del pollo para convencerse. De tal ineficiencia se convencieron también Plinio Apuleyo Mendoza y Mario Vargas Llosa, quienes como tantos otros creyeron en algún momento en la Revolución cubana, en Fidel, en

ese ideal humanitario de igualdad y justicia para todos, el cual resultó muy pronto en lo contrario, como refirieron también. No fue sólo el modelo económico lo que abrió sus ojos; fueron los fusilamientos, los engaños, las traiciones y la instalación de una dictadura feroz lo que acabó convenciéndoles del fracaso de aquella utopía.

Así, pues, fue interesante constatar que quienes explicaron con mayor profundidad la falacia del socialismo fuesen, precisamente, quienes algún día creyeron en ella. Estos personajes describieron atinadamente la dinámica psicológica que subyace en la posibilidad de ser atraído por lo que hoy ven que es una utopía. Creyeron honestamente y por honestos, se retractaron. Aparte de lo señalado, aludieron a la fundamental carencia de libertad que experimentaron, pues les resultó evidente que vivir bajo el régimen socialista implicaba someterse a la eterna dependencia de la voluntad del Estado (de Fidel). Plinio Apuleyo contó, de hecho, cómo no le dejaron renunciar cuando quiso hacerlo. Logró hacerlo porque no era cubano, pero al disidente nativo –señaló- le habría esperado la cárcel o la muerte.

Ese sueño, esa “narrativa”, como la describe Gerver Torres, hay que ponerla de relieve como aquello que un modelo abierto puede “ofrecer” a quienes creen en la utopía socialista. No se trata sólo de éxito económico; se trata de filosofía de vida, de perspectiva de futuro, de sueños posibles, de iniciativas personales factibles de realizarse, de experiencia de libertad de movimientos, de operatividad, de recursos para el desarrollo de los propios talentos e inquietudes. Se trata de provocar –en el otro- el deseo de *responder* a los desafíos que le plantea la vida, en condiciones de igualdad de oportunidades; unas oportunidades que le ofrecerían la posibilidad de no depender de otro ni de entregar su conciencia y su libertad de elegir.

Al discurso de quienes creemos en la libertad falta este poder tocar al otro en sus expectativas más íntimas, las cuales se orientan siempre por los caminos del desarrollo de su ser. Ese “sueño” socialista, utópico y fracasado, debe ser suplido por sueños creíbles, susceptibles de alcanzarse, sólo si se es libre y productivo. Este camino está siendo planteado con eficacia por los jóvenes, pues al apelar a la libertad y a un futuro abierto, a la real esperanza, remueven lo más íntimamente humano: he aquí la nueva narrativa.

(El Universal, mayo de 2014)

RECORDAR LO BUENO

Volver sobre el pasado es algo natural en todos. Pareciera que tenemos la necesidad de poner cada cosa en su lugar, de atar cabos sueltos y ordenar esos retazos de vida que convergen en el momento presente que intenta comprender la propia historia cada tanto tiempo. A veces los recuerdos aparecen tras el estímulo de algún suceso o encuentro fortuito y a veces nos concentramos en recordar conscientemente momentos concretos. Sea como sea, pienso que siempre hay algún móvil que despierta esos instantes acallados por el paso de los años y la velocidad de la vida, pues aunque están resguardados en la intimidad, ameritan de un estímulo para volver, así como de un espacio de silencio para revivir en nosotros.

Esto es justo lo que sucede cuando recordamos: resucitan emociones pasadas con la intensidad con que fueron experimentadas, bien fuesen tristes o felices, pues más que una imagen, el recuerdo es vida. Tal vez por eso recordar es ciertamente volver a vivir. Se dice, sin embargo, que tendemos a recordar con más frecuencia los buenos momentos: esos que fomentaron en nosotros alegría y cuyo solo recuerdo vuelve a fomentarla. La razón es quizás que el hombre desea en lo más íntimo ser feliz y busca estímulos que lo motiven a más, precisamente en estos recuerdos donde abundó la vida alguna vez. Esto no significa que no recordemos eventos traumáticos o muy tristes. Por supuesto que lo hacemos, pues en la vida hay tristezas y alegrías, pero está visto que la tendencia universal es recordar los buenos momentos.

Se deduce que si sobreabundan los malos es porque tal vez domine la tristeza. Si se ha vivido algo muy traumático o fuerte es lógico que el recuerdo irrumpa con frecuencia afectando la cotidianidad, pero justo por eso se hace necesario hurgar en la memoria para hacer renacer los momentos de felicidad que hay siempre en toda vida, para que no se imponga el pesimismo. Y con él, el sinsentido de la vida. Se entiende que ante la mucha adversidad el hombre pueda sentir graves bajones a lo largo de su historia personal, pero traer a la memoria los instantes de alegría, esos en los que probablemente sentimos un profundo deseo de vivir o hacer algo concreto, es de gran ayuda para impulsarnos de nuevo.

Recordar los instantes de felicidad no lleva a evadir lo que nos hace sufrir. Lo doloroso es una realidad y hay que considerarlo, enfrentarlo, para lograr superarlo o sobrellevarlo de la mejor manera

posible, pero centrarse en ese foco de vida que impulsa a alegrarse nos ayudará a sacar fuerzas para transitar nuestros días.

El estímulo más intenso es el amor: a una persona, a la creación de algo nuevo en lo que nuestra donación es esencial, a un ideal por el que vale la pena vivir, a Dios, a los hombres, a la vida misma. En el fondo de la alegría late la esperanza por algo mejor, lo que explica que en momentos duros cualquier hombre necesite de proyectos que le ilusionen, pues la tristeza paraliza, seca. Por eso recordar lo bueno, crear momentos que nos alegren y ayuden a otros a experimentar la alegría, será siempre el gran impulso para creer que la vida tiene un sentido que trasciende lo que nos hace sufrir.

Pienso que los momentos dolorosos son tiempos de poda en la propia vida, una purificación que nos obliga a adentrarnos en nosotros mismos para llevarnos a descubrir la sencillez en la que radica la verdadera felicidad. A veces, cuando se sufre, los recuerdos que nos inundan son los de momentos muy sencillos en los que éramos felices y estuvimos particularmente en paz. Momentos que, ante el dolor, ponen de relieve la gracia que contenían y que tal vez no advertimos entonces en su justa medida. Es de esa fuente, de esos instantes, de donde se saca el impulso para creer que es posible ser feliz.

Recordar lo bueno puede resultar difícil cuando hay que asimilar situaciones duras, pero es justo ahí cuando se hace más necesario, pues esos son los instantes que ayudan a comprender, con el tiempo, que “no hay mal que por bien no venga”.

(El Nacional, septiembre de 2019)

REMODELAR UN PAÍS

Cuando uno desea remodelar una casa, ayuda saber que todos los ahorros –inversión de tiempo, dinero y esfuerzos- están contenidos en el proyecto. El pensamiento es previo a la acción. Debería dirigirla, orientarla. Por eso vale insistir en la necesidad de “pensar un país” distinto, de modo que las causas sean abordadas, consideradas, en ese proyecto, evitando así que las soluciones inmediatistas, propias de la acción atolondrada, se sobrepongan unas a otras, para solventar tantos problemas vitales con la urgencia del bombero que apaga fuegos.

Las prioridades se disciernen en base a los grados de profundidad de las causas o de las necesidades. El buen médico sabe relacionar los síntomas y orientar –en virtud de esta relación que ha hecho- el orden de los pasos a seguir, para descubrir la causa de la enfermedad. Después de diagnosticar, cosa a veces difícil, procederá a orientar el tratamiento. El buen arquitecto hará lo mismo con los planos de una casa. Concreta lo que hay que hacer y procederá a ordenar sus pasos. En este caso hay prioridades ineludibles –como la electricidad y el agua- y otras que dicen relación al gusto, a la estética. Eso siempre puede esperar. Invertir primero en la pintura para el exterior de la casa, por ejemplo, supone un gasto innecesario cuando las tuberías están oxidadas y la parte eléctrica amenaza con un corte.

Los hombres nos equivocamos en los diagnósticos médicos, a pesar de que la medicina se mueve –por decirlo de algún modo- en el ámbito de lo visible (de lo físico). El arquitecto puede también equivocarse por no haber advertido un obstáculo previsible. Erramos siempre en el ámbito del discernimiento porque suelen solaparse los problemas, los síntomas y los imprevistos. Podemos errar por no relacionar bien las variables y por no prever ésas que pudiesen presentarse.

Si encontramos dificultades en estos ámbitos, ¿cómo no predecir que sean mayores en el caso del ordenamiento de una sociedad? La complicación es aquí mayor, pues el ámbito de las ideas, donde mora la ideología y al que se somete la voluntad, no es propiamente físico. El terreno de la voluntad, además, es el de la libertad. En el ámbito de lo humano hay que considerar desde la diversidad de perspectivas, de preferencias e ideologías, hasta la errada comprensión de los problemas, en virtud de ignorancia o la terquedad. Si bien en este terreno de las ideas las consideraciones no son visibles, físicas sí son, sin embargo, las consecuencias de nuestras posturas.

Y serán ellas las que terminen doblegando la terquedad de muchos que se obstinan todavía en la viabilidad de un camino.

Los venezolanos tenemos hoy la oportunidad, el reto, de pensar en un país de nuevo. Y digo de nuevo, porque por una parte, lo hemos intentado muchas veces; por otra parte, el “de nuevo” dice relación a la calidad de la destrucción que nos forzará a un nuevo intento. Habrá que remodelar a profundidad y ello requerirá de un proyecto. Ese es el reto.

(El Universal, marzo de 2015)

RESUCITAR

Hace varios años escribí un artículo en El Universal que se llamó *Preparar los nuevos tiempos*. Lo que allí dije será siempre actual, pues las palabras de Etty Hillesum, una muchacha judía que murió en Auschwitz a los 29 años, evidencian una profunda reflexión sobre el sentido de tanto mal y la posibilidad de trascenderlo. Los “nuevos tiempos”, decía ella, empiezan a prepararse en nuestro interior, así como los tiempos duros y extraños también nacen en nosotros: “cuando uno logre entender a los seres humanos, también se podrán comprender estos tiempos. Al fin y al cabo proceden de nosotros, de los seres humanos” (*Diario*).

Cuando habla sobre “esos tiempos” que él también vivió, Gabriel Marcel ahonda en la necesidad de amar y construir espacios de esperanza a través del descubrimiento del prójimo. No asombra que en medio de tanta maldad haya hombres que respondan con amor, pues el contraste con la locura de la guerra y el horror de esos campos de muerte que fueron los campos de concentración, pueden despertar en muchos corazones un profundo anhelo de bondad y pureza. Tal vez por eso Marcel asocia la esperanza al espíritu de infancia, transparente, abierto y disponible a entrar en “comunidad con el mundo y con los hombres”.

Los tiempos nuevos empiezan a construirse en la intimidad, pues es allí donde resucita la esperanza. La apertura al otro, el intercambio de subjetividades, abren el corazón a un tiempo distinto: lo liberan del cautiverio de la tristeza y el pesimismo. Un tiempo abierto al futuro nace por eso en lo más íntimo de cada uno, cuando independientemente de lo que sucede, tocamos lo eterno en nosotros; cuando del encapsulamiento en un tiempo cerrado salimos al encuentro del otro. La comunicación con el prójimo es, para Marcel, “lo más precioso que hay en la vida. (Esas comunicaciones) son la vida misma” (En *La estructura de la esperanza*). La amistad no es posible cuando prevalece en nosotros la percepción de que el tiempo es cerrado. La razón es que sin apertura no hay amor y sin amor no hay esperanza. Sin estas condiciones tampoco hay futuro, ni en esta tierra ni después de la muerte. Por eso, “allí donde surge la amistad -continúa diciendo Marcel-, el tiempo comienza a moverse de nuevo y, a la vez, aunque sea muy imprecisamente, la esperanza se despierta como una melodía en el fondo de la memoria.”

Todos podemos ayudar a construir la esperanza. Mirar al otro de un modo nuevo; acercarse a su vida, preguntarle por los suyos, fomentar el encuentro entre los hombres, animar a las personas confirmándolas en lo bueno que hacen, puede tal vez parecer que no tiene nada que ver con los profundos problemas del país. Todo esto puede parecer poca cosa, pero encontrarse con alguien que sabe amar y ofrece su amistad, ayuda a descubrir que la verdadera vida está en un plano más hondo, en el que todo tiene sentido.

Pienso que es bastante cierto que los nuevos tiempos empiezan dentro de nosotros, cuando uno se resiste a vivir en un tiempo cerrado. Etty Hillesum quería trascender y lo hizo, ante todo con su apertura a la vida y a la eternidad, pues murió en el campo. Su testimonio y sus palabras han llegado hasta nosotros y al menos a mí me ayudan a comprender dónde nace la verdadera vida: “En alguna parte me siento por dentro muy ligera, sin ninguna amargura, tengo mucha fuerza y amor. Me gustaría seguir con vida para preparar los nuevos tiempos y para transmitir lo indestructible que hay en mí a la nueva época, que seguro que llegará. Está cada día más cerca, lo presiento” (*Diario*).

Un nuevo país nace de un ánimo nuevo. De un nuevo modo de mirar al mundo y al prójimo.

(El Nacional, marzo de 2020)

SANTOS EN LA CALLE

El título de este artículo puede resultar extraño, porque eso de ser santos suena a algo ajeno a nuestras vidas, a un ideal inalcanzable para muchos y privilegio de unos pocos seres extraordinarios. La santidad puede parecer, además, algo aburrido que vendría a entristecernos con una pesada carga de reglas y normas que nos restarían libertad. En principio puede no atraer por su aparente rareza, pero lo cierto es que tiene que ver con nuestra hambre de trascendencia y la unión con el Dios que sacia. La amistad con Jesús, por otra parte, no aburre, pues es bastante cierto que El da de beber un agua que quita la sed.

Todos los caminos son distintos, tanto como la huella digital lo es para cada uno, pero Jesús pide a quienes lo siguen ser perfectos como el Padre celestial (cfr. Mt 5, 48). Perfectos en la caridad; en el amor a Dios y al prójimo, cosa que no tiene mucho que ver con ser intachables y rigoristas, pues la llamada es a una paz que nace de la guerra contra los obstáculos al amor de Dios. Y ese amor nos humaniza.

Lo dicho sirve para enmarcar la noticia de que ayer fue la beatificación de la primera persona laica del Opus Dei, Guadalupe Ortiz de Landázuri. Una mujer que conoció a san Josemaría Escrivá después de que se sintiera “tocada” por Dios al término de una misa y comentara a un amigo que deseaba conversar con un sacerdote sobre sus inquietudes. El fruto de este encuentro fue una clara invitación a buscar a Dios “en la calle”, a través del trabajo y las labores corrientes de cada día. A través de todas las vicisitudes de la vida, de los oficios más humanos y sencillos, de las penas y alegrías. Invitación a la que respondió en 1944 y a la que supo ser fiel hasta el momento de su muerte en 1975.

La beatificación de alguien es una luz en el camino de todos. La vida de todo nuevo beato o santo es un ejemplo en el sentido de que pone de relieve que es posible y deseable amar a Dios y al prójimo en medio de las circunstancias que nos toca vivir. Uno puede superarse a sí mismo; se puede satisfacer esa ansia de bondad que tenemos; Jesús puede habitar realmente en nosotros y podemos empezar a saborear en esta tierra esa felicidad que nos espera en la otra vida: de esto es signo una beatificación, tal como yo lo veo.

Una vez decidida a colaborar con san Josemaría en la expansión de ese mensaje que él había recibido de Dios, Guadalupe dedicó su vida a la docencia universitaria en el área de la química -en la que era muy competente-, en la formación de jóvenes y en el impulso de iniciativas de gran impacto social en México, país en el que vivió y ayudó a asentar las bases del Opus Dei.

Dicen que la caracterizaba su alegría, fortaleza, valentía y humanidad. Virtudes que se van moldeando en los hombres y mujeres que van siendo conscientes de que donde se unen el cielo y la tierra, como decía san Josemaría, no es en la línea del horizonte sino en el corazón de cada uno, cuando se lucha por vivir santamente la vida ordinaria. Una santidad que amerita de la purificación por parte de un amor más fuerte que el nuestro, pues se trata de un don.

Llama la atención en la vida de esta nueva beata la reciedumbre y capacidad de amar, de perdonar, con que ayudó a preparar a su padre antes de ser fusilado durante la guerra civil española. Si ayudar a morir a un padre o a un ser querido ya es difícil, es fácil imaginar cuánto podría serlo en una situación tan crítica como esa. Esmerarse por consolarlo y darle paz resultó heroico. Tanto como su esfuerzo por perdonar. Fue un momento duro en su vida y significativo de su personalidad.

Esta situación es tal vez extraordinaria, pero la vida tiene momentos así, unos más difíciles que otros. Y su capacidad de abrir el corazón a una realidad tan dura, la dispuso a amar más.

Su vida sencilla y ordinaria estuvo transida por el amor a ese Padre que acoge y perdona: sello que confiere el valor de eternidad a lo que hacemos. Su lucha por identificarse con Jesús, por ser “Cristo que pasa”, como diría san Josemaría, es lo que explica la fuerza de una unión con Dios que se propagó a muchos a través de su humanidad y alegría. Virtudes que parecen “sencillas” de adquirir, pero a las que preceden realmente batallas interiores heroicas. En esto consistió su vida: en esmerarse por responder a su vocación, a su trabajo, a sus inquietudes -tanto humanas como espirituales- lo mejor que podía, amando a Dios y al prójimo con todas sus fuerzas.

Buscamos tal vez la santidad en signos materiales y milagros, pero la vida enseña que amar, perdonar, esforzarse cada día en lo que toca, ser humilde, rectificar, dejarse moldear por Dios y ayudar al prójimo no es cualquier cosa y aunque no luzca ni se vea nada brillante a primera vista, el tiempo revela que como ocurría con Jesús, de los frutos espirituales de esta lucha sale una fuerza que cura a todos. Imitar a Cristo en su vida oculta, pública, en su pasión y resurrección es asequible para quien de verdad desee responderle, ayudado por la gracia de los sacramentos y la oración.

El signo de que Guadalupe está en el cielo se trata de la curación de Antonio Jesús Sedano, de 76 años, de un tumor maligno de piel junto al ojo derecho en el 2002. Una noche, días antes de la operación, pidió a la nueva beata por su curación y al día siguiente, al levantarse, vio que el tumor había desaparecido.

Aprobado por el papa Francisco, este es el signo que se pide para certificar la santidad de una vida que ya se intuía a su muerte, cosa que nos estimula a desear bienes más altos.

Así veo yo lo que significa una beatificación en la Iglesia y el llamado universal a la santidad al que respondemos libremente.

(El Nacional, mayo de 2019)

SE IMPONDRÁ LO ECONÓMICO

No hace falta ser economista para advertir cómo se ha ido imponiendo lo económico en nuestras vidas, pero si a esta realidad se suman los consejos que algunos economistas han ido dando a las familias, el panorama -bastante oscuro- se aclara.

Lo que se aclara es qué puede ir haciendo uno a nivel familiar. La oscuridad que se avecina sólo podrá aclararse con un cambio estructural, que supondrá, como todo renacer, sus dolores de parto. Uno intuye que se acerca algo así como una necesaria purificación para ver la luz. Muchos de los que han creído ciegamente en promesas esperanzadoras, verán cuán falsas eran. Muchos de los que han vivido abstraídos de los problemas ajenos, voltearán sus ojos con compasión ante la patencia de sus necesidades. Dios quiera que de esta especie de desintegración que vivimos como nación, nazca una nueva Venezuela. Ojalá que aprendamos las lecciones. Ojalá que aprendamos a distinguir la mentira de la verdad, y la demagogia de las verdaderas razones de nuestra crisis.

Ante el difícil panorama que se avecina, lo mejor es procurar abrirse a las circunstancias para aprender de ellas y promover, en nuestro hogar y a nuestro alrededor, un espíritu esperanzador, pues de las crisis nacen los frutos más duraderos. En su muy bello artículo del domingo (*Esperanza y posibilidad*), Rafael Luciani señalaba que, "como sostenía Bloch, «vivimos rodeados de posibilidades». Queda de nuestra parte creer en ellas y promoverlas".

La escasez y la inflación nos agobian y agobiarán, pero constituyen oportunidades para discernir las prioridades y desechar los caprichos que muchas veces amodorrán en la vida. De las dificultades se sale más libre interiormente, más seguro y centrado, si se sabe aprovecharlas y dejarse curtir por ellas. A veces las malacrianzas se enderezan, el egoísmo de no pensar en las necesidades del otro se curan, la indolencia puede transformarse en deseos de poner el hombro, entre tantas otras "posibilidades". Es cierto que las crisis pueden también desatar demonios, pero queda de nuestra parte promover la apertura de otros caminos y "posibilidades". Muchas veces he escuchado a alguien preguntarse, mientras elige sus vegetales o hace la cola por algún producto, lo siguiente: "¿y cómo hace la gente con un sueldo mínimo?" "¿cómo hace?". Pensar en el otro cuando uno está también sufriendo supone ya un crecimiento interior, pues nos lleva a trascender nuestra personal situación para advertir la de miles.

Conocer los padecimientos de tantos en el área de la salud, las muertes concretas por falta de insumos o de posibilidades de atención, las dificultades de tantas familias para cubrir sus necesidades básicas, por mencionar sólo algunas de esas realidades que vivimos, pueden transformarse en posibilidades para ampliar nuestra visión de las cosas.

Las restricciones económicas son un medio concreto para formar a nuestros hijos en fortaleza y austeridad. Nada grande se logra sin sacrificio y bastante que necesitaremos de jóvenes recios y de carácter. Ayudar a abrir los ojos para que vean también lo que otros sufren les forma también el corazón. Y Venezuela tiene necesidad no sólo de gente preparada intelectualmente, sino de ciudadanos nobles, honestos y generosos. Necesitaremos de mucha gente buena, particularmente sincera y trabajadora.

Ante un escalón que me sale al paso tengo dos opciones: o le golpeo con el riesgo de fracturar mi pie, o lo subo y me elevo. Es cierto que también puedo ni intentar subirlo, pero esto último resultará difícil en relación a cómo podré evadir las imposiciones de la crisis económica. Son pocos los que viven en la isla de la fantasía, o intentan mantenerse en una isla imaginaria. Y aunque suene duro, lo mejor es que la crisis nos toque a todos, pues sólo así advertiremos cuán estructural es; sólo así entenderemos que la construcción de un país implica a todos sus ciudadanos.

(El Universal, abril de 2015)

SECUELAS DEL VACÍO EXISTENCIAL

El vacío dice relación a un sentimiento radical de falta de sentido. Llamó mi atención leer que el conformismo y el totalitarismo son secuelas de este vacío, pues en estos casos el hombre parecen no reconocer cuáles son sus deberes y a veces parece también no saber qué quiere: “entonces se siente tentado a querer lo que los demás hacen o a hacer lo que los demás quieren” (Frankl). El autor se refería en concreto a las actitudes difundidas en el hemisferio occidental (conformismo) y en el oriental (totalitarismos posteriores a la segunda guerra mundial, en concreto, pero aplicables a cualquier sociedad). El punto es que bajo el dominio de estas situaciones el hombre parece vivir como si la vida no fuese suya, pues ni la apatía que germina en una sociedad consumista, ni el terror que se vive en un régimen autoritario, le dejan.

Se cumplen 50 años de la publicación de los reportajes que hiciera Hannah Arendt, con ocasión del seguimiento del juicio de Eichmann en Jerusalén. Este era el responsable de la sección de “los asuntos concernientes a los judíos” de la Oficina central para la seguridad del régimen nazi. A él le tocaba administrar los traslados a los campos de concentración y de exterminio. Interesa, pues, el dilema que se le planteó a Arendt. Estuvo presente en el juicio de un hombre que debía ser desquiciado o demoníaco; ella refiere, sin embargo, que era ordinario, superficial y que, al mismo tiempo, sabía lo que hacía. ¿Cómo podía conocer las consecuencias de sus actos y al mismo tiempo no ser realmente “consciente” de lo que hacía?

Ella resuelve el dilema hablando de la “banalidad del mal”. Este mal es, para ella, una “lejanía de la realidad”. Una lejanía, sin embargo, fundada en la mentira de las “maniobras de Estado”. Eichmann era superficial y se escudaba ciertamente en que “debía obedecer órdenes”. Culpa a la rapidez con que se sucedieron los acontecimientos: “el partido me engulló sin tener tiempo para decidir. ¡Fue algo muy rápido e imprevisto!”, dijo en el proceso. Pero, ¿hasta qué punto es posible “no darse cuenta”? Interesan sus palabras del 8 de mayo del 45, fecha oficial de la derrota de Alemania: “sentía que la vida se me haría más difícil sin un jefe; ya no recibiría órdenes de nadie, ya no tendría que consultar reglamentos. En breve, me esperaba una vida que no había vivido nunca”. Este hombre no parecía haber llevado una vida propia, sino haber hecho lo que otros querían que hiciera. La narración de su vida parecía estar llena de “frases hechas” (Alessandra Stoppa, en Revista *Huellas*), pues por lo lejano que estaba él mismo, en primera instancia, de su propia intimidad, se percibía en él

un “vacío de la razón por una falta de relación con los hechos” (Stoppa). Era como si su vida nunca hubiese sido suya. Por eso prefería “seguir órdenes”. Así no pensaba; así no era “responsable” de sus actos.

Arendt dice que “todo habría sido diferente” si la resistencia hubiese sido más fuerte. Interesa especialmente lo siguiente: “el régimen intentaba crear vacíos de olvido en los que se hundiera cualquier diferencia entre el bien y el mal. Pero los vacíos de olvido no existen. Nada humano puede borrarse. Bajo el terror, la gran mayoría se somete, pero *algunos no*”. Es aquí, en estas excepciones, donde “renace la conciencia”, precisa Stoppa. Son precisamente los movimientos sociales, los alzamientos de voces valientes, de ciudadanos inconformes y sedientos de vivir la singularidad que es propia de lo humano, quienes por no someterse revelan que el hombre es libre por naturaleza y que luchar por un ideal tiene sentido. Quien advierte que tiene conciencia, reconoce también que “la banalidad del mal desvela la profundidad del bien” (Stoppa). En una carta del año 63, Arendt escribirá: “sólo el bien es radical”. El mal, si bien existe, es superficial; parece no tener sustancia. La realidad es siempre su base. Vemos, de hecho, que no puede reducirse a la nada. Por eso *puede sacarse siempre mucho bien del mal*. Y es esto lo que importa.

Este mal que ahora vivimos puede revertirse en bien si creamos los espacios para que renazca la conciencia. Nos toca aclarar, redefinir, esa línea que distingue el bien del mal que algunos pretenden hacer desaparecer con los “vacíos de olvido”. Debemos captar lo mucho que importa vivir en conciencia, siendo leales a esa voz interior que clama verdad y transparencia. Sólo así nuestra vida tendrá sentido, pues será vivida por nosotros y no por otros.

Esta conciencia individual ya está naciendo en cada uno de los venezolanos. La vemos muy viva en tantas voces que públicamente se resisten a callar. Sólo fortaleciéndola y ayudando a otros a lograrlo, saldremos del conformismo e implicaremos al prójimo en nuestra vida. No olvidemos que “sólo el bien es radical”.

(El Universal, septiembre de 2013)

SENTIMIENTOS CONFUSOS

Lo que nos pasa a muchos por dentro es bastante parecido. Si uno siente desesperanza, lo más probable es que muchos la sientan. Frustración, incertidumbre y esa amargura que genera en uno ver las desgarraduras del tejido social, la disolución de un país con una institucionalidad de arena movediza son también sentimientos compartidos por la gran mayoría. Muchos, sin embargo, tenemos esperanza. Una esperanza que se funda, precisamente, en la común percepción de las cosas, en el mismo dolor que provoca esta especie de hundimiento del que estamos siendo testigos; en la dificultad de creer, quizás, que el país pueda desaparecer.

Los sentimientos, sin embargo, son confusos. Tal vez porque lo tiempos lo son. De la compasión por el tremendo trabajo que están pasando los más pobres, se pasa a veces a la rabia y al miedo por la violencia que estas mismas necesidades están desatando. Del deseo de ayudar a quien se ve necesitado se pasa también a la desconfianza ante el desconocido. Encontrar un centro en tiempos revueltos no es fácil, pero tal vez la manera de ubicarse sea la de recordar continuamente que no podemos meter a todos los hombres en el mismo saco, todo el tiempo. Lo que digo parece pueril, pero buscar trascender el pequeño ámbito familiar para alcanzar a otros es importante en tiempos como estos, en los que acecha la tentación de replegarse en la propia casa para no salir herido. Ampliar el círculo de amigos, detectar con quiénes podemos ahondar en la amistad en virtud de los intereses, ayuda a no olvidar que a pesar de los pesares, todavía somos muchos trabajando por el país y su gente.

Repito que parece pueril esto de dominar interiormente la rabia y los sentimientos confusos que provocan, sin duda, los tiempos revueltos, pero no lo es. Y no lo es porque la amenaza es instalarse en el lado que más tienta en estos momentos, en el que más hala, en el que parece dominar. Sabemos bien cuál es el que azota como un viento huracanado; por eso mantenerse tendiendo puentes aunque sea a pequeña escala, haciendo el bien sin ver mucho a quién, como dice el refrán, es sin duda el mejor modo de no acabar desconfiando de manera absoluta de los hombres en estos tiempos confusos, pues siempre relucirá un rostro agradecido, un corazón bueno. Y eso es un impulso en medio de la desolación.

(El Universal, septiembre de 2015)

SER FOCOS DE ESPERANZA

El comienzo de algo está impregnado de la ilusión ante la novedad y aunque los tiempos sean inciertos, ser un foco de esperanza en este nuevo año significa creer y transmitir que las circunstancias fuerzan siempre a buscar las vías para solucionar los problemas. Tenemos la oportunidad de empezar otra vez, con ánimos renovados, y una esperanza más profunda: más asentada en sus bases, tal vez.

Más que depender de lo que suceda fuera, por más difícil que sea, la verdadera esperanza brota de un corazón que sabe descubrir la bondad oculta en las cosas. Sin esta apertura a la vida, que es también receptividad, no es posible que haya esperanza. Podríamos fomentar el deseo de que algo cambie y se adapte a nuestras medidas, con un terco voluntarismo que nos haga sentir fuertes, pero de una actitud que no es capaz de reconocer lo bueno en otros no nacería ninguna expectativa profunda de la vida. La luz llega cuando merma la oscuridad en nosotros y solo así, desde un corazón abierto a lo que nos trasciende, seremos capaces de ver el camino.

No es nada poético eso de aprender a ver lo bueno en las circunstancias y en las personas que nos rodean. Lo que digo no son solo palabras. Reconocer lo digno de aprecio en otros exige un esfuerzo grande de nuestra parte, sobre todo cuando el ambiente de deterioro lo ensombrece. Lo que intento decir es que en el fondo de todas las cosas subyace una bondad primigenia que no puede ser destruida por tanta maldad patente, pues el mal, en el fondo, es ausencia de bien: es algo en sí mismo bueno deteriorado.

Aunque luzca muy filosófico y profundo, vale la pena considerar un principio que centra con más fuerza que todos los daños juntos: el *no-ser*, es decir, la nada, no puede ser causa del *ser*. Ciertamente uno es libre de pensar que la nada antecede al *ser* y sigue también a esta vida, pero me resisto a la posibilidad de aceptar que la condición del *ser* sea la nada. El simple hecho de *ser* es ya una razón más que suficiente para afirmar la vida antes que la muerte. Por eso la esperanza se funda en un brote de vida que es real, muy a pesar de lo penosas que puedan ser las circunstancias.

La verdad es que ante lo que nos sucede no hay muchas posibilidades de reaccionar: o nos entristecemos ante el dolor y tiramos la toalla (huimos de nosotros mismos) o hacemos un esfuerzo por reconocer ese foco de bondad que hay en toda persona y suceso. Pienso que el impulso de vida

brotar de esta segunda posibilidad, pues frenarse ante lo defectuoso y errático de las circunstancias acabaría por cerrarnos al futuro, para sumirnos en la tristeza.

No es poca cosa apreciar lo bueno en las personas que conocemos. Nadie duda que a todos nos sobran defectos, pero apoyarse en las virtudes de los demás y en las que reconocemos en nosotros; poner de relieve lo bueno que hacen otros; alegrarse con sus éxitos y dar gracias por los pequeños o grandes esfuerzos que hacen por el bien de tantos, nos ayudaría a tomar conciencia de que *la regeneración de una nación debe fundarse en todo pequeño germen de vida*. Ninguna comunidad se reconstruye, además, desde la soledad; por eso urge estimular todo talento en potencia, todo intento de superación, por tenue que parezca, pues basta que nazca en un alma para que tras un primer estímulo brote un mayor ímpetu.

Pienso que los visionarios saben descubrir el talento que brilla tras el desorden que tal vez lo entenebrece. Esos tímidos signos de bondad que están como reprimidos en toda persona podrían muy bien ser las estrellas que iluminen una noche oscura, si nos disponemos a reconocer su luz. El país necesita de un discurso que ilusione; que toque las fibras más sensibles de las personas y provoque en ellas el deseo de dar lo mejor de sí, estimulando a otros con sus vidas. Todo pequeño esfuerzo por validar las virtudes en otros se convertirán a la larga en puntos de apoyo en una lucha que sin duda es ardua y desafiante. Lo cierto es que desde la tristeza y la rabia no puede sino generarse conflictividad y destrucción.

(El Nacional, enero de 2020)

SOBRE LOS ABUSOS SEXUALES EN LA IGLESIA

La carta a una *Iglesia que sufre* (*Letter to a suffering Church*), escrita por Robert Barron, Obispo Auxiliar de la Arquidiócesis de Los Angeles es “un grito del corazón”. Con mucha sinceridad y transparencia aborda el doloroso tema de los abusos sexuales en la Iglesia. Aunque escribe para todos los católicos, su inquietud fundamental es brindar respuestas y argumentos a los creyentes norteamericanos, conmocionados y dolidos, enojados y frustrados, por los casos que salieron a la luz tras muchos años de silencio de tantas personas en la Iglesia que debieron haber alzado su voz en su momento. La propagación de un mal nunca es posible sin cómplices; sin esos que, sabiendo lo que ocurría, callaban, reasignaban de parroquia al abusador, subestimando así el dolor de unas víctimas que dejaban sin consolar y abriendo el camino para más abusos.

Tras esta dinámica de abuso sexual, reasignación y encubrimiento hay un claro abuso de poder. Los investidos con más autoridad manipularon a los más vulnerables, dañándolos e hiriéndolos en el mero centro de donde debía manar un amor limpio a Dios, a la vida y al prójimo. Los ensuciaron. Los llenaron de miedo y vergüenza. Malograron su corazón, les llevaron a probar el agrio sabor de la perversión en edades muy tiernas y los enemistaron con Dios, pues “la tragedia central del escándalo de los abusos sexuales es esta: quienes fueron ordenados para actuar en la propia persona de Cristo se convirtieron, del modo más terrible, en obstáculos para llegar a Cristo.”

Jesús vino a cambiar muchas de las referencias más típicamente humanas: el más grande para Dios no es el hombre con poder y fama, ese ser prepotente que se basta a sí mismo. En su reino, el modelo es el niño, ese ser sencillo y puro que confía en su padre del cielo y lo ama desinteresadamente. Estos seres amados por Cristo han sido las víctimas de los abusadores y no es de extrañar que ese Jesús manso y humilde de corazón que nos insta a amar al prójimo, y en especial al enemigo, diga con fuerza que “si alguien escandaliza a uno de estos pequeños que creen en mí, sería preferible para él que le ataran al cuello una piedra de moler y lo hundieran en el fondo del mar” (Mt. 18,6). Esta aparente dureza se debe a que el amor es exigente: la indignación se explica porque el silencio que consiente es blando.

Más que un problema moral, dice Barron, lo que hay es podredumbre. Ha quedado en evidencia una corrupción enfermiza que duele a quienes queremos a Jesús y a su Iglesia. Ahora bien,

si el obispo expone la situación con crudeza y alude a situaciones de corrupción y abusos de todo tipo a lo largo de la historia de la Iglesia, no es sino para “vacunarnos”, “inmunizarnos” ante la tentación de abandonar a Cristo y a su Iglesia por los pecados de los hombres. Dejar de creer en el sacerdocio no tiene tampoco sentido para quien centra su fe en Jesús y en el poder de su gracia salvadora. Además, que unos hagan el mal no significa que todos lo hagan. Así como hay corrupción, hay santidad y ante la laxitud de muchos, siempre hay otros que se entregan por completo para que sea Cristo quien viva en ellos.

Es cierto que hay que reconocer que “algo ha salido tremendamente mal”, como dice Barron, pero ante la suciedad, los cristianos debemos responder con un mayor deseo de santidad y lo cierto es que sin excusar a nadie, no hay nunca nada de lo que debamos escandalizarnos, pues “todos los recipientes son frágiles y muchos de ellos están completamente rotos; pero no permanecemos por los recipientes: permanecemos por el tesoro”. Las crisis han sido siempre ocasión de renovación y han sobrado los momentos en los que la Iglesia “ha parecido” tragada por el infierno. Esto, sin embargo, ni ha ocurrido ni ocurrirá, pues Jesús prometió que no sucedería porque la Iglesia es su Cuerpo Místico y El no hace depender su gracia de la santidad de sus sacerdotes.

Las crisis purifican la fe en Jesús: nos ayudan a descentrarnos de nuestro ego y nos recuerdan que el modelo de un cristiano es Cristo, no los hombres. Quedaríamos muy defraudados si pusiéramos nuestra esperanza en nosotros mismos. Es cierto que los santos son hombres y también “luces en las tinieblas”, pero lo son por haber sabido seguir a Cristo.

Hay una lógica misteriosa tras la experiencia de las miserias humanas: no es posible comprender la misericordia de Dios sin comprender medianamente la profunda capacidad de vileza que puede ocultarse en el corazón humano. Y es que para “entender” la grandeza del amor de Dios hay que tener la experiencia de nuestra fragilidad, de lo poco que podemos sin la ayuda de Dios. Para creer que la Iglesia es santa pareciera que hay que constatar que ella no depende de nosotros. Cuenta Barron que una vez Napoleón “se enfrentó con el cardenal Consalvi, el secretario de Estado del papa Pío VII, afirmando que él, Napoleón, destruiría la Iglesia, a lo que el cardenal respondió hábilmente: «Oh, pequeño hombre, ¿crees que lograrás lo que siglos de sacerdotes y obispos se han esforzado por lograr sin éxito?»”.

En los momentos difíciles el Espíritu asiste y sin duda provocará una respuesta de transformación en los miembros de su Iglesia y en el mundo entero. Siempre nacerá otro Francisco de Asís, otro Ignacio de Loyola, otra Teresa de Jesús, otro don Bosco, entre tantos futuros nuevos santos. La dinámica de crisis y renovación es una tensión constante, pero es Dios mismo quien nos impulsa a creer más en Jesús y a no detenernos por nuestros pecados ni por los de los demás.

No me queda sino recomendar la lectura de esta carta tan honesta y preciosa, de gran ayuda para todos. Su costo es de un dólar y la información está disponible en el link www.SUFFERINGCHURCHBOOK.COM.

(El Nacional, agosto de 2019)

SOCIEDADES EN CRISIS

Todos los países pasan por sus crisis. No es posible vivir sin ellas. Unas son peores, otras más leves, porque eso de “mejores” no creo que aplica a las crisis. Todas son difíciles e indeseadas, pero aunque así sea, resulta esencial comprenderlas y asimilarlas.

En este momento nos está tocando aprender a descubrir eso que ya Václav Havel llamaba la “libertad interior”, ésa que nadie, muy a pesar de lo que ocurra fuera de nuestro ámbito interior, puede dominar y poseer. Cuando no se puede crecer por fuera, en términos de logros medibles, por externos, hay que aprender a hacerlo por dentro y no dudo que vivimos tiempos que nos invitan a intentarlo.

Ayer leí un artículo cuyo título llama mucho la atención: “5 razones por las que los norteamericanos son infelices”. Más que una opinión o análisis de algún estudioso aislado, el artículo aborda las conclusiones de una investigación mucho más profunda llevada a cabo por expertos de la Universidad de Harvard y la British Columbia (<http://www.marketwatch.com/story/5-reasons-americans-are-unhappy-2014-08-19?siteid=nwhfriend>).

Todas las razones tienen que ver básicamente con el tema del consumo como orientador de la vida. En una sociedad en la que las necesidades básicas están cubiertas en su máximo nivel, en la que los parámetros de comodidad son altísimos y las facilidades para estar al día con la tecnología son asequibles a todos, el individuo puede caer desde muy temprana edad en la trampa del consumismo. La otra cara de la moneda de estos altos niveles de vida, envidiables y deseables, por lo demás, siempre y cuando uno no se deje dominar por ese imán tan fuerte del consumo permanente, es la capacidad de trabajo del americano. Lo que un amigo me dijo un día ilustra bien el punto: “estos niveles de vida y de seguridad se pagan caros”. Como ellos mismos dirían: *no pain, no gain* (sin esfuerzo no hay ganancia).

El estudio analiza la intensidad laboral de la sociedad americana y la compara con la europea. Nadie trabaja tanto a la semana, ni tiene tampoco menos vacaciones al año como el americano. Las razones de esta “infelicidad” tienen que ver con la cantidad de horas que dedican al trabajo y el escaso tiempo libre que queda para la familia. La gran mayoría revela almorzar solo y sufrir de mucho stress. A la fuerte competencia que les somete a una constante necesidad de compararse con los demás, con sus logros y éxitos, se suma la ansiedad que genera el ritmo de vida.

La solución no es dejar de trabajar, por supuesto, pero sí lo es reflexionar sobre la prioridad que se da a ciertos valores o cosas. El estudio incluye una especie de experimento llevado a cabo con un grupo de muchachos de sexto grado. Se les hizo pasar 5 días en un campamento de verano, alejándolos así expresamente de todo contacto con sus teléfonos celulares, computadoras y video juegos, para ayudarles a enfocar su atención en las actividades al aire libre y el contacto entre ellos. Los resultados revelaron una mejora significativa de su inteligencia emocional, la cual consiste en el reconocimiento de las diferentes emociones en uno mismo y en otros, suponiendo esto un estímulo grande para trabajar por la búsqueda de un sentido más profundo que orientara sus vidas. Un “sentido” que trascendiera el simple hecho de poseer cosas.

Mi objetivo no es concluir que nuestros parámetros de trabajo y competitividad son los ideales, pues tristemente carecemos de una estructura que motive realmente al logro. Nuestra mentalidad dominante pareciera ser la de descubrir siempre el modo de aprovecharnos de una situación que genere lucro con poco esfuerzo, derivando este esquema en el desastre que vivimos: corrupción y negligencia.

Culturalmente sabemos reírnos de lo difícil y darle la vuelta a todo, pero como todo en la vida, esto también tiene sus límites, pues la ansiedad que puede generar en los norteamericanos su estructura de vida es la misma que se siente cuando lo que impera es el desorden y la anarquía. La felicidad también se pierde cuando el futuro es incierto y el bochinche no se logra encauzar por los rieles que conducen a una sociedad civilizada, donde la ley ordena. Por eso, esta supuesta felicidad nuestra puede derivar en infelicidad y frustración.

En fin, como no parece existir la sociedad perfecta porque sus integrantes no lo somos, lograr esa libertad interior, esa independencia que nos ayude a no dejarnos dominar por las situaciones que nos rodean, resulta prioritario para vivir motivados por ideales que no resulten de imposiciones externas. En algunas sociedades ese ruido será el consumismo y la competencia a veces inhumana; en otras, como la nuestra, será el desorden, el conformismo, y las limitaciones de todo tipo que se nos están sumando día a día. Los venezolanos, en concreto, debemos aprovechar estos tiempos para crecer por dentro en fortaleza, en independencia de criterio y en la necesaria capacidad de reflexión que nos ayude a llegar a buen puerto.

(El Universal, septiembre de 2014)

SOÑAR A COSTA DE UNO MISMO

No parece sensato que los sueños por los que uno vive y lucha se hagan realidad a costa de uno mismo. Creo en la entrega a un ideal que puede no verse realizado del todo mientras uno vive. Puede ser que su logro nos trascienda en el tiempo y terminen por cosecharlo nuestros descendientes, lo que no significa soñar a expensas de uno mismo, siendo además devorado por el ideal.

¿Cómo podría un sueño anularlo a uno? ¿Cuándo podría un sueño agredirme hasta acabar conmigo? Esto sucedería, sobre todo, cuando el sueño no es propio sino impuesto; cuando es un sistema el que acaba diluyéndolo a uno en la masa, y cuando los que voluntariamente se insertaron en él advierten que son desechables, sustituibles, por ser una pieza más dentro del andamiaje llamado “proceso”.

En la extraordinaria novela de Padura, *El hombre que amaba a los perros*, cuya trama reconstruye las vidas de León Trotsky y Ramón Mercader (su asesino), se hace patente el desencanto que genera la utopía que destruye la vida de sus propios hijos. Aquí el sueño devora, anula, traga, desaparece a la persona que se ha concebido siempre como parte de la masa. El Sueño, ese ideal en mayúscula por abstracto, se ha definido a sí mismo desde el comienzo a expensas del individuo. Por eso todo hombre es reemplazable, pues la masa priva siempre: una masa hegemónica, un gran bloque de piedra, cuyos individuos pretenden igualarse por la fuerza.

Como buena pieza del proceso, Mercader es entrenado durante años para cumplir con su cometido. Siempre sintió curiosidad por conocer el verdadero nombre de su mentor soviético; así, cuando un día se atreve a preguntárselo, éste le responde lo siguiente: “¿Qué es un nombre Jacques? ¿O ahora eres Ramón?...Esos perros que a ti te gustan tanto tienen nombre, ¿y qué? Siguen siendo perros. Ayer fui Grigoriev, antes era Kotov, ahora soy Tom aquí y Roberts en Nueva York. ¿Sabes cómo me dicen en Lubyanka? ...Leonid Alexándrovich (...) Soy el mismo y soy diferente en cada momento. Soy todos y soy ninguno, porque soy uno más, pequeñísimo, en la lucha por un sueño. Una persona y un nombre no son nada...Mira, hay algo muy importante que me enseñaron nada más entrar en la Cheka (Inteligencia política y militar soviética): el hombre es relegable, sustituible. El individuo no es una unidad irrepetible, sino un concepto que se suma y forma la masa, que sí es real. Pero el hombre en cuanto individuo no es sagrado y, por tanto, es prescindible. Por eso hemos arremetido

contra todas las religiones, especialmente el cristianismo, que dice esa tontería de que el hombre está hecho a semejanza de Dios. Eso nos permite ser impíos, deshacernos de la compasión que engendra toda piedad: el pecado no existe. ¿Sabes lo que eso significa?...Es mejor que ni tú ni yo tengamos un nombre verdadero y que nos olvidemos de que alguna vez tuvimos uno. ¿Iván, Fiódor, Leonid? Es la misma mierda, es nada. *Nomina odiosa sunt*. Importa el sueño, no el hombre, y menos aún el nombre. Nadie es importante, todos somos prescindibles...Y si tú llegas a tocar la gloria revolucionaria, lo harás sin tener un nombre real. Quizás nunca más lo tengas. Pero serás una parte formidable del sueño más grande que ha tenido la humanidad –y levantando su vaso de vodka, brindó-: ¡Salud para los innombrables!”.

Su hora revolucionaria llegó: mató a Trotski. En eso consistió su gloria: en matar a un hombre que fue calumniado y cercado hasta el final.

Cuando sólo importa el sueño y no el hombre, ¿qué es el sueño sino una mentira? Cuando no hay individuos sino masa, ¿cómo esperar que se adviertan las particularidades, únicas e intransferibles, de cada ser humano? Si no importa el nombre, signo de identidad, del “yo” que se es, ¿por qué importaría el hambre, la vida, los dolores, los sueños personales que desde un principio se exigieron subordinar al Sueño? ¿Qué importa si nace o muere una pieza del proceso? ¿Por qué se esperaría lealtad de quien se ha entrenado para disfrazar sus pensamientos y sentimientos, de quien se ha entrenado para desconfiar de todos?

¿Cómo confiar en el otro cuando nunca se ha sido visto como un “otro”, con nombre y apellido, con vida, sentimientos y necesidades, no sólo físicas, sino psicológicas y afectivas, y cuando tampoco se ha visto nunca a otro así? El hombre nuevo del proceso se entiende sólo como parte de un sistema, de un andamiaje que, una vez puesto a funcionar, corre sin tomar en cuenta la voluntad de sus piezas.

Advertirse traicionado y usado lleva a creer que el hombre es mucho más que un simple concepto. Es triste despertar y darse cuenta así de la mentira que está inoculada en la palabra “revolución”: un sueño que se revierte contra uno mismo. Por eso importa comprender la desesperanza que puede anidar en los que alguna vez creyeron en esa Patria bonita que no ven por ninguna parte.

(El Universal, octubre de 2014)

TODO ES PARA BIEN

Pienso que no es posible hablar de esperanza sin centrarse en el mundo cara a la eternidad. En esta vida todo tiene un sentido y para ver lo que se oculta a los ojos corporales hay que caminar en la oscuridad. Así está el país. Así estamos todos. Atravesando una crisis delicada que está horadando en el corazón nuestra capacidad de amar y perdonar para lograr una transición pacífica.

Esta lucha es política, económica, institucional, pero ante todo existencial, espiritual. Es de hondas dimensiones. Pienso que nos da la oportunidad de descubrir un sentido mucho más profundo a la vida porque si no, ¿para qué estamos aquí?

Lo que nos sucede es instrumento para crecer, para trascendernos a nosotros mismos y alcanzar la felicidad para la que fuimos creados. La vida no tiene sentido sin la esperanza. Pienso que sencillamente no podría vivirse sin ella. Sobre todo cuando nos topamos con la muerte, la enfermedad y cualquier circunstancia adversa, pues es justo allí, en esas inflexiones de la vida, donde el hombre se abre a la trascendencia, a Dios, y entra en una más estrecha relación con El.

Si podemos esperar es porque el futuro está siempre abierto y esta vida, a mi parecer, se ancla en la eternidad. Sin la verdadera esperanza la visión se reduce a ver solo este mundo y si nos limitamos de ese modo, ¿para qué vivir?

La frontera que se desea cruzar con la ayuda humanitaria es para mí el punto medio entre el pasado y el futuro, la autocracia y la anarquía, la barbarie y la civilización, así como entre el antiguo y nuevo testamento. Allí parece superarse la ley del temor con la del amor, la letra con el espíritu. Todo se reordena dentro, en el corazón, para concretarse luego fuera. Este nuevo intento por recuperar el país ha calado en un momento de descorazonamiento y me parece que la razón es que ha tocado más fondo; ha apelado a la razón y al corazón.

En esa línea fronteriza veo la conciliación de la racionalidad y la bondad; veo también a Jesús crucificado, viendo pasar a miles de venezolanos que sufren dejando el país. Sus dolores son físicos y morales y todos ellos son vistos por El al tiempo que son amados. Su madre, al pie de la cruz, al ver a su hijo sufriendo por nosotros, acoge la petición de cuidarnos y dar a luz a un país con unos hijos nuevos, más purificados. La Virgen de Coromoto parece dolerse, de hecho, con la muerte y sufrimiento

de muchos de sus hijos. Es sugestivo que mueran pemones y que Coromoto -si bien era de otra etnia- signifique “el que detiene la tormenta”.

Lo que salva es el amor; no el dolor a solas. Pienso que el futuro está abierto ante nosotros y aunque costará y el reacomodo tomará su tiempo, Venezuela renacerá con mayor impulso porque de verdad es una tierra de gracia. Esta novela no terminará como *Idolos rotos*, con el *fin de la patria* y jóvenes que quieran irse porque “no se hallan” aquí. Aunque sin duda la diáspora ha sido y es una realidad, me parece que estamos escribiendo otra historia y tal vez muchos de los que se fueron regresen para recomenzar una nueva etapa. Sé que muchos están deseosos de poder hacerlo. Van a cosechar lo sembrado por unos y a sembrar en el suelo arrasado. Experimentaremos, pienso yo, una resurrección.

En el país hay un tremendo potencial reprimido. Por eso pienso que vamos bien, porque todo dolor da fruto cuando se logra abrir el corazón al amor y al perdón. Para mí está naciendo un nuevo país. Un país que se está comprendiendo a sí mismo mientras comprende a los otros.

(El Nacional, marzo de 2019)

TODO SUCEDE *PARA* ALGO

Uno está acostumbrado a decir que “todo pasa *por* algo”. Y en los momentos que vivimos, se escucha aún más. Creerlo realmente cuando pasa algo doloroso es difícil y, sin embargo, seguimos diciéndolo. Constatamos que es “lógico” que haya “razones” de aquello que sucede, pues si lo sucedido fuese tan “azaroso”, la vida sería un absurdo y nada tendría sentido. Parece, pues, que la vida hay que “comprenderla” en su secuencia para poder conferirle un sentido. Y lo que decimos sobre la vida personal podemos aplicarlo también a la vida de una nación, pues la realidad es que el país tiene historia porque somos nosotros quienes la hacemos.

Así, pues, decir que “todo sucede *por* algo”, implica que todo lo que sucede tiene una razón de ser y no es, en definitiva, casual. El matiz que, sin embargo, confiere la Logoterapia, escuela fundada por el psiquiatra vienés Viktor Frankl, es un tanto distinto. El cambia un poco la perspectiva e insiste en que los sucesos son ocasión “*para* algo”. Asumir que lo que nos sucede nos ofrece la posibilidad de aprender, crear, hacer o sufrir, “cara al futuro” –que eso indica el “ser ocasión *para* algo”- incide, sin lugar a dudas, en un profundo cambio de visión de la vida.

Incluso si somos de los que meditamos bastante en los sucesos del mundo y de nuestra vida, en aquellas cosas que pueden habernos resultado dolorosas, frustrantes, procurando orientarnos desde la convicción de que “nada ocurre por casualidad”, el motivarnos bajo la perspectiva de que todo sucede “*por* algo” puede a veces frenarnos, más que activarnos, al detenernos en el pasado. Asimilado éste –lo cual es necesario-, el presente puede acabar viviéndose como una consecuencia de lo ocurrido: como el fin –quizás- *para* lo cual ha sucedido todo lo que nos ha sucedido.

Percibir que “la vida no es algo, sino que es siempre, simplemente, la ocasión *para* algo” (Hebbel), abre –sin lugar a dudas- al futuro, presupuesta –claro está-, la comprensión de lo sucedido en el pasado. Lo interesante estriba en el cambio de actitud que ayuda a lograr la sencilla introducción del “*para* algo”.

Ver la vida como “ocasión *para* algo” nos lleva a ser proactivos, tanto como a asumir la propia vida, en el marco de su particular contexto, con responsabilidad. Esta perspectiva ayuda mucho más a comprender que la vida tiene un sentido, pues éste se concreta asumiendo y comprendiendo aquello que nos pasa, aquello que hacemos, tanto como lo que *debemos* hacer.

Me explico: cada uno es cada uno, así como cada familia es cada familia y cada país, cada país. Por eso el “sentido” es relativo a cada quien. Lo que puede tener sentido para mí, puede no tenerlo para otro, pues todo camino está inscrito en un recorrido delineado por las circunstancias personales, la vocación profesional, las obligaciones familiares y los sueños, diría yo. Hay mucho que nos condiciona, pues nadie ha elegido nacer, así como nadie eligió ni el país ni la familia en que nació. Las limitaciones físicas y psicológicas, las fortalezas, los talentos, todo, en definitiva, nos hace únicos. Es, pues, a partir de lo originario que somos y tenemos como debemos “moldear” nuestra vida.

Desde esta perspectiva, todo lo que nos sucede y sucederá se corresponde con un fin siempre abierto al futuro. La tensión por desear descubrir el sentido que todo suceso puede revelarnos si nos encuentra abiertos y bien dispuestos, nos mantendrá percibiendo signos, datos, que deben todos ser relacionados e integrados en nuestra conciencia para que nuestra vida sea un hilo hilvanado, en lugar de unos trozos rotos y desperdigados (sin conexión) de pabilo. Un hilo que, por cierto, teje un tapiz, cuya imagen final no es posible ver sino hasta que esté acabado.

El sentido de la vida vamos tejiéndolo nosotros progresivamente, cada vez que nos renovamos por dentro y asumimos una actitud proactiva. El sentido no es algo abstracto; hay que encontrarlo, descubrirlo *en* lo que nos ocurre, pues es allí sobre lo que decidimos entre una posibilidad u otra. El que todo sea ocasión “*para* algo” se comprende desde esta perspectiva, pues el sentido se encuentra: no se impone ni se otorga.

Decir que “todo sucede *por* algo” puede ayudarnos a comprender el presente como consecuencia del pasado, pero no necesariamente nos lanza al futuro. Comprender las razones por las cuales sucedieron las cosas ayuda a descubrir en el presente un valor y no una casualidad, pero el impulso hacia el futuro y la esperanza lo da una perspectiva que nos ayude a comprender que las cosas suceden como ocasión “*para*” que hagamos algo.

Se me ocurrió compartir esta perspectiva, nueva para mí. Pienso que puede ayudarnos en momentos como los que vivimos. No se trata sólo de comprender por qué estamos sumidos en esta crisis –importante, sí-, sino de plantearnos que estas circunstancias “son ocasión *para* algo”: algo que debemos hacer y crear. Cada uno desde su contexto y con su “misión” particular, si bien unidos por una misma intención.

(El Universal, octubre de 2013)

TODOS SOMOS DIFERENTES

La uniformidad de pensamiento que quiere imponernos el régimen niega lo más natural de todo ser humano: la libertad de ser aquello que cada uno está llamado a ser. La única gran diferencia que se establece como prioritaria para generar estas revoluciones destructivas es la de las clases sociales. Una vez dividida la sociedad en dos grupos, el de ricos y el de pobres, la pretensión será reprimir el libre pensamiento, de modo que todos veamos la vida de una misma manera. Así como se busca destruir el aparato productivo; así como se pretende la centralización del poder, el pensar, núcleo de nuestra intimidad, buscará también “totalizarse”, pues el objetivo es eliminar la individualidad y con ella, las diferencias.

Intento poner de relieve que nuestras diferencias radican en aspectos más importantes que las posibilidades económicas. Estas son, ante todo, de cultura, mentalidad, talentos y calidad humana. Todo esto pasa, evidentemente, por el filtro de las oportunidades que la vida nos brinda. Lo ideal es, sin duda alguna, que todos pudiésemos tener acceso a las mismas, pero las circunstancias “ideales”, ésas que están sólo en nuestras mentes, no siempre encajan con la realidad. Estas “oportunidades”, sin embargo, se vehiculan a través de un sistema político adecuado, abierto, que condicione la canalización de nuestros talentos y estimule la productividad. Cuando apunto a la irrealidad de las situaciones “ideales”, sugiero que las disparidades e injusticias, los sufrimientos físicos y morales, no sólo son inevitables en esta vida, sino que están siempre muy bien distribuidos. A veces sufre más quien parece sufrir menos. Lo que la vida “nos quita” por un lado, nos lo regresa por “otro”. Y esto, independientemente de la clase social.

¿A qué vienen estas reflexiones? Me viene inquietando el modo en que algunos califican las protestas de los estudiantes. Cuando se insiste en que hay que procurar ganarse a ese otro grupo de la sociedad que también está descontento, pero no simpatiza, necesariamente, con la oposición, se contraponen una y otra vez al Este con el Oeste, a una clase social con otra. Algunos han calificado de más “maduras” las protestas del Oeste en contraste con las del Este. Otros señalan que en el Este, los estudiantes parecen niños malcriados, desesperados, que quieren resolverlo todo “ya”, como si la crisis no fuese grave.

Si bien hay que procurar comprender cómo se perciben las protestas en algunos sectores, me atrevo a sugerir que también hay que ayudar a abrir las mentes de aquellos que critican a quienes protestan. Más que juzgar la conveniencia o inconveniencia de una barricada, me inclinaría más bien a interpretar el grado de frustración e impotencia contenida en muchos sectores del territorio nacional. Esto no implica que no haya que “guiar” la protesta, pero hay que recordar que no hay instituciones y la sociedad está intentando descubrir el modo de hacer valer derechos reiteradamente atropellados. Los “modos” de protestar, en fin, deben comprenderse desde el contexto de cada quien. En lugar de insistir en por qué unos no comprenden a los otros, contrastando así siempre las diferencias en virtud de una única referencia, la clase social, habría que hacer hincapié en que no tenemos las mismas necesidades ni reaccionamos de un mismo modo. Somos diferentes y la diversidad es un valor. Argumentar que en los barrios se mira de tal o cual modo a las protestas de Altamira, o que en el Oeste las protestas son más maduras, dispone a cometer el mismo error del cual intentamos salir: dividir el país en grupos condicionados por una realidad socio-económica. Además, ni sólo se protesta en el Este, ni la madurez se mide por hacer o no hacer barricadas.

Nos igualamos en virtud de nuestra naturaleza humana. Los derechos fundamentales a la vida, a la libertad, a la propiedad, penden de ella y no de la arbitrariedad de un tirano. Nos iguala la ley, si es justa. Nos une el hecho de ser venezolanos. En fin, mi intención es señalar algo muy concreto si pretendemos lograr la transición hacia la democracia: es vital insistir en lo que nos une, así como en las diferencias que nos caracterizan. Hay que dejar de definirse como distinto del otro sólo por la clase social, pues las diferencias, más que derivarse de lo que no somos, penden de lo que somos. No necesito catalogarme como anti-yanqui para definirme a mí mismo. Del mismo modo, no tiene sentido definirse como pobre o rico para explicar lo que se es, pues lo que “somos” no depende de lo que “carecemos”.

Necesitamos aprender a interpretarnos unos a otros desde nuestro contexto particular si deseamos comprendernos. Más que pobres o ricos, somos artistas o beisboleros; estudiantes o madres. Todos, ciudadanos. Sólo así transitaremos hacia un modelo de Estado donde haya igualdad de oportunidades, libertad individual y otra mentalidad: una que respete al otro por lo que sabe y es capaz de hacer; por lo que “es”, y no por lo que “tiene”.

(El Universal, marzo de 2014)

TRABAJO Y PERSONA

Hablar de Alejandro Marius es hablar de un amigo, más allá de la persona que ganó el premio “Emprendedor Social del año 2015” que otorga la Fundación Venezuela sin Límites y la Schwab Foundation, como reconocimiento a su importante labor. Fundador de la asociación civil “Trabajo y Persona”, cuyo objetivo es apostar “por la formación laboral, sobre todo manual, en los barrios de varias ciudades del país y en las zonas rurales” (http://www.revistahuellas.org/?id=486&id_n=6846&pagina=2), Alejandro cree firmemente, citando a Don Giussiani, que “las fuerzas que cambian la historia, son las mismas que cambian el corazón del hombre”. Concibe su tarea como una oportunidad para tocar los corazones de tantas personas en Venezuela y abrir en sus vidas un camino de esperanza, ofreciéndoles la posibilidad de aprender un oficio y sostener una familia. Formar a otros en el emprendimiento significa para él acercarse a las circunstancias personales de muchos y generar vida en ellos al ayudarles a que descubran sus talentos y su capacidad productiva. Alejandro apuesta por el hombre en un contexto como el nuestro, en el que la violencia amenaza con destruir ese primer impulso de vida que tiene que ver con la creación. Emprender es generar novedad, es crear, es fomentar ilusiones allí donde hay deseos de dar lo mejor de uno.

Ahora bien, ese móvil no se autogenera sino que se funda en el reconocimiento de ese Alguien que da sentido a la vida. Ni el sentimiento patriótico, ni el amor a la familia, por más profundo que sean, bastan por sí mismos para mover íntimamente a una persona, pues el sentido más pleno mana de la trascendencia, de esa apertura a un amor superior que sostiene en la vida y rejuvenece el amor humano en el crisol del sufrimiento.

Ante la situación del país, Alejandro y su equipo de trabajo se plantean asumir una postura que busca tornar en un reto lo que a veces desearíamos evadir. Las dificultades pueden movernos inconscientemente a eludir responsabilidades, sobre todo si ameritan de mucho esfuerzo para transformarlas en un bien. Las necesidades de un pueblo son, sin embargo, posibilidades de apertura a la esperanza si las vemos como oportunidades. Por eso “Trabajo y Persona” busca ahondar en el valor de la persona en medio de una realidad poblada de cuevas que subir. En Venezuela nos falta profundizar en hábitos de trabajo, en ese reconocimiento de que los logros son producto de esfuerzos continuados, de muchos pasos a seguir y superar.

El emprendimiento es para el equipo de “Trabajo y Persona” una oportunidad para empoderar al individuo ante el reto de la realidad. Podemos tener ideas, pero lo mejor es que estas surjan de las necesidades del país en relación a los propios talentos, pues las carencias despiertan en uno deseos y motivaciones que nos llevan a autoconocernos y a discernir en qué seríamos buenos. En “Trabajo y Persona” han concretado varios de estos oficios que responden a las necesidades del país: el trabajo con el chocolate, con los talleres mecánicos, con la carpintería y con el área relativa a la belleza. “Trabajo y Persona” busca formar “emprendedores” en estas áreas para cubrir una necesidad real. Así, pues, enseñar a otros a promoverse constituye el quicio de esta asociación civil. El trabajo como fuente de dignidad y alegría: ese el objetivo de “Trabajo y Persona”. Y tras una persona hay una comunidad, hay un pueblo, está Venezuela. Están, en el fondo, sus necesidades que, como son reales, despiertan ilusión en las personas que pueden cubrirlas con sus talentos.

El encuentro con la realidad y el conocimiento propio son los principios básicos que, para Alejandro, deben ser considerados para que una idea surja, pues la necesidad debe ser real. Los talentos, por otra parte, se disciernen en la intimidad, con la reflexión, y en la práctica, con la acción. Más que un caudillo, dice Alejandro, Venezuela necesita trabajo y educación. Por eso su obra y su visión del hombre dan en el clavo.

(El Nacional, junio de 2017)

UN CONSEJO A LOS JÓVENES

El desasosiego que genera la incertidumbre va en aumento. Cada día veo más jóvenes des centrados e inquietos. Lo que les sucede es más que entendible, pues a veces se siente una especie de vértigo cuando uno se detiene y piensa un poco –si da tiempo de pensar, en una cola, quizás- en la situación. Los adultos hemos recorrido buena parte de nuestro camino, pero los jóvenes apenas arrancan a soñar en un futuro que no se ve promisorio. Es lógico que esa realidad los asuste e irrite.

No todos tenemos la misma capacidad para lidiar con las dificultades; las de cada uno, además, son únicas. El país, sin embargo, nos ha igualado un poco al imponernos a todos unos cuantos obstáculos difíciles de eludir. Si bien es comprensible que la desazón interior nos turbe y genere unas crisis que están reventando de modos muy diversos en las familias, creo conveniente insistir en la necesidad de aplicar la racionalidad a nuestra convulsionada interioridad. A veces la angustia y el desasosiego interior nos impiden aprovechar el tiempo, por la gran capacidad que tienen de dominar nuestras mentes, restándonos así energía. De tanto pensar si deben irse o no del país, veo jóvenes dispersos que no terminan de centrarse en sus carreras ni logran tampoco avanzar mucho en los estudios (aplazan y aplazan o retiran materias una y otra vez) porque el agobio interior se los impide. La cantidad de diligencias y averiguaciones que están haciendo constantemente para salir – una vez tomada la decisión-, les dificulta ser constantes en los estudios y centrarse de un modo efectivo en lo que hacen aquí, en el presente.

Sucede, además, que a sus inquietudes interiores y personales se suman en muchos momentos las tensiones familiares, la falta de apoyo económico y afectivo, en fin, múltiples razones que inciden en esta dispersión intelectual de la que hablo. “¿Para qué esforzarse tanto si no sabré siquiera qué hacer con estos estudios, si la prioridad es pensar qué haré con mi vida y si me quedo en el país?” –me decía uno. Y es que el país puede presentarse como un problema tan absoluto que amenaza con convencernos de que los esfuerzos individuales, concretos, ordinarios, no tienen sentido alguno.

Un consejo único para tan diversas afecciones y situaciones familiares, puede parecer poco efectivo. Es importante, sin embargo, lograr el autocontrol, tanto como aprender a decidir para llevar

las riendas de la propia vida. A los que están haciendo miles de diligencias para tratar de irse del país, les recomiendo no detener los estudios mientras hacen sus averiguaciones, pues el proceso puede tardar y, mientras la vida pasa, se aprovecha el tiempo avanzando en la carrera hasta terminarla, inclusive, pues podría suceder que los esfuerzos no basten para lograr el sueño de estudiar en el exterior. Si no se logró con el pregrado, podría lograrse con una maestría o con la posibilidad de un trabajo que lo permita, más adelante. Lo prudente es, siempre, aprovechar el tiempo “ahora”, estudiando mientras se hacen las diligencias y se aplica a una beca o a un trabajo. Esto que ahora digo tiene una razón de ser: son muchos los que medio hacen una cosa mientras hacen la otra y así, intentando lograr una, no logran avanzar ni en una ni en otra. Son muchos los alumnos que han acumulado ya un retraso de años en una carrera que bien podrían estar terminando si se hubiesen mantenido estudiando mientras discernían qué hacer con sus vidas. En el presente no están sólo retrasados, sino que la angustia motivadora de un ir y venir que asemeja los golpes de una pelota de ping-pong, les ha hecho percibir el futuro con mayor incertidumbre. No a pocos que han estado en estos procesos les he escuchado decir, tras no haber adelantado, como dije, ni en la carrera ni en las diligencias para irse del país: “no sé qué hacer con mi vida”.

Lo mejor es estudiar muy a pesar de las circunstancias, y esto *mientras* se investigan otras vías y posibilidades que se vean como mejores, pues lo que sí es imprudente es perder ese tiempo que no vuelve. Hay que aprender a estudiar en las crisis, con ganas o sin ellas, pues las situaciones ideales no existen. Algunos se avocan a lograr la salida del país, en detrimento de una carrera dejada por la mitad, pues en su caso la prioridad se presentó así, lo cual no puede reprocharse. Decidirse, además, por algo, es siempre mejor que dejarse dominar por la angustia de la incertidumbre. Lo importante es lograr el dominio de esos pensamientos y estados de vértigo que puedan generar nuestras circunstancias, impidiéndonos cualquier tipo de avance.

Sé que es más fácil decir las cosas que hacerlas, pero decirlas puede esclarecer algún panorama personal.

(El Universal, octubre de 2014)

UN MUNDO FRAGMENTADO

El título no es de mi autoría. Así se llama un cuento de Michael Ende, escritor alemán ya fallecido. Aunque parezca ingenuo lo que digo, la reflexión puede siempre ayudarnos a discernir el sentido que se oculta muchas veces en las situaciones, sobre todo difíciles.

El cuento describe cómo un grupo de personas caminaba sin saber mucho hacia dónde se dirigía. Una mujer aparentemente rica, bien vestida y cómoda, satisfecha, con su situación, viajaba en una carroza guiada por un cochero. El grupo daba la impresión de ser un circo ambulante, quizás por la vestimenta de algunos y la variedad de su apariencia. No eran, sin embargo, un circo. Eran sencillamente hombres, mujeres y niños que venían de representar un espectáculo ininterrumpido al sol, la luna y las estrellas. Venían de alguna manera de un tiempo primigenio, de un momento en el que todavía el mundo no se había fragmentado. La razón de su puesta en marcha por el camino, un camino indeterminado, abierto a un futuro que se ignora cómo se presentará, es su deseo de encontrar la palabra que perdieron. Un día se dieron cuenta de que faltaba. Nadie la había robado ni tampoco la habían olvidado; sencillamente faltaba, no estaba. Desde entonces dejaron de representar su espectáculo, pues sin la palabra que daba sentido a todo, por relacionarlo “todo con todo”, no podían seguir actuando.

Como la mujer había entendido poco, un hombre mayor le explicó, presuponiendo que quizás ella se habría dado cuenta de que el mundo se componía de fragmentos que no tenían nada que ver unos con los otros, que aquello se debía a la pérdida de la palabra. “Los fragmentos se siguen descomponiendo y quedan cada vez menos cosas que guarden relación entre sí. Si no encontramos la palabra que reúna todo con todo, un día el mundo se pulverizará por completo” –añadió el hombre. Sin comprender todavía del todo cómo es que debía encontrarse esa palabra, la mujer preguntó a una muchacha si acaso sabían ya adónde tenían que ir. Ignoraban el lugar concreto, pero se dejaban guiar –explicó la muchacha. Y ¿qué los guiaba? El deseo de encontrar esa palabra. Sólo era posible escribirla mientras se andaba; por eso el sentido se iría descubriendo paso a paso, pues sólo así, sin detenerse, caminando y relacionando los pequeños sucesos y experiencias unos con otros, podía irse progresivamente escribiendo la palabra. Lo que no podía perderse de vista era que el sentido se iba armando, descubriendo, si las circunstancias nos encontraban abiertos para dejarnos tocar por ellas,

de modo que las inquietudes más íntimas, las ilusiones quizás inadvertidas o dormidas pudiesen activarse.

Así, pues, el sentido se “arma”, si se quiere, por partes, como un rompecabezas. Resulta esencial tener una ilusión que nos mueva, que nos de fuerzas, ganas de actuar, de caminar. De lo contrario, no nos moveremos. El sueño es el norte.

La mujer del carruaje pensó en acompañarlos, pero no lo hizo. Le pareció que esas personas podían hacerlo por ella. Lo cierto es que la búsqueda, si bien es común, es siempre muy personal. Hay “palabras” que se completan con el camino de la propia vida; durante él se van haciendo asociaciones que nadie más podría hacer por mí, pues a uno lo guían los propios deseos e ilusiones, ideas y expectativas de la vida. Desde este punto de vista, el camino se va abriendo a la par de nuestros pasos y decisiones. Es cierto, también, que no vivimos solos y así como el grupo del cuento caminaba en una misma dirección, de igual modo en un país (y en el mundo) debemos ser capaces de coincidir en aspectos comunes si queremos encontrar esa palabra que nos ayude a re-descubrir el sentido de las cosas, de nuestro obrar diario, por relacionarlo todo con todo, en un contexto de mínimo entendimiento.

En los tiempos que vivimos resulta esencial ayudarse con la reflexión. Ella nos ayudará a discernir qué deseamos realmente en nuestro interior. Las circunstancias “conspiran” para que lo advirtamos. Nadie puede caminar ni escribir por uno la propia palabra, ésa que da sentido a la propia vida. En el caso de un país, urge comprender que sólo caminando en una misma dirección lograremos escribir la palabra de este momento histórico que vivimos. Será una sílaba, en proporción a un tiempo histórico siempre abierto al futuro; una palabra, quizás, en relación a una frase o un párrafo, pero esencial por tocamos escribirla.

Si cada uno trabaja, en lo personal, procurando discernir qué es aquello que lo ilusiona o debe hacer, su actitud redundará en beneficio de todos, pues ayudará a descubrir, a quienes se crucen en su camino, que el sentido de la propia vida se discierne mientras se escribe “la palabra”. El futuro se abre siempre indeterminado, pero cuando se sabe lo que se busca, se camina. No vale desanimarse ni permitirse que la angustia estéril nos domine. Siempre es posible trascender y escudriñar el sentido en lo vivido. Hay que aprender, también, a saborear los procesos. En eso estamos. (El Universal, enero de 2015)

UN PORQUÉ PARA VIVIR

El doctor Viktor Frankl, médico psiquiatra y neurólogo judío-austriaco, “experimentó” su propia teoría acerca del sentido de la vida en medio de las terribles condiciones de adversidad que logró superar en varios campos de concentración. En su libro *El hombre en busca de sentido* describe detalladamente las diversas etapas que vivieron los prisioneros. La primera era el estado de shock del que eran víctimas cuando tenían que asumir la dura realidad de estar viviendo aquella tragedia. La segunda concierne propiamente a lo que el hombre medio sentía durante su estadía en el campo. La tercera tiene que ver con el momento de la liberación, etapa que según él, fue la más difícil.

Una vez superado el estado de shock, el prisionero comenzaba a adaptarse a una vida muy dura. El hambre, las enfermedades, el agotamiento, el dolor que significaba la separación de las familias y su disgregación en diversos campos, la dificultad de dormir hacinados pensando además si al día siguiente les tocaría la sorpresa de ser elegidos para ir a la cámara de gas, fueron todas torturas físicas y psicológicas. Los abusos dirigidos directamente al maltrato y a la destrucción del “yo” personal, de la identidad más íntima, causaron daños peores que los físicos. Tratar al individuo como una cosa, como un ser sin personalidad; herirlo con insultos, burlas, despojándolo de sus potencialidades por medio de la degradación verbal y la insensibilidad hacia su dolor, fueron torturas que sumieron a muchos presos en una gran depresión. El doctor Frankl habla de la muerte de las emociones: de la desensibilización. La desconexión entre los procesos cognitivos y motores, entre lo interno y lo corporal, hizo que los prisioneros creyeran que lo que vivían no era real. La apatía los dominó, porque el dolor dopa. Puede surtir el efecto de la anestesia.

Hay hombres admirables y en los campos de concentración hubo muchos, así como en tantas situaciones difíciles de la historia. Las crisis pueden sacar siempre lo peor y lo mejor de nosotros y entre tantos héroes, a veces anónimos, prefiero voltear la mirada a los que lograron sobrellevar la adversidad con valor. ¿Qué hicieron ellos que otros no hemos sabido, tal vez, hacer?

Es cierto que el doctor Frankl era psiquiatra y por eso tenía herramientas que otros no tenían. Supo distanciarse de la situación para enfrentar la realidad como observador y no como víctima. Hay un momento nuclear, sin embargo, en el que cambia el modo de afrontarlo todo planteándose el *porqué* de lo que vivía y la razón de su lucha por sobrevivir, desde otra perspectiva. Era testigo de que

los prisioneros luchaban por mantenerse vivos para encontrarse con sus seres queridos una vez terminada la guerra. Pero un día se preguntó a sí mismo *qué pasaría si al salir del campo se encontraba con que sus seres queridos estaban muertos*, como efectivamente sucedió. Plantearse la situación de este modo le llevó a comprender que el sufrimiento que vivía y no podía eludir debía tener en sí mismo un sentido, *para él*, independientemente de si su esposa estuviese viva o muerta a su salida del campo. Más allá de su fuerza de voluntad de sentido y de sus habilidades como psiquiatra, lo que salvó a este hombre fue su amor a Dios y al prójimo que sufría lo mismo que él. Sin una apertura a la trascendencia no veo posible descubrir el sentido de la vida y menos en circunstancias tan dolorosas. La tentación del suicidio era constante en los presos y él, tan frágil y humano como los demás, se propuso darle sentido a lo que vivía en lugar de tirarse contra la alambrada. Se volcó a ayudar a sus compañeros de prisión trabajando en ellos la esperanza y la capacidad de perdón. Comprendió sin duda mucho más al ser humano y constató, como dice en su libro, citando a Nietzsche, que “quien tiene algo *por qué* vivir, es capaz de soportar cualquier *cómo*”. Dice también que “los campos de concentración nazis fueron testigos (y ello fue confirmado más tarde por los psiquiatras norteamericanos tanto en Japón como en Corea) de que los más aptos para la supervivencia eran aquellos que sabían que les esperaba una tarea por realizar.”

La última etapa, la de la liberación, fue para él la más difícil. Comenzar a sentir de nuevo, aprender a perdonar, enfrentar la muerte de los seres queridos, sanar tantas heridas y asumir la vida con un renovado deseo de felicidad, no fue para ninguno una tarea fácil. La pregunta tan humana de *¿por qué yo?* pasa siempre por la mente de todos. Para Frankl no puede ser respondida por un científico sino por un teólogo, y más concretamente por Dios a cada uno en particular, pues se trata de un misterio.

Creo que este es un libro que puede ayudarnos mucho en estos momentos, pues centrarnos en los problemas puede sumirnos en la frustración. Canalizar nuestros talentos a través de la entrega a una misión que implique la ayuda y la compasión por el otro en medio de este contexto, nos salvará en cambio a nosotros mismos y a los que nos rodean.

(El Nacional, octubre de 2019)

UNA MIRADA NUEVA

Pienso que todas las circunstancias tienen un sentido. Es cierto que a veces no se le discierne con facilidad, pero justo en lo que consideramos males, hay gracias ocultas, más preciosas que las visibles. Esta pandemia altera nuestra percepción de las cosas, nuestros esquemas de pensamiento y nuestra valoración de la vida y las relaciones humanas. Tanto como lo pudieron hacer tantas guerras, tantas catástrofes naturales, tantas situaciones que han podido resultar extrañas a los hombres a lo largo de la historia, por haber parecido en su momento (y todavía) más ficción que realidad. Y es que a veces las “llamadas” o “invitaciones” para que cambiemos ciertas actitudes, vienen “disfrazadas” de acontecimientos que nos fuerzan a *mirar* la vida de otro modo.

Asombra que el mundo entero se haya hecho tan pequeño de pronto. En segundos, los países desarrollados dejaron de sentirse seguros en un patio que no les resultaba riesgoso. En poco tiempo, todos nos hemos llegado a reconocer como iguales. Ver alterados nuestros planes; tener que abrirnos forzosamente a la indeterminación, a un futuro sin condiciones, a un aislamiento que nos detiene y nos hace pensar, no es en sí mismo malo. Un simple virus nos lleva a reconocernos como lo que somos: seres humanos. Ver la muerte tan cerca, tan posible, tan real. Advertirnos frágiles, vulnerables, limitados, nos asombra quizás por la costumbre de imponerle nosotros condiciones a la vida.

Enfrentar que no lo controlamos todo; que siempre se nos escapan cosas de las manos; que la realidad se impone y nos supera; que no somos Dios, en definitiva, no es en sí mismo malo. Debería, de hecho, ser una percepción bastante más común de lo que es. No quiero decir con esto que subestimo la vida. La considero, por el contrario, muy valiosa; pero eventos como los que nos afectan dejan en evidencia que tanto como sagrada, la vida es también un soplo. Lo que la hace, tal vez, más preciosa. Por eso cabe aquí la reflexión que hace un Abad cisterciense a raíz de la situación actual: “(Dios) nos revela de esta manera que nuestra vida, tanto en la prueba como en el consuelo, tiene un significado infinitamente mayor que la resolución del peligro presente. El verdadero peligro que se cierne sobre la vida no es la amenaza de muerte, sino la posibilidad de vivir sin sentido, de vivir sin tender hacia una plenitud mayor que la vida y una salvación mayor que la salud.”

Esto no quiere decir que no debemos cuidarnos y obedecer a las medidas que han tomado las autoridades civiles, pues todos somos responsables unos de otros. Lo que él transmite es que

tenemos la oportunidad de detenernos para reflexionar sobre el sentido que tiene nuestra vida, lo que nos llevará a valorarla todavía más. El encuentro con los otros, en las pruebas, así como con ese Otro que nos sostiene en el ser, debería ayudarnos a trascender lo inmediato para conferirle un significado más profundo a lo que hacemos. El Abad cita el Salmo 46, en el que Dios nos pide detenernos para que reconozcamos que El es Dios, de modo que no temamos nunca ante lo que pueda ocurrir en nuestra vida. Dios, dice el Abad, “entra en nuestras pruebas, las sufre con nosotros y por nosotros hasta la muerte en la Cruz”.

Esta clausura universal ha puesto a los monjes a escribir al mundo. Algo hermoso y particular. El hombre moderno, dice el Abad, no está acostumbrado a detenerse y resulta que ahora el mundo está detenido. “La situación actual –sigue diciendo el Abad Mauro-Giuseppe Lepori, monje cisterciense- nos recuerda a nosotros y a todos los cristianos un poco lo que dice San Benito sobre el tiempo de Cuaresma (cf. RB 49,1-3): deberíamos vivir siempre así, con esta sensibilidad al drama de la vida, con este sentido de nuestra estructural fragilidad, con esta capacidad de renunciar a lo superfluo para salvaguardar lo más profundo y verdadero en nosotros y entre nosotros, con esta fe de que nuestra vida no está en nuestras manos sino en las manos de Dios.

También deberíamos vivir siempre con la conciencia de que todos somos responsables unos de otros, solidarios unos con otros para bien o para mal, de nuestras elecciones, de nuestros comportamientos, incluso los más ocultos y aparentemente insignificantes” (<https://alejandromarius.wordpress.com/2020/03/18/el-verdadero-peligro-de-la-pandemia/>).

Recomiendo la lectura de esta bella carta. Es bueno tomarse el tiempo para hacerlo. En estos momentos disponemos de mucho más que antes.

Ofelia Avella

(El Nacional 22 de marzo, 2020)

UNIDOS POR EL PAÍS

Hay personajes que han dejado huellas imborrables en el curso de las historias de sus países. La fuerza de sus convicciones ha trascendido sus propios contextos para iluminar tantos otros, en medio de las más diversas circunstancias. Luther King, Mandela, Gandhi o Havel, por poner algunos ejemplos, fueron individuos cuyo temple abrió caminos insospechados para los suyos. Profundamente humanos, conocedores de lo mejor y de lo peor de lo que todos somos capaces, precisamente porque lucharon por mantenerse firmes, leales, a sus ideales y principios, estos líderes supieron trascenderse a sí mismos por el bien común. Era gente curtida en la lucha, en el dolor, en la traición, en el olor nauseabundo de las miserias humanas. Su coherencia nacía de la convicción de unos ideales que los superaban y fortalecían. Y eso, sin duda alguna, se transmite, se irradia, se toca, no puede ocultarse.

En nuestro caso no tenemos un Mandela, en el sentido de un único líder con esas características, pero sin duda tenemos a varios fortalecidos en esta lucha. Muchos son desconocidos; otros son visibles y se han vuelto, de hecho, referencia, pero los necesitamos unidos para que la propuesta de un futuro factible sea convincente. Vivimos momentos que exigen de una mayor lealtad y transparencia, de una mayor nobleza y generosidad en aras de un mejor país. Las circunstancias actuales fuerzan a plantearse cómo enfrentar lo que vivimos, muy a pesar de las amenazas al hecho de desear pensar y obrar en libertad.

El gobierno puede buscar desviar nuestra atención de los problemas reales con cuentos imaginarios conocidos por todos, pero la atención se desvía igualmente cuando el ciudadano común percibe que nuestros líderes no terminan de coincidir en momentos tan cruciales. Somos sin duda libres de pensar de diversas maneras sobre las posibles vías de resolución de nuestros males, pues si algo estamos defendiendo es la tan maniatada libertad de expresión. Esto es cierto. Debemos vivir nosotros mismos y respetar lo que defendemos como vital. Ante las circunstancias actuales, sin embargo, cuando Venezuela necesita que se le oriente y fortalezca, urge superar las diferencias y las personales luchas por el poder, pues la cohesión en torno a unos ideales superiores se presenta como lo más importante.

Más que de un único líder o partido, el país necesita que todos comprendan que cada liderazgo es necesario. La modalidad venezolana para el momento actual es la unidad de todos sus

líderes. Si algo sobraré en Venezuela será trabajo por hacer y si de algo se requerirá será de muchos brazos y cabezas en las diversas áreas en las que habrá que poner el hombro. Es el país el que debe marcar la ruta; es la insensibilidad dominante ante la muerte y el valor de la vida, lo que debe forzarnos a trascender los personalismos. No es tiempo para proyectos personales, porque el país lo vale.

(El Universal, marzo de 2015)

VENEZUELA: ¿CASA INHABITABLE?

En el artículo anterior hice alusión a lo que supondría remodelar nuestro país. Para ello comparé el proceso con el de una casa. Lo hice de un modo muy simple, pues el objetivo era apuntar a la prioridad de un pensamiento que sea previo la acción. Me referí a una acción orientada hacia un fin que siempre es común tratándose de un país. En el caso de una casa particular, la libertad del diseño corre por cuenta propia, pero cuando se habla de un país, los consensos son necesarios, sobre todo si pretendemos respetar la diversidad de opiniones. Para que esto sea posible habrá que tender a lo común, eso fundamental que toca los derechos básicos de todo ser humano: la libertad de expresión, de pensamiento, de iniciativa, tanto como los relativos a la educación, a la alimentación, a la salud, a la vivienda digna, en fin, todo aquello que difícilmente es cuestionable. Cuestionable es, en todo caso, el gobierno que no busque amparar estos derechos básicos, pues aquí no habría consensos sino imposiciones y controles.

Digo lo anterior para abordar dos dudas o inquietudes que surgieron a raíz de lo que dije sobre la necesidad de un proyecto común -de un gran acuerdo nacional- en torno a la remodelación del país: 1) una persona comentaba que no es posible lograr un acuerdo entre ciudadanos no sólo porque somos todos diferentes, sino porque tal cosa implicaría un control sobre esas diferencias, lo cual mermaría libertades. Es el Estado -decía esta persona- el que debe garantizar las libertades y los múltiples proyectos individuales. Y como el actual no lo hace -seguía- esto es un caos.

Si el actual gobierno no garantiza nuestras libertades y derechos más fundamentales, los partidos y los ciudadanos -desde el más apartidista hasta todas las asociaciones civiles incluidas-, estamos llamados a exigirlos y defenderlos. Y esto, muy a pesar de nuestras diferencias, las cuales, en relación con esos derechos, no tendrían por qué separarnos. La libertad, por otra parte, no es un bien absoluto, en el sentido de que pueda vivirse sin condicionamientos, pues los límites garantizan que no atropellemos a otros y que no seamos, nosotros, atropellados. Para eso están las normas básicas de convivencia, las reglas de tránsito -por decir algo-, y la Constitución. La ley imprime racionalidad -y orden, en consecuencia- a una sociedad. En democracia se espera que esas leyes se vivan en libertad, de modo que asumamos con responsabilidad ese riesgo de elegir.

Así, pues, si un gobierno desconoce esos derechos fundamentales, la sociedad debe organizarse en torno a un ideal que nos oriente. Creo, por eso, que sí es posible lograr un gran acuerdo nacional, pues lo básicamente común es que somos ciudadanos.

El segundo punto tiene que ver con la posibilidad de remodelar el país. Algunos me escribieron para decirme que esto no puede remodelarse. “Hay que demoler”, me dijeron. Cuando escribí el artículo pensé ciertamente en la demolición, pues así como hay casas decretadas “inhabitables”, hay repúblicas cuya institucionalidad asemeja la estructura de una de estas casas. Su vulnerabilidad las somete –tanto a las casas como a las repúblicas en cuestión- a una eventual disolución. Cualquier viento o temblor puede tumbarlos. A las casas se las decreta inhabitables –por razones de seguridad- y se les demuele, pero ¿puede hacerse lo mismo con un país?

Vivimos tiempos en los que hay que trabajar profundamente en la re-educación de una gran masa de ciudadanos acostumbrada a vivir del Estado. Si no comprendemos que esto es tan urgente como el cambio de modelo, no lograremos que la efectividad de esos cambios que procuramos para las condiciones exteriores -sistema de libre mercado-, incida en las mentalidades. No dedicarse a formar a la gente en el trabajo, en la adquisición de hábitos y de valores morales, dispondría a un pronto retorno a los errores cometidos, a esas actitudes que queremos erradicar. Hay que formar en democracia, en derechos y deberes ciudadanos. Se trata, pues, de educar a los muy jóvenes y en adiestrar para el trabajo a una sociedad que no ha sido estructurada para el logro.

Por su gente, por la necesidad de acompañar una transición que precisa de un cambio de mentalidad -siempre progresivo- es que no puede arrasarse con todo, de entrada. ¿Que todo está quedando arrasado, sin que nosotros hagamos nada por destruirlo? Sí, es cierto. De igual modo es ahora, desde ya, que podemos ir remodelando esa psicología rentista en tantas mentalidades. Hay que hablar, explicar, re-educar; ayudar a comprender, a asimilar, los procesos que vivimos. Esto es sembrar -no petróleo-, pues ya es muy tarde para eso, sino conciencia: lo que probablemente quiso decir también Uslar Pietri con su advertencia. El reto es lograr la reinstitucionalización de un Estado donde quepan todos.

(El Universal, marzo de 2015)

VENEZUELA DESANGRADA

Decidí redactar este artículo el miércoles 12, para darme chance de ir y regresar de la marcha y poder hacerme así una mejor idea de lo que deseaba escribir. Anoche, sin embargo, fue difícil ordenarme. Entre lo vivido en la Fiscalía y las noticias de las muertes, arrestos, órdenes de captura, heridos y la realidad constatada de los colectivos sueltos por la ciudad provocando disturbios, preferí dejar reposar mis ideas.

Todavía no están muy reposadas, pero sí sé bien lo que deseo decir, porque sé bien lo que viví y siento. Los ciudadanos tenemos derecho a la protesta y esta marcha fue eminentemente pacífica. Ya en la retirada, los colectivos del gobierno comenzaron a disparar a mansalva, con la presencia indiferente de los policías. El derecho a protestar y a ser, además, resguardados, sólo se respeta cuando se vive en Democracia, pero ése no es nuestro caso. Por eso, para quienes tenían alguna duda de lo que sucede en Venezuela, lo vivido en estos días, a lo largo y ancho del territorio nacional, deja en evidencia qué tipo de régimen nos gobierna. Se trata de una dictadura que ha quedado ya al descubierto.

Pienso en las madres que lloran hoy a sus hijos. Pienso en tantas familias desesperadas por la falta de trabajo, de dinero, de paz, de seguridad, de justicia. Pienso en tantas conciencias vendidas, en tanto silencio cómplice, en Venezuela y en el mundo. Me pregunto si nuestros policías, guardias y militares no tienen hijos, si acaso no les duele agredir a su pueblo. Me pregunto a cuántos venezolanos puede parecerles normal vivir cada día bajo amenazas e insultos, represiones, mentiras, promesas incumplidas y falsas, y cercenamiento de su libertad. Entiendo que hay que despertar a miles de conciencias, una a una, de ese letargo y engaño a que parece someterlos el gobierno. Sé que muchos no están anestesiados, pero tienen miedo y dependen de este régimen para subsistir. Sé que muchos funcionarios se sienten amenazados. Sé que muchos advierten que el régimen sólo busca robarles su voluntad y su conciencia. Sé que muchos sufren injusticias. Pero si no actúan, están de igual modo precipitando al país a su ruina porque en este sistema, todos, absolutamente todos –menos el clan que obedece y nos vende a Cuba-, terminaremos pobres.

Por eso pido a Capriles dejar de dividirnos entre pobres y ricos. Quienes teníamos un poco más y podíamos ofrecer trabajo a muchos, dejaremos también de tener lo mismo que ofrecíamos.

Aquí estamos todos igual de atrapados, unos más que otros, pero atrapados al fin. Ayer unos muchachos de la UCV me decían con tristeza que cada año entraban más alumnos a la Universidad, pero que a la par salían más profesores, pues ¿cómo se vive con un sueldo tan pobre? Un heladero en Plaza Venezuela me hablaba sobre lo mucho que le dolía la situación que vivíamos: “¿cómo hay todavía gente que se deja engañar? Ecuador está dolarizado –me decía–; cualquier país está mejor que nosotros. Aquí tiene que haber posiciones firmes para salir de esto.”

Sé que los venezolanos tenemos que reencontrarnos y comprendernos en nuestros contextos, pero también sé que esta situación nos sobrepasó a todos. Se dice fácil que hay que trabajar por un diálogo con los más humildes; que hay que crear conciencia. Nunca lo he dudado, pero pareciera que la situación es crítica y estamos en un estado de emergencia. Muy pronto habrá miles sin trabajo y la culpa no será de quienes les ofrecían trabajo. La culpa será de quien nos ha impedido a todos operar con libertad; la culpa será de quienes planificaron este desastre del mismo modo macabro como planificaron los ataques a los estudiantes, pues con ambos planes se somete a la población a depender del régimen: al vivir de dádivas se depende tanto de otro como cuando se calla por miedo. En esto consiste, de hecho, el cinismo del “plan de pacificación” del gobierno: en repartir armas a colectivos para silenciar a la disidencia.

¿Dónde está la orden de captura para los colectivos armados? ¿Qué hacían ellos en una marcha de estudiantes? ¿Quién los armó? ¿Por qué los policías no nos resguardaron?

El objetivo es unirnos por un mismo fin: lograr que el país retome la senda democrática y recupere su soberanía saqueada. Con militares y guardias que miran complacientes cómo se dispara a muchachos por la espalda, ¿qué nos queda sino resistir de modo pacífico? ¿Quién queda sino nosotros, los ciudadanos? Ante organismos que guardan silencio, ¿qué nos queda sino buscar la solución entre nosotros mismos?

El 12F quedamos todos al descubierto. Cada quien sabrá qué máscara se quitó y si desea ponérsela de nuevo.

(El Universal, febrero de 2014)

VENEZUELA EN UN SALÓN DE CLASES

Nuestra situación es compleja. No hay que ser un genio para saberlo. Son tiempos extraños, enrarecidos, en los que uno quisiera hacer mucho por el país y siente que hace poco. Todos y cada uno, sin embargo, somos importantes. Cada uno desde su puesto de trabajo y desde donde está.

Los maestros, los profesores universitarios, todo aquel que enseña, es más que importante en estos momentos. Todo empieza en la familia, cuando se deja al hijo opinar, pero el siguiente espacio para expresarse y discernir el camino que se quiere seguir es el salón de clases. Sea de primaria, de bachillerato o de la universidad. Es importante hablar, decir lo que se piensa, dejar que otros lo hagan, y buscar en libertad, sobre todo hoy, cuando se nos quiere callar.

Este artículo lo escribo un día antes del 23 de enero; fecha importante en nuestra memoria histórica. Este año 2019 se suma el hecho de que pareciera que estamos muy conscientes de lo necesario que es recuperar la Democracia: algo que tal vez dimos por sentado y comenzamos a perder mucho antes de 1998.

El salón de clases fue un lugar muy nuclear en la gestación de ese proceso que estamos deseando volver a poner en marcha, porque por las aulas del Liceo Caracas pasaron hombres como Rómulo Betancourt, Raúl Leoni, Jóvito Villalba y Miguel Otero Silva, entre otros. Fue aquí donde Rómulo Gallegos conoció a estos muchachos que años más tarde lo estimularían a implicarse en los destinos del país cuando se intentó transitar a la Democracia. El influjo del profesor trascendió a la Universidad, cuando conocidos como la generación del 28, destacaron por su intento de romper con un orden rígido. En ellos prevaleció, además, una novedad: la unidad en los objetivos y no en torno a una personalidad, característica de nuestra tradición caudillista y de un régimen como el de Gómez.

Las mismas razones de por qué mucho comienza en un salón de clases aplican ahora y aplicarán siempre a lo largo de la historia de cualquier persona y país. Y es que el mínimo signo de libertad; uno que termina siendo muy importante en la vida, es vencer el miedo a dar la propia opinión y a decir que uno difiere de otra. A veces las opiniones se complementan, porque pueden no ser contrarias. Cada una aporta un matiz y pienso que todas pueden iluminarse mutuamente, porque ya solo el hecho de que alguien las piense es indicio de que ve algo que el otro no ve.

El proceso de clarificación de lo que uno “ve” es más íntimo. Empieza muy dentro y es solo después de la asimilación de muchas variables que han afectado y afectan la propia vida, cuando la persona logra discernir su camino, porque es así como conocemos: de adentro hacia afuera y de afuera hacia adentro. Este camino no se “completa” nunca, ni en las personas ni en los pueblos, porque la vida es como la eterna “conversación” del alma consigo misma de la que hablaba Sócrates. Conversación que continúa después de la muerte.

Nuestros anhelos de transitar hacia una República datan de mucho tiempo atrás, cuando un grupo de civiles comenzaron a argumentar por qué debíamos independizarnos de la Monarquía Española. Siempre hemos tenido pensadores que han procurado despersonalizar el poder, de modo que sean las instituciones las que nos igualen. La lucha ha sido interrumpida en múltiples ocasiones y hay razones que lo explican, pero ahora me importa cómo la recuperación del camino de las ideas, de la libertad y de la Democracia, se gesta en el hogar y en un salón de clases. Rómulo Gallegos y sus alumnos son una buena muestra de esto.

Cada muchacho de la Generación del 28 llegó a clases con un pasado personal: ese “horizonte” del que habla el filósofo alemán, Hans-Georg Gadamer. Su educación, su sensibilidad, sus lecturas, sus inquietudes, sus carencias de todo tipo, sus sueños, sus miedos, sus influencias personales y sus confusiones convergieron con el bagaje interior del resto de los compañeros, incluyendo el del profesor. Allí dialogaron y se abrieron en un espacio en el que se podía pensar en libertad. Allí se estrecharon lazos y se respetaron mutuamente. Uno podría decir que se quisieron y aunque tantos no hayamos sido alumnos de Rómulo Gallegos, muchos venezolanos hemos aprendido a quererlo y a comprender al país a través de sus novelas. Es evidente que él quiso a Venezuela y no dudo que a sus alumnos. Procuró la unidad de una conciencia nacional: unidad mucho más profunda que una puramente física y territorial. Importante, sí, pero realmente consecuencia de la primera.

Algo así tenemos que procurar hoy, porque un proceso que viene gestándose y consolidándose desde hace años, puede recuperarse en espacios similares a esos en los que se gestó: entre los intelectuales, en el salón de clases, en los espacios públicos en los que podamos reconocernos mutuamente y escucharnos.

Rómulo Gallegos señaló el camino: en *Doña Bárbara*, Marisela no es neutra; no está “entre” la barbarie y la civilización. Ella es la transición. Su transformación es producto de la educación; de esa mano amiga que le tendió Santos Luzardo. Cada uno es así, único y original, y la toma de conciencia de lo que cada uno es, un proceso gradual, precisa de la educación. De la inclusión progresiva de toda la sociedad en las universidades. Venezuela ha cambiado y nos estamos encontrando con una más fuerte presencia de todos los sectores de la sociedad en los salones de clases. Realidad que tiene que potenciarse fomentando un acompañamiento que ayude a los ciudadanos a asimilar progresivamente los cambios que deberíamos procurar en nuestra sociedad.

La figura de Rómulo Gallegos es emblemática y tal vez por eso fue el elegido para lo ocurrido entre los años 45 y 48. Fue símbolo de la prevalencia de las ideas, del valor de la educación y la civilidad: de una unidad nacional que en el fondo supone una coordinación, una nivelación cultural. Algo que vio Díaz Sánchez. Independientemente del sectarismo que se critica a los adecos en el estilo de gobierno de esos años, lección que se aprendió para el año 58 y se concretó en un logro tan importante como el Pacto de Punto Fijo, lo sucedido en el 45 hay que interpretarlo para comprenderlo. Así como Marisela no es “neutra”, de igual modo nos hemos debatido entre si lo sucedido en el 45 fue un golpe o una revolución. Yo creo que fue ambas cosas. Con esto no sugiero en absoluto que aquí ameritemos de un golpe, pues la historia enseña que la violencia se revierte y es siempre lo menos radical. Lo que exige el momento es que nuestra Fuerza Armada Institucionalista respalde a los ciudadanos para que logremos superar una situación que está resultando insoportable. Por eso es hora de trascender los intereses personales por el bien del país.

Lo cierto es que la transición hacia una Democracia, hacia su recuperación, precisa de la unión de todos; del aporte de los talentos de cada uno, porque el problema precisa de múltiples visiones y disciplinas. Hay varias Venezuela(s) y hay que procurar comprender esta complejidad.

La oportunidad que se nos abra debe encontrarnos unidos en torno a objetivos; no endiosando a nadie, pero sí apoyando a quienes procuren articular políticamente una transición. Y así como todo se gestó en un salón de clases, bajo el influjo de un profesor, así transitaremos hacia un futuro mejor desde los salones de clases.

En cada pupitre hay un futuro y deseable buen hombre o mujer que desde donde esté y con lo que será, pensará y querrá al país aquí o desde el exterior. (El Nacional, enero de 2019)

VENEZUELA VISTA DESDE EL EXTERIOR

Hacía muchos años que no tenía la oportunidad de salir del país. Confieso que las sensaciones de libertad, de apertura y de nostalgia, a la vez, se confundieron en mi interior. Constaté que nosotros no “vivimos” nuestra ciudad. No logramos caminar “sin miedo” más allá que unas pocas calles. La experiencia de que toda una ciudad es habitable, vivible, respirable es, sin lugar a dudas, envidiable.

También sentí rabia y nostalgia, pues muchos han exprimido las riquezas del país hasta el límite: un límite que la está conduciendo al colapso total. Uno de esos días en los que caminábamos por una calle, pregunté a mi hija mayor si acaso le gustaría vivir en una ciudad como la que visitábamos. Me enterneció su respuesta: “quisiera que mi país fuera como uno de estos países”. Aunque lejana por estos días, esa posibilidad debe germinar en nuestro interior si queremos que sea real. La factibilidad de esta posibilidad entiendo que es difícil concretarla y es en este punto en el que desearía centrar mi breve reflexión.

Caminar por las calles de un país desarrollado nos da siempre mucho que pensar. La conciencia ciudadana que puede uno apreciar en ciertas sociedades, el orden, la limpieza, la tranquilidad con que se vive, el nivel de desarrollo adquirido, la obediencia a la ley (¡el hecho de que se cumpla!), entre tantas otras virtudes, son todas cosas que salen pronto a relucir. Uno reconoce, también, las carencias, pues los altos niveles del “buen vivir” generan otras dolencias que quizás nosotros conservamos. El punto es que sentí nostalgia de mi país; de que pudiendo *ser* “asi” en ciertos aspectos, no lo sea.

Todo esto que ahora digo me hizo pensar también en que para salir de esta crisis nos debemos bastar nosotros. ¿Sería deseable que algún ente internacional analizara nuestro caso y tomara alguna decisión que nos fuera favorable? ¿Sería de alguna ayuda que los países cercanos tomaran posiciones a favor de los derechos humanos y, en concreto, de lo que aquí sucede? Sabemos que toda ayuda que venga de fuera es siempre un apoyo, un aliento, a veces muy eficaz. Sin embargo, lo cierto es que en lugar de esperar tanto de fuera, los venezolanos debemos aprender a desarrollar en nosotros lo que desearíamos recibir de otros, como sugiere Etty Hillesum a partir de su experiencia en los campos de exterminio. Esto no implica ser indiferentes al dolor ajeno; plantea sólo la necesidad de

crecer “hacia adentro” para buscar la verdadera fuerza: ésa que hará posible que ayudemos a otros. Nuestros problemas de país los comprendemos –medianamente- nosotros. Y aunque suene duro decirlo, creo que sólo atañen e interesan a los venezolanos. Cada país tiene los suyos propios y son, realmente, tan propios y únicos, que parece por momentos que sólo el afectado sabría y se atrevería a dar la cara por ellos.

Mi salida del país coincidió con la reunión del grupo de los 20 y la subsiguiente espera de la decisión de Obama. Los rebeldes sirios ya habían dicho que no tenían esperanzas de que Occidente los ayudase....Parecían claros en que sus problemas sólo los comprenden –en profundidad- ellos. Algo parecido confesaba Havel de los encuentros sostenidos con demócratas occidentales. Observaba que estos últimos “no entendían”. Insistían en saber –según dice Havel- “cómo podían ayudarme”; deseaban saber si acaso procurar que “no me metiesen preso” sería útil.... “No entendían” –decía-, pues el punto no era –para él- que no lo metieran preso. El objetivo era otro: lograr que un país transitara efectivamente de un régimen autoritario a uno democrático.

Pensé, en breve, que nuestros problemas son complejos y “nuestros”. Cada país tiene mucho en qué pensar. Cada uno tiene mucho que resolver internamente. Desde lejos se ve que nadie está pensando en nosotros. El hombre de la calle no comprende mucho nuestra situación. Los gobiernos piensan en Siria por una razón de intereses y sólo por esto se mueven las piezas. En este gran tablero del mundo, las piezas de ajedrez que son los países, se mueven sencillamente por intereses. ¿Debería ser así? ¿No deberían ser los valores propiamente humanos los intereses que más deberían privar? Sí, por supuesto. Sucede, sin embargo, que el juego es complejo. Por eso llegué convencida de que debemos buscar en nosotros mismos lo que deseáramos recibir de los demás. Sólo nosotros comprendemos lo que nos sucede y se supone que es fundamentalmente a nosotros a quien duele este país, hipotecado a chinos y cubanos. Si no reaccionamos nosotros, nadie lo hará por nosotros.

Mi visión desde el exterior es la de quien sale de Venezuela para regresar. Los venezolanos que viven fuera y ven a Venezuela desde donde están tienen, sin duda alguna, otra perspectiva. ¡Qué difícil está siendo, sin embargo, comprender en estos momentos al país, tanto como a nosotros, los venezolanos!

(El Universal, septiembre de 2013)

VENEZUELA: ¡ESPERANZA!

En un ambiente tan difícil, nos hace bien abrir un espacio a la esperanza. Cuando a los fracasos se le suman los años de lucha, la sensación de impotencia y la multiplicación de obstáculos, se nos dificulta ver las cosas buenas. Estas parecen desdibujarse del horizonte cuando, además, las miserias humanas florecen por todas partes, como carcomiéndose lo mejor de una nación. La esperanza puede debilitarse -o perderse- cuando en medio de ciertas luchas, vemos inasequible lo que deseamos.

Cuesta mucho ver “lo bueno” en medio de tanta oscuridad, pero lo bueno *está allí* y porque no nos parece precisamente tan tangible como el mal, resulta vital fomentar en nosotros “razones” para esperar. Se espera lo que no “ha llegado”, lo que “no tenemos” de algún modo, pues si poseyésemos lo esperado, no tendríamos que “esperar”. *Podemos* “esperar”, sin embargo, porque el futuro no está hecho o predeterminado: está abierto ante nosotros. Podemos “esperar”, además, porque somos libres: advertimos que *deseamos* y *podemos* cambiar ciertas circunstancias o asumir -en su defecto- una perspectiva nueva que nos ayude a visualizar las cosas de un modo esperanzador. Esto no equivale a “ilusionarse”, a “salirse de la realidad” haciendo uso de la imaginación. Buscar “razones para esperar”, cambiar la perspectiva para *poder seguir luchando*, no significa darle la espalda a los acontecimientos y olvidarse de ellos para “poder sobrevivir”. No. Eso sería eludir la realidad. *Esperar* supone centrarse en el presente asumiéndolo y comprendiéndolo de un modo nuevo.

Pero, si ese presente es sombrío y lo que se “espera” no se ve con claridad, ¿qué esperar, entonces, cuando la salida del laberinto se vislumbra cada día más complicada? ¿Qué es aquello que “no vemos” y que *debemos lograr ver* para fomentar en nosotros la esperanza (esa capacidad de “esperar” lo que no tenemos)? ¿Cómo remodelar nuestra psicología para *ver como asequible* lo esperado y poder así *esperar*?

Pensemos primero en lo que hemos ganado en estos años de lucha, pues esto alimenta la esperanza al clarificar el camino y orientar nuestros esfuerzos. Ante todo, las “circunstancias” que vivimos nos han *forzado* a repensar un país. Nos han *obligado* a volver los ojos a los problemas de la sociedad y a sentirla como nuestra. Este proceso ha hecho que los venezolanos pensemos en la Patria como esa “vida en común” de la que hablara Castro Leiva en su famoso discurso en el Congreso el

23 de enero del año 98. No sólo hemos sido testigos de una especie de movilización progresiva en ese deseo por colaborar, por servir en algo con lo que se pudiese poner el hombro, si bien haya podido parecer un grano de arena.

La toma de conciencia en lo referente a la necesidad de estudiar nuestra historia para comprendernos ha sido, en este proceso, no menos importante, pues hemos debido volver los ojos al pasado para desentrañar el sentido del presente y esto, en el camino, nos ha hecho reflexivos: nos ha forzado a reconocer cuán prioritario es el pensar frente al “hacer” atolondrado.

Lo que vivimos ha aumentado nuestro amor por Venezuela y nos ha ayudado, ante todo, a tomarnos en serio nuestra “vida en común”. Esta especie de debacle que presenciamos debería convencernos de que todo acto (y omisión) tiene consecuencias a corto y largo plazo, pues ya se nos ha hecho evidente que no da lo mismo obedecer que trasgredir las leyes, estudiar que no estudiar, ser sinceros que no serlo, ser fiel a la propia conciencia que cómplice de una ilegalidad, sentirse parte de un todo y obrar en consecuencia que no implicarse en absoluto. Toda esta situación debería llevarnos a repensar *Venezuela*, repensándonos nosotros mismos, pues formamos parte de un entramado y la incertidumbre generalizada que experimentamos pienso que lo evidencia.

Ahora bien, ¿cómo remodelar nuestra perspectiva de las cosas para que no muera en nosotros la esperanza? ¿Qué razones hay para ver como asequible un futuro distinto?

Si parece posible reconstruir a Venezuela es porque todo se está decantando. Las nuevas generaciones se están cribando en la lucha; todos, por otra parte, hemos alzado la mirada en la búsqueda de motivos más elevados por los cuales vivir, pues el dolor que engendra la confusión nos impele a buscar un sentido a los acontecimientos, haciéndonos reflexivos, pacientes y más humanos. Vemos con claridad que es necesario recomponer nuestra nación y hacerla libre de nuevo, sólida en sus bases e instituciones, y si bien es cierto que hay luchas que desgastan, recobremos la esperanza cerciorándonos de que de este proceso saldremos más fuertes y limpios, más implicados con el bien común, más responsables de nuestros actos y omisiones y más orgullosos de ser venezolanos; y si lo procuramos, más hermanados entre nosotros. Todas estas razones deben estimularnos a creer que el país puede llegar a ser otro si cada uno participa en esta lucha.

Pienso que podemos esperar la llegada del día en que volvamos a cantar el himno nacional como quizás no nos había dejado hacerlo antes la costumbre y el desamor.

(El Universal, mayo 2013)

“Y YO, ¿QUÉ PUEDO HACER?”

En medio de la crisis que vivimos, es común que nos preguntemos *qué* cosa concreta podemos hacer, pues la escasez de alimentos, la falta de trabajo, la inseguridad, los sentimientos de incertidumbre y desasosiego, tanto como una tristeza que va y que viene aunada a una extraña frustración nos recuerda que *no* tenemos el control del país en nuestras manos.

Aunque difícil, no es sano dejarnos dominar por unos ánimos que suben y bajan como lo haríamos en una montaña rusa. No parece sensato que la vida deba llevarse así, como a la expectativa de hechos concretos que cambien de pronto nuestro rumbo trayendo consigo la tan añorada felicidad, pues sin quererlo terminaríamos *deseando poder vivir*, más que viviendo....Y no sé si logrando “algo”. Julián Carrión, Presidente de la Fraternidad de Comunión y Liberación, dice acertadamente que “sin aceptar los desafíos que la realidad nos plantea, no podemos captar el significado de las cosas ni del vivir”, pues si no procuramos conocer lo que sucede y juzgarlo, “¿por qué tendría que comprometerme, por qué tendría que hacer algo?” –añade.

Así, pues, ¿qué podemos hacer *cada uno* de nosotros? Pienso que mucho, pues el *poder de uno* es inmenso y realmente *el fundamental*. ¿Qué puedo hacer *yo*, sobre todo para seguir confiando en que un cambio es *posible*? Cualquier cosa: lo que *cada uno* sepa y pueda hacer; lo que esté a la mano de *cada uno*, pues sólo haciendo *algo* puedo experimentar que las circunstancias precisan de mí, lo cual abre el camino a la esperanza. Las movilizaciones progresivas crecen con fuerza cuando *cada uno* hace algo: cuando *cada uno* presiona y *se mantiene consciente del momento dramático que vive el país*. Unos serán dirigentes políticos, otros defenderán derechos violados, otros escribirán y otros convencerán e iluminarán a los confundidos, indiferentes o escépticos. Pero todos debemos hacer algo y ese *algo* es, precisamente, lo que *cada uno* debe descubrir. El punto es mantenerse vigilantes porque sólo así veremos la *oportunidad*. Si no hacemos nada, nada pasará.

Ayuda preguntarse: ¿Qué puedo aportar *yo* a mi comunidad? ¿En qué me interpela la realidad? ¿Qué es lo más valioso *en mí* para ofrecer? ¿Qué sé hacer bien? ¿Por qué actividad concreta me siento atraído? Los momentos de crisis han servido siempre –a todo luchador– para descubrir los personales talentos, pues cuando las dificultades son muy externas y por eso objetivas, se precisa “crecer para adentro” para reinventar posibilidades y ver caminos nuevos. Bernhard Scholz,

presidente de la CdO (*Compagnia delle Opere*), hablando acerca de la experiencia electoral en Italia, dijo: “Si no nos implicamos con la realidad, no descubrimos la potencialidad de nuestro yo. Y dependemos de los demás”. El poder de *uno* radica precisamente en descubrir cuál es esa fuerza que late en lo más íntimo de nuestro yo, pues sólo haciendo aquello que sabemos hacer, eso para lo cual nos sentimos motivados, lograremos al mismo tiempo *mover* a otros.

El objetivo es hacer emerger las fuerzas más íntimas, ésas que requiere de nosotros el momento actual que vivimos: *cada uno* las suyas. Es mucho, en definitiva, lo que *cada uno*, incluso aquellos que viven fuera del país, puede hacer. Y así, tomando conciencia de este poder, cobraremos también conciencia de que somos muchos en torno a un líder que se sabe humildemente trascendido por un bien superior: Venezuela. Por eso se hace imprescindible estar unidos y comunicados, pues para ganar una batalla hay que participar.

Aunque no existe una fórmula mágica, podríamos concretar lo siguiente ante la pregunta “y yo, ¿qué puedo hacer?”: 1) abrir la vida al futuro y lograr encontrar *una sola cosa concreta* que reporte un sentido real a mi vida. Un proyecto concreto, por más pequeño que parezca, pues lo importante es que ese *algo* tenga sentido para mí; 2) cuando vea que aquello *significa* algo para mí, mi motivación ante el presente y la vida en su totalidad, crecerá. El horizonte se abrirá un poco, y alguna idea importante se me ocurrirá. Uno nunca sabe por dónde puede saltar la liebre; 3) no dar cabida a la tristeza ni al desaliento y pensar que algún sentido concreto tendrá lo que ahora ocurre, como bien observa el periodista John Waters sobre el caso de los depósitos bancarios de Chipre: “todo conduce a una meta. Y sabemos que la realidad nunca es enemiga”; 4) y al constatar nuestras debilidades y cansancio, ¿qué hacer? Lo que recomienda el Papa Francisco, tan experimentado en luchas: “No nos encerremos en nosotros mismos, no perdamos la confianza, *nunca nos resignemos*: no hay situaciones que Dios no pueda cambiar.”

Aunque algunos me tachen de ilusa, pienso que este plan tan concreto puede mantener vivo el sentido de una lucha. Depender de que algo externo a mí suceda, serviría sólo para hacernos pasivos y tristes.

¿El objetivo? *Presionar, presionar, presionar, presionar.....Y mantener viva la esperanza hasta alcanzar la meta.*

(El Universal, mayo de 2013)

“YO QUIERO ALGO MÁS”

Los pobres también sueñan, sí. ¡Claro que sueñan! Sueñan como los jóvenes que ahora protestan porque no ven un futuro abierto para su desarrollo y concretar así sus ilusiones.

¿Por qué digo que “los pobres también sueñan?” Lo digo porque la insistencia en que el tema de la libertad resulta muy abstracto en los sectores populares es una premisa falsa que nos tiene muy trancado el juego. Me explico: a veces suponemos ciertas cosas y partimos por lo mismo de premisas falsas en nuestras luchas. No digo que no sea cierto que las encuestas digan que la libertad es uno de los valores menos apreciados en muchos sectores. Los números lo dicen. Lo que sugiero es que cuando las cosas se explican mal, se obtienen resultados que no necesariamente indican qué piensa y siente la gente. Si el discurso insiste en la escasez, en la inseguridad, en el desempleo, el tema de la libertad permanece en la oscuridad por el prejuicio de que es abstracto. No se trata de discurrir, en abstracto, acerca de lo que “es” la libertad, pues sin dinero en el bolsillo la vida se hace efectivamente agobiante. Sugiero explicar por qué un modelo nos hace esclavos y no personas libres, capaces de soñar y de realizar nuestros sueños.

Durante su campaña, Capriles dijo unas cuantas veces que él quería una Venezuela en la que se pudiera soñar. Cada vez que lo decía, me emocionaba por dentro, pero tristemente, nunca capitalizó esa idea ni la desarrolló tampoco bien. ¿Cómo hacer ver que la libertad es algo esencial y determinante de comprender en estos momentos? ¿Cómo concretarla? Mi propuesta es que hay que provocar el deseo de libertad en los otros a través del discurso: un discurso que toque las expectativas íntimas de todo ser humano y ayude por ello a cobrar conciencia del propio y real deseo. No se trata de ilusionar, de convencer de algo etéreo, porque la libertad es real: no es un invento humano. Se trata de explicar cómo, cuándo y por qué se es libre o esclavo; no de machacar que la libertad es algo difícil de entender. Cuando se le pregunta a alguien qué preferiría: si comprar 2 kilos de harina o todos aquellos kilos que podría, de entre las muchas marcas disponibles, la persona respondería que esto último. Ante la pregunta de si preferiría 2 canillas o aprender a hacer el pan, y llegar a ser dueño, incluso, sin que nadie se lo impida, de una panadería, la persona respondería también que preferiría esto último.

Los comunistas no presuponen que el ser humano no tiene expectativas de una mejor vida. Lo saben bien y por ello proponen un sueño: una Patria bonita donde todos seremos iguales y nos emanciparemos de los burgueses que nos oprimen. ¿No tocan expectativas aparentemente intangibles? ¿Criticar la desigualdad y la esclavitud no es de hecho el reverso de la igualdad y de la libertad?

¿Por qué no insistir entonces en estos puntos? ¿Por qué no explicar mejor qué es la libertad cuando ésta se concreta en no hacer colas, en no depender de una misión, en no ocultar sus pensamientos so pena de perder la casa y la beca? Sé que se dice fácil, pero creo que no hemos ofrecido una Patria *más bonita* de modo que el otro dé el salto requerido. Hemos sido pragmáticos. Mientras ellos ofrecen una Patria bonita, nosotros insistimos en la escasez.

En una entrevista que le hizo *El Universal*, el Sr. William Requejo (<http://www.eluniversal.com/caracas/140303/todo-forma-parte-de-un-plan-para-no-salir-nunca-de-la-pobreza>) decía cómo las palabras del Ministro de Educación habían caído como un balde de agua fría entre muchos de sus conocidos. “Sentirse usado” es el peor sentimiento, pues la persona se advierte esclava, utilizada: reconoce que ha sido tratada como un objeto. El Sr. Requejo, tras explicar bien cómo la educación libera, señala que quien desee suplir al actual modelo “no debe competir con éste ofreciendo canastillas, dando limosnas” sino ofreciendo educación, pues “un ser educado –dice- es alguien que responde a ideas, no a consignas”.

El comunismo sabe que el hombre sueña y aspira; propone un ideal, una utopía, sí, pero remueve las expectativas de igualdad, justicia y libertad que todos tenemos. ¿Que su oferta se concreta luego en una gran mentira y exige la sumisión del pueblo para que unos pocos se perpetúen en el poder? Sí, es cierto, pero prometieron una esperanza y muchos la creen. Pienso que no hemos sabido suplir esa propuesta por presuponer que “la libertad” es algo muy abstracto. Las utopías se suplen con verdades: no con alimentos. Más que refutar y competir en el mismo plano, como señala el Sr. Requejo, hay que explicar cómo es posible –mediante otro modelo- realizar los sueños.

Una muchacha a la que compro arepas andinas me decía en estos días, con una mirada iluminada por su sueño: “yo quiero algo más. Esto lo hago mientras termino mi curso de costura en Ovejita”. ¿No es eso un sueño? ¿Un sueño que la motiva a salir de la pobreza por sus propios medios, desarrollando sus talentos?

(El Universal, mayo de 2014)

YO - TÚ

Nos hace bien reflexionar sobre las relaciones interpersonales y el diálogo que nace del encuentro. Martin Buber, filósofo judío que nació en Austria y vivió después en Israel, aborda el tema de modo particular en su libro *Yo-Tú*. A lo largo de esta semana, ciertas situaciones quedaron iluminadas por el pensamiento de este autor y pienso que es bueno considerarlo.

Un día, mientras compraba verduras en el automercado, la llegada de tres guardias nacionales que se disponían también a elegir zanahorias, me asustó en un primer momento. La amabilidad de uno de ellos, sin embargo, me ayudó a superar esta impresión. Pensé un poco en mi reacción y en cómo me inhibió el efecto del uniforme: lo que debería inspirarnos respeto, nos está inspirando miedo. Pensé, además, que tras esos uniformes había tres venezolanos con los que bien podría hablar en paz si la situación actual no buscara distanciarnos. Recordé entonces lo que dice Buber acerca de las relaciones: no somos islas sino *persona-en-relación*. Nuestra identidad se funda en ese encuentro con los demás, pues son esas relaciones (con familiares, amigos, naturaleza, animales, Dios) las que nos hacen como somos.

Cuando en nuestra intimidad pensamos: “¿cómo se sentirá esa persona, qué pensará, cómo será?”, el tipo de relación que se define es de distanciamiento, pues lo cierto es que no sabemos cómo es ni cómo piensa en realidad si nos limitamos a verle. Aquí podemos ayudar de lejos (sin conocer), pero también abusar o explotar al otro. Podemos herirlo por la falta de conocimiento: por la falta de cercanía. Esta relación es definida como *yo-ello*, pues el otro se queda muy lejos: observado por quien se asemeja a un espectador que no se implica. En cambio, cuando hablamos con el otro y nos acercamos a él, nos damos a conocer, le ayudamos y nos permitimos, también, “ser tocados”. Este tipo de relación (*yo-tú*) es de cercanía. Aquí el otro no es usado, ni manipulado; es conocido, porque se está junto él: *“Cuando me encuentro con un ser humano como mi Tú, y le digo la palabra básica “Yo-Tú”, entonces él no es una cosa entre cosas, ni él se compone de cosas (...) Así como una melodía no está compuesta por tonos, ni un poema está compuesto por palabras, ni una escultura está compuesta por líneas... Así pasa con el ser humano a quien yo le digo: Tú. Puedo abstraer de Él el color de su pelo o el color de su habla o el color de su bondad... pero entonces Él inmediatamente dejaría de ser Tú.”*

El encuentro se da *en* el diálogo, pues nos entregamos a través del lenguaje. La autenticidad de la relación se mide, sin embargo, por la veracidad de nuestras palabras. Es esto lo que nos ayuda a adquirir conciencia de nuestro “ser personal”. Cuando mentimos dejamos de ser personas, en el sentido de que nos distanciamos tanto de nuestra intimidad, como del otro. Los venezolanos necesitamos lograr alcanzarnos mutuamente en el diálogo sincero. Dirigirse la palabra es tratarse como personas. Observarnos de lejos nos vuelve inhumanos.

Debemos poder trascender los uniformes y los distintivos para lograr alcanzarnos mutuamente: para poder reencontrarnos como pueblo y abrimos a un diálogo de *yo a tú*. Hablo a los ciudadanos de a pie: a esos que dicen verdad (o lo intentan) y tienen buena voluntad.

El encuentro se da en situaciones ordinarias, como éstas del mercado o la que viví este domingo en Misa. Junto a nosotros había una pareja que evidentemente iba a celebrar el cumpleaños de Chávez. Las camisas rojas, las cachuchas con rostros del comandante y la bandera de Venezuela como brazalete, los distinguían con firme intencionalidad. Mientras rezábamos juntos pensaba que el camino no es sólo el “mío” particular, sino que es “entre yo y los demás”. Mientras pensaba, como dice Buber, “¿qué sentirá este otro? ¿Qué pensará? ¿Cómo será?”, me di cuenta de que el ambiente nos ha distanciado. El atuendo rojo (a mí) y el mío (a ellos), tanto como los uniformes militares y los fusiles, son barreras que nos distancian. Nos vemos, a veces, interiormente “de lejos”, aunque estemos quizás muy cerca, como estuve yo el domingo, de rodillas, junto a ellos. Para Buber, yo puede encontrarse con *tú* sólo si median “palabras verdaderas” y un Dios que nos trascienda.

El Papa Francisco acaba de acentuar en una favela recientemente pacificada por la policía local de Río que “ningún esfuerzo de «pacificación» será duradero” si dejamos “entrar en nuestro corazón la cultura del descarte”. Somos hermanos. Por eso “no hay que descartar a nadie.”

Aunque protestar parezca implicar el “descarte”, exigir el cumplimiento de los derechos elementales supone realmente salvar las relaciones: al *yo* de quedar reducido a cosa y al *tú* de quedar reducido a inhumano, por pretender tratar a un hombre como “cosa”. Al defender los derechos, la protesta busca la libertad del *yo* y del *tú*: ¡nunca un enfrentamiento de las partes!

Tratemos, pues, de alcanzar al *tú* que tengamos cerca. Sólo así seremos muchos. (El Universal, agosto de 2013)

EL CORAZÓN DE LA TRANSICIÓN

El 4 de mayo, el editorial de *Analítica* tocó un aspecto que caracteriza “el ánimo” del régimen: el nihilismo. Apoyándose en Ayn Rand, la escritora ruso americana, para quien “esta corriente es una abdicación de la razón y de la búsqueda de la felicidad”, quien escribe concluye que no parece posible “lograr que los nihilistas entren en razón si su esencia es precisamente la de ser irracionales”, pues está visto que el objetivo es destruir. Unos días después, el 7 de mayo, el editorial de *El Nacional* explicó con bastante claridad un término que define bien lo que está resultando ser el régimen actual y el país al que pretende gobernar: “un *estado loco*”. Llamó mi atención que la “irracionalidad” equivale aquí a una racionalidad que no es “normal”. Y es que a todos nos confunde la racionalidad que subyace a la alta capacidad de generar caos. ¿Es o no es esta locura *irracional*? ¿Por qué entonces la efectiva *racionalidad* que dificulta comprender con claridad?

Pienso que la patente racionalidad orientada a dañar implica a un *corazón pervertido*. El hombre no puede prescindir de su razón, pero esta puede verse afectada, bien sea por una enfermedad psiquiátrica (excepción que considera el editorial *Estados locos* y que no aplica al régimen), o por una “anormalidad” que uno no sabe bien cómo se asocia a la “racionalidad” (por eso es “no normal”). Para mí, ese algo “no normal” anida en la malicia del corazón. La “racionalidad”, efectivamente, se mantiene, pero se orienta a destruir porque es maligna y fría: no está teñida de afectividad. Por eso asombra y es “imprevisible”; por eso a nadie se le ocurrían los planes de Hitler o Stalin, pues tal lucidez se explica por provenir de corazones endurecidos, inhumanos: disociados de una razón “normal”, que Zubiri llamaría “inteligencia sentiente” (porque al conocer, también ama y sufre: siente). Esta racionalidad “no normal” *no siente*.

Lo del nihilismo es interesante, porque efectivamente el mal no tiene centro de unidad: su índole es síntoma de una fractura interior que le impide tener un objetivo unificador que confiera sentido a la vida, a nuestros esfuerzos, sufrimientos e intentos por salir adelante como sociedad. Por eso fragmenta, divide, destruye, fracciona: despedaza y escinde. Un régimen así no puede ser fuente de felicidad para sus ciudadanos porque él mismo, encapsulado en su obsesión por el poder, se autodestruye al tiempo que lo destruye todo. Todo en él deriva en una especie de “autofagia espiritual” (con efectos materiales, por supuesto), como diría Gabriel Marcel.

Yo no sé de política, pero como venezolana pienso en mi país como tantos otros y me parece ver lo siguiente: si la anormalidad que nos parece subyacer como un misterio en esa “racionalidad” que advertimos está afectada por el corazón, es también en ese centro donde debe repararse la fractura si vamos a procurar algún tipo de transición. Si el quiebre está en ese centro de unidad (de integración) que confiere sentido a la historia (a las vidas), desatenderlo podría conducirnos a uno de esos extremos probables impregnados de nihilismo: un orden rígido que asfixie (una dictadura más feroz que pretenda acabar con el desorden) o una anarquía que derive en una disolución grave y en un caos más profundo.

Una eventual transición debe contemplar una sincera atención a nuestro corazón. Y lo que digo no es poesía. Evidentemente no es el modo convencional de ofrecer una solución política, pero este es la manera en que puedo explicar lo que veo. Al final somos seres humanos y hay sociedad porque hay hombres. Por eso pienso que san Agustín podría iluminar las mentes de quienes sí saben de política y serían eventualmente los responsables de un cambio en el país.

Sus dos ciudades, la de Dios y la terrena, se han interpretado muchas veces de un modo erróneo. La primera no puede identificarse literalmente con la Iglesia, así como la segunda tampoco se identifica con el Estado. Ambas ciudades, fundadas por dos amores, son “místicas”, pues anidan en los corazones humanos que van de camino hacia la eternidad. Se entiende así que un no bautizado o un preso en la cárcel puedan estar más cerca de Dios si sus intenciones son más puras, que un cristiano o un hombre en apariencia “justo”, pero de corazón perverso, cuyos intereses (amores) se orienten a la avaricia de bienes pasajeros, a satisfacciones efímeras y a la destrucción del prójimo.

Agustín intenta transmitir que, en esta vida, el trigo se confunde con la paja. Ningún hombre es absolutamente bueno ni absolutamente malo. Es cierto que hay corazones endurecidos y otros muy nobles, pero las malas tendencias se anidan en todos los seres humanos; por eso la lucha es ante todo interior, pues es allí, en la intimidad, donde ambas ciudades se confunden. La decisión de esmerarse por tender a una de las dos es una especie de alianza entre la conciencia y su amor al bien y la verdad. Algo que en su total transparencia solo ve Dios y que en lo relativo a la intimidad de los demás, desconocemos en profundidad.

Salvando todas las distancias, Viktor Frankl dice algo parecido en su libro *El hombre en busca de sentido*. Su experiencia del mal en un campo de concentración, le llevó a descubrir que esas dos

ciudades agustinianas (analogía que hago yo) están efectivamente mezcladas en esta vida, pues aunque por fuera veamos un objetivo cúmulo de situaciones injustas concentradas en un grupo humano (en este caso, los nazis), en el interior de las conciencias camina paralelamente otra historia que no nos resulta de modo inmediato evidente. En el campo vio sufrir a mucha gente, pero un dolor añadido fue ver las mezquindades de algunos de sus hermanos judíos que hacían lo que fuera con tal de salvar su pellejo. Algo no esperado fue haber experimentado comprensión y manifestaciones de bondad por parte de algunos soldados nazis, a quienes protegió junto con otros compañeros, para responder por ellos ante la llegada de los aliados.

Comprender que la bondad y la maldad humana no califican de modo absoluto a ninguna de las partes implicadas en un conflicto es difícil, pues a veces es patente la ineficacia intrínseca (una anormalidad impregnada de nihilismo) en uno de los grupos implicados, a la que se debe poner fin por el bien de todos.

Lo que intento decir es que en medio de tanta gente debe haber algunos, tal vez atrapados en su conciencia, fundamentalmente entre los militares, que vean, con una racionalidad “normal”, que la actual metáfora del país es un avión que se viene abajo con el oro de una tierra de gracia que parece haber sido violada por el demonio.

No habrá verdadera paz, sin embargo, sin justicia, porque el amor “se devalúa” sin esta última, como escuché decir a alguien. Tampoco hay verdadera justicia sin perdón, porque también es cierto que “la letra mata y el espíritu vivifica”.

Como todo es bastante complejo y precisamente porque no vemos mucho de lo que ocurre en los diversos ambientes ni en la intimidad de tantas conciencias, pienso que nos ayudaría pedir a la Virgen de Coromoto lo mismo que le pidió Juan Pablo II en 1985 en ese acto en que ofreció a su persona a todos los hijos de esta tierra: “ilumina los destinos de Venezuela”, porque somos simples hombres tratando de resolver grandes problemas.

El Nacional, mayo de 2020